ATAHUALLPA

BENJAMÍN CARRIÓN

Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión" Presidente:
Raúl Pérez Torres

Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura Director:
Iván Egüez

"Atahuallpa" Benjamín
Carrión Colección "Luna
Tierna"

1ª edición: México, 1 9 3 4.
2ª edición: Guayaquil, 1939
3ª edición: Quito, 1956
4ª edición: Quito, 1961
5ª edición: Barcelona, 1968
6ª edición: México, 1974
7ª edición: Bogotá, 1986
8ª edición: Quito, 1992
9ª edición: Guayaquil, s.f.
10ª edición: Quito, 2002

Correo-e: lee@cce.org.ec
Teléfono 593 2 2222876
ISBN: 9978-92-203-2

Editor:
Alfonso Monsalve Ramírez
Corrección de textos:
Paulina Rodríguez R., Víctor Tamayo
Diseño y diagramación: Ernesto Proaño Vinueza
Ilustración: "Grito de los Excluidos" (fragmento), Pavel Egüez

Impreso en Cargraphics, S.A.

ATAHUALLPA

BENJAMÍN CARRIÓN

colección
luna tierna

CAMPAÑA EUGENIO ESPEJO

POR EL LIBRO Y LA LECTURA

A Quito

tierra de Atahuallpa, en sus cuatrocientos años de vivir mestizo. En sus primeros años de despertar social.

(Dedicatoria de la primera edición, hecha en México en 1934, año del 400° aniversario del sacrificio de Atahuallpa en Cajamarca, y de la fundación española de Quito).

ÍNDICE

"Atahuallpa", de Benjamín Carrión, una semilla que dio frutos

Pocos temas han sido tan controvertidos como la conquista del Tahuantinsuyo por Francisco Pizarro y su reducidísima hueste. Y dentro de ese proceso ninguno ha despertado más polémicas que el episodio crucial de la prisión y muerte de Atahualpa en Cajamarca. Se ha discutido inclusive el propio nombre del Inca: Atahuali-pa, Atabalipa, Atahualpa, Tabalico o Atahuallpa. Su lugar de nacimiento: Quito, Cuzco, Tomebamba, Caranqui. Si su madre fue, en verdad, Paccha o una coya del Cuzco. En fin. Pero, sobre todo, se ha discutido sobre el enorme absurdo de que un líder tan poderoso, astuto, curtido en las lides de la guerra, haya caído como un ingenuo corderito en las fauces de un puñado de aventureros sin escrúpulos, hambrientos y mal armados.

Tanta polémica se justifica más que por la insuficiencia de datos fidedignos, por el inveterado vicio de escribir la historia como una coartada para encubrir atropellos y crímenes, para cohonestar despojos y raterías. Más es lo que se ha callado y ocultado que lo que se ha dicho.

Y se justifica también, sobre todo, porque el episodio de Cajamarca resume el proceso y lleva implícita una connotación valorativa, un peso emocional, una significación simbólica que tiene mucho que ver con la construcción de nuestro propio yo histórico, con la aceptación de nuestra identidad como pueblo entre los pueblos.

Es que de este torrente de sangre, dolor y lágrimas, de esa eclosión seminal que iba preñando úteros a diestra y siniestra, de ese encontronazo brutal entre el renacimiento europeo y el neolítico americano, de esa olla hirviente de genes celtas, iberos, godos, semitas e indios, provenimos nosotros.

El entender el proceso, el cobrar conciencia de lo sucedido es, en gran medida, entender lo que hemos sido, aceptar lo que somos

y poder decidir lo que habremos de ser. Es sentar las bases para una perspectiva correcta, cimentar los referentes para una sociedad más justa, sin traumas ni complejos de culpa y, para decirlo con las palabras de Benjamín Carrión, para "construir una patria", esa patria pequeña en lo material y grande en los haceres y los logros de la cultura, que él propugnaba.

Con este ánimo y esta intención, Carrión acomete la empresa de darnos su versión de la conquista del Incario, que no otra cosa es este libro al que tituló "Atahuallpa". Con ese perfil tan suyo, tan voluntarista, tan asertivo, tan seguro de sí mismo, que le hace decir que "desconfía de la arqueología, en definitiva disciplina histórica, humana, y por lo mismo con un amplísimo margen para la interpretación, cuando sus datos son mediatizados por las academias y los académicos... Cuando se interioriza en manos de dómines pontificantes y magisteriales... cuando quiere asesinar lo maravilloso y legendario, armado de seudo-certidumbres almidonadas de evidencia, e interpretadas o aplicadas al servicio de criterios históricos estrechos y parciales". Opinión que, sin exageraciones, parece extenderla a la ciencia histórica toda. Como que está consciente de las limitaciones de la historia y no vacila en "llenar los vacíos con imaginación, con metáforas y figuras poéticas", como lo hacía el primer gran historiador, Heródoto, al que por ello se lo motejó como "el padre de los mentirosos". Consciente, además de que la historia puede ser una formidable herramienta en la construcción de utopías, tan necesarias en la edificación de los grandes ideales y los grandes destinos.

Por ello es que, si bien recurre a una extensa bibliografía, William Presscott, Waldo Frank, Agustín de Zarate, Francisco de Jerez, Miguel de Estete, Cieza de León, Gracilazo de la Vega el Inca, Víctor Von Hagen y González Suárez, no se ciñe estrictamente a los criterios de tan calificados autores, va más allá: interioriza en los protagonistas, les da tesitura de personajes de novela, profundiza en las motivaciones y las causas, reflexiona sobre los significados, invierte tiempo y esfuerzo en ambientar apropiadamente el escenario. El resultado no es historia, por supuesto. Es

un ensayo, que tiene mucho de novela, basado en hechos y personajes históricos.

No le podemos pedir más tampoco. En su época no se conocían algunas investigaciones y muchos hechos que hoy se conocen; no se conocía esa importantísima labor de esclarecimiento, tan bien documentada y razonada, que es "Hacia la Verdadera Historia de Atahualpa" de Luis Andrade Reimers. Quién la lea sin prejuicios, no abrigará dudas sobre la falsedad de lo que la historia oficial nos ha contado. Lo que nos dicen que pasó no pudo pasar así, jamás. No están muy claras algunas hipótesis sobre las razones por las cuales Atahualpa decidió pagar el supuesto rescate, ni tampoco algunos enfoques y sucesos. Pero está muy claro que en lo básico, prueba que la historia de la prisión y muerte de Atahualpa en Cajamarca está intencionalmente falseada. Eso obliga forzosamente a un cambio muy grande en la perspectiva.

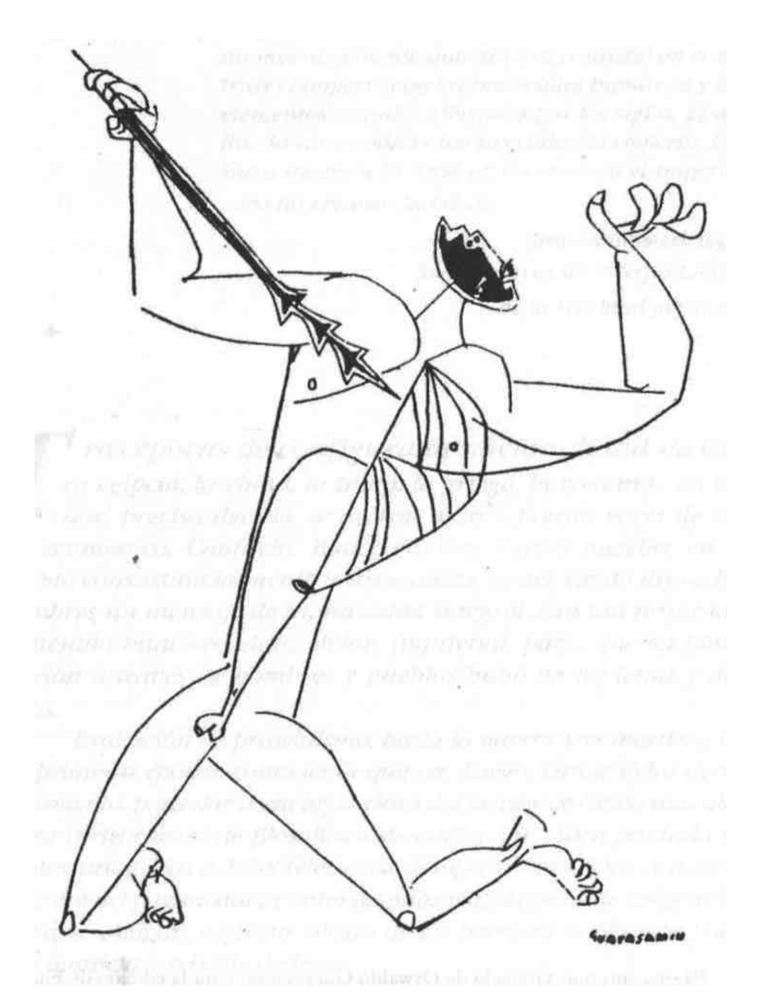
Además, tampoco le podemos pedir a Carrión una visión integradora, desde el punto de vista vivencial e ideológico, propia de una subjetividad y un intelecto mestizos. Tal vez los tiempos no estaban maduros para eso, aunque hubo ya los antecedentes de un Mariátegui y un Vasconcelos, que él ya conocía. De todos modos hay un esfuerzo por comprender la cosmovisión y los valores de la cultura aborigen, hay una valoración muy positiva de los logros y, los méritos de la sociedad india. Ya lo autóctono no es lo vergonzoso, ni lo europeo es siempre lo correcto. Es decir, pone las bases para lo que habría de venir, señala la senda por la que hemos de transitar los que nos hemos ocupado de estos temas. Su voluntarismo apasionado anticipa la síntesis feliz entre las dos vertientes, tan disímiles y contradictorias, de ese forzoso maridaje que nos dio el ser.

Más de una vez se ha dicho que Benjamín Carrión es ante todo un suscitador de cultura; tengo para mí que éste, su tan querido "Atahuallpa", es una confirmación de este aserto. Para quiénes lo leímos en los albores de nuestra juventud, acuciados por sus mismas urgencias y sus mismos sueños, este libro significó una semilla que habría de dar frutos. Y que los dio, sin falta. No es simple coinci-

dencia que el título de su último capítulo devino en el título de mi libro sobre el mismo tema, "Anocheció en la mitad del día".

Por todo ello considero que, con las reservas a que los nuevos descubrimientos historiográficos nos obligan, con la perspectiva que nos dan los nuevos tiempos, debemos considerar un acierto el que la Campaña por la Lectura "Eugenio Espejo" haya decidido reeditar este "Atahuallpa" de tanta significación.

Carlos de la Torre Flor


GUAYASAMIN



Página anterior: Grabado de Oswaldo Guayasamín para la edición de Finisterre, México, 1974

Las Cuatro Partes del Mundo

"No creo en la obra taumatúrgica de los incas. Juzgo evidente su capacidad política; pero juzgo no menos evidente que su obra consistió en construir el imperio con los materiales humanos y los elementos morales allegados por los siglos. El ay-llu -la comunidad- fue la célula del imperio. Los incas hicieron la unidad, inventaron el imperio; pero no crearon la célula".

José Carlos Mariátegui

Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana

Tras épocas de configurada nacionalidad -la época egipcia, la china, la india, la griega, la romana- en las que, precisa decirlo, se oyeron altas y fuertes voces de valor ecuménico: Confucio, Buda, Plotino, Marco Aurelio; en el pueblo consustancialmente universalista, Israel, Cristo dijo a los hombres un mensaje de humanidad integral, con tan profundo contenido vital -rebeldía, dolor, inquietud, paz-, que su penetración a través de hombres y pueblos hubo de ser lenta y distinta.

Exaltación de proselitismo, hasta la guerra y el martirio, en las primeras épocas, como tenía que ser. Luego, varios siglos de re-cogimiento, para dar a esa agua clara del pensar de Cristo una abstrusa vertebración de filosofías sistemadas que piden prestada su contextura lógica a Aristóteles -casi siempre a Aristóteles -y a otros filósofos del paganismo; y entre dogmas y apotegmas de exégesis re-servada, ahogan, asfixian, alejan de los hombres la diáfana palabra inquieta y rebelde de Jesús.

Edad Media: la verdad de San Pablo que interpretan solo los padres de la Iglesia; los concilios; dialéctica formidable que

culmina en Tomás de Aquino. Esoterismo: Raimundo Lulio, Jacobo Boheme. Poesía: Francisco de Asís, Dante Alighieri. Es el choque tremendo de la nueva moral, del nuevo gran esfuerzo para resolver -en la física y en la metafísica- los problemas esenciales del hombre, con las filosofías ya establecidas al margen, sobre o bajo las religiones particularistas, totémicas. Al margen, sobre o bajo las religiones panteístas.

La humanidad, acaso para resolver sus direcciones dentro de la nueva conducta señalada por el gran semita, se recogió en sí misma y, sin abandonar sus hábitos de guerra, meditó. Este meditar de la humanidad occidental frente a Cristo, se llamó la Edad Media.

De esa meditación se aprovechó "Occidente" para saltear al Cristo en su camino luminoso y robarle su doctrina, para hacerla servir a sus propios intereses: la explotación del hombre por el hombre.

Cometido el crimen de robar y secuestrar a Cristo en las sombras medievales; en los sórdidos laboratorios de la alquimia político-social, se dio vida a ese engendro monstruoso: el feudalismo. Y en nombre de quien hasta entonces más había predicado la igualdad y la justicia, se organizó uno de los ciclos históricos de más honda e inhumana injusticia social.

Comenzó el despertar. La humanidad, tras meditar quince siglos oscuros sobre el "mi reino no es de este mundo", del judío, resolvió que podía ser cristiana aun a pesar y en contra de Jesús; y resolvió también que "mi reino sí es de este mundo".

La humanidad cristiana, *armada de picas, espadas, arcabuces y otros instrumentos a los que comenzó a llamárseles civilización, salió a buscar y conquistar su reino. ¡Ah! Además, llevaba también una cruz. Colón, Magallanes, Vasco de Gama, Balboa, Cortés, Pizarro, Valdivia, Iberos: españoles, portugueses. Arios braquicéfalos, con fuerte mestizaje semita. La corriente cálida del Mediterráneo -el mar en cuyas orillas han estado todas las zonas trascendentales de la especie-; la corriente cálida del Mediterráneo que busca a través de Suez y Gibraltar los otros mundos y los otros mares para hacerlos cristianos; que busca más tierra con oro y posibilidades de vivir, también.*

El mundo, ese mundo nuevo que contradiga las afirmaciones del Génesis y los ptolomeos, y saque triunfante a Platón

y al Libro de las Maravillas del Mundo, fue encontrado. ¿Anti-hia? ¿El Dorado? ¿El Reino del Gran Khan? ¿La Atlántida? ¿Las Indias de Occidente? ¿Cypango?, poco importa. Allí está caliente de sol y de palmeras. Rico de perlas, de aves y de oro. Lleno de misterios como en los viajes de Simbad el Marino. Y de leyendas áureas como en los viajes de Jasón.

Hombres de apostolado y garra, con avidez incolmada de todos los aires y de todas las aventuras, recios de músculo y millonarios de imaginación, los iberos, antes que otros hombres de occidente, se lanzaron a ocupar y ganar para sí las tierras nuevas.

Los campos de producción en Galicia, Extremadura, Cataluña; los viñedos de Andalucía y Oporto; los naranjos de Valencia y de Cintra; los duros campos de pastar en las Castillas; todo eso estaba -¿ha dejado de estarlo?- en poder de señores feudales, de caciques lugareños. No había tierra en la península. Y no había ya campo para la aventura. Quien quisiera intentarla, tenía que ver gigantes en los molinos de viento y ejércitos en los rebaños.

Fue atendida la llamada del mar por los hombres de Iberia. Unos veían oro y piedras; otros, gentiles a quienes convertir a Cristo; aventura y poderío no pocos. Tierras y pan los más.

Pero en las tierras "nuevas" estaba ya instalado el hombre. El hombre de todos los tiempos: una ordenación social, una conducta humana, una cultura.

De la Isla Española -vértice de aventuras- los hispanos rayonaron en todas direcciones. Un extremeño, de Medellín, Hernán Cortés, fue atraído hacia el cercano golfo, y penetró en la tierra milagrosa de los mayas y los zapotecas, de los aztecas y los tarascos, de los tlaxcaltecas y los totonacas. Llegó al valle sin igual de Anáhuacy, frente a una civilización eterna, guardada por la piedra, el jade y la obsidiana, plantó la cruz de las Castillas. Junto al conquistador, llegó a México -la Nueva España- el cristianismo esencial de los enseñadores y de los apóstoles: don Vasco de Quiroga, Motolinía, Pedro de Gante, Bartolomé de Las Casas...

Hacia el sur, hacia la Tierra Firme, Vasco Núñez de Balboa, el Adelantado, el hombre que vio el primero el mar Pacífi-

co. Más allá, con la vista lejana, con un puñado de hombres, otro extremeño, de Trujillo: Francisco Pizarro.

Francisco Pizarro, tras su epopeya enorme -no encuentro yo en la historia algo de mayor hombría integral- llegó a las puertas de un país de leyenda fabulosa. Le decían los españoles, por confusión con uno de los primeros ríos que encontraron, Birú; y más tarde, Perú. Era en realidad el Tahuantin-suyu, *"Las cuatro Partes del Mundo" de los incas.*

Era el Tabuantin-suyu incásico una vasta y elásticamente estructurada organización comunal, de sentido e inspiración totemista y teocrático; pero al contrario de lo que por muchos se ha afirmado -en afán literario superficial-, no existía un centralismo riguroso, ni la vida institucional y consuetudinaria eran igualmente normadas en toda la extensión del territorio.

El incario fue un organismo de congregación gentilicia, de filiación uterina; en el cuál -muy avanzado ya su ciclo- se desarrolló un empeño imperialista, en el sentido expansivo de territorios e influencias, favorecido por las pequeñas rivalidades ciánicas; imperialismo que no siempre tuvo que recurrir a la guerra de conquista para extender las lindes de su dominación.

La aparición de los incas en el Tahuantin-suyu -sea cualquiera la leyenda que adoptemos para explicarla- no significó una sustitución, ni siquiera una superposición dominadora de razas. Ni de conceptos esenciales de vida, de economía o de política. Ni siquiera de idiomas. Fue principalmente una invasión civilizadora; el flujo de unas tribus en clímax o en camino de alcanzarlo, sobre otras en estado de decadencia o de iniciación ascensional. Sin que ello quiera decir -como lo afirma sentimental y bellamente el inca Garcilaso- que los incas hayan ido al Cuzco enviados por el Sol para salvar a los hombres de esas regiones que vivían en el campo como fieras.

Antes de los incas existían culturas humanas en las distintas zonas posteriormente dominadas por ellos, desde

el Collao hasta Quitu. Ya se va aclarando el enigma prehistórico de Tiahuanacu. Y el de Quitumbe, con sus caras o canos.

El ayllu -pasando por sus etapas necesarias de hetairismo, fratrismo y gentilismo- es la unidad social indígena anterior al incario, y que le ha sobrevivido. Los incas aceptaron la forma de congregación humana que encontraron a lo largo de los cimeros valles Cuntís y Antis y de las planicies yungas; y realizaron su gran obra superestructural aprovechando ese pétreo basamento. Respetándolo siempre. Anexando -en el sentido de rigor- unos ayllus con otros. Tejiendo por sobre ellos un sentido de unitarismo, una vinculación de cultura, una ética común. Y, como en todo proceso imperialista, un sentimiento de orgullo, basado en la superioridad, que atraía otros y otros ayllus, afirmó la fuerza unificadora del incario.

Los incas no sólo aceptaron la forma de congregación indígena celular que es el ayllu, sino que la aprovecharon racionalizándola. Entendieron los contactos acercadores -clima, productos, dialecto, tótems- que habían llevado al ayllu primario al hatum y a la marca, que son agregaciones aylla-les secundarias. Los imperativos económicos, climatéricos, totémicos, que habían ordenado la formación de la llacta, congregación urbana, ciudad. Y con estas directivas orientadoras aspiraron a la comunidad superior, que no era para ellos solamente de dirección estatal, sino la ordenación totalizada del mundo. No hay que olvidarlo: Tahuantin-suyu significa "las cuatro partes del mundo".

Los incas, por lo mismo -y ese es el sentido de la mitología de Manco-Cápac y de Mamma-Ocllo-Huaco, los epónimos del incario- asumieron una característica teocrática: eran hijos del Sol, enviados a la tierra para estar más cerca de los hombres. No venían a gobernar un Estado, como lo entienden los occidentales. Venían a dirigir el mundo. Eran universalistas, totalizadores del hombre, como en la historia lo han sido los judíos y los españoles.

La heliolatría no destruyó a los tótems particularistas, a los goaquis o huacos. Ni en lo político, los incas destruyeron a los jefes de células o de núcleos indígenas: los ayllu-camáyoc, los llac-

ta-camáyoc, ***los*** hunu-curacac. ***Los incas realizaron, con sentido universalista o de gran vastedad panorámica por lo menos, la vinculación de las unidades sociales preincaicas, en tres direcciones principales: la económica, la religiosa y -consecuencia necesaria- la imperialista o totalizadora de influencias.***

X/"A ***lo dice Valcárcel: "Los Inkas no inventaron el comunismo agrario, porque desde antiguo los grupos sociales en el Perú eran grupos agrícolas comunitarios. La tradición de tierra y fruta comunes es, pues, inmemorial".***

Los incas, además, no inventaron el comunismo agrario porque, respetadores constantes de la estructura interior del ay-llu -con un sentido económico admirable y una gran capacidad técnica-, dejaron los cuidados de la producción dirigirse por determinadas geofísicas -topografía, clima, calidad de tierras, etc.-, capaces de ordenar eficazmente el cultivo de la tierra, la pequeña industria.

En el ayllu preincaico, que con variaciones casi nunca fundamentales, es el mismo ayllu incaico, la producción agrícola modificó su fisonomía esencial de acuerdo con factores de técnica económica. No fue integralmente comunista ni menos se aferró al individualismo aislador y parcelario que, con el derecho romano, nos trajo después el occidente liberal

Una comunidad tribal -un hatum, una marca-, federación de ayllus primordialmente agrícolas o, no pocas veces, en torno de una liada, federación de ayllus con algún sentido urbano, tenía por lo general esta organización agraria, especialmente en las regiones templadas o frías del altiplano Colla, Cuntí y Anti.

La marca-pacha, ***tierra de la marca o federación de ayllus, era la zona o región agrícola que pertenecía exclusivamente a los componentes de la marca. Si en ella existía una llacta -cosa que ocurrió siempre en el período incaico- se hacían de la marca-pacha dos secciones: la*** llacta-pacha ***-tierra del poblado- comprendía una zona, generalmente elegida en las faldas de una colina, con vistas sobre una vallada, que se dedicaba íntegramente a la edificación del pueblo y de sus dependencias,***

incluyendo allí campos cercanos de pastoreo de llamas, terreno para fiestas y juegos, para que las mujeres tiendan sus ropas a secarse al sol. La otra sección, más grande, era la de las chacras o runa-pachas, ***sección destinada al parcelamiento individual, que se hacía entre los*** aucapuricuna ***-los aptos para llevar armas y cultivar la tierra- que eran jefes de familia. Los hijos ayudaban y rodeaban al jefe, hasta que llegaban a la edad hábil y, a su vez, formaban su familia. En las redistribuciones parcelarias anuales -que dirigía el*** tucuricuc ***o delegado imperial- se encontraban nuevos acomodos para los recientes jefes de familia, dentro de la marca-pacha.***

La extensión de esta parcela familiar, y a veces individual, no se ha podido conocer ni fijar exactamente. Puede afirmarse que era muy variable. La tenían mayor, en desproporción extraordinaria, los diversos jefes o curacac, ***en orden jerárquico ascendente.***

Otro criterio para variar la extensión de las chacras ***era la calidad de los terrenos, las posibilidades de regadío, las vías de comunicación, la diferencia de producción agrícola.***

La obra del cultivo era cooperativa. Todos -según el grado de vecindad de sus huasi-pungos ***o chacras- ayudaban a todos en la siembra, la deshierba, la cosecha. El producto, en cambio, era individual y pertenecía al usufructuario de la chacra y su familia.***

Cuando la naturaleza del terreno o la clase de cultivo lo imponía, la producción agraria era estricta y netamente comunal Así ocurría con los pastos, los bosques y con ciertos cultivos que requieren zonas extensas, para que su rendimiento pudiera ser racionalizado. También era comunal el trabajo en las regiones yungas o del litoral cálido, donde la sequía y esterilidad de la tierra exigían obras de irrigación en las que participaban todos. Se hacía trabajo común -prestación impuesta por el derecho consuetudinario- en las tierras atribuidas a los jefes, en las de los ancianos e inválidos, en las destinadas al culto del goa-qui o tótem comunal Más tarde -en el incario- se trabaja colectivamente las tierras del culto religioso a Pachacámac, a Viracocha, al Sol y las del inca.

La dirección de los cultivos correspondía al jefe de la comunidad. Cuando se acercaban las épocas correspondientes -según la zona- el curaca o jefe convocaba a los hatum-runa-cu-na ***de mayor edad y experiencia agrícola y, previa la consulta astronómica y totémica hecha al amauta -hombre sabio en ciencias del hombre y la naturaleza-, decidía la época precisa en que debían comenzar los trabajos. Nadie se apartaba de esas decisiones.***

El aprovechamiento de la llama -el animal tutelar y útil, el camello de la indianidad- se hacía en dos formas: individual, en número pequeño, para los menesteres inmediatos de la casa; comunal, en los grandes rebaños productores de lana, que después se distribuían entre los tejedores.

La vigilancia y tala de bosques para madera y leña era comunal integralmente, en el trabajo y el consumo. La caza tuvo muy poca importancia en el Tahuantin-suyu, tierra de hombres sobrios, que se alimentaban principalmente de vegetales.

Ugarte, en su Historia Económica del Perú, ***concreta sobriamente los rasgos fundamentales de la economía tahuantin-suyana: "Propiedad colectiva de la tierra cultivable por el "ay-llu", o conjunto de familias emparentadas, aunque dividida en lotes individuales intransferibles; propiedad colectiva de las aguas, tierras de pasto y bosques por la "marca" o tribu, o sea la federación de ayllus establecida alrededor de una misma aldea; cooperación común en el trabajo: apropiación individual de las cosechas y frutos".***

El incario, como lo hemos dicho, respetó -y aun fortaleció en ciertos casos- la economía celular del ayllu y la nuclear de la marca o congregación de ayllus; economía de esencia comunal agraria, consustantiva de los grupos originarios del Tahuantin-suyu. Pero con un sentido superior de estructuración en grande, realizó un proceso incorporativo político-social de una intensidad y una vastedad desconcertantes.

La esencia teocrática del incario -cuyo poder congregador es indudable -era una sugestión benéfica visible, real, cotidiana: el sol que ilumina, señala caminos, verdea el campo; el sol que calienta y fortifica; el sol que hace germinar y frutecer; el sol que se oculta en las noches para hacer dormir -descansar-

a la naturaleza y al hombre, y luego, lentamente, asoma en la mañana para despertarlos; el sol que preside todos los momentos vitales, los dirige, anima, ordena. El sol, significación máxima de las fuerzas visibles, era la divinidad del incario.

Pero el sol, estando tan cercano, tan metido en la vida de todos, está lejos para la plegaria, la plática, la queja. Lejos para el máximo comercio del hombre: el diálogo, el coloquio. El tótem -goaqui, huaco- está en verdad más cercano y accesible. Pero el tótem -atomización doméstica de la divinidad-no es todopoderoso. Hay otros iguales y adversarios, que se limitan entre ellos, en la vecindad, dentro de la propia marca, en otras marcas lejanas...

El inca entonces -y este dogma no fue creación de Manco-Cápac ni de ninguna individualidad aislada, sino producto de un anhelo colectivo, fortalecido y afirmado en mucho tiempo- fue el intermediario entre los hombres y el sol. Fue el hijo del Sol. Tan cierto es esto, en los primeros momentos del incario, la autoridad suprema no era el inca, sino el Vilac-Umu, ***el Sumo Sacerdote. El fortalecimiento del inca se produjo cuando -acaso por razones circunstanciales de mayor valor personal en un momento dado- la autoridad legisladora del Vilac-Umu fue absorbida por el Apu Inca.***

El inca fue el hijo del Sol. Humanización de la divinidad benéfica y providente, que no obedeció al mismo sentido acercador del cristianismo, poniendo a Jesús con su perdonadora y comprendedora ternura, entre el terrible Jehová y los hombres. Ojos y oídos del Sol, accesibles y humanos como los ojos y los oídos de los hombres. El inca lo fue todo: Dios, rey, padre y hermano. Y para satisfacer la interrogación metafísica -no muy urgente ni primordial en el incario- los hombres del Tahuantin-suyu tuvieron lejos, muy lejos de su vida cotidiana, oscuro y misterioso, al Dios Creador: Pachacámac.

El teocratismo incásico modificó la economía comunal del ayllu y de la marca, sin atacar su esencia: en vez de las dos divisiones de la tierra que hemos visto en el ayllu pre-incaico, se crearon tres: la Intip-Pacha, ***tierra del Sol, para alimentar los ritos religiosos, mantener el vilac-umu y a los sacerdotes, a las vírgenes del Sol, a los amantas, a los quipu-camáyoc; la*** Inca-Pacha, ***tierra***

del inca, para sostener la vida del rey, de su familia y de su corte, para construcción y mantenimiento de los palacios y aposentos imperiales de todo el territorio, para la administración en general; y finalmente, la Mamma-Pacha, *la madre tierra, que se la explotaba, parte en forma comunista y parte en parcelaciones individuales de distribución anual: las chacras.*

Para el cultivo de las dos primeras divisiones, se exigía en los momentos iniciales del incario una contribución de trabajo personal, que generalmente se realizaba en forma de mingas, o grandes reuniones de trabajadores, mitad faena y mitad fiesta, con ritos y con chicha. Luego se creó una clase especial, inferior a las otras, de gentes incapaces de recibir parcelas, y separadas de la comunidad del ayllu: los yanacunas, especie de esclavos que estaban obligados a trabajar en servicio del Sol y del inca, sin más retribución que el alimento, el vestido y el albergue.

Para la división de las tierras -y esto es quizás lo más admirable de esta teocracia justiciera, racional y humana- se daba preferencia a las necesidades del ayllu, de la marca -del pueblo, en suma- por sobre los derechos del inca y aun del mismo Sol. "Cada familia, todos los años -interpreta Waldo Frank- obtenía su asignación según sus necesidades, y el Sol y el Estado tenían que conformarse con lo que sobrase, después de cubrir las exigencias del ayllu. Y si el ayllu crecía, menguaban las otras partes".

LOS incas -a partir del gran Pachacutec-"Viracocha", según unos, o del gran conquistador Tupac-Yupangui, según otros-se preocuparon profundamente de realizar la unidad de los hombres de "las cuatro partes del mundo". Realizarla por sobre la unidad celular primordial: el ayllu. ¿Debilitándolo? ¿Produciendo en el ayllu totémico y doméstico un confusionismo universalizador, cosmopolita, como se dice hoy? ¡Quién sabe! La medida unificadora fundamental empleada por los incas fue la institución de los mitimaes. Los incas que con mayor intensidad la realizaron, fueron Tupac-Yupangui *y* Huaina-Cápac.

La esencia de esta curiosa institución era: el trasplante de grupos de familias pertenecientes a un ayllu, un hatun, una marca, a otra zona distinta, casi siempre muy lejana de la región originaria. Un trasplante y un injerto también.

Lo hemos dicho: no eran obstáculo la distancia ni la diversidad de las regiones; quizás era más bien un incentivo determinados Grupos collas, del sur del imperio, acostumbrados a los glaciares y ventiscas del lago Titicaca, eran sembrados en hatun cañari, al norte del imperio; y, más lejos aún en la tierra de los otavallus y de los caranguis.

Los mitimae-cuna llevaban al nuevo ayllu a la tierra nueva, en que eran sembrados para no retornar nunca: su forma dialectal, sus hábitos domésticos, sus tótems, sus habilidades artísticas; maneras extranjeras de cultivar y de irrigar las tierras, de talar los bosques y de pastorear los ganados.

La providente sabiduría de los incas -en consulta con los tucuricuc o delegados del centro en las regiones- hacía la distribución de los mitimae-cuna por toda la vasta extensión del territorio. Esta distribución obedecía casi siempre a un claro criterio de completamiento de aptitudes de los pueblos. Por eso a los pueblos guerreros, inveteradamente inclinados a la nomadez y a la erranza, se les trasplantaba -se les incrustaba, mejor dicho, en su seno- grupos sedentarios de pequeños artesanos, de campesinos pegados a la tierra. A las regiones primordialmente agrícolas se les trasplantaba grupos de las parcialidades artesanas: alfareros, tejedores, labradores de la piedra, orfebres. Y, naturalmente, también al contrario.

Se asegura también que el criterio que presidía estas distribuciones era un criterio de sabiduría irónica: se enviaba a las parcialidades rebeldes o sospechosas de poca lealtad al imperio -a las más recientemente anexadas en especial- grupos pertenecientes a los ayllus irreductiblemente fieles, a los ayllus más cercanos al Cuzco; muchas veces pertenecientes a Hartan *o* Hurín-Cuzco. *Era entonces un verdadero y hábil servicio de espionaje. Era entonces la institución de la desconfianza universal entre los hombres, que es una de las mejores bases para el reposo de las tiranías.*

La unificación, por agrupación de grupos distantes y distintos, se realizaba, sin duda, en una cierta medida, a pasar de las manifiestas incongruencias del sistema. Así, el idioma -unificador máximo de pueblos y de hombres- se había ya generalizado, con mayor o menor intensidad, en todo el inmenso territorio del Tahuantin-suyu, desde el río Maule -en tierras vecinas de

Araucanía- hasta la región norteña de los pastas: el quechua -cuyo sitio de aparición inicial aún no se ha podido fijar exactamente- era comprendido y parlado en todo el territorio. Las artes magníficas de la alfarería chimú, nazca, punae, eran conocidas, y hasta realizadas, entre los quitas, los cañaris, los huancas. Los tejidos de Ayacucho, Huancavelica y Andahuaylas; los vasos de plata de Pachanga y Huánuco; los de oro de Zariuma y de los Llanganates; las esculturas de granito de Machuc-Pichu y el Cuzco; los adornos de plumas de los Chacha-Puyas; toda la variedad maravillosa de las artes populares, había formado una red de unificación a lo largo y a lo ancho del Tahuantin-suyu.

El contacto humano directo, la interpenetración vital de los grupos residentes y de los trasplantados, fue, en cambio, muy difícil y lenta. Parece que se hizo, entre todos los ayllus del imperio, una superstición irreductible, un tabú, la idea de que los grupos intrusos eran espías, más que del inca, de los casi siempre temidos tucuricuc, delegados del Cuzco; agentes del imperialismo, como diríamos hoy. Se creía, de una manera ampliamente generalizada, que los mitimae-cuna tenían por misión principal adentrarse en las intimidades del ayllu al cual se adherían, para delatar o intrigar en la próxima visita del tucuricuc y su séquito.

En consecuencia, los mitimaes fueron considerados como enemigos, por lo menos como extraños poco deseables en la respectiva zona de adherencia o de trasplante. Se les temía, se les alejaba de la intimidad doméstica del ayllu. Se impedía, -en forma sangrienta en ciertos ayllus- o se miraba mal en otros, las uniones sexuales con las gentes traídas. Pero, a pesar de todo, se aprendían sus habilidades, se seguían sus costumbres, se aprendían sus dialectos. Se les utilizaba sin cariño.

Los mitimaes, por lo mismo, sufrían torturadoramente la pena del desarraigamiento. Tenía para ellos todo el dolor del destierro a perpetuidad.

Por su constitución profundamente celular ayllal, *pocos pueblos de mayor arraigo sentimental -quizás nos atreveríamos a llamar vegetal- a la tierra, la mama-pacha, la madre tierra. Hombre de pueblo endógamo, totémico, el tahuantinsuya-no amoroso de su horizonte, de su agua, de su sol, como ninguno, para él, abandonar la llacta, la chacra familiar, era más*

dañoso que el trasplante a tierra y aires nuevos para un árbol ya adulto. Por eso el mitimae fue siempre triste. Y esa institución, a primera vista unificadora y benéfica, fue una sembradora de nostalgia en todo el inmenso territorio incaico.

Waldo Frank, con su don maravilloso de interrogación al hombre en la historia y en la vida, concreta así su pensamiento: "Otro resultado del mitimae fue la tristeza que poco a poco se apoderó de las gentes. A medida que el bienestar crecía y que el inca bondadoso colmaba sus años con fiestas y con música, una profunda tristeza volvía triste esta música. En todas partes del imperio lloraba el mitimae... el exilio y la nostalgia. Su deber era extender la lengua y las artes quechuas, adiestrar en lealtad y cultivar el afecto. Cumplió con su misión. Pero en las sombras de sus casas extrañas, lloraba por la antigua puna. El uso de la copa embriagadora se hizo frecuente, y sombría la canción. Creyeron los incas que el mitimae era el mejor medio para llevar la unión y la prosperidad a los sitios más lejanos del enorme imperio. Y ¡oh ironía!, esta táctica ensombreció a las gentes, las amilanó y las preparó para ser, al fin, las víctimas del español".

La unidad nacional, en el sentido centralista y vertebrado de Occidente -del Occidente postromano- no se llegó a realizar jamás en el incario. En ese aspecto, razón máxima de su institución, fracasó el mitimae.

Pero los hilos grandes de la vida institucional estaban en manos del inca, quien los movía por sobre la congregación de ayllus, mas sin tocar las prerrogativas interiores -legendarias-de éstos. La vibración del pensamiento central iba en orden jerárquico descendente desde el inca hasta los chunca-camáyoc, o jefes de diez familias, pasando por complicados y extensos mecanismos de administración y de comunicación.

El Consejo de los Apu-Cuna *era la suprema institución consultiva para la solución de los negocios del Tahuantin-suyu. Estaba compuesto por cuatro incas orejones -como les llamaron después los españoles en razón del alargamiento exagerado de sus orejas, producido por los grandes zarcillos, signo de su elevada jerarquía- pertenecientes casi siempre al ayllu-cá-*

pac, o por lo menos a los más ilustres ayllus de Hurin y de Ha-nan-Cuzco - de endogamia más estricta- que habían desempeñado por largo tiempo el cargo de delegado imperial -tucuri-cuc- en una de las cuatro regiones geográficas en que estaba dividido el territorio. Cada uno de los cuatro representaba la sabiduría y la experiencia de las cuatro partes del mundo: Colla-***suyu, Cunti-suyu, Anti-suyu y Chincha-suyu. Eran varones sabios y experimentados, casi siempre ancianos, que habían ilustrado su vida con servicios eminentes al inca o al imperio. Sus funciones eran, en cierto modo, legislativas y asesoras. Era también el supremo tribunal judicial Su función política más importante era decidir, de acuerdo con los más altos sinches o generales del ejército, los gravísimos problemas dinásticos, de sucesión imperial, que se presentaron con suma frecuencia en la historia incásica.***

La primera división de la autoridad central era constituida por los tucuricuc, ***especie de altos comisarios, virreyes o delegados del inca en cada una de "las cuatro partes del mundo". Su misión, antes que de gobierno, era de supervigilancia y coordinación, de unificación de costumbres, de reparto y nuevo acomodo de tierras, de difusión educacional -de docencia general-y de tesorería. Tucuricuc quiere decir: el que ve, el veedor imperial. En sus viajes por el suyu, era siempre acompañado por amautas -sabios astrónomos, intérpretes de mensajes solares y de augurios divinos, recogedores del pensamiento y del querer de los pueblos, amigos y consejeros de los hombres-; por*** quipu-camáyoc, ***oficiales de estadística y empadronamiento que, por medio de sus cuerdas anudadas o*** quipus, ***recogían datos demográficos y geo-económicos, a la vez que registraban sucesos históricos para los anales del imperio.***

Los tucuricuc ***eran los funcionarios encargados de hacer la distribución de los grupos de mitimaes en las distintas regiones del respectivo suyu. Y eran ellos también los que, cada año, en consulta con los*** quipu-camáyoc, ***dirigían la redistribución de las tierras en los hatun o marcas, de acuerdo con la estadística y la observación de nuevas necesidades, originadas por fallecimientos y por entradas en mayor edad.***

Con los tururicuc viajaban también los agentes de tesorería, encargados de recoger las partes correspondientes al inca -o sea el presupuesto general-, y al Sol, o sea al culto religioso de las divinidades grandes o generales del imperio, sin tocar a los cultos totémicos ayllales.

Al paso del tucuricuc por cada llacta, hatun o marca, los jefes domésticos o interiores, los sacerdotes, todo el pueblo, salían a recibirlo; le exponían sus necesidades, sus quejas, sus anhelos. Se hacían consultas a los amantas, se preguntaban fechas y recuerdos a los quipu-camáyoc. Por parte de los visitantes, se administraba justicia. Se interpretaban augurios. Se daban consejos sobre agricultura, alfarería, tejidos. Y mediante el esfuerzo entusiasta de todos, en una minga general de la parcialidad y a veces de las parcialidades aledañas -fiesta de alegría y de fervor que se ahogaba por la noche en chicha y en lujuria-se realizaba íntegra, o se comenzaba una buena parte por lo menos, la obra regional más importante, la que todos, a gritos, pedían como indispensable: un puente, un canal de irrigación, la apertura o reparación de una vía, la construcción de un templo, de un tampu, ***de una*** cancha

Sorprendente institución la de estas grandes misiones administrativas, a la vez culturales y constructoras, de gobierno y consejo, de inspección, de unificación y de docencia. El paso del tucuricuc y de su séquito por una llacta era un acontecimiento inolvidable por su real eficacia.

La jerarquía de funciones -con miras hacia el gobierno central y dependiendo de él- continuaba hacia las divisiones de familias, hechas siempre con un criterio decimal; así, los hunu-curacac, ***eran jefes de diez mil familias, los*** huaranga-camáyoc, ***los*** pachaca-camáyoc ***y los*** chunca-camáyoc ***eran jefes de mil, cien y diez familias, respectivamente.***

La jerarquía religiosa tenía en su escala máxima al Vilac-Umu, ***el Pontífice Máximo o Sumo Sacerdote. Siempre perteneciente el*** Ayllu-Cápac, ***o sea a la familia imperial Sus atribuciones habían disminuido conforme el inca había centralizado en sí los ritos y las relaciones con su padre el Sol.***

Seguían los Hullca-cuna ***y los*** Umu-cuna, ***sacerdotes administradores del culto en los suyus y en las parcialidades.***

Dentro y fuera también, de lo estrictamente religioso, estaban los amantas. Los amantas eran los intérpretes del hombre, del pueblo, ante el inca, el tucuricuc y las demás autoridades. Su prestigio se hacía, dentro de la marca o hatun, a base de sabiduría y bondad. Y una vez hecho, era profundamente respetado por todos, desde el inca hasta los yanacunas. En lo político y social, el amauta tenía el poder de imploración ante el inca y de consejo, siempre escuchado, ante el pueblo que confiaba en él y lo quería. En lo religioso, tenía la facultad de interpretar los signos del Sol y de explicar los augurios. Tenía mucho del profeta en Israel y las civilizaciones semitas; del oráculo en las civilizaciones mediterráneas. Era el intelectual, el sage. El amauta era una autoridad ética y espiritual

Según las características de la región, la formación in-l—' terna familiar tenía variaciones sensibles. La posición del varón y de la hembra frente al trabajo, a la economía, a la vida en general, no era la misma en todas las regiones del Tahuan-tin-suyu. Pueden, sí, señalarse ciertas formas generalizadas que comprendían la conducta integral del incario.

El matrimonio -colaboración vital, procreación- era obligatorio; monogámico en la clase inferior de simples runa-cunas y con muy poco, casi ningún margen para la elección, pues era endogámico, no para el ayllu familiar o doméstico, sino para la comunidad: marca, hatun, llacta. La poligamia era un privilegio de las clases superiores, con asignación precisa del número de mujeres que podía tener cada curacac, sinche, apu o cápac. La primera mujer que tomaban estos privilegiados se la llamaba Mamanchu ***en ciertas regiones y en las más*** Tacya-Huarmi, ***o sea la esposa, la "mujer fija"; las demás eran las supias, las concubinas. Para elegir la primera, regía la costumbre de una endogamia más o menos rigurosa. Las otras podían ser tomadas en cualquier sitio del Tahuantin-suyu. El inca no tenía límite legal para escoger mujeres. Pero la primera, perteneciente casi siempre a un ayllu de Hurin o de Hanan-Cuzco, se llama-***

ba Coya, ***reina, emperatriz; las demás eran*** pallas, ***princesas, cuando pertenecían a los ayllus cuzqueños, o simplemente*** mamma-cunas ***cuando eran de cualquier región.***

Sin ser de un primitivismo bárbaro -pues se la rodeaba de ritos, de leyes y de símbolos- la vida sexual en el incario no estaba enferma de los prejuicios gazmoños e inhumanos del Occidente envenenado de Edad Media, de feudalismo y falsa religiosidad. El amor, la unión generadora y conservadora de la especie, no era un acto vergonzoso que es preciso esconder en alcobas hipócritas o en alcobas viciosas. Se lo realizaba al aire libre, en la fiesta del sol, en la de la siembra y la cosecha.

Se tenía, es verdad, respeto máximo, supersticioso, por el sacrificio de la mujer en la virginidad, que se estimaba como un privilegio. Eran escogidas entre las más hermosas doncellas de los ayllus cuzqueños, que no fueran bastardas, porque con ellas había de tener hijos el Sol. "Habían de ser vírgenes -dice Garcilaso- y para seguridad de que lo eran, las escogían de ocho años abajo". En este plano, la heliolatría del incario participaba del mismo sentido sexual de la mayor parte de las religiones conocidas. El dios es el esposo máximo. La virilidad suprema. El varón absoluto. La mejor ofrenda que puede hacérsele es consagrarle la feminidad virginal de las mejores hembras. Como verdad o como símbolo. Casi siempre -en los monoteísmos con respaldo metafísico- solamente como símbolo. Los incas tenían guardadas y respetadas con veneración máxima a las Vírgenes del Sol.

En muchas regiones del Tahuantin-suyu -lo cuentan los cronistas de la conquista-, se practicaba la homosexualidad. En forma natural, sin escándalo. Sobre todo en la región del Chin-cha-suyu o Yunga-pacha: la zona litoral, de trópico absoluto. Leemos en Cieza de León: "Pues como estos fuesen malos y viciosos, no embargante que entre ellos había mujeres muchas, y algunas hermosas, los más bellos usaban (a lo que a mí me certificaron) pública y descubiertamente el pecado nefando de la sodomía; en lo cual dicen que se gloriaban demasiadamente". Y más adelante agrega: "...Como les faltasen mujeres, y las naturales no les cuadrasen por su grandeza, o porque sería vicio usado entre ellos, por consejo y inducimiento del maldito demonio, usaban unos

con otros el pecado nefando de la sodomía, tan gravísimo y horrendo; el cual usaban y cometían pública y descubiertamente, sin temor de Dios y poca vergüenza de sí mismos".

Sin duda alguna existía -dentro de lo sexual- cierta clase de preocupaciones semejantes al honor occidental y a los celos. Por lo general, el entregamiento de las mujeres indias a los hombres barbudos, a los viracochas providenciales que vinieron del mar, no fue jamás muy regateado. "Las mujeres son algunas hermosas y no poco ardientes en lujuria, amigas de españoles", afirma el mismo Cieza hablando de las cañaris. Pero también es verdad que, en ciertos momentos, las mujeres indias defendían heroicamente su cuerpo contra la salacidad cabría de los conquistadores. Existió el caso de una Lucrecia indígena. No lo podré contar mejor que Uriel García: "Kori-Okllo es la india bravía, hosca, reacia, como el despoblado de las punas cordilleranas, que no admite ninguna simiente extraña; la india que mantiene su alma virgen de pecado con otro que no sea de su raza, la tierra americana que queda como una reserva para otra conquista y para otra tragedia. Kori-Okllo es aquella india que se untó el cuerpo con estiércol y lodo y dejó matar con saetas atrincada a un árbol, antes que entregarse a la pasión sensual del invasor y concebir maternalmente la otra América -como lo hicieron Chimpu-Okllo, Beatriz Coya, Angelina Guailas Ñusta, etc.-, en defensa, infecunda de la tradición autóctona. Es la india que conserva su pureza cuaternaria, esa pureza que a su contacto todo retorna a lo primitivo, a lo milenario. De ese modo, la mujer india fue de espíritu bravío que defendió la indianidad más que el hombre. Porque aun cuando aceptase serenamente al marido español, después de todo ella no se entregaba con el alma ni con su amor, y al concebir al hijo le imponía al punto la pasión lugareña, más el sentimiento de la patria nativa, la emoción de la tierra, la ternura por las punas; en una palabra, el papel de la india fue el de ligar a la colonia no precisamente al pasado ni a la Historia, sino al territorio y al hogar".

Cori-Ocllo, la Lucrecia del Tahuantin-suyu, ha creado todo un indigenismo literario, falso y perjudicial: se ha transfundido en los indios de ahora la sensibilidad criolla o mestiza de validez esencialmente occidental.

E l arte. Acaso no existe hito mejor para estructurar -desde el plano ansioso de lógica de la Historia- las inextricables trayectorias de una civilización, en sus etapas pre y protohistóricas. El arte, o sea la conducta superior y durable de los hombres en todos los momentos del devenir vital.

Desconfío de la arqueología -en definitiva disciplina histórica, humana, y por lo mismo con un amplísimo margen para la interpretación- desconfío de la arqueología cuando sus datos son mediocrizados por las academias y los académicos; desconfío de la arqueología cuando se inferioriza en manos de dómines pontificantes y magisteriales; desconfío de la arqueología cuando quiere asesinar lo maravilloso y legendario, armada de seudo-certidumbres almidonadas de evidencia, e interpretadas o aplicadas al servicio de criterios históricos estrechos y parciales. Pero la arqueología que hurga la tierra y bucea en las edades muertas, en busca de la huella artística del pasar del hombre; y que con ese dato reconstruya posibilidades y verosimilitudes; la arqueología que define un momento griego entregando a la Venus de Milo; que revela la inmensa y no superada civilización maya-quiché, entregando al asombro deslumbrado del presente la maravilla suprema de Chichén Itzá; la arqueología que exalta al hombre -al hombre de todas las latitudes y todas las edades- con el descubrimiento de las pirámides de Teotihuacán y Tenayucán, es reconstructora, re-creadora, humana. La arqueología nos ha entregado, para que interpretemos ciclos pre-históricos de la indianidad, las ruinas de Tiahuanaco, las fortalezas y palacios del Cuzco, Machupicchu, Tumipamba. No es mucho todavía si lo comparamos a lo que se ha descubierto en tierras mixteco-zapotecas, mayas, nahuas, totonecas, pero es algo para insinuar posibilidades de trayectoria humana, para intentar interpretaciones cronográficas y antropocrónicas.

Tiahuanaco. ***Trabajo de la piedra con sentido arquitectónico y escultórico a la vez: el templo, el palacio, la casa, decorados, reveladores del espíritu ornamental***

Machupicchu ***El castillo, el arrimo del hombre a la montaña. La estilización -acaso mejor la acomodación de la roca cimera a la vida del hombre-. Espíritu de dominación desde la altura al llano,***

por la visibilidad más larga. Sentido de defensa: la roca que rueda la ladera, tiene el poder de aniquilar al enemigo que trata de ascender. Cuzco. Sacsahuamán. Ollantay-Tampu. ***Comunidad, multitud, masa. Una piedra gigantesca, para un uso de colectividad: templo, fortaleza, ágora. No hay el refinamiento individualista, consecuencia de la desigualdad económica y social Tampoco hay el fanatismo delirante de momentos religiosos de angustia -Edad Media y su gótico con las manos puestas-; de momentos religiosos cálidos, voluptuosos, decadentes -el bizantino y sus cúpulas policromadas de mosaicos-; de momentos religiosos retorcidos y lúbricos -el barroco con sus oros, sus angelotes y sus racimos de uva.***

Cuzco. Sacsahuamán. Ollantay-Tampu. ***Piedras grandes para el uso común. Megalitos que solo la fuerza combinada de intereses y voluntad unánimes podía movilizar de un sitio a otro y aun empinar las montañas.***

Tumipamba. Ingapirca. ***Color, oro, nácares. Bizantinismo. Plenitud y, por lo mismo, decadencia. Habla Cieza de León: "El templo del Sol era hecho de piedras muy sutilmente labradas, y algunas destas piedras eran muy grandes, unas negras toscas, y otras parecían de jaspe. Algunos indios quisieron decir que la mayor parte de las piedras con que estaban hechos estos aposentos y templo del Sol las habían traído de la gran ciudad del Cuzco por mandado del rey Haynacapa y del gran Topainga, su padre, con crecidas maromas, que no es pequeña admiración (si así fue), por la grandeza y muy gran número de piedras y la gran longura del camino. Las portadas de muchos aposentos estaban galanas y muy pintadas, y en ellas asentadas algunas piedras preciosas y esmeraldas, y en lo de dentro estaban las paredes del templo del Sol y los palacios de los reyes ingas, chapados de finísimo oro y entalladas muchas figuras; lo cual estaba, hecho todo lo más deste metal y muy fino".***

Carangui, Otavalo, Quitu, Yavirac. ***Fortalezas. Defensa, contra el frío; sentido totémico; tristeza de las montañas blancas y de los valles ateridos. Piedras grandes como el Cuzco.***

Z*OS* yungas *-Chincha-suyu, litoral y ardiente- calcinan el barro y lo atormentan en el retorcimiento de una fantasía febril Los yungas se ocupan poco de la arquitectura, ya sea vivienda, templo o palacio. Tienen la lección de la palmera en el litoral del norte, para saber que es bueno el viento y la cabeza en alto para vencer a la sabandija y al mosquito, a la humedad y a la fiera. En el litoral del sur, de Piura a Tacna, tienen el desdén de la techumbre protectora de la lluvia, y poco les importa en su ambiente reseco que reclama brisas y no conoce la lluvia, la limitación del aposento. Los yungas no tienen arquitectura.*

Tienen en cambio, como ningún pueblo precolombino, la cerámica. Arte sedente: junto a riachuelos refrescantes, bajo la sombra -tan rara de encontrar- de un árbol, los punaes, los huancavilcas, los nazcas, los chimas, expresaban su espíritu y su sed en vasijas de un arte tan vario -de lo más simple a lo más extraordinariamente complicado- en el que hacen palpitar sus anhelos religiosos, sus conceptos morales, sus intenciones sexuales.

Tienen también el sílex pulimentado, que es utensilio y joya; la plata y el oro para la reproducción de los tótems familiares; para los vasos en que han de beber la chicha los incas y los apus. El oro para exornar palacios y templos, para representar al mismo sol El oro para las joyas con ónix y obsidiana.

A lo largo de la gran sierra que florece en nevados y volcanes su gran lomo abrupto están, de sur a norte y hacia oriente: Colla-suyu, Cunti-suyu, Anti-suyu. ***Altura escarpada, con valles, con laderas.***

A lo largo del mar, donde se acaba el mundo, entre el agua salada y las alturas, está una gran faja cálida: Chincha-suyu. ***Es la tierra yunga.***

El incario, propiamente tal, fue una civilización de altura. En las regiones Colla, Cuntí y Anti, prendió mejor la semilla de Manco-Cápac y de Mamma-Ocllo. Allí estaba -¿desde Tiahuanaco, desde antes de Tiahuanaco?- enraizado profundamente el ayllu, el protoplasma hórdico de la gran comunidad incásica.

El sol -nexo congregador fundamental del incario- tiene mayor valencia vital en las alturas. El sol -el intip maravilloso y

esencial- es calor en la sierra. Es luz disipadora de brumas. Gran alegrador de la naturaleza. Todo. Y sobre todo, en las alturas frías, es calor. La heliolatría, sustancia vital del incario, es religión de altura.

En arte -lo acabamos de ver- es la arquitectura, como casa, como palacio y como oratorio, el arte de las tierras altas.

Y en lo social, la comunidad del ayllu, de la llacta, el amor de la Mamma-Pacha, *madre tierra, son un mandato, un imperativo implacable de la tierra fría, triste, inmensa, que obliga a los animales a congregarse en rebaños -ovejas, llamas- y a los hombres a la reunión en pequeño y en grande.*

En las tierras altas no se encuentra la fruta al alcance del diente, ni el pescado cerca de la mano, ni el albergue a la sombra de un árbol cualquiera, como en la tierra baja. Hay que plantar, arañando la tierra para volverla fértil; y ese plantío tienen que hacerlo muchos. Y muchos tienen también que unirse para labrar la piedra y levantar la casa; muchos para abrir el camino que los comunique; muchos para cosechar la mies que el Sol -dios visible de todos- ha hecho madurar. La llacta, el pequeño poblado, es como un arrebujamiento de muchos, un estrechamiento de muchos. Al pie de la montaña nevada o en medio del valle desolado, para entrecomunicarse calor.

El andar de los hombres de la altura, fueteados por el viento glacial, es rápido, saltante. Los hombres de la altura necesitan la chicha para aprovecharle al alcohol su poder tonificante y abrigador; necesitan la coca -sobre todo en Colla-suyu y Cunti-suyu- para engañar la monotonía del tiempo, ampliando sus categorías hasta la perennidad.

La música pentatonal es de una desolada tristeza. Llora en los rondadores la angustia de la puna. Y se oye claro el azotar helado del viento en los pajonales sin límite, su meterse en las cañadas, su treparse a las nieves perpetuas de los montes. Tristeza sin rebeldías, resignada, fatal Esa música no pide, no anhela siquiera: cuenta la pena indígena en forma desgarradora y torturante, pero quieta. Es la nostalgia de los mitimaes, que envuelve con su desolación las punas y los valles. El yaraví y el guayno que laceran al paisaje y al hombre.

D *ara el hombre de la tierra baja, en el trópico, el sol no es, como en la altura fría y translúcida, el amigo de la vida, del reposo, de la felicidad. El sol, en el trópico, hiere las carnes, las flagela sin misericordia. El sol consume las fuerzas, inhabilita para el trabajo, para el paseo, para el viaje. En maridaje satánico con el pantano, el sol del trópico produce la sabandija, el mosquito emponzoñado, la fiebre. Y con ellos, el dolor, la llaga, el enflaquecimiento, la muerte. Se teme al sol, se le huye. Se aman las madrugadas frescas antes de la llegada del Enemigo. En la madrugada se siembra el arroz, se cosecha el cacao. En la madrugada se teje el prodigio del sombrero de paja toquilla, en el trópico ardoroso de Jipijapa. Se aman las tardes, cuando el Enemigo en fuga se ha escondido en el mar: hay brisas, hay un poco de frescura. El hombre y la naturaleza se distienden, se desperezan de la fatiga, de la gravidez imposible de las horas solares. Pero lo que más se ama son las noches. Las iluminan constelaciones de los dos hemisferios. La luna. Millones de cocuyos. Es en la noche el canto y el amor en el litoral del trópico. Y es que nunca son más bellos que en la noche los dioses máximos de la tierra baja caliente: el mar y el río.*

El mar es impulso y esperanza. Es perspectiva y viaje. El mar es el camino mayor de los hombres. Los ríos son caminos que concluyen en él Los ríos avivan y fertilizan la tierra. Pintan de verde sus márgenes en medio del desierto quemante y desolado. Los ríos engendran al valle frutal en las zonas resecas. Y drenan y hacen habitables y humanas las zonas pantanosas y mortíferas. El mar es el pescado, la atarraya, la red, la banca, el pescador. El mar es para el cuerpo desnudo que quiere defenderse de los ataques asesinos del sol, baño constante y fresco, reposo. El río, con sus recodos de misterio, con sus remansos, es plantel de leyendas y de mitos. El mar, franco y abierto, por el que unos se van y no vuelven con sus cuentos lejanos, y otros se van y no vuelven jamás, es también plantel de leyendas y de mitos.

La heliolatría incásica, el culto de los hombres de altura, no llegó, o llegó muy débilmente al Chincha-suyu, ***a la Yunga-Pacha incendiada, brutalizada por el sol Los hombres de la tierra baja, espíritus de ensueño, favorecidos por la noche para la***

meditación fantaseadora y para la metafísica, sintieron una vaga necesidad teísta, y para colmarla, tuvieron a Paccha-Camac, espíritu supremo, superior y anterior al sol y al mar. Y tuvieron a Viracocha Pachaya-Chachic, creador de la tierra y de los hombres. Viracocha quiere decir "mar de aceite". Mar. Y por su fe en el mar, los hombres blancos y barbudos que arrojara el mar en Túmbez -y antes en Atacámez y en Puna- fueron bien recibidos por los hombres de la tierra baja.

El incario, con su fuerza civilizadora y expansiva, creó el sentido del camino, de la ruta, en el Tahuantin-suyu, que hasta entonces fuera simple vecindad geográfica de pueblos que se ignoraban totalmente los unos a los otros.

Los incas -que no conocieron la rueda- ala máxima de la civilización occidental, que pugna por llegar pronto, sin saber a dónde- los incas, que no conocieron la rueda, unieron el gran imperio, en toda su longitud formidable, de sur a norte, con dos caminos admirables que corrían, uno por las escarpaduras y los valles andinos, y otro por la inmensa planicie litoral, de vegetación exuberante hacia el norte, de aridez reseca y calcinada, hacia el sur.

Dice Agustín de Zarate: "... hicieron un camino por toda la cordillera, de la sierra, muy ancho y llano, rompiendo e igualando las peñas donde era menester, y igualando y subiendo las quebradas de mampostería; tanto, que algunas veces subían la labor desde quince y veinte estados de hondo; y así dura este camino por espacio de las quinientas leguas. Y dicen que era tan llano cuando se acabó, que podía ir una carreta por él, aunque después acá, con las guerras de los indios y de los cristianos, en muchas partes se han quebrado las mamposterías destos pasos por detener a los que vienen por ellos, que no puedan pasar. Y verá la dificultad desta obra quien considerare el trabajo y costa que se ha empleado en España en allanar dos leguas de sierra que hay entre el esquinar de Segovia y Guadarrama, y como nunca se ha acabado perfectamente, con ser paso ordinario, por donde tan continuamente los reyes de Castilla pasan

con sus casas y corte todas las veces que van o vienen del Andalucía o del reino de Toledo a esta parte de los puertos. ***Y no contemos con haber hecho tan insigne obra, cuando otra vez el mismo Guaynacaba quiso volver a visitar la provincia de Quito, a que era muy aficionado por haberla él conquistado, tornó por los llanos, y los indios le hicieron en ellos otro camino de casi tanta dificultad como el de la sierra, porque en todos los valles donde alcanza la frescura de los ríos y arboladas, que, como arriba está dicho, comúnmente ocupan una legua, hicieron un camino que casi tiene cuarenta pies de ancho, con muy gruesas tapias del un cabo y del otro, y cuatro o cinco tapias en alto, y en saliendo de los valles, continuaban el mismo camino por los arenales, hincando palos y estacas por cordel, para que no se pudiese perder el camino ni torcer a un cabo ni a otro; el cual dura las mismas quinientas leguas que el de la sierra; y aunque los palos de los arenales están rompidos en muchas partes, porque los españoles en tiempo de guerra y de paz hacían lumbre con ellos, pero las paredes de los valles se están el día de hoy en las más partes enteras, por donde se puede juzgar la grandeza, del edificio; y así, fue por el uno y vino por el otro Guaynacaba, teniéndosele siempre por donde había, de pasar, cubierto y sembrado con ramos y flores de muy suave olor".***

Para reposo de las largas jornadas, para defensa contra el calor en el camino de los llanos, y del frío en el camino de la altura, se habían construido, a distancias regulares de una jornada de andar, edificios de grande amplitud llamados tampus o tambos. Continuemos oyendo lo que nos dice Zarate; nadie mejor podrá contarlo que él: "De más de la obra y gasto destos caminos, mandó Guaynacaba que en el de la sierra, de jornada a jornada, se hiciesen unos palacios de muy grandes anchuras y aposentos, donde pudiese caber su persona y casa, con todo su ejército, y en el de los llanos otros semejantes, aunque no se podían hacer tan menudos y espesos como los de la sierra, sino a la orilla de los ríos, que, como tenemos dicho, están apartados ocho o diez leguas, y en partes quince y veinte. Estos aposentos se llaman tambos, donde los indios en cuya jurisdicción caían, tenían hecha provisión y depósito de todas las cosas que en él había menester para proveimiento de su ejército,

no solamente de mantenimiento, mas aun de armas, o vestidos a veinte o treinta mil hombres en su campo, lo podía hacer sin salir de casa."

El inca -en sus largas visitas paternales-, el tucuricuc, los yanacunas y los mitimaes llevaban a todos los sitios del territorio tahuantinsuyano todas las voces humanas, a lo largo de estos grandes caminos. El caminar a pie por ellos, lento de ritmo y más lento aún por los descansos profundos y comunicativos en los tambos acogedores y amplios; fue acaso la fuerza mayor de unificación nacional que emplearon los incas. Porque el que camina a pie -como en los grandes apostolados esenciales: Moisés, Confucio, Buda, Cristo- se identifica a la tierra, al aire y al paisaje: por todos los sentidos es penetrado por la tierra que atraviesa. Y su contacto con los hombres que encuentra, limpio de mecanismo y de complicación, es el contacto profundo del coloquio, el contacto supremo de la interrogación y la respuesta.

Cultura sin rueda, sin arado: el incario fue edificador de una prosperidad material incontestable: agricultura eficaz; sed de caminos unificadores y civilizadores; arquitectura sólida, sin recargo ornamental, pero imponente, grande; artesanía maravillosa para tratar -en lo útil y en la paramental- el sílex, el oro, la plata, el barro, las plumas, la lana y la madera.

Sería interesante intentar una relación comparada entre la cultura material del occidente europeo en los siglos XIV y XV y la tahuantinsuyana de ese mismo tiempo; dentro de la necesaria relatividad histórico-geográfica y dentro de la contemplación de los diferentes criterios ordenadores de la conducta humana que regían coetáneamente en las dos zonas del mundo: no creemos que nuestros aborígenes llevaran una parte muy desfavorable.

No tuvo el incario altas manifestaciones del espíritu para el mensaje y la palabra: Israel sin Pentateuco ni Salmos; India sin Mahabarata; Grecia sin Homero y sin Esquilo; Anáhuac sin Netzahualcóyotl... Pero el espíritu indígena se expresó -además de las artes de la piedra, el barro y los metales- en la estética de la conducta humana, trasunto de su ética vital Etica no igualada hasta entonces en la historia del hombre, porque como

ninguna, era parte de una superestructura jurídica construida sobre el basamento de justicia e igualdad social, relativamente más perfecto de los hasta entonces conocidos y practicados.

Pero un resquicio de imperfección perdió al incario: la anulación de la célula humana sin un inmediato beneficio social Me estoy refiriendo a la absoluta influencia teocrática de los últimos momentos incásicos, en los que el hombre -ya solo, ya en la comunidad de ayllu o de marca- dio demasiada participación determinante a la divinidad en la producción de los hechos de la naturaleza.

Así, el mito de Viracocha Pachaya-Chachic -divinidad irracional y milagrosa- suscitó las grandes guerras civiles del Tahuantin-suyu: la de los chancas, en pleno imperialismo expansivo y triunfante, y la de Huáscar contra Atahuallpa, epílogo de la historia incásica. El teocratismo introdujo en la vida aborigen dos elementos de inoperancia y derrotismo: la resignación y la inactiva esperanza. Los dos igualmente nocivos para el individuo y la masa. Los dos destructores de la personalidad humana y de la personalidad social Los indígenas -solos o en la comunidad del ayllu- sintieron la fuerza de lo providencial en el inca o el sol y renunciaron a actuar. Se anestesió en ellos el espíritu de rebeldía y las perspectivas dinamizadoras de la superación.

Por eso, el momento en que se produjo la bicefalia política -Atahuallpa y Huáscar-, se hizo el desconcierto teocrático: Viracocha sirvió para que la ambición de los jefes dividiera al incario.

Y entonces fue el final

HUAYNA-CÁPAC
EL GRANDE

Para la vista vulgar no era más que un punto en el lejano horizonte; pero la del sagaz monarca parecía descubrir en él el germen de la tormenta que había de extenderse y desarrollarse hasta reventar en toda su furia sobre su nación

W. H. Prescott *Historia de la conquista del Perú*

Huayna-Cápac ya no sueña en más conquistas. No es que Paccha, la nueva esposa, haya detenido su carrera triunfal; sino que, a base de razón y de amor, quiere guardarlo para las obras de la paz, para la organización de las provincias, para la mejor y más conveniente distribución de los ***mitimaes,*** en toda la extensión del imperio.

En las tardes desoladas y luminosas de la hoya quiteña, el inca, arrebujado en su gran poncho de lana de las vicuñas del Cuzco, cuenta a la joven princesa de los quitus la leyenda maravillosa de su origen divino y le dice cómo, en horas de luna, sus abuelos Manco-Cápac y Mamma-Ocllo, los primeros hijos del Sol enviados a la tierra, aparecieron por el sur, emergiendo de las aguas heladas del lago Titicaca, y buscaron con el clavo de oro la tierra que debía ser cabeza del imperio. Paccha, a su vez, relata al esposo la leyenda cosmogónica y humana de Quitumbe, que arranca del diluvio universal; y se emociona al decir la maravillosa fábula de ***Guayanay*** —que significa golondrina- el portador de la primavera, de la paz, de la fecundidad, y que en su absconditez simbólica expresa lo mismo que evangelista, llevador de buenas nuevas.

La significación confluente de las dos leyendas, la del sur y la del norte, la de Manco-Cápac y Mammá-Ocllo, como la de Quitumbe y Guayanay, apoyan y confirman los anhelos de la india: ella

quiere que su marido y rey abandone ya los caminos de guerra. Que piense más bien en dirigir las obras de labranza, en estimular y enseñar a los tejedores, a los alfareros, a los orfebres, todas las lindas cosas que se hacen en el Cuzco para los templos del Sol y las residencias de cápacs y de apus. La india quiere que en las tierras suyas, de los quitus, los cayambes, los caranguis, se edifiquen templos y palacios como los de la gran ciudad remota, y como los que Tupac-Yupangui y él mismo, Huayna-Cápac, han hecho construir en Tumipamba, hatun de los cañaris.

Paccha quiere que sus pueblos, de suyo peleadores e indomables, olviden la crueldad de los conquistadores del Cuzco y que las yaguarcochas —lagos de sangre— que conservan recuerdos de odios y de muerte, sean purificadas en el trabajo y en la paz.

La fatiga física del inca, causada más que por los años, por la guerra y los augurios trágicos de los amautas, se deja acariciar por este amoroso reposorio. La excesiva altura de Quito —a pesar de que el Cuzco es también bastante elevado— ha enflaquecido sus fuerzas, y acaso irregularizado la presión arterial. Gran amoroso, engendrador fecundo, se apoya ansiosamente en sus últimas reservas de virilidad, junto a la india fuerte y sana que ha sabido darle hijos y, entre varios, el que reproduce, colmando su anhelo, las ambiciones, la audacia, el talento y la astucia de los grandes incas: Atahuallpa.

Paccha —la mujer, la india amorosa de sus tierras, la hija del último señor de los quitus, la madre de Atahuallpa- Paccha, en suma, quiere guardar al inca en Quito para dar alturas imperiales a su lecho, para asegurar el futuro dinástico de Atahuallpa, para no dejarlo ir a la capital del imperio, donde está la legítima coya.

La india teme que, al reemprender sus aventuras de conquistas, sobre todo hacia el sur y hacia el oriente, Huayna-Cápac, libre del alcance de sus redes de sensualidad y persuasión, tome el camino de su capital, quizás para no volver nunca más, porque allá lo reclama la gobernación del imperio y el culto del Sol.

Teme Paccha porque allá, en la ciudad imperial, está la otra, la coya legítima, la verdadera ***Mamma-Cuna.*** Y está también el rival de su hijo, el primogénito del ***Ayllu-Cápac,*** Huáscar inca, here-

dero legítimo del ***llauto*** imperial. En su contra están las leyes del incario, las razones políticas, la tradición, jamás violada, relativa a que los incas deben residir siempre en el ***ombligo del mundo.*** Pero en su favor está lo humano, lo vital.

En efecto, Huayna-Cápac no ofrece resistencia. Paccha, india fuerte y joven, domina fácilmente al varón en decadencia.

Por otra parte, este hijo del norte, nacido directamente bajo el sol, en la mitad del mundo, este Atahuallpa indómito y temerario, es una especie de reconfortante en su declinación. El inca había observado que, desde la infancia, mientras las pláticas familiares alrededor de la hoguera que calienta, ilumina y sirve para tostar maíz, cuando relataba las batallas ganadas por Tupac-Yupangui y por sí mismo, y los generales remarcaban episodios de arrojo, de crueldad y de muerte, los ojos duros del príncipe quiteño se iluminaban de fulgores extraños; se acercaba más al grupo de los platicadores y se estremecía todo ante el desfile de proezas de sus antepasados. Y luego "bien pronto las gracias infantiles del niño cautivaron más y más el corazón del padre. Atahuallpa era despierto de ingenio, ágil, expedito y de memoria feliz; se mostraba animoso y resuelto, presagiando en los entretenimientos de la niñez las aficiones guerreras de que dio prueba más tarde en la edad madura. Huayna-Cápac gustaba de tenerlo siempre a su lado, haciéndole comer en su mismo plato y enseñándole, en persona por sí mismo, todas aquellas cosas que constituían la educación de los príncipes en la corte de los señores del Cuzco", según cuenta González Suárez.

El viejo emperador sintió el halago de este hijo, que tenía significado de aventura de amor y guerra, que confirmaba su derecho a portar la esmeralda ***shyri*** junto al ***llautu*** inca, y en el cual se reproducían las grandes cualidades de la estirpe heroica de los hijos del Sol. Fue él, Atahuallpa, el hijo que le hizo sentir más en verdad la paternidad de la carne, un poco fuera de las líneas rigurosamente tradicionales del incario endogámico. A todas partes se hizo acompañar por él, desde que el niño estuvo en edad capaz de soportar las durezas de las campañas, las grandes marchas por la ruta de la sierra o la ruta del llano, las horas varoniles y rudas de montaña y de tienda.

De su último viaje a la capital del imperio, había traído el inca la certidumbre de que su primogénito Huáscar, el hijo de la coya Mamma-Raurau-Ocllo-Cusi-Huallpa, su esposa legítima, el heredero legal, no tenía condiciones ni capacidades para regir el vasto imperio del Tahuantin-suyu que su padre Tupac-Yupangui, y principalmente él mismo, habían conquistado, unificado y hecho realidad magnífica.

Huáscar inca, nacido entre la riqueza imperial de los hijos del Sol, producto de una cópula legal y hereditariamente incestuosa, por varios siglos ya; cuidado en su infancia, mientras las guerras de su padre, por *las* ***pallas*** y ***ñustas,*** mimado entre mujeres, tenía todas las características de un fin de raza. Era un fin de raza, realmente. Las reservas vitales de la dinastía, fundada siglos atrás por Manco-Cápac y Mamma-Ocllo, después de producir deslumbramientos máximos con Pachacuti-"Viracocha", con Tupac-Yupangui y sobre todo con Huayna-Cápac, parece como que hubieran dado todo de sí, se hubieran agotado ya.

El Cuzco, la Roma del nuevo hemisferio, habiendo llegado al ***climax*** de su desarrollo, presentaba los estigmas inequívocos de una capital imperial en decadencia. Y en ese ambiente envenenado por la chicha de jora y por las hojas milagrosas de la coca; en ese ambiente habíase desarrollado la infancia y la primera juventud de Huáscar. Durante la ausencia del gran inca, todos se habían empeñado en ser gratos al príncipe niño y la mejor manera de ser gratos a los niños es no contrariarlos nunca, mimarlos con exceso. Huáscar fue un producto dinástico en declinio, el final enflaquecido que, a lo largo de toda la historia del mundo, han ofrecido los regímenes en decadencia.

Huayna-Cápac lo comprendió así, definitivamente, cuando su viaje último, al ***ombligo del mundo.***

Además, a todos los pueblos del imperio, y con mayor prontitud y precisión al Cuzco, había llegado, aumentada por la distancia, engrandecida al pasar por millares de bocas sucesivas, la noticia de los amores del inca con la princesa quiteña, hijo del último señor de las naciones caras. Y un murmullo muy vago —que no llegó jamás en forma precisa y distinta hasta el monarca— habíase repan-

dido en la corte imperial y desde allí, a todos los extremos del Tahuantinsuyu. Murmullo hecho de desconfianza, de recelo, de desagrado, porque el más grande de los hijos del Sol —nacido en tierras de Tumipamba mientras guerreaba su padre Tupac-Yupangui con las naciones cañaris— manifestara tan poco apego a la ciudad imperial y sagrada, a su mujer legítima y aun al mismo heredero imperial. Y que todo este despego se debiera a los hechizos de una india perteneciente a un ayllu lejano y al bastardo de esa unión, al cual, ya se empezaba a murmurar, iba probablemente a entregar Huayna-Cápac el ***llanta*** de los hijos del sol.

En su último viaje hasta el Cuzco, no muy reciente por cierto, el inca había podido percibir este ambiente en su inmenso y diseminado vasallaje, ambiente que había llegado a él con dos distintas significaciones: de queja y de loanza. En las naciones caras, en Puruhá, en Mocha, en las marcas cañaris, donde los saraguros, los zarzas, los paltas, hasta Caxamarca, una impresión general de beneplácito había hecho comprender al inca que el joven príncipe norteño había hecho avanzar bien lejos el dominio de su simpatía personal, de su valer, de su fuerza. En cambio, desde allí hasta el Cuzco —y muy singularmente en el Cuzco— una queja subterránea, contenida, no perceptible en la superficie, había llegado en formas y momentos muy diversos, a la perspicacia fina y experimentada del monarca. Esa queja, recogida en los más varios sectores del pueblo, no era producto de intrigas palaciegas, sino del más profundo sentimiento de amor hacia el inca, hacia su hijo primogénito, el dulce príncipe Huáscar y, principalmente, hacia la gran ciudad del Cuzco, que decaía en su esplendor y su importancia con las ausencias prolongadas de Huayna-Cápac; y, sobre todo, con el rumor de que el llautu pasaría a Atahuallpa, el bastardo de Quito, quien seguramente trasladaría la capital del Sol a su ciudad nativa, dejando abandonado el ombligo del mundo.

Huayna-Cápac, en su último viaje al Cuzco, había percibido claramente todo esto y se había impresionado hondamente con la pena sincera y sencilla del pueblo, que le rogaba por todas las voces: "no te vayas, padrecito". "No nos abandones".

Por eso hoy, que Huayna-Cápac siente la necesidad, la urgencia ineludible de hacer una visita a su capital, después de un tiempo ya demasiado largo de inmovilidad, vacila. Vacila, acaso por primera vez en su larga y fecunda vida de conquistador y gobernante, siempre pronto a la decisión y a la ejecución de lo resuelto. Repetidos emisarios le han llegado desde el Cuzco, de los pueblos y villas intermediarios de la costa y la sierra, hasta Quito, y aun de las naciones coyas y las naciones anti, en el límite extremo del imperio, ya en la frontera de los promancaes. Todos a pedirle que vaya.

Unos le anuncian disturbios, descontento de marcas recientemente sometidas y que, viendo la inactividad del inca, han recobrado sus hábitos de insumisión, como los chancas, y los chachapoyas. Otros le traen quejas de curacas desobedientes a las leyes del imperio, a los mandatos del inca. Aquéllos vienen con la noticia de que el Misti ha comenzado a vomitar fuego, que la tierra se estremece y que los ***tampus*** nuevos de la carretera imperial se han destruido.

Hay también los portadores de las buenas noticias. Vienen a hablarle de los progresos del camino real de las montañas, de las calzadas hechas para nivelar las quebradas, de los puentes colgantes para atravesar los ríos. Hasta le presentan embajadores de tribus basta allí no sometidas que, seducidas por la grandeza del incario, vienen a pedir a Huayna-Cápac la merced de ser admitidos como vasallos suyos. Y otros que, en guerra o rivalidad con pobladas vecinas, o molestados por irrupciones de parcialidades nómadas, vienen a someterse al inca, para obtener en cambio su poderosa alianza y su apoyo invencible.

Entre esos emisarios, los que más han impresionado al inca son los que por dos ocasiones, y refiriéndose a momentos distintos y a diferentes lugares de la costa, le han hablado de unos extraños hombres pálidos, vestidos de hierro, con abundantes cabellos en la cara, que han aparecido más o menos en los mismos parajes por donde la leyenda cuenta que llegaron los caras, fundadores de las naciones del norte. La primera ocasión, si bien recordó las profecías de Viracocha, Huayna-Cápac solo recibió noticias imprecisas, que, sin embargo, lo preocuparon mucho; y ordenó una mayor vigilan-

cia de las costas y mayor prontitud a los informadores —chasquis— o correos del imperio. La segunda, más detallada ya, sumió al inca en gran preocupación, y creyó del caso consultar al Vilac-Umu, a los amautas y sacerdotes que, desde el Cuzco, había traído en su séquito, que hizo venir otros del servicio del templo de Cori-Cancha -el lugar del oro— casa predilecta de su padre el Sol, y en donde le eran más gratos los sacrificios de sus hijos, los incas imperiales.

EL INTI-RAYMI

Preparábanse todos generalmente para el Raymi del Sol con ayuno riguroso, que en tres días no comían sino un poco de maíz blanco crudo y unas pocas hierbas que llaman chucam, y agua simple. En todo este tiempo no encendían fuego en toda la ciudad y se abstenían de dormir con sus mujeres.

El Inca Garcilaso de la Vega ***Los Comentarios Reales***

Para implorar el auxilio de la divinidad, para obtener que la claridad del sol ilumine el pensamiento de los amautas y de los sacerdotes, tres días antes de aquel en que se había de producir el augurio, el inca, sabiendo llegada la época del ***Intip-Raymi*** -la pascua del Sol- ordenó un ayuno general -en el que solo era permitido mascar unos granos de maíz y unas hojas de coca— a todos los moradores de las llactas y marcas aledañas de Quito y, según los ritos tradicionales, dispuso que, durante esos tres días no se hiciera lumbre en ninguna casa de habitación ni lugar público, a fin de que el fuego que viniera a iluminar la tierra fuera encendido directamente por el padre Sol; ni se tuviera unión carnal con las mujeres

Cumplidos los tres días de ayuno, de ausencia de fuego y de amor, en la madrugada del cuarto el inca ordenó que todos los apus, los sinches, los amautas, los sacerdotes, los curacas de las parcialidades cercanas, el pueblo todo, de Añaquito hasta Cotoc-Collao, se congregaran en la cumbre del Yavirac, parados de sus mejores galas, y cada clase con el distintivo particular que, desde las épocas de Manco-Cápac, les había sido concedido.

Iba a realizarse la salutación y el ofertorio al Sol, rito indispensable para ganar la gracia, para purificarse, para merecer que la

iluminación solar ayude al Vilac-Umu y a los amautas a decir el augurio. Rito que, ordinariamente, se celebraba en el equinoccio de verano en Quito y que esta vez coincidió con uno de los anuncios de aparición de los hombres blancos y barbudos por el río de las Piedras Verdes.

Llegado el momento, cuando apenas unos rayos cárdenos insinuaban el sitio de la gloriosa aparición solar, el inca, que había pasado la noche en insomnio, encuclillado bajo su rico y pesado poncho de vicuña, masticando incansablemente, con sus dientes blancos, grandes y filudos, las hojas de la hierba sagrada del descanso y la iluminación, la coca de los bosques, se irguió lentamente y salió a la puerta del aposento imperial, situado en Tioc-tiuc, muy cerca de la colina de Yavirac, donde se hallaba el templo. Fuera lo aguardaba ya, silenciosa, grave, la muchedumbre convocada.

Con las muestras más rendidas de humilde acatamiento se acercaron al inca los sacerdotes -que se los distinguía por el disco de oro, representando al sol, que llevaban prendido en el pecho-precedidos por el Vilac-Umu, augur supremo y Sumo Sacerdote. Venían luego los ayllu-camáyoc, cuya indumentaria e insignias se parecían más a las del inca, a medida que estaban más próximos a él por la sangre y por la divinidad. Allí están los que, por distinción altísima, han merecido el privilegio de cortar sus cabellos con "navajas de pedernal"; los que, igual que el inca, tienen las orejas horadadas y son más grandes en posición oficial mientras más grande tienen el horamen, por los pesos que han soportado, en los zarcillos de oro; luego aquellos que por merced imperial pueden adornarse con la sagrada trenza de lana en la cabeza, el llautu incásico; solamente que, a diferencia del inca, cuya borla está tejida con lanas de todos los colores, los magnates solo pueden usarla, de color negro. Por último, los pobladores de ayllus cercanos que, durante los tres días de ayuno, han podido llegar hasta Quito: desde las alturas del Rumiñahua, el Pasochoa, el Sincholagua; del valle enorme y frío de Puichig, de Güitig y Machachi; de la llanura tibia que se extiende a los pies del Ylaló; los de Cotoc-Collao; los de las faldas del Rucu y del Guaguapichincha.

Diez y seis indios, uno por cada marca de las más cercanas, se adelantan hasta los pies del inca, portando la litera real, "aforrada de plumas de papagayo de muchos colores, guarnecida de chapas de oro y plata". Luego, ocho indios acercan otra litera, de madera y pieles, para el Vilac-Umu. Finalmente, una litera descubierta, forrada de oro y pieles, llevada también por ocho indios, para el hijo preferido del inca y de la sola y única reina de estos reinos: Atahuallpa.

Cuando subió Huayna-Cápac a la litera imperial, "como tallos de maíz abatidos por la tempestad", los indios se abaten contra el suelo, las rodillas en tierra, la cabeza inclinada, y elevan luego, en suprema reverencia, solo dirigida al padre Sol y a sus hijos los incas, las manos hacia arriba.

Los portadores de la litera del inca visten largos ponchos blancos y cada uno, según su nacionalidad, lleva más o menos alto en recorte del pelo y más o menos largas las orejas. Amautas y sacerdotes jóvenes llevan la litera del Vilac-Umu. Hijos de curacas de los pueblos cercanos, en premio a su valor y a su virtud, han merecido ser los portadores de la litera de Atahuallpa.

Dio el inca la señal de marcha. Le preceden, antes que nadie, los servidores del camino: un centenar de indios jóvenes cuya misión es ir limpiando de piedras, de ramas y hasta de hojas la ruta que debe seguir la imperial comitiva y alfombrarla de flores. Son luego los danzantes: indios adolescentes, casi niños, ceñidos de cinturones de plumas de diversos colores, traídas desde Papa-llacta; y tocados de diademas de plumas multicromas; asimismo sus brazos están cuajados de pulseras hechas con pequeños discos de plata y oro, ensartados; y sus tobillos están también adornados con ajorcas hechas de rodelas metálicas. Suenan los ***pingullos*** en la fila inicial, y al ritmo monótono de una música desolada, comienza la danza, una danza hecha de saltitos cortos, alternados con vueltas que sacuden pulseras y ajorcas, produciendo un ruido estridente y metálico.

Cuando se inicia la marcha —a una señal del inca— los danzantes arrecian sus pasos y sus sones. Avanzan precipitadamente algunos metros, luego regresan hasta casi rozar la litera imperial, y

nuevamente, en saltitos precipitados y nerviosos, avanzan hacia el frente. Y así durante todo el día.

Rodean la litera del inca los sinches, los apus y los parientes del emperador. Al Vilac-Umu, los amautas y los sacerdotes. Y al ***shyri*** de los caras rodéanlo los curacas de los hatun cercanos y los generales del imperio que lo tenían en predilección. Después, todo el pueblo.

Desde la pequeña planicie que se forma en la ladera de Tioc-tiuc, en donde se halla la residencia imperial, el cortejo inmenso se dirige hasta las alturas de Yavirac, donde está el templo del Sol, y desde cuya plaza podrá el inca, antes que ninguno de los hombres, ver la aparición de su padre el Sol.

Muchos pasos hay que dar hasta llegar a la numa sagrada. Muchas vueltas tienen que hacer los danzantes delante de la litera del inca. El cielo empalidece ya por las alturas de Itchinbía y al sol, aún ausente, ribetea ya de oro algunas nubes cercanas el corte del horizonte. La colina sagrada está aún en tinieblas. La gran serpiente humana, de cabeza cascabeleante, ha dado siete vueltas a la espiral que conduce hasta el templo; las tres literas han coronado ya la cima. Todo el horizonte se ha aclarado. El Pichincha recibe en sus cumbres agrias y hoscas las primeras miradas del sol.

La última genuflexión de los danzantes. En el centro de la inmensa plaza, cuyo telón de fondo es el templo, los cargadores de las literas, suavemente, echan rodilla a tierra. Luego, más suavemente aún, depositan la sagrada carga. Cuando el inca, el Vilac-Umu y Atahuallpa ponen pies en tierra, toda la muchedumbre se doblega otra vez "como tallos de maíz abatidos por la tempestad". Se encuclillan también Atahuallpa y el Sumo Sacerdote. Queda en pie únicamente —con la mirada baja, las manos extendidas y levantadas en alto— Huayna-Cápac, el hijo del Sol, que avanza majestuosamente algunos pasos en dirección de Levante, en diálogo supremo con su padre, que comienza ya a asomar.

En ese instante máximo, en que las cimas neblinosas y la lobreguez de todas las quiebras del Pichincha y los valles todos que se dominan desde el Yavirac, se iluminan en un milagroso desper-

tar andino; suenan en estrépito delirante las flautas, los cascabeles y los tambores de los danzantes. La muchedumbre inmensa, de hombres y mujeres que ha seguido el cortejo, y a la cual el sol enciende de policromías sorprendentes, se ovilla más aún contra la tierra para sí, inerme, rendida, anonadada, ser más digna del saludo del dios.

Para este gran Intip-Raimy, preñado de augurios desconcertantes y tremendos, Huayna-Cápac se ha revestido de toda la fastuosidad del incario, de todas las insignias sagradas, para así hallarse más cercano y más digno de escuchar las revelaciones de su padre el Sol. Lleva un vestido hecho en tejido finísimo, de lana de las vicuñas del Cuzco, mezclada con hilos de oro. Sus orejas están agrandadas por pendientes enormes también de oro. Ha cuajado sus brazos de pulseras; sobre el cuello lleva el peso de collares y cadenas de oro y grandes esmeraldas. Su cabeza está ceñida de la trenza de lana, de donde cuelga la borla de muchos colores, insignia máxima de su estirpe solar. La diadema de oro a la cual están sujetas las plumas de Coraquenque -el pájaro sagrado que debía dar sus plumas para un solo emperador y luego morir— completa la indumentaria rutilante del gran inca.

El Vilac-Umu, en actitud humilde, cargada su espalda del peso ritual que debe mantenerlo agobiado, como a todos los grandes del imperio, en presencia del hijo del Sol; acercó hasta poner a cada lado del monarca dos pondos de barro decorado, rebosante de chicha de jora el uno y vacío el otro; y luego presentóle la chicha en dos grandes vasos de oro.

El inca tomó en sus manos las cántaras repletas y, elevándolas en alto, ofreció al Sol el contenido de la que tenía en su mano derecha, rogándole que lo aceptara y lo vertió luego en el pondo vacío que, por una comunicación de un canal subterráneo lo llevaría hasta la casa del Sol, en el interior del templo. Del vaso que tiene en su mano izquierda, bebe el inca un trago, "que era su parte" y luego lo va ofreciendo a todos, comenzando por su hijo Atahuallpa y el Sumo Sacerdote. Cada apu de sangre imperial —pues solo ellos, sangre del Sol mismo, según la tradición de Manco-Cápac podían beber del licor santificado por el ofertorio al dios-. Cada apu de sangre imperial

recibió su parte de chicha en vasos pequeños de oro o de plata, que llevaba consigo cada uno para el rito; y si el licor del vaso original, consagrado y divino por haber sido elevado hasta el sol y por haber puesto en él sus labios el inca se concluía, el mismo emperador volvía a llenarlo, hasta que les haya tocado su porción a todos.

A los curacas de los hatun cercanos, a los llacta-camáyoc que habían podido asistir a esta Intip-Raimy, y que por no ser de sangre del Sol no eran dignos de tomar la chicha de los vasos imperiales; Atahuallpa les entregó otras cántaras repletas de chicha también, hecha por las pallas de estirpe cara; y mientras recorría a las gentes que no estaban unidas al grupo central —reservado únicamente a la parentela del Sol— y les hacía don de cántaras de chicha, el joven nieto de Cacha y de Hualcopo, hijo de la reina legítima de aquellas naciones, era acogido con muestras de cariño y sumisión iguales a las que habían hecho al inca. Solo diferentes en el fervor de simpatía, una especie como de rabioso amor que sentían hacia este inca quiteño que para ellos —pueblos dominados— no solo significaba una esperanza de liberación, sino una esperanza de desquite triunfante sobre sus conquistadores. Pues era sabido entre todos los pueblos sometidos -desde los tulcanes a los guancabambas— que Huayna-Cápac, que amaba a Atahuallpa más que a todos sus hijos bastardos y legítimos, y que lo creía mucho más digno de heredar el imperio que su primogénito, esperaba sólo una invitación del Sol, la interpretación favorable de un augurio, para designar como su sucesor al hijo de la princesa de los quitus.

Atahuallpa conocía y estimulaba estos movimientos de su pueblo. Y entonces su gran astucia, en todo momento, se empleaba en armonizar sus actos exagerados y constantes de sumisión y amor a su padre Huayna-Cápac, con los sentimientos regionales aún indómitos de las naciones sobre las cuales había reinado la estirpe de su madre.

Desde el sitio donde se realizó el saludo y el ofertorio al Sol, una vez que las libaciones sagradas hubieron concluido, Huayna-Cápac se adelantó majestuosamente hacia el templo, siempre con los brazos en alto. Lo seguían de bastante cerca el Sumo Sacerdote,

Atahuallpa, los otros hijos del emperador y todos los príncipes de sangre solar. Sólo el inca llegó hasta el templo sin descalzarse sus sandalias. Cuando el hijo del Sol puso su pie derecho en la tierra consagrada, todos los del grupo que le seguían descalzaron sus pies y caminaron así muchos pasos hasta llegar a la casa del Sol. Dentro ya del templo, Huayna-Cápac ofreció a su padre el Sol los dos vasos de oro en que hizo el ofertorio. Los otros príncipes de vasallos o de corte entregaron a los sacerdotes los vasos de oro en que habían hecho la libación ritual, para que fueran todos depositados frente al gran disco de oro —casi tan grande como el de Cori-Cancha- con la imagen del Sol.

Cuando los ***Huillca-cuna*** y los ***Umu-cuna*** concluyeron de recibir y depositar ante el Sol los vasos del ritual, salieron a las puertas del templo para recibir también las ofrendas que, desde marcas cercanas —y aun lejanas— han traído los mitimaes, esos indios tristes, trasplantados de sus lejanas pachas, que vienen a conquistar la gracia del Sol para el retorno imposible.

Después de la ofrenda, se organizaron nuevamente los grupos en sus sitios, por ayllus, fuera ya todos del santuario. El inca, en medio de la plaza, se ha sentado en el sillón de oro macizo de su litera imperial, rodeado de los apus y de los sacerdotes. Ha llegado la hora de los sacrificios augúrales y de interrogar al Sol, por medio de las vísceras de animales tomados en sus propios rebaños, si se hallaba contento o descontento de sus hijos; si se avecinaban para ellos días alegres o tristes.

Hasta la piedra de los sacrificios, que está delante del trono del inca, los sacerdotes jóvenes acercan al Vilac-Umu, provisto de su puñal de piedra, una oveja machorra, cuyo vientre debe ser abierto para ver dentro las entrañas "no acabadas de morir". Para los sacrificios del ritual incásico debían escogerse solo a las hembras estériles. Las hembras fecundas son eslabones de la cadena de la especie. Su mensaje lo dicen al parir y entregar al Sol y la tierra nuevas voces y nuevas vidas, prolongación de la suya. Las hembras estériles, en cambio, son un final de estirpe. Su mensaje lo llevan dentro de ellas mismas. Por medio de sus entrañas palpitantes, pero ya in-

hábiles para perpetuar la vida, habla el Sol a sus hijos. La verdadera voz del Sol está al final.

Alrededor del Vilac-Umu, pero a respetuosa distancia del inca, todos los jefes, los sacerdotes jóvenes y los amautas, se estrechan para estar más cerca de la víctima en el momento del sacrificio, y descubrir con mayor certidumbre el augurio, la voluntad del Sol en las entrañas palpitantes.

El lenguaje del Sol es conocido por los iniciados: los amautas, los quipu-camáyoc y los sacerdotes. Si los pulmones saltan palpitantes y las venillas y canales que conducen el aire hasta ellos están hinchados, el augurio es feliz. Es triste el augurio si la bestia sacrificada, violentando a los que la sujetan, se pone en pie durante el sacrificio. Lo es malo también cuando, al realizar el sacrificio, se hallan roto el corazón o los pulmones.

Rompió el Vilac-Umu con su puñal de pedernal la piel de la oveja machorra. La bestia, en un desesperado esfuerzo, logró liberar sus patas delanteras, y al penetrar el pedernal, por la fuerza del animal herido, se ha destrozado el corazón.

El augurio es, pues, triste. El padre Sol no está contento de sus hijos...

La fiesta del Intip-Raimy, como era de rito, continuó sin embargo. El Vilac-Umu, los amautas, los quipu-camáyac, precedidos por el inca, se retiraron al interior del templo. Van a interpretar el augurio, a descifrar la voz del Sol.

LA PROFECÍA DE VIRACOCHA

... Yo soy hijo del Sol y hermano del inca Manco-Cápac y de la colla Mamma-Ocllo-Huaco, su mujer y hermana, los primeros de tus antepasados; por lo cual soy hermano de tu padre y de todos vosotros. Llámome Viracocha-Inca; vengo de parte del Sol nuestro padre... **Inca Garcilaso de la Vega** *Los Comentarios Reales*

Huayna-Cápac, después del sacrificio, se abatió profundamente, sintió que viejas profecías, guardadas por los quipi-camáyoc, iniciaban su cumplimiento. En ellas se decía que después del reinado del inca XII el imperio acabaría. De aquel decir, que no podía ser creído, pues no es posible que se acabe el Sol, se habían hecho distintas interpretaciones, todas favorables a la grandeza y permanencia de los descendientes de Manco-Cápac y de Mamma-Ocllo.

Pero el gran inca veía más hondo y más claro. Su fina penetración de gobernante, conocedor profundo de la organización, de las costumbres y, más que todo, del espíritu de las diversas naciones que componían el Tahuantin-suyu, le hacían sentir que la esencia disgregadora de su imperio, esa fuerza que, desde la iniciación llevan en sí todos los procesos de integración política, estaba ya en el momento de producir sus efectos y de salir a la superficie en forma de recelos mutuos, de desconfianzas, de odios.

En el cuarto aposento del templo —cuyo plano y disposición eran semejantes a los de Cori-Cancha y de Inga-pirca, aunque menos ricos que ellos— dedicado a los sacerdotes y más servidores del Sol, el Vilac-Umu, en presencia de Huayna-Cápac, celebró consejo con los amautas y los quipu-camáyoc para, de acuerdo con el resultado adverso de los sacrificios del Intip-Raimy, con las impresiones del Sol y, sobre todo, con las anotaciones de la historia del imperio,

llevada por los quipu-camáyoc, pronunciar el augurio y darle su interpretación.

Después del consejo, el Vilac-Umu se dirigió, en forma humilde, hasta el trono del emperador, y con voz monótona, pudiera decirse lastimera —e l tono y la tristeza de la voz eran iguales en caso de feliz augurio —con la cabeza fija en tierra y los lomos inclinados por el peso ritual, dijo la profecía y explicó así el augurio:

Reinaba Yahuar-Huácac, cuarto hijo del Sol, dulce y suave como el ***chaguar-mizhqui,*** que siempre quiso gobernar por el amor más que por el miedo. Su reino fue de trabajo y de paz. Sólo cuando los pueblos del Cuzco y sobre todo los apus de sangre real le reprocharon que nada había hecho por extender los límites del imperio, él, que siempre creyó agrandar sus dominios por atracción persuasiva y no por fuerza, consintió en armar un gran ejército para lanzarse a la conquista de las provincias ricas e indomables de Caranca, Hullaca, Llipi, Chicha y Ampara, que faltaban para integrar el Colla-suyu. Pero a diferencia de los anteriores incas, Yahuar-Huácac, que no gustaba de la violencia, no asumió personalmente el mando del ejército, sino que lo confió a su hermano, el gran sin-che Apu-Mayta-Cápac.

Los éxitos militares, como siempre, fueron grandes, y el imperio del Sol se engrandeció por la conquista de esas ricas naciones.

Toda la pena que al pacífico Yahuar-Huácac le produjo la necesidad de hacer la guerra, fue aumentada por un dolor doméstico inesperado, cuya causa era su hijo primogénito.

Resulta que el príncipe imperial, Pacha-Cuti-Inga-Yopangui, demostró desde su infancia las condiciones más duras y más díscolas, acompañadas de un espíritu vivo y lúcido que las hacía más peligrosas. Por vez primera, en el propio palacio del inca había surgido quien osara apartarse de sus órdenes, hacer su voluntad aun por sobre la voluntad divina del inca. Ese rebelde era nada menos que el príncipe heredero, el hijo en quien Yahuar-Huácac había puesto todas sus esperanzas.

Cansado de medidas de suavidad y amor, el inca resolvió enviar al campo a Pachacuti, lejos de sí, en estado de desgracia y casti-

go, advirtiéndole que, de no enmendarse en veinticuatro lunas, lo desheredaría. Resuelto esto, ordenó a sus más fieles servidores que condujeran al príncipe mediodía de caminar hacia donde sale el Sol y allí, en una llanura donde pastaban los rebaños solares, lo dejasen abandonado hasta que dulcificara su condición o hasta que llegara la hora de confirmarle el castigo de desheredamiento, si no se enmendaba. El bondadoso Yahuar-Huácac amaba inmensamente a su hijo y estaba seguro de que la paz del campo y los diálogos directos y de todo el día con su padre el Sol ablandarían su natural indómito.

Desde el día en que desterró a su primogénito el ánimo del inca se quebrantó rudamente. A pesar del amor por sus vasallos, ya no se sintió con fuerzas para hacer las visitas que cada cuarenta lunas hacía a los cuatro puntos del imperio; y no quiso alejarse de la capital, exclusivamente dedicado a la vigilancia de su hijo, para lo cual había distribuido entre los pastores gentes de su confianza, que lo tuvieran constantemente informado de la conducta del príncipe. Un día, de súbito, y sin que Yahuar-Huácac hubiera recibido ningún aviso de los vigilantes, el príncipe se presentó en el Cuzco, a la puerta del palacio de su padre, completamente solo.

Habló en la puerta con los servidores encargados de guardarla, los cuales, sorprendidos y temerosos de incurrir en algún castigo, se precipitaron a los aposentos reales a prevenir a Yahuar-Huácac de la presencia del príncipe. Estremecióse sobrecogido el achacoso y dolorido inca al escuchar la pavorida relación de sus porteros; ordenóles que dijesen al príncipe su enojo por la inaudita desobediencia a sus mandatos; pero al mismo tiempo les dijo que, si el príncipe insistía en decir algo, oyeran respetuosamente sus razones y deseos y se los trasmitieran en la forma más exacta y fiel.

Al oír de boca de los servidores la negativa de su padre a recibirlo, les pidió dijeran al emperador "que él no había venido allí por quebrantar su mandamiento, sino por obedecer a otro tan gran inca como él, el cual le enviaba a decir ciertas cosas que le importaba mucho saberlas". Pidióles también que dijesen a su padre que, si lo quería atender y oír, lo hiciera; que en caso contrario, regresaría donde aquel que lo había enviado, le expondría el

mal éxito de su misión y con ello habría cumplido con lo que se le ordenara.

El inca, sorprendido al oír que su hijo hablaba de la existencia de otro soberano tan grande como él, supuso, cada vez más entristecido y desolado, que su hijo se hallaba quizás privado de razón a causa de la rudeza y la excesiva prolongación del castigo. Quiso, pues, aprovechar la ocasión de tenerlo tan cerca, para darse cuenta por sí mismo de su estado y también —¿por qué no?— por una secreta curiosidad supersticiosa que, a pesar de todo, habíale producido las desconcertadas y misteriosas palabras de su hijo.

Pasó a la sala del trono con el objeto de recibir al príncipe, no como a su hijo, sino como a embajador de otro soberano, pues así se anunciaba; se revistió de las insignias imperiales y ordenó que introdujeran a Pachacuti.

El príncipe, en actitud humilde, inclinado hasta el suelo, según el ceremonial de la corte, habló así:

"Solo, señor, sabrás que estando recostado hoy a mediodía (no sabré certificarme si despierto o dormido) debajo de una gran peña de las que hay en los pastos de Chita, donde por tu mandato apaciento las ovejas de nuestro padre el Sol, se me puso delante un hombre extraño, en hábito y en figura diferente de la nuestra, porque tenía barbas en la cara de más de un palmo y el vestido largo y suelto que le cubría hasta los pies; traía atado por el pescuezo un animal no conocido; el cual me dijo: «Sobrino, yo soy hijo del Sol y hermano del inca Manco-Cápac y de la coya Mamma-Ocllo-Guaco, su mujer y hermana, los primeros de sus antepasados; por lo cual soy hermano de tu padre y de todos vosotros. Llámome Viracocha-Inca, vengo de parte del Sol nuestro padre a darte aviso, para que se los des al inca mi hermano, como toda la mayor parte de las provincias del Chincha-suyu, sujetas a su imperio, y otras de las no sujetas, están rebeladas y juntan mucha gente para venir con poderoso ejército a derribarle de su trono y a destruir nuestra imperial ciudad del Cuzco. Por tanto, ve al inca mi hermano, y dile de mi parte que se aperciba y prevenga, y mire por lo que le conviene acerca de este caso. Y en particular te di-

go a ti, que en cualquiera necesidad que te suceda, no temas que yo te falte, que en todas ellas te socorreré como a mi carne y sangre. Por tanto, no dejes de acometer cualquier hazaña, por grande que sea, que convenga a la majestad de tu sangre y a la grandeza de tu imperio, que yo seré siempre en tu favor y amparo y te buscaré los socorros que hubieres menester». Agregó el príncipe que, después de decir estas palabras, el extraño personaje de la barba y la túnica largas desapareció de su vista, súbitamente, en la misma forma misteriosa en que se apareció".

Yahuar-Huácac, que esperaba de su hijo muestras de razón y de paz, se indignó al darse cuenta de que su locura o su embuste —porque de las dos cosas tenía apariencia el extraño mensaje— se encaminaban a producir acciones de guerra y de crueldad, para las que el inca, suave y doloroso, sentía una repugnancia invencible. Refrenando su pena, que era más honda que su indignación, ordenó salir al príncipe y retirarse al lugar de su confinio.

Solo consigo mismo, el viejo inca resolvió conocer el parecer del Vilac-Umu, los apus, los amautas y los quipu-camáyoc, sobre el mensaje traído por su hijo, para satisfacer el fondo de superstición y de tabú que en él existía. Los augures del imperio, que secretamente simpatizaban -como toda la corte, como todo el Cuzco— con el príncipe en desgracia, por sus arrestos marciales y su ímpetu de agrandar los límites del Tahuantin-suyu; y que no comprendían y, en el fondo, no aprobaban el pacifismo de Yahuar-Huácac, que atribuían a cobardía, aconsejaron al inca que atendiera el mensaje del príncipe exilado y que se prestara atención al aviso del fantasma barbudo.

El débil e indeciso Yahuar-Huácac, cuya repugnancia por la guerra era invencible, se resistió a tomar ninguna medida ni autorizar a su hijo para que levantara un ejército —contrariando así a los sinches y a los apus más influyentes— con el hipotético fin de someter provincias sublevadas acaso sólo en la mente desequilibrada del príncipe, de ese príncipe medio loco, querido por todos y al cual, desde la revelación y el sueño del fantasma, divulgados y repandidos de la voz a la voz por todo el imperio, se llamaba ya —y así sería siempre desde entonces— el príncipe Viracocha-Inca.

Por respeto a la indecisión del inca guardaron silencio los apus, los sinches, los amautas; pero entre ellos, en las pláticas nocturnas en torno de la hoguera doméstica, comentaban crédulos, casi convencidos, la extraña aparición y las extrañas y gravísimas revelaciones del fantasma.

A pesar de todo —como no podía ser de otro modo en el incario— las órdenes del inca fueron sumisamente obedecidas. El príncipe Viracocha regresó a su destierro de los valles de Chita a seguir hablando en sueños, acaso tramando algo para salvar al imperio, con su celeste tío Viracocha, el personaje misterioso de la barba y la túnica largas.

Pasaron tres lunas desde la extraña aparición. Y cuando pasaron las tres lunas, comenzaron a llegar hasta el Cuzco, primero confusas e imprecisas, las noticias alarmantes de la insurrección del Chincha-suyu, desde Atahualla en adelante, a cuarenta leguas por lo menos, de la capital. Esta primera noticia vino como por los aires. Nadie pudo responder de ella, nadie conocía con exactitud su origen. Yahuar-Huácac, cegado por su obstinada voluntad de paz, no quiso prestarle oídos.

Pero antes de que se apagara otra luna, las noticias se precisaron, se hicieron indudables: la extensa región que al norte de la capital y hacia el lado del mar había sometido el inca Rocha, se había levantado contra la dominación incásica. Varias nacionalidades: los chancas, los uamarcas, los villcas, los uchusuyas y los hancohuayos, informados de la debilidad de Yahuar-Huácac, se habían pasado sigilosamente la voz, de colina, llegando a los valles y a la sierra costera, y tras parlamentos secretos de jefes y curacas, habían resuelto insurgir para echar de sus tierras a los incas extranjeros y, de ser posible, invadir y adueñarse de su capital, someterlos a su dominio y vengar así sus anteriores derrotas.

Tres hermanos fueron los agitadores de este levantamiento: Hanco-Huallo, guerrero joven, apenas capaz de dirigir batallas, y dos hermanos suyos aún menores que él, apus jóvenes, apenas capaces de labrar la tierra y de engendrar: Tumay-Huaraca y Asti-Huaraca. Los curacas antepasados de estos tres jóvenes heroicos habían

sostenido durante largo tiempo la guerra contra la arrolladora invasión de los incas; vencedores unas veces, derrotados otras, nunca se habían rendido totalmente, hasta que con fuerzas superiores los sometió a obediencia el antecesor inmediato de Yahuar-Huácac, su padre inca Rocha.

Cuarenta mil guerreros habíanse puesto a las órdenes de los tres hermanos. Cuarenta mil guerreros que, en marcha astuta y sigilosa, a favor de la noche, habían venido al punto de congregación de todos los rincones del Chincha-suyu.

A la cabeza de ellos iba el príncipe Hanco-Huallo, jefe de los chancas.

Los toques de tambor, los alaridos de la muchedumbre, las muestras vivas de su poder y su crueldad dadas en los territorios que iban atravesando, a la vez que sembraban a su paso la pavura, conseguían también que muchas gentes belicosas —y lo eran casi todas en la región del norte- se les fueran reuniendo a lo largo de la marcha al parecer incontenible; no ya solamente dentro de los límites de los pueblos rebeldes, sino aun en las marcas más fieles identificadas al incario.

La certidumbre de la rebelión de las naciones chancas desconcertó totalmente a Yahuar-Huácac. Jamás, desde la divina aparición de Manco-Cápac, las provincias sometidas se habían sublevado contra el dominio de los hijos del Sol; más bien lo habían buscado, porque les enseñaba la sociabilidad y el trabajo, la cooperación, el bienestar y la paz.

El augurio de su nombre trágico —Yahuar-Huácac significa llanto de sangre- se cumplía. Triunfaba el príncipe díscolo, desobediente y cruel. Pero lo que lo anonadaba era la exactitud de la profecía del fantasma extraño de los sueños frenéticos de su hijo; la verdad, hoy ya irrecusable, del mensaje de ese extraño Viracocha de la cara cubierta de cabellos, de la larga túnica hasta los pies y que se llamaba a sí mismo hijo del Sol.

Yahuar-Huácac sintió su crimen contra su ciudad, su estirpe, su pueblo; viéndose incapaz de remediarlo y no queriendo complicar más la situación ni sacrificar la ciudad sagrada con una defen-

sa inútil, dada la inmensa superioridad bélica de los sublevados, cuyo número agrandaba el miedo y la distancia, resolvió retirarse, acompañado de sus vasallos más antiguos y fieles, hacia las riscosas quiebras de Muyna, a mediodía de andar al sur del Cuzco.

El Cuzco se quedó solo, desamparado, indefenso. Dada la organización del incario, dentro de la cual todo —órdenes, inspiraciones, consignas— partía invariablemente del centro, el inca, hacia la periferia constituida por las células del ayllu, la falta del inca era como cortarle la cabeza a un ser viviente: desaparecía la vitalidad integral del conjunto. Los indios, inclusive los apus, los sinches, los amautas, se dispersaron pavoridos, por los alrededores, solo guiados por el instinto de defender su vida. Era el desquite de la individualidad anulada por la masa. Nadie podía pensar por sí mismo en una totalidad deshecha que, perdiendo su centro, había perdido su sentido y su fuerza. El animal humano, el indio, apelaba a la fuga, al ocultamiento torpe; aislado no entendía la defensa y solamente podía apelar a la evasión.

Únicamente los santuarios consagrados a las Vírgenes del Sol, hasta los cuales no había llegado el clamor del peligro ni la desbandada, quedaban llenos de las doncellas sagradas, como premio a la lujuria de los vencedores. Y en el fondo de los hogares indios, los ancianos inválidos, los enfermos de males de la tierra baja, los compañeros de las mujeres paridas esos mismos días.

A su destierro de Chita le llegaron juntamente al príncipe Viracocha las dos noticias trágicas: la aproximación inminente de Hanco-Huallo con su ejército y el abandono de la ciudad sagrada por su padre el inca.

Si la primera noticia le produjo satisfacción y coraje al mismo tiempo, porque lo sacaba triunfante en la exactitud de su sueño y le ofrecía ocasión para sacrificarse por su capital y su pueblo, la segunda noticia le causó amargura e indignación profundas.

El joven príncipe sintió su responsabilidad de jefe del inca-rio ante la fuga de su padre y comprendió que estaba obligado a asumir la dirección suprema de la situación y a realizar la defensa del Cuzco. Por ello, apenas recibidas las noticias, dando prueba de

serenidad, resolución y ánimo, ordenó perentoriamente a los pastores del valle de Chita que partieran a las cuatro direcciones del imperio y, de la voz a la voz, convocaron a todos los pobladores de las provincias fieles para la defensa de la ciudad sagrada, que le había sido ordenada en sueños por el fantasma Viracocha. Que así lo dijeran por todos los caminos, que lo transmitieran en la noche por medio de hogueras prendidas en las montañas vecinas al Cuzco, hasta donde más lejos se pueda elevar la visión, previniendo que el lugar de la reunión debía ser la misma capital y sus alrededores.

Así como el huir de Yahuar-Huácac había producido el pánico y la desmoralización más completos; asimismo la noticia providencial de la heroica resolución de Pachacuti electrizó los ánimos de las pobladas dispersas, que sintieron un centro tenso y fuerte, capaz de actividad ordenadora y voluntad de poder. Mientras el milagro congregador se realizaba, el príncipe se lanzó en busca de su padre el inca, para anunciarle personalmente su decisión de asumir la defensa del templo, de la ciudad y del imperio. Por senderos no practicados ordinariamente se dirigió hasta Muyna, el escondite de su padre. Y sin limpiarse el polvo del camino, aún jadeante y sudoroso por la forzada caminata, habló así a Yahuar-Huácac:

"Inca, ¿cómo se permite que por una nueva falsa o verdadera de unos pocos vasallos rebelados desampares tu casa y corte, y vuelvas las espaldas a los enemigos aún no vistos? ¿Cómo se sufre que dejes entregada la casa del Sol, tu padre, para que los enemigos la huellen con sus pies calzados y hagan en ella las abominaciones que tus antepasados les quitaron de sacrificios de hombres, mujeres y niños y otras grandes bestialidades y sacrilegios? ¿Qué cuenta daremos de las vírgenes que están dedicadas para mujeres del Sol, con observancia de perpetua virginidad, si las dejamos desamparadas para que los enemigos brutos y bestiales hagan de ellas lo que quisieren? ¿Qué habremos ganado de haber permitido estas maldades por salvar la vida? Yo no lo quiero, y así vuelvo a ponerme delante de los enemigos para que me la quiten antes de que entren en el Cuzco; porque no quiero ver las abominaciones que los bárbaros harán en aquella imperial y sagrada ciudad que el Sol y sus hijos fun-

ciaron. Los que me quisieren seguir vengan en pos de mí, que yo les mostraré a trocar vida vergonzosa por muerte honrada".

Bajó más la cabeza el príncipe al terminar su arenga; rechazó la chicha que, en vasos de oro, viéndolo cansado y sudoroso, le ofrecieron los sirvientes de parte de su madre y se alejó precipitadamente con dirección al Cuzco.

Mientras hablaba Pachacuti-Yopangui, los guerreros del séquito imperial, apus y curacas, así como toda la multitud, lo rodearon. Y al terminar su arenga, aquella poblada enorme, fascinada por el ánimo heroico, lo siguió sin vacilar, dando alaridos de aprobación y de entusiasmo.

El viejo inca se quedó solo, abatido, con la última compañía de unos cuantos apus viejos, inválidos y enfermos. El augurio fatídico de su nombre se cumplía una vez más y definitivamente: Yahuar-Huácac quiere decir "llanto de sangre".

Y continuó así la interpretación del augurio sobre la

aparición de los hombres blancos y barbudos y del presagio triste dado en el sacrificio de la oveja machorra, realizado el último Intip-Raymi:

De los riscos abruptos, de las cuevas donde estaban ocultos y desmoralizados por la invasión de los chancas y la huida del inca, los indios salían a unirse a las falanges del príncipe Pachacuti-"Viracocha", iluminado hoy por el prestigio mágico de la revelación y el vaticinio. Cuando llegó a su capital ya en ella y sus contornos estaban esperándole centenares de indios, mas no en actitud pavorida y derrotada, sino en pleno fervor bélico, externado por gritos, por hogueras nucleales que señalaban el centro de atracción para los guerreros de cada marca o suyu.

La llegada del príncipe produjo el delirio entre los que esperaban, y como las noticias de los correos de guerra señalaban cada vez más cerca al enemigo, Pachacuti ordenó la marcha hacia el norte para detener al osado Hanco-Huallo y sus chancas. Por las noticias recibidas, las huestes rebeldes eran cuatro veces más numerosas

que las que hasta ese momento habían podido congregarse en torno de Pachacuti. En tales circunstancias y conocida la valentía feroz de los invasores, la actitud del príncipe constituía un sacrificio consciente por la ciudad sagrada, por las vírgenes del Sol, por el templo de Cori-Cancha, cuyas riquezas inmensas serían el botín para los insurrectos.

Apenas habían caminado las huestes muy poco en dirección del norte, cuando se presentaron los últimos correos de guerra y con grandes gritos alarmados informaron al príncipe que, hacía tres soles, los ejércitos chancas habían pasado el río Apurímac, que dista tres días de andar de hombres de la ciudad del Cuzco. Que después de vadearlo habían encendido las hogueras y matado las reses, señal de que acamparían la noche entera en ese sitio, para reemprender la marcha al levantarse el sol. Al escuchar las alarmantes nuevas, Pachacuti ordenó detenerse para celebrar consejo y decidir si se avanzaba al encuentro del enemigo -varias veces más poderoso— o si se aguardaba allí para oponer de una vez desesperada resistencia. Apenas comenzaba la angustiosa deliberación cuando, por la dirección del Cuntisuyu, aparecieron rápidos, pero en forma recatada y sigilosa, varios grupos de indios que hacían señales de amistad y paz. Pachacuti ordenó que se acercaran y les hablaran. Eran mensajeros de las naciones Quechua, Cotapampa, Aymará y otras muchas; los cuales dijeron ¿que, habiéndoles llegado por el aire la noticia de la sublevación de los chancas y aledaños, todos los hombres de esas regiones, al mando de sus apus y curacas, se habían convocado por los montes y las llanadas, en todos los caminos que llevan hacia el Cuzco, para volar en auxilio del príncipe iluminado, que había recibido de su padre el Sol, por intermedio del fantasma Viracocha, la misión de defender el imperio y su capital. Agregaron que muy cerca, tras de ellos, venían delirantes de entusiasmo, tantos indios, que cubrían una jornada, de sol a sol, por el camino real.

La alegría del príncipe ante esta ayuda milagrosa fue transmitida de la voz a la voz, entre gritos de salvaje entusiasmo, hasta los últimos componentes del ejército inca. Se repitió por todas las bocas el vaticinio de Viracocha el fantasma, cuando dijera al príncipe: "Em-

prende lo que te diga para bien del Sol, nuestro padre, y de su imperio, que yo te favoreceré como a mi carne y mi sangre que eres".

Aun cuando momentos antes del consejo el príncipe había resuelto avanzar, ahora con el refuerzo de los quechuas decidió quedarse allí para dar un punto de reunión más cierto y fijo a todos los refuerzos que Viracocha, el dios fantasma, quisiera seguirles enviando.

La cabeza de la gran serpiente humana desembocó en el llano; los apus y curacas —a quienes Pachacuti recibió con las más grandes muestras de gratitud y amor— le anunciaron que tras ellos, a media jornada de distancia, venía otra gran fracción de indios fieles.

Pasados los dos días que indicara el correo de guerra, las huestes tumultuosas de Hanco-Huallo comenzaron a asomar por las alturas de Rimac-Tampu, hasta los valles y desfiladeros de Sacsa-Huamán, a menos de mediodía de andar del campamento de Pachacuti-"Viracocha". Allí resolvieron esperar toda la noche, a fin de permitir que el inmenso cordón de hombres que llenaba el camino pudiera congregarse para, entonces, lanzarse sobre el ejército inca, que los chancas creían poder destruir en pocas horas, pues que lo sabían inferior al suyo.

Apenas avistado el enemigo, el joven príncipe, fiel al mandato y a la tradición de Manco-Cápac, no quiso tomar ninguna actitud bélica sin antes intentar un esfuerzo supremo por la paz. Así, pues, designó tres apus para que, en embajada de paz, fueran hasta el campamento de Hanco-Huallo y le ofrecieran: "amistad y perdón de lo pasado".

Hanco-Huallo y los chancas, atribuyendo a cobardía de Pachacuti la oferta de paz que portaban los mensajeros incas, no consintió en recibirlos y ordenó a los criados que les dijeran que, habiendo el inca Yahuar-Huácac abandonado su capital, no tenía por qué recibir embajadas de un hijo repudiado por su padre a causa de su crueldad y su locura.

Al día siguiente, en la mañana, los ejércitos chancas, con grandes alaridos de odio, levantaron el campamento y emprendieron una marcha de ataque. No pudieron llegar el mismo día, por la lentitud obligada de la marcha, a ponerse frente al ejército inca. Los

ganó la noche, lejos aún tres veces, del alcance de las cerbatanas y de las hondas.

Pachacuti hizo aún un nuevo ofrecimiento de paz y de perdón a los vasallos insurrectos, para lo cual diputó una nueva embajada, más autorizada y numerosa, en la que iba para llevar la voz su tío, el sumo sacerdote de Cori-Cancha. Esta vez, con marcados signos de desprecio, ordenó Hanco-Huallo que los emisarios fueran conducidos ante su presencia; les permitió que hablaran y, cuando hubieron concluido su ofrecimiento de paz sin condiciones, el soberbio chanca, con voz dura, respondió: "Mañana se verá quién merece ser rey y quién puede perdonar".

Batalla sangrientísima. Pachacuti, lo mismo que Hanco-Huallo, la iniciaron personalmente al levantarse el sol, poniéndose a la cabeza de sus respectivos ejércitos. En la pelea, más horror causaban los alaridos, las imprecaciones e insultos, que el choque de las armas. Horas de combate, rudo y bravo por los dos lados. Pero mientras el ejército chanca no podía crecer, en razón de la gran distancia en que quedaban sus regiones natales, y sí disminuir en el choque brutal y mortífero, los ejércitos incas, en cambio, aumentaban sin cesar.

En grupos de cien, de cincuenta, de menos aún, iban llegando los refuerzos: eran los indios dispersos que abandonaban sus cuevas.

A cada hombre del ejército inca que caía lo reemplazaban, en proporción de dos y de tres, los que llegaban. Pero estos pueblos supersticiosos, dominados por el tabú de la profecía del fantasma Viracocha, inmediatamente hicieron correr la voz —primero en el ejército inca y luego aun en el ejército atacante— de que el fantasma divino, para proteger a los hijos y al imperio de su padre el Sol, convertía en soldados a las piedras y a los árboles del campo, a medida que era necesario, a fin de que jamás disminuyeran los defensores del Cuzco. Esta voz anunciadora de milagro, que ya todos conocían al caer la tarde, levantó hasta lo inverosímil el ánimo del ejército cuzqueño, y a la vez produjo un desánimo profundo entre los inva-

sores, tanto o más supersticiosos que los incas. Los chancas, si bien decididos a vencer a los hombres del Cuzco, no estaban dispuestos a luchar con fantasmas. Un viento de pavura recorrió toda la extensión del campamento chanca.

Ya entrada la noche —y como si no fuera bastante el milagro de las piedras y árboles que se convertían en soldados para defender a Pachacuti- los indios retrasados del socorro quechua, en número incalculable cayeron dando alaridos tremendos sobre la retaguardia y el flanco izquierdo de los invasores, quienes, desmoralizados por los signos divinos que durante la batalla habían favorecido a los incas, solo trataron de buscar posibilidades de fuga.

La matanza fue horrible. Sin duda la más espantosa de todas las realizadas hasta entonces en la historia expansionista y conquistadora del imperio incaico.

El príncipe Pachacuti-Inga-Yupangui, desde entonces divinizado en el imperio y nombrado ya solamente con el nombre del fantasma augural y protector. Viracocha, apenas terminada la batalla, resolvió, antes de moverse del campo y mientras sus tropas se entregaban a los más frenéticos regocijos, enviar tres mensajeros. El primero a Cori-Cancha, el templo máximo, la casa predilecta de su padre el Sol, para que le diera cuenta de la victoria obtenida en su nombre. El segundo mensajero debía ir al claustro de las Vírgenes del Sol, también a darles participación de la victoria, debida en parte a sus oraciones, siempre gratas a los oídos del Sol. El tercer mensajero —obligación precisa de un general que acaba de dar una batalla— fue enviado a las quiebras de Muyna, lugar de retiro de Yahuar-Huácac, para que muy respetuosamente le comunicara el triunfo y le suplicara la gracia de permanecer allí hasta que él, Pachacuti-'Viracocha", pueda ir a darle amplias informaciones personales.

Después de esto, el jefe vencedor se dirigió en seguimiento de los chancas derrotados, no para exterminarlos, ni siquiera para hostilizarlos, sino —de acuerdo con las doctrinas de paz, amor y coo-

peración de Manco-Cápac- para demostrarles la clemencia de los hijos del Sol. A lo largo de todo el camino, hacia el Chincha-suyu, fue recogiendo guerreros heridos y cansados para alimentarlos y curarlos. Y cuando llegó a las marcas de los sublevados, en las entradas de Anda-Huaylas, millares de mujeres: madres, esposas, hijas de los verdaderos insurrectos, acompañadas de millares de niños trémulos y empavorecidos, creyendo que el inca vendría para el castigo y la venganza, salieron a recibirlo dando alaridos de miedo y amargura y le imploraban perdón para los insurrectos, clemencia para ellas y sus hijos, para sus ciudades y sus campos.

Pachacuti recibió a las mujeres y a los niños con piedad y mansedumbre. Les dijo que la culpa no era de ellas, las mujeres, ni aún de los pobres guerreros conducidos a la sublevación y a la muerte; que los responsables únicos eran los soberbios y ambiciosos curacas de los ayllus chancas, que habían tenido la audacia de creer que podían derrotar a los hijos del Sol. Agregó que para nadie tenía resentimiento y saña, que no ejercería venganza ni siquiera contra los cabecillas levantiscos. Les dijo que venía a visitarlos, a explicarles que los hijos del Sol —como el sol mismo que calienta a ilumina por igual a todos-no podían tener odios para los hombres de las cuatro partes del mundo. Pidió a los amautas, a los sacerdotes y a las ***mammacunas*** de los pueblos insurrectos, que le expusieran sus quejas, sus motivos de descontento, sus necesidades. Y cuando lo hubieran hecho —ya entrados en confianza y ganados por su clemencia— el recuerdo monótono de quejas, rencillas y necesidades, Pachachuti "Viracocha" prometió atenderlos, informando a su padre y pidiéndole el remedio de todos esos males. Finalmente, como reconociera que la causa determinante de la insurrección era la dureza, el despotismo de las autoridades enviadas desde el Cuzco, ordenó que se quedaran como jefes y señores de las marcas los mismos jefes naturales de ellas; y en prueba de aprecio y del deseo de conocer mejor las necesidades del Chincha-suyu y poder atenderlas, dejó a uno de los más importantes apus en calidad de ***tucuricuc,*** o delegado imperial, con un pequeño grupo de amautas y quipu-camáyoc, para que recorrieran todo el territorio chanca

predicando el amor, la clemencia y la sabiduría entre los hombres; enseñaron a trabajar la tierra, el arte de los tejidos, la cerámica y les hicieran olvidar las artes de la guerra. Que dieran enseñanza sobre arquitectura y artes de la habitación, para que puedan elevar templos al Sol y obtener así, como los incas, su ayuda y protección en todo. Por último, en vez de castigarlos por la insurrección, les dejó en recuerdo de su visita, el privilegio hasta entonces sólo reservado a los pobladores del Cuzco, de colgar grandes arcos metálicos de sus orejas.

Cuando Pachacuti "Viracocha" se despidió, todos lloraban de gratitud y amor, lo adoraban como a un dios y mandaron grupos de jóvenes para que regaran flores, apartaran ramas y tocaran música, hasta un sol de camino desde el límite de Chincha-suyu en dirección del Cuzco.

Una luna después de la victoria sobre los chancas, Pachacuti llegó al Cuzco; ni quiso ocupar la litera de oro de los incas: prefirió entrar a pie para demostrar que no pretendía aparecer como soberano, aunque ya de hecho lo era en el espíritu y voluntad de los moradores del imperio.

La recepción fue triunfal: triunfal con la efusión de este pueblo rudo y virtuoso, organizado con el espíritu de una gran familia. Los viejos apus —aquellos que aún guardaban vivos los recuerdos de las primeras hazañas de los fundadores del imperio— se mezclaron a la muchedumbre, haciendo comprender con ello que si sus años se lo permitieran, pelearían a las órdenes de tan gran guerrero.

La coya imperial Mamma-Chicya, madre del vencedor, lo esperaba a la entrada de la capital. Su efusión fue inmensa al encontrar al hijo, por rebelde más querido. Junto a ella las pallas y las ñustas, lindas muchachas morenas, ataviadas con sus mejores telas y sus joyas más vistosas, se disputaban el momento de acercarse al joven triunfador para enjugarle el sudor, para limpiarle el polvo del camino y echarle sobre la cabeza y a su paso "flores y hierbas olorosas". Así, estrechado por el abrazo y el cántico, respirando un perfume intenso de victoria y de carne, dirigió Pachacuti "Viracocha" sus pasos hacia la casa del Sol. Allí realizó el rito máximo de acción

de gracias: el ofertorio de la chicha en vasos de oro, de la chicha que es tierra, agua y sol. Mientras se prendía el festín, se dirigió solo al claustro sagrado de las Vírgenes del Sol, para darles gracias por sus oraciones.

Solo también se encaminó hacia el retiro de su padre, el inca desgraciado o cobarde que prefirió abandonar su capital antes que lanzarse a una aventura sangrienta. La entrevista del padre y del hijo fue penosa y triste. Pachacuti se presentó humilde y respetuoso; Yahuar-Huácac lo recibió inmóvil, sin mostrar aprobación ni júbilo. Encuclillado y cubierto hasta los pies con su enorme poncho de lanas de vicuña, rodeado de unos pocos servidores leales, el viejo inca no era sino un guiñapo humano, irrisoriamente revestido de las insignias imperiales. Con voz respetuosa y monótona, Pachacuti le refirió sus triunfos y le rogó le permitiera hablarle unas palabras a solas. Ha quedado en el misterio el drama de esta entrevista, desde la cual arranca una nueva era en la vida del imperio.

Por el camino que conduce al Cuzco encontró Pachacuti al regresar centenares de gentes que querían divinizarlo y adorarlo, y con ellos a los ocho apus destinados al servicio de la litera de oro de los incas. Pachacuti, que antes de la entrevista con su padre, había desechado honores imperiales, aceptó esta vez con aire soberano el mayor signo de realeza: ocupar la litera de oro, todo clavada de esmeraldas, de*uso exclusivo de los emperadores de Tahuantin-suyu. Al llegar al Cuzco, en el templo mayor de Cori-Cancha, en presencia de sacerdotes y apus, cambió la orla amarilla de los príncipes por la roja, el sagrado llauto de Manco-Cápac, insignia máxima de soberanía, ciencia y poder.

La leyenda se extendió y se fortaleció. El nuevo inca, cuyos principios de gobierno fueron tan nobles y benéficos como no lo habían sido nunca en la historia del imperio desde Manco-Cápac, hizo saber a su pueblo de las cuatro partes del mundo, que él contaba con el apoyo inmediato de su tío, el fantasma Viracocha, al cual apellidaron Pachaya-Chachic -creador todopoderoso— como lo había demostrado en la batalla con los chancas. Repetía constantemente que en todos los actos del gobierno del mundo, en la paz y

en la guerra, recibía inspiración inmediata y órdenes precisas de su divino tío.

Así consiguió este gran inca fortalecer la autoridad imperial: el pueblo llegó a convencerse de que era el mismo Sol, deidad suprema visible, quien gobernaba a los hombres por medio de Pachacuti-Yopangui, héroe mayor de la historia, salvador del Cuzco. Consiguió también la confianza tranquila de los pobladores de todo el imperio que convencidos de la milagrosa asistencia divina al inca, desistieron de todo propósito de rebeldía, resolviendo todos entregarse a laborar la tierra, a pastar los rebaños, a las artesanías de la casa y del campo, en la piedra y la lana, el oro, el barro, la plata y la madera, bajo la vigilante mirada el Sol y del inca, padres de todos los hombres.

El amor del ayllu al Sol se reconcentró en la persona del inca Pachacuti "Viracocha"; por eso ningún soberano, desde el gran Manco-Cápac, fue más respetado y amado que este príncipe, como el sol amigo de la tierra y los hombres. La presencia constante del fantasma benéfico, acompañando, inspirando al inca, hizo de su nombre: Viracocha, un tótem acercador entre el Sol y sus hijos, que lo hacían humano y sensible, incorporándolo al ritmo de los días, a los trabajos, las alegrías y las penas de los hombres.

El inca Pachacuti había referido que, en revelaciones posteriores a su triunfo sobre los chancas, el fantasma divino habíale dicho que, mientras durase la paz, el trabajo pacífico, mientras no hubiere una amenaza para la ciudad sagrada, para la integridad de los dominios incásicos, él, Viracocha "Pachaya-Chachic", no haría revelaciones externas y visibles del poder del Sol. Que se limitaría a dirigir y asistir al inca en todos los negocios del gobierno, a inspirarlo en todos los momentos, a iluminarle sus horas. ***Pero que si algún día se presentara un grave peligro para el imperio del Sol, para el Cuzco, centro del mundo para los incas y su pueblo, nuevamente él, Viracocha "Pachaya-Chachic", el que convirtió en hombres a las piedras y los árboles, SE PRESENTARÍA NUEVAMENTE PARA SALVAR SU PUEBLO.***

Esta fue la interpretación clara, inequívoca, del augurio. Su resultado era inquietante y tremendo. De un lado el presagio i tiste del sacrificio de la oveja machorra en el último Intip-Raymi; de otro lado, la situación dinástica complicada que —desde los tiempos del infortunado Yahuar-Huácac- se presentaba nuevamente hoy para el gran inca Huayna-Cápac entre sus dos hijos: Huáscar, el primogénito, y Atahuallpa, el preferido.

Sobre estas circunstancias, planeaba como una esperanza suprema esta aparición de "hombres blancos y barbudos", de cuya presencia en lugares distintos de las costas le habían informado ya, por tres ocasiones, los chasquis o correos imperiales. Estos hombres blancos y barbudos, a quienes la fantasía del pueblo relacionaba ya con la leyenda del fantasma divino, Viracocha "Pachaya-Chachic" —leyenda máxima del Tahuantin-suyu— divinidad protectora de los hijos del Sol y de su imperio; hombres blancos y barbudos a los cuales ya, dando a entender que había llegado la hora del cumplimiento de la promesa divina, se les llamaba "viracochas". "Viracochas": nombre que, al mismo tiempo que significaba la interpretación popular relativa a la reaparición milagrosa del fantasma tutelar, encerraba también -en su interpretación etimológica- la idea de que estos hombres, como el fantasma de la profecía, venían de una "laguna gruesa".

Huayna-Cápac sabía que, ante los variados rumores esparcidos en el imperio sobre la herencia del llauto, la interpretación de la profecía de Viracocha respecto de esos extraños seres aparecidos en las costas, se la hacía de acuerdo con las tendencias que prevalecían en las distintas zonas, pero siempre dentro de un sentido bélico; así en el Cuzco imperial, Hanan y Hurin —alto y bajo- en todas las regiones pobladas por los fieles a las tradiciones del incario primitivo, se decía que —igual que en la leyenda de Yahuar-Huácac, el inca cobarde que abandonó su capital y pretendió desheredar al primogénito —Viracocha venía en esta ocasión a proteger a Huáscar, heredero único de la estirpe solar, hijo primero de la coya imperial.

En las regiones del norte, que habían sido teatro de las últimas hazañas de Huayna-Cápac, como conquistador, como padre

bondadoso de los ayllus dispersos, hasta las bravas naciones de los chachapuyas y los tumpis, la interpretación era contraria: Viracocha venía nuevamente en socorro del imperio, porque cuando muriese Huayna-Cápac el llauto pasaría a Huáscar, príncipe débil, dulce y suave como las mujeres entre quienes se ha criado, inhábil para la guerra, incapaz para los rudos y fuertes trabajos de la paz. Ese príncipe sería el fin y la ruina del imperio; por eso —como en el caso aquel de Yahuar-Huácac— Viracocha venía nuevamente a salvar a su pueblo, porque lo que no toleraba Viracocha en los incas era la pusilanimidad, la cobardía. Y agregaban: "por eso es que estos hombres blancos y barbudos, estos nuevos viracochas, han hecho sus apariciones advertidoras, precisamente en las marcas favorables a que la herencia del imperio pase, no al débil y bondadoso Huáscar, sino al fuerte y audaz Atahuallpa, que reunía en sí las grandes virtudes de los soberanos más gloriosos del incario y cuya educación había sido personalmente dirigida desde la infancia por el inca Huayna-Cápac, cuya intuición genial de gobernante había descubierto en el príncipe quiteño las más altas virtudes del espíritu del Sol. Esta circunstancia de haber aparecido en el norte —zona partidaria de Atahuallpa— y no en el sur —zona partidaria de Huáscar— los extraños seres a quienes se creía nuevos ***viracochas,*** se interpretaba como un signo favorable a los destinos de Atahuallpa y como una señal hecha a Huayna-Cápac para que, sintiéndose fuerte con el apoyo del Sol y de Viracocha, cediera a sus propios impulsos e hiciera pasar el llauto a la cabeza del hijo de Paccha, princesa de los quitus.

El inca, viejo y sabio, pesó el valor de las interpretaciones populares y no adaptó ciegamente ninguna de ellas en su integridad, sino que, dándoles su propio valor —cuya raíz hincaba en estímulos regionales poderosos— tomó lo que encontraba en su fondo de advertencia política, de realidad palpitante en el seno de los ayllus que componían el Tahuantin-suyu, cuya unidad —más que por la fuerza- era mantenida por la comodidad, por el amor y por la centralización teocrática de ciertos aspectos del poder.

Después de días de meditación sobre la leyenda de Yahuar-Huácac y Pachacuti-Yopangui sobre la profecía de Viracocha, en re-

lación con los presagios desfavorables de la última Pascua del Sol y la aparición repetida de los hombres blancos y barbudos en las costas del norte, Huayna-Cápac, antes que esposo y padre, inca, resolvió anunciar a Paccha, a Atahuallpa, a los apus y al pueblo en general, su resolución de hacer una visita al Cuzco, capital del imperio del Sol, para en ella, y en el sagrado templo de Cori-Cancha —casa predilecta del Sol entre todas las del imperio— implorar de su padre las luces necesarias para resolver los graves problemas que planeaban sobre el presente y el futuro inmediato del incario, al mismo tiempo que, a lo largo del viaje por el camino real de las alturas, elegido porque así se recorría mayor número de ayllus importantes, pensaba recoger por sí mismo impresiones exactas del sentir de los pueblos en orden a la sucesión imperial y a la interpretación de los augurios que lo tenían hondamente preocupado.

El viaje quedó decidido —después de oír la consulta de los amautas y los quipu-camáyoc sobre presagios, signos del sol, de la luna, el viento, la lluvia, las estrellas y el relámpago— para la mitad del siguiente viaje de la luna.

EL VIAJE FINAL

Quito era como la segunda capital del imperio, y Huayna-Cápac gustaba de permanecer aquí más tiempo que en el Cuzco. El anciano inca resolvió hacer una visita a sus estados y regresar al cabo de largos años a la ciudad de sus mayores, y se dispuso la marcha de la real comitiva con todo el aparato y comodidad que en esas circunstancias fueran posibles.

F. González Suárez ***Historia General de la República del Ecuador***

Paccha, la mujer preferida del emperador, la compañera de los años gloriosos y triunfales del más grande de los señores del Tahuantinsuyu —reina al mismo tiempo que mujer y, por lo mismo, orgullosa— aceptó en silencio la decisión soberana, aun cuando ella ponía en peligro sus ambiciosos propósitos, ya casi logrados, de consolidar en manos de su hijo Atahuallpa, todo el inmenso poder de los incas del Cuzco.

Ella misma, ayudada por las ***pallas*** de la casa real, preparó las tortas de maíz y la chicha de jora que serían ofrecidas en los mediodías de descanso y en los ***tampus*** para pasar la noche, a su esposo y a su hijo.

Por la vasta extensión del imperio voló desde las alturas de Quito la noticia, verdaderamente ansiada por todos los ayllus, del viaje del gran inca. Los ***chasquis*** —correos imperiales— con su trote-cito infatigable y rítmico, fueron, de la voz a la voz, sin descansar el día ni la noche, envolviendo con la mágica nueva todo el territorio. Y las hogueras encendidas por las noches en todas las alturas, desde Quito a las cuatro direcciones del mundo, precedían a la voz de los correos, llevando a todos los sitios de la tierra alta y descendiendo a las llanuras cálidas de la tierra baja, la noticia del viaje, muchas veces anunciando pero nunca cumplido.

Atahuallpa quiso que en esta ocasión todas las poblaciones pertenecientes al dominio de los señores de Quito, desde los huancabambas y los tumpis hacia el norte, hicieran extremos de adhesión y amor para el hijo del Sol. Los grandes generales del incario, Rumiñahui, Chalcuchima y Quizquis, que sentían especial cariño por el príncipe quiteño, audaz, guerrero, inteligente, fueron los encargados de cumplir los deseos filiales y ambiciosos —más ambiciosos, acaso, que filiales— de Atahuallpa. Y entonces se ordenó a los "señores de vasallos" de todas las parcialidades por donde pasaba el camino de la altura, que a las atenciones oficiales, a las muestras de amor y vasallaje que se rendían siempre al paso del inca, se agregaran otras, más calurosas, más filiales, que le dieran la certidumbre de que todos esos pueblos indómitos —que habían defendido heroica y sangrientamente sus tierras y su independencia contra los ejércitos de su padre, el gran guerrero Tupac-Yopangui, y contra los suyos propios, en batallas tan memorables y sangrientas como las de Cañar y Yaguarcocha— la certidumbre enorgullecedora, decimos, de que sus méritos de gobernante paternal y bondadoso, de administrador sabio y progresista, había podido más que la fuerza, y que hoy todos los pueblos del norte estaban de grado sometidos a su autoridad protectora, guiadora y vigilante; que la comprensión y el amor a Huayna-Cápac habían hecho de los habitantes de estos pueblos, con tanto trabajo sometidos, verdaderos hijos suyos, adoradores de su padre el Sol.

El gran imperio todo se hallaba conmovido. Si en las regiones donde dominaba el amor a Atahuallpa se pensaba extremar las muestras de afecto para el más ilustre de todos los incas, en las tierras del sur había un delirio exasperado por ver a su gran rey, y retenerle esta vez para siempre. La culminación del entusiasmo por la visita del inca se hallaba en el Cuzco, la capital del Sol. La Mamma-Coya, Huáscar, los apus, el pueblo todo de Hanan-Cuzco y Hurin-Cuzco, y los ayllus a un sol de andar alrededor de la capital, hacían preparativos extraordinarios para recibir como se merece a Huayna-Cápac, señor de todos, amo de la ciudad sagrada. Interpretaban este viaje como un acatamiento de las tradiciones dinásticas del inca-

rio, y esperaban confiados en que el peligro de que el ***llanta*** imperial sea transmitido al bastardo de Quito se hubiera disipado definitivamente, ya que este viaje del inca era una prueba de que venía a pasar sus días últimos en la ciudad sagrada y a reconocer la sucesión legítima de Huáscar, hijo de la Mamma-Coya.

Para este viaje las parcialidades norteñas ofrecieron al inca una nueva litera hecha con oro lavado en los ríos orientales. Los vasos fueron ofrecidos por los magníficos artífices de Zari-Uma y Tumipamba. Los ponchos de lana, por los ayllus de Otavalo y Cayambi.

Millares de hombres se disputaron el grande y trágico honor de conducir, en relevos de diez y seis por tambo, la litera imperial. Trágico, porque, según las leyendas del imperio, debía pagar con la vida aquel de los cargadores que, durante la marcha de un cortejo imperial, diera un paso falso y cayera, produciendo así un desequilibrio a la persona sagrada del inca. Asimismo, como premio a virtudes de laboriosidad, de adhesión al inca y al príncipe Atahuallpa, se escogieron los indios jóvenes que, precediendo de lo menos cien pasos al cortejo, debían limpiar el camino de piedras y de ramas, y alfombrarlo con pétalos de flores.

Llegó por fin la luna en que debía comenzar el viaje. Tras los ritos solares y las oraciones sagradas, precedido de las músicas monótonas, que quieren ser alegres, el cortejo de Huayna-Cápac tomó el camino real del sur en dirección del Cuzco.

La marcha fue lenta a causa de que, a cada momento, y a todo lo largo del camino, grupos de gentes bajadas de las serranías o venidas de las valladas aún lejanas, y que de antemano se habían apostado con días de anticipación esperando el paso del inca, se acercaban a la litera de Huayna-Cápac, dando alaridos de entusiasmo, de afecto y enarbolando presentes de oro y plata, ramas florecidas y los mejores productos de cada región.

A toda súplica de homenaje, el inca ordenaba detener el cortejo, escuchaba las palabras de sumiso cariño y recibía los presentes. Luego les hablaba en lenguaje paternal y afable; les interrogaba sobre el estado de las sementeras, sobre los dones que el padre Sol les había repartido; les daba consejos sabios sobre la manera de preca-

verse del hielo y del granizo, de las aves rapaces y las bestias dañinas. Después de beber él mismo en vaso de oro, hacíales dar, en vasos de plata, la chicha de la amistad, y proseguía el camino.

En cada uno de los tambos imperiales se encontró siempre aglomeradas a gentes de las cercanías, en número considerable. Por los retardos indicados, el inca llegó siempre a cada tambo cuando las primeras estrellas habían sucedido al ocultamiento del sol. En cada descanso nocturno, una india joven y bella, elegida entre las más hermosas de las marcas, acompañaba en el lecho al viejo emperador.

Rivalizaron en manifestaciones de amor y de respeto las parcialidades del camino con gran contento de Atahuallpa, que veía cuánto gusto causaban estas adhesiones a su padre el inca. Especialmente las que le hicieron los indómitos puruhaes, aquellos fuertes guerreros que habían detenido la heroica carrera de conquistas de su padre el gran inca Tupac-Yopangui y lo habían obligado a replegar sus fuerzas a las planicies de Tumipamba, hatun de los cañaris.

Nueve soles duró la travesía imperial, hasta llegar a la gran ciudad de Tumipamba, la tercera del imperio por su importancia. Acaso la primera por la hermosura sin par del paisaje, por lo dulce y templado de su clima. Ciudad que amaba singularmente Huayna-Cápac, porque en ella —cuando su padre sentó reales durante mucho tiempo para edificar palacios y el gran templo de Inga-pirca, el más rico del imperio después de Cori-Cancha— había nacido. Era su tierra natal, el valle de su infancia, lo más auténticamente patrio que sentía y amaba el gran conquistador.

La recepción en Tumipamba excedió todas las previsiones. Aquellas gentes que, durante la larga permanencia de Tupac-Yopangui habían, como ninguna otra nación de Cajamarca al norte, sabido apreciar las grandes virtudes de la organización incaica y que, durante la infancia de Huayna-Cápac se habían encariñado profundamente con el que, corriendo los años, sería el estadista y guerrero sin par que hoy regía el imperio; consideraban este viaje del inca como un triunfo y un regalo propio.

Las mujeres cañaris —entre las cuales, por ardientes y bellas, habían escogido numerosas concubinas del inca— guardaban el prestigio del seductor generoso y magnífico. Huayna-Cápac, además de las doncellas que había llevado al Cuzco o a Quito, había engendrado numerosos hijos a las mujeres del campo y las llactas cañaris, las que, por ese hecho, habían adquirido la categoría superior de mamma-cunas. Además, pocas regiones del imperio habían sido tan generosamente atendidas durante la dominación de los incas. Los palacios residenciales construidos por Tupac-Yopangui, con finísima cantería de distintos colores —pues esta tierra, como ninguna, es rica en materiales de edificación— habían sido enriquecidos por Huayna-Cápac con adornos interiores de planchas de oro, traído desde todas las regiones del imperio.

Hasta medio camino del tambo anterior a Tumipamba, salieron sus pobladores, quedando en ella solamente los ancianos, los enfermos, las mujeres paridas. Llevaban grandes ramas florecidas, palmas de los bosques cercanos; tocadas sus cabezas con finos aros de madera, a los cuales habían arrollado los cabellos: distinción especial concedida por Huayna-Cápac a la parcialidad de los cañaris.

Cuando alcanzaron a ver la litera del inca, fue un verdadero delirio; era que, además del espontáneo fervor, habían libado copiosamente —en sus grandes medias calabazas labradas en colores— la famosa chicha de la región cañari. Ella había aumentado la natural alegría producida por el arribo del inca, y por eso, ante la sagrada presencia, se abatieron las palmas y las ramas de flores amarillas; y la gritería dominaba los sones de la música que precedía al cortejo.

Mucho contento recibió Huayna-Cápac con el recibimiento de sus compatriotas los cañaris. Aceptó gustoso, en su vaso de oro, la chicha fuerte que le ofrecieron las más frescas muchachas; escuchó atento los cánticos y las alabanzas y tuvo para todos una delicadeza, una muestra de gratitud y de satisfacción.

Ya entrada la noche llegaron a los aposentos imperiales. Allí fue la comida de los tumipambas a su amado señor: ***cuyes*** asados, prendidos íntegros en largos tenedores de madera; aves, venados, maíz cocido en abundancia, el ***mote*** legendario de la región; chicha

guardada en toneles añejos, hecha con maíz germinado y dulce de *chancaca.*

Huayna-Cápac, grande entre los más grandes de la historia nunca tuvo la sobriedad hipócrita y engañosa de los tiranuelos dispépticos, amargados de bilis, que odian —por impotencia e inferioridad— el buen comer y el buen beber, las mujeres y el sol. Huayna-Cápac, que no fue nunca un excedido ni un vicioso, gustó siempre de una mesa bien y abundantemente servida, de un vaso lleno y de un lecho generosamente dispuesto para el amor y el placer. En la historia de Oriente tuvo un antecesor grande como él: Salomón de Judá.

Comió y bebió bien el inca soberano del Tahuantin-suyu en su amada villa natal de Tumipamba. Y enardecido por la chicha y la felicidad, aceptó para su compañía de amor en esa noche de satisfacciones, siete doncellas cañaris, bellas entre las más bellas. El privilegio de entrar en la cámara imperial —que hacía temblar de emoción y de orgullo a las muchachas elegidas— sería gozado por turno riguroso, hasta la hora en que hiciera sus primeros anuncios luminosos el padre Sol.

Al día siguiente, cuando los cañaris aguardaban la salida de Huayna-Cápac, los apus de la comitiva imperial anunciaron que el inca se encontraba febril y fatigado y que no podía mostrarse a su pueblo de Tumipamba en ese día. Otro día más, bien avanzado el sol, los ***chasquis,*** que traían noticias del lado de las costas del norte, insistieron porfiadamente en ser recibidos por el inca, para informarle de sucesos de importancia extraordinaria, de los cuales nadie antes que él debía tomar conocimiento. Huayna-Cápac, que sabía que sus deberes de inca estaban antes que la salud y que la vida misma, consintió, a pesar de su fatiga extrema y de su malestar, en recibir en seguida a los informadores.

Temblorosos por la larga marcha, sudorosos y empolvados del camino, los mensajeros informaron al emperador. Le dijeron que en las costas de Atacámez, traídos por grandes casas flotantes, habían llegado a tierras del imperio unos hombres pálidos, con abun-

dantes y revueltos cabellos en la cara, con vestidos y sombreros de metal. Que dichos seres extraños hablaban una lengua que no era ninguna de las que se hablaban en las parcialidades del norte del imperio, ni tampoco la lengua general del Tahuantin-suyu. Que llevaban consigo unos instrumentos como cerbatanas, que tenían el poder de producir al mismo tiempo el relámpago y el trueno, y con los cuales, desde lejos, abatían los venados y las aves. Que valiéndose de señas, preguntaban por el Cuzco y sus soberanos, y por señas también preguntaban siempre dónde, cómo se podría encontrar oro. Agregaron que dichos misteriosos seres, después de haber recorrido la costa en medio de los calores más irresistibles y por entre la maleza enemiga, sin quitarse sus vestidos de metal, habíanse metido nuevamente en sus casas flotantes para regresarse; pero que antes habían ofrecido a los principales nativos que los acompañaban unos objetos brillantes y la imagen de un hombre barbudo como ellos, de cuya cabeza salen rayos como los del sol y que, por señas, habían dado a entender que era su dios, y que ese dios era el que los había enviado para que ayudaran a los nativos, les enseñaran el manejo del relámpago y el trueno, la busca de metales y la agricultura. Agregaron que los extranjeros habían entregado a los curacas —rogándoles que los hagan llegar a manos del poderoso emperador del Cuzco— unos cuantos regalos y una imagen de ese dios barbudo que ellos adoraban, para que el emperador lo conociera. Contaron finalmente que, donde llegaban los extranjeros, plantaban un madero al que cruzaban otro en su parte alta, y que ante ese signo caían de rodillas, con gran humildad. Que luego plantaban otro mástil, en cuya cima flotaba una tela de colores; que al hacer esto, todos se ponían de pie en hileras, pronunciaba el que parecía jefe algunas palabras y respondían todos con un grito unánime.

Pusieron los mensajeros en manos de Huayna-Cápac los presentes que le habían enviado, en señal de homenaje, los extraños seres aparecidos en las costas de Atacámez; le informaron también que, en todos los lugares donde se había visto a los extraños personajes o se había contemplado la referida imagen, habíase esparcido el rumor insistente de que esos extraños seres eran envia-

dos por Viracocha, que era sin duda el hombre de la imagen. Que los indígenas del norte encontraban una relación exacta entre la profecía del fantasma que protegió al incario en la inolvidable sublevación de los chancas, y las señales de estos hombres pálidos y barbudos.

Tomó el inca en sus manos —con gran curiosidad a pesar de su abatimiento— los regalos que le enviaban los misteriosos personajes que, ya por tres ocasiones, habían aparecido en las costas norteñas de su imperio. Tuvo un gesto de gran señor desdeñoso para las pobres pedrerías falsas que para él, hombre fuerte y rudo, eran cosa miserable, propia acaso para halagar a mujeres. En cambio, dedicó toda su atención a contemplar la imagen del dios que había enviado a los seres extraños desde tan lejanas tierras, a través del mar. Después de unos instantes de reconcentración profunda, Huayna-Cápac, con un gesto indescifrable —quizás porque correspondía a un estado de ánimo también indescifrable— pasó a su hijo Atahuallpa la imagen del dios pálido y barbudo, pronunciando esta sola palabra: ***Viracocha.***

Tampoco pudo al día siguiente abandonar sus aposentos Huayna-Cápac, ni menos salir a recibir los homenajes que querían tributarle sus vasallos cañaris. Sufría el inca por no poder visitar las obras que, por su orden, se estaban ejecutando en el centro de los aposentos imperiales; ver el estado, en que se hallaban los canales de regadío y las presas que había mandado destruir; apreciar los progresos de los cañaris en tejidos y cerámica, y en agricultura; visitar y alentar a la numerosa colonia de mitimaes que su padre Tupac-Yopangui y él mismo habían traído del Cuzco, para contrarrestar el espíritu revoltoso y conspirador de los naturales. Pero no le fue posible satisfacer sus deseos tampoco en ese día. La fiebre de la tierra caliente, que le había atacado al pasar el valle cálido y pantanoso de Yunguilla, le obligó a guardar su cámara, sin poder exponerse al aire frío de esa clara tierra suprandina.

Cercano el mediodía, anunciaron a Huayna-Cápac la presencia de dos mensajeros del Cuzco que, también ellos, afirmaban traer noticias de excepcional importancia. Huayna-Cápac, que comprendía que estaba asistiendo a uno de los momentos cumbres del drama de su imperio, ordenó que los correos del Cuzco —como lo habían sido los de las costas— fueran introducidos a su presencia.

Los mensajeros, especialmente enviados por la Mamma-Co-ya, los ***sinches*** y los apus del Cuzco, entraron sin sacudir el polvo del camino y, tras las reverencias más rendidas, como de hombres habituados a las cortesanías de la capital, expusieron el mensaje. Dijeron que cuando en el Cuzco se celebraba el último Intip-Raymi —en la misma época en que el inca lo celebraba en Quito— se habían producido sucesos tan inexplicables, que los pueblos del Cuzco y los contornos se hallaban empavorecidos en tal grado que, impotentes para su interpretación, habían resuelto enviarlos a ellos para que se lo refieran todo al inca, único capaz de entender los signos de su padre el Sol y, en el caso de ser desfavorables, conseguir clemencia para sus hijos y su imperio.

Observando la debilidad del inca, los embajadores se acercaron mucho a su lecho y entonces uno de ellos, Colla-Guaqui, general valeroso que en cien batallas se había cubierto de gloria, sirviendo bajo las órdenes del inca, y de cuya lealtad estaba seguro Huayna-Cápac, le informó de los sucesos misteriosos del Cuzco. Refirió que, a pesar de la ausencia del inca, toda la ciudad imperial y los ayllus vecinos se habían reunido para celebrar la Pascua del Sol en Cori-Cancha que, por leyenda sagrada del imperio, no debía dejar de celebrarse por ningún motivo. Como pocas veces, debido a que en todo el imperio flotaba un ambiente de tragedia, habíase reunido una afluencia inusitada de gentes para esta Pascua del Sol, como si todos hubieran querido acogerse al templo máximo para así protegerse, hacerse fuertes en la compañía de todos, bajo la vigilante protección del Sol.

Siguió contando Colla-Guaqui, que tras los días rituales de ayuno, de privación de mujer y de ausencia de fuego, en la no-

che de vigilia que todos pasaron ante el sagrado templo de Cori-Cancha, esperando el advenimiento del sol, se produjo la primera señal desconcertante: una estrella muy grande, tanto como la que se ve en las tardes, pero de luz rara, siniestra, asomó en el horizonte; esta estrella traía pegada una gran cola de luz que se extendía, debilitándose, por todo el horizonte. Pullahuari, jefe de los quipu-camáyoc, afirmó que en los anales del imperio solo se recordaban dos ocasiones en que habían aparecido estas estrellas caudalosas: la una, en vísperas de la trágica muerte del inca Sinchi-Rocha, y la otra cuando por causa de heladas sin precedentes, habíanse perdido todas las sementeras del altiplano, se habían muerto los críos de las llamas, pacas o vicuñas de la serranía y no habían podido resistir los ancianos y los debilitados.

Después -continuó Colla-Guaqui— cuando comenzó a clarear la mañana y se esperaba ansiosamente la aparición del sol para hacer el ofertorio, una niebla espesa cubrió todo el cielo, impidiendo ver distintamente el sitio preciso donde se hallaba el sol. De manera que la ofrenda de la chicha —que debía hacerla Huáscar en ausencia del inca— tuvo que realizarse frente a una vislumbre de sol, pálido, cubierto de velo, como si estuviese enfermo.

Cori-Milma, el otro embajador del Cuzco y que era sacerdote del templo mayor de Cori-Cancha, continuó el relato de Colla-Guaqui en lo relativo al presagio de los sacrificios del Raymi.

Dijo que primero se habían sacrificado aves y que, al momento de cortarles el cuello, los ánades llevados desde el lago habíanse sacudido tan fuertemente, que todas las plumas habían volado fuera de la piedra ritual y que su sangre había salpicado la cara y los ponchos blancos de los sacrificadores; que luego condujeron a la piedra una vicuña estéril, pero que al momento de hincar el sacrificador el cuchillo de pedernal en el vientre de la dulce bestia pavorida, ésta consiguió, en un supremo esfuerzo, deshacerse de sus victimarios y libertar las patas que dos sacerdotes jóvenes tenían fuertemente sujetas. Augurios funestísimos los dos.

Cuando se quiso resucitar el fuego —continuó Cori-Milma— tampoco fue posible hacerlo por el medio de buen presagio, que

consiste en recoger los rayos solares a través de un cristal, sobre un haz de paja y hojas secas; el sol permaneció implacablemente oculto, cubierto de nubes oscuras, anunciadoras de tormenta; así, pues, para encender el fuego del festín y de los homenajes, se tuvo que recurrir al procedimiento de frotar dos leños secos.

Recogió nuevamente la palabra Colla-Guaqui para continuar el relato de los malos augurios.

Dijo que, cuando ya se disponían las ramas y las hojas para iniciar el gran festín del Raymi; que cuando ya se había tomado en vasos de oro o plata el último sorbo de la chicha fuerte, un horrible estremecimiento sacudió el templo de Cori-Cancha, la ciudad del Cuzco con sus incontables palacios, las montañas circundantes, la mole pétrea del castillo de Saxa-Huamán, la tierra toda. Pero en forma tan recia, como no guardaban memoria ni los más ancianos del Cuzco. Al mismo tiempo, ruidos espantosos, que parecían venir del centro de la tierra, se escucharon en todos los contornos del templo, hasta muchos días de camino de distancia. La tierra, aun en la misma plaza donde se celebraba la Pascua, se abrió en grietas donde cayeron muchos hombres, mujeres y niños.

A la hora mayor del Raymi, cuando el padre Sol, cada vez más oculto, debía encontrarse exactamente en la mitad del cielo, la inmensa multitud, presa de un horror delirante, fue testigo de un espectáculo más misterioso aún que los anteriores: por sobre el templo de Cori-Cancha asomó un gran cóndor, perseguido por una enorme bandada de cuervos. El cóndor parecía ya derrotado, seguramente herido. Los cuervos rapaces no se fatigaban de atacarle. Hasta que, cuando estuvo en el centro de la gran plaza del Sol, sobre la piedra de los sacrificios, el cóndor dobló sus alas abatido, y se dejó caer, ensangrentado, medio desplumado, moribundo, a los pies de Huáscar y de los sacerdotes.

Huayna-Cápac, al escuchar el extraño relato de los embajadores del Cuzco, no pudo ocultar su profunda inquietud. Demasiado claras veía las señales del Sol, en concordancia con la leyenda sagrada de su divino antepasado Viracocha, y demasiado coincidentes los presagios de la Pascua solar tanto en Quito como en el Cuzco. En él

—inteligencia superior y por lo mismo menos vulnerable que la de la mayoría de sus súbditos al influjo de las supersticiones y tabúes indígenas— había siempre una tendencia a no ser en exceso crédulo y si bien aceptaba la fuerza de la superstición, era como un poder político muy útil en su mano. Había llegado a tener en su mente uno como mapa geográfico-social de las características esenciales de los pobladores del imperio. Así, a los de la tierra yunga los conocía como fantásticos, abultadores y coloreadores de la verdad; a los del Cuzco los distinguía como inteligentes, finos, sutiles, pero sabios en ardides, doctores en las artes de la cortesanía. A los cañaris los tenía por valientes, dulces y luminosos para la contemplación del paisaje, ardientes para el amor; a los quitus, caranguis, otavalos, encaramados en su altiplano rítmico y lleno de luz, les atribuía características de rebeldía, amor a la libertad, dones para el trabajo de la tierra y de la piedra; a los del Collao, que viven cerca del sol y las estrellas, en la región inhumana, pero inmensamente bella del lago Titicaca, los creía gente reconcentrada y dulce, desconfiada y triste, con tenacidad para construir el maravilloso Tiahuanaco, y un poco hostiles para con puna enemiga e indomable.

Así, pues, el inca, abatido y debilitado por la fiebre, quiso reaccionar contra la poderosa influencia de la superstición que lo ganaba, e interrogó a los embajadores del Cuzco sobre la interpretación que en la corte se daba a los sucesos extraños que le habían relatado; Huayna-Cápac confiaba en que, con esta interrogación, los embajadores —por hábiles cortesanos que fueran— dejarían entrever el propósito que habían tenido la Mamma-Coya y los cortesanos del Cuzco para enviarlo.

Fue Colla-Guaqui quien respondió la pregunta de su inca. El viejo veterano, que tenía cruzada su cara rugosa por heridas que recibiera peleando por su emperador, habló vivamente emocionado, como violentando su humildad para con quien amaba y respetaba sobre todos. Dijo que no podía ocultar que en el Cuzco, tanto en la corte como en el pueblo, se creía que aquellos fenómenos extraños y los tristes presagios del último Raymi eran claras muestras de descontento del Sol; descontento que todos atribuían —y aquí la voz del an-

ciano guerrero se hizo trémula y dolorosa— a que hacía mucho tiempo que el gran inca había dejado sola y huérfana a su ciudad del Cuzco, donde todos lo amaban y respetaban como si fuera verdaderamente el Sol. Que el más grande inca que había regido el gran Tahuantin-suyu, el que había llevado la extensión del imperio hasta tocarse con el fin del mundo, el más glorioso, en fin, el más fuerte y grande de los hijos del Sol, pensaba privar del derecho hereditario a su primogénito Huáscar, hijo de la Mamma-Coya y hacer pasar al llautu de los incas al príncipe Atahuallpa, al que todos respetan y ama, por ser hijo de Huayna-Cápac, pero sin olvidar que lo es también de una princesa que no pertenece a ningún ayllu cuzqueño.

Calló un instante Colla-Guaqui temeroso de haber incurrido en la cólera de su soberano o —lo que más temía y lo angustiaba— haberle causado dolor, hiriendo sus sentimientos de esposo y de padre. Pero el inca, visiblemente fatigado y débil, ordenó a su vasallo a continuar la queja. Díjole que su deber de soberano lo obligaba a oírlo todo, a buscar la verdad, a conocer el pensamiento de sus súbditos, para tratar de obrar en conformidad con él; que por eso había emprendido este viaje, para recoger a lo largo del camino real del Cuzco todas las quejas, los pedidos y el modo de pensar de sus vasallos.

Alentado por las palabras, siempre sabias y bondadosas del inca, Colla-Guaqui, el indio rudo, valeroso y fiel, continuó su información. Dijo que quienes no aceptaban la posibilidad de que Huayna-Cápac entregara el llautu a su hijo Atahuallpa, en cambio hacían volar el rumor de que tenía decidido dividir el imperio, dejando a Huáscar las regiones del sur y a Atahuallpa lo que había pertenecido, por línea materna, a los reyes de Quito.

Curi-Milma, el sacerdote sabio, cuyo contacto con el pueblo del Cuzco era más frecuente en el templo, dijo que en las esferas humildes, en las barriadas laboriosas, se creía ciegamente que el inca había sido embrujado por los hechiceros de Quito, que le habían dado algún bebedizo que debilitara su voluntad suprema; y que entonces, los políticos, los sinches partidarios de Atahuallpa: Quizquis, Chalcuchima y, sobre todos, el feroz y astuto Rumiñahui, ha-

bían conseguido retener en Quito al glorioso hijo del Sol y obtener que desherede al príncipe legítimo, Huáscar, e instituya heredero del llautu incaico, o, por lo menos, de la esmeralda de los caras, al príncipe Atahuallpa.

Agregó Curi-Milma que esta última versión de dividir el imperio en dos partes era recibida con mayor tristeza y consternación que la relativa al desheredamiento de Huáscar; más, mucho más les dolía, afirmó Curi-Milma, la idea de que el gran Tahuantin-suyu —las cuatro partes del mundo— fuera fraccionado y dividido entre dos hermanos rivales, destruyendo así la obra de muchas generaciones de incas conquistadores y estadistas que, en veces con la espada y en otras con la persuasión y el amor, habían integrado y construido para la armonía y la felicidad de todos los hombres. Nadie duda, agregó Colla-Guaqui, que una división del imperio traería consigo, inevitablemente, la guerra. Una guerra dura en la que, despiertas las antiguas rivalidades regionales, cada una de las fracciones del Tahuantin-suyu, se lanzaría contra la otra, para conseguir de nuevo la unificación con la hegemonía de un solo soberano. Y en la guerra, recordó Curi-Milma, sobre todo si es guerra entre hijos del mismo país, el Sol se enoja con los hombres: no maduran las mieses, sobre las que cayó la maldición de sangre; se dañan los caminos que nadie vigila ni repara; se destruyen las presas y canales para el regadío; las aves y las bestias salvajes cosechan las sementeras que los hombres han abandonado para matarse entre ellos.

El inca se hallaba visiblemente extenuado. La fiebre había subido, pues su fina cara rojiza se había empurpurado más. Sin mostrar resentimiento ni amargura, dio por terminada la información de los mensajeros del Cuzco.

En la noche de aquel mismo día, como no se notaran signos de mejoría en la salud del inca, resolvió no continuar el viaje hacia el Cuzco y regresar inmediatamente a Quito. A la hora de la debilidad, cuando se sintió fatigado y febril, el gran conquistador volvió sus ojos al hogar caliente de ternuras, al que había formado en Quito, no por razones de Estado, sino por razones del cora-

zón y de la especie. En su postración, Huayna-Cápac comprendió que en el Cuzco le esperaba gran recargo de labor política; le esperaba la intriga palaciega, las calumnias y los enredos; en Quito, en cambio —donde había vivido sin interrupción los treinta últimos años de su vida—, sabía que le esperaba el amor dulce y abnegado de Paccha, el cariño de sus servidores de siempre, la tibieza del aposento donde había llegado a la madurez y casi envejecido. Del lado del Cuzco estaba la agitación y la batalla, tan gratos a sus años mozos y robustos; del lado de Quito estaba el remanso de paz y de cariño, el cuidado solícito, con solicitud suave y acolchada por el acostumbramiento de la mano y la voz conocidas. La elección de su cuerpo cansado y envejecido en la batalla y el trabajo no podía ser vacilante.

Huayna-Cápac el Grande, tendido en la cama con el paludismo —esa dolencia, como ninguna, agotadora de las fuerzas físicas y de la voluntad—; abatido moralmente por el peso de realidades políticas —la aparición de los seres extraños en la costa- que acaso él solo en el imperio no interpretó en un sentido de optimismo partidarista y tendencioso; desencantado y triste por lo que le habían dicho los enviados del Cuzco; Huayna-Cápac, decimos, no era en esos instantes el héroe recio e invencible de Puna, Guanca-vilca, Chachapoyas, Mocha y Yahuarcocha; ni el gran estadista, organizador, justiciero e implacable, ágil y acometivo: era solamente un hombre. Un hombre que, en su debilidad, había perdido mucho de su voluntad y de su fuerza.

Ordenó, pues, el regreso hasta Quito. Los ojos sanguinolentos y vivos de Atahuallpa, se iluminaron con un relámpago triunfal.

ESOS HOMBRES BLANCOS Y BARBUDOS

Y el Cbibcha trajo la noticia de unos hombres misteriosos que venían volando sobre la mar, de unos hombres barbudos sobre corceles demoníacos, de unos hombres que disparaban fuego con sus arcos... El pensamiento del anciano inca se llenó de presentimientos. Se acordó entonces de las viejas leyendas que bajaron tal vez del norte de Panamá, donde el peruano había comerciado con el maya y con el nahua. En ellas se decía que vendrían hombres blancos de las grandes aguas del este, hombres que eran dioses. Y que cesaría el dominio del inca.

Waldo Frank
América Hispana

El viaje de regreso, lento, silencioso, tenía más bien la apariencia de un cortejo funeral. Atahuallpa había despachado correos para que, adelantándose a la comitiva de su padre enfermo, previnieran a todos los curacas del camino, a fin de que, como en el viaje de ida, salieran al paso de la comitiva; no ya como antes para cantar loanzas y hacerle al inca todopoderoso presentes de placer y vida, sino para que los mejores curanderos de cada región vieran al inca enfermo y trajeran plantas salutíferas que pudieran aplicarse a la enfermedad de Huayna-Cápac.

Todo el camino fue un homenaje de devoción y amor al gran enfermo. En el tercer tambo, en la región cálida de Yunguilla —donde se suponía que había adquirido el inca el mal de la tierra caliente— los curanderos aconsejaron un baño para que el inca dejara la enfermedad en el mismo sitio donde se le había pegado. Trajéronle después del baño las cascaras amargas y las hojas de jaborandi que

quitan las calenturas; a medida que subía por las sierras, trajéronle la ***chuquirahua,*** luego la canchalagua. El inca pasaba bien un día y mal el día siguiente. Tomando en consideración esta circunstancia, el viaje tuvo que sujetarse al ritmo de la enfermedad: se caminaba un día, se descansaba el otro.

Hasta un sol entero de andar adelante de Quito, había salido Paccha, la dulce reina de los quitus, con las mujeres de su compañía en el telar de sus aposentos reales, para recibir a su esposo y señor, que regresaba fatigado y enfermo. Para el inca fue reconfortante el encuentro con su familia de amor; pero fue triste la llegada a Quito, de donde, hacía apenas una luna, había partido en son de triunfo y de hazaña el gran inca anciano, pero fuerte aún y voluntarioso como siempre. Se sentía en todas partes un ambiente de tristeza, que aumentaba la melancolía incurable de estos indios de páramo y de puna, hijos de una región transparente pero fría y lluviosa. Era que los quitus, a pesar de los horrores de Yahuarcocha —el combate más cruel y sangriento de toda la conquista incaica— se habían encariñado con el gran hombre que durante treinta años —en comercio estrecho y cotidiano— los había regido.

Estos hombres de altura, duros y rencorosos, astutos y desconfiados, amaban a su rey casi divino, que se los había ganado por suavidad y amor: por el amor de su princesa amada, hija del rey Cacha; por el amor del príncipe valeroso y soberbio que les había dado: Atahuallpa. En Quito, por lo mismo, se hicieron esfuerzos desesperados para salvar al inca. No cedía la enfermedad en sus accesos periódicos y extenuantes de escalofrío y de fiebres.

Huayna-Cápac el Grande comprendió que su fin se acercaba. Comprendió que su padre el Sol lo llamaba a su seno. Ese fuego que lo consumía —la fiebre— no era otra cosa que la urgente y repetida llamada del Sol. Huayna-Cápac se vio frente a frente con el grave problema de designar sucesor para la regencia del gran imperio que su estirpe había llevado a la cima del poderío y la grandeza.

Había oído mucho, había visto mucho; llevaba ya varias lunas de meditación. Pero en la hora cumbre, cuando le hacían calor de costumbre y de cariño la voz compañera y las manos sedantes de

Paccha, su mujer de elección y pasión; cuando las ñustas fresquecitas y cariñosas —princesitas quiteñas hermanas menores de Atahuallpa le poblaban la cámara de sus voces infantiles; cuando veía a su lado, solícito, a su hijo preferido, el recio, inteligente y valeroso Atahuallpa; cuando todo eso, que era lo verdaderamente suyo como hombre, le rodeaba y le oprimía dulcemente, Huayna-Cápac olvidó al gran inca, para oír sólo al esposo y al padre; hombre de carne y sangre, sentimental y amoroso en su debilidad. Huayna-Cápac, hombre, dividió entre sus dos hijos, Huáscar y Atahuallpa, el inmenso territorio del Tahuantin-suyu.

A Huáscar le dio, junto con el llautu, símbolo supremo de la autoridad de los incas, todo lo que pertenecía al antiguo incario en las cuatro direcciones del mundo. A Atahuallpa le dio el grande y poderoso reino de los quitus.

Huayna-Cápac quiso devolver el reino de los quitus a sus antiguos dueños. Huayna-Cápac —lo recordaba muy bien en estas horas de justicia suprema— no había logrado reducir a la obediencia absoluta, no había ***conquistado*** el reino de los caras, sino por su alianza con la princesa hija de Cacha, último rey de Quito. Cuando la reina Paccha se rindió al hombre bello, fuerte y galán que era el inca del Cuzco, y resolvió compartir con él su lecho y hacerlo señor de su amor y de sus reinos, solo entonces se consumó la unión de los dominios quitus al incario. Unión de hombre y mujer que se aman, que confunden sus vidas, que procrean: unión de un pueblo a otro, porque sus jefes se unen.

Huayna-Cápac no se creyó con derecho para disponer en favor de su primogénito lejano, Huáscar, de tierras y dominios que se habían entregado a él por amor a su reina. ¿Por qué ni con qué derecho había de reinar Huáscar sobre unas tierras y unos hombres que no le amaban ni le conocían y a los cuales él no amaba ni conocía tampoco? ¿Por qué viviendo Paccha, la reina legítima de estos pueblos, había de arrebatarle su heredad, sus vasallos, para entregarlos a un príncipe desconocido?

No. Huayna-Cápac no hizo un testamento de conquistador. Menos aún un testamento de estadista. Hizo obra de hombre, de hombre

amoroso y sensible, grande en sus afectos como en todas sus cosas. Y también -él estaba seguro de ello- obra de justiciero.

Huayna-Cápac, rendido ya por la fiebre, tuvo fuerzas sin embargo para llamar a su lado a Paccha y a Atahuallpa para decirles su resolución suprema, de acuerdo con las inspiraciones que en sus últimos sueños había recibido de su padre el Sol: que el imperio incaico, antes de la conquista de Quito, sería para Huáscar; pero que las tierras de los caras volverían a sus primitivos señores, en la persona de Atahuallpa.

Lloraba Paccha silenciosamente de gratitud y de pasión, encuclillada a los pies del gran inca. Para ella, mujer y madre, esta escena era de una emoción inefable, en la que se mezclaba su inmenso dolor por la partida de su gran compañero, y el júbilo por el triunfo y desquite de su raza, personificada en este hijo suyo —no ya débil, paralítico, doliente, como recordaba a su heroico e infortunado padre Cacha— sino fuerte y ágil, audaz, ambicioso, que no sólo restauraría su reino, sino que lo engrandecería.

Atahuallpa también humedeció sus ojos, e inclinado ante su padre lo adoró como al Sol, pues en ese instante el inca soberano del Tahuantin-suyu, era la personificación del Sol.

Huayna-Cápac, con voz cada vez más extenuada, dio consejos a su hijo, le habló de paz y amor entre los hombres y le ordenó vivir siempre en armonía y cooperación con su hermano Huáscar, inca del Tahuantin-suyu.

Habló luego de los hombres blancos y barbudos; y lo que jamás se lo había dicho a nadie, quiso en esta hora suprema decírselo a su hijo: que él, Huayna-Capac, a diferencia de casi todos los pobladores del imperio, no creía que aquellos seres extraños fueran una reencarnación de Viracocha. ¿Por qué, si eran mensajeros de su padre, no se habían dirigido a él, como lo hizo el fantasma con Pachacuti-Inga, antes y después de la guerra con los chancas? ¿Por qué esos seres extraños preguntaban el camino del Cuzco, el nombre del inca y los sitios donde había oro, si de ser Viracocha o sus enviados, debían saberlo mejor que nadie? Aconsejó mucha cautela a su hijo y le pidió que desconfiara de esos intrusos que, acaso, más bien eran enemigos que venían a desposeerle de sus tierras.

Después de aconsejar a su hijo, el inca hizo entrar a su cámara a todos los grandes del imperio y en especial, a los dos enviados del Cuzco, Colla-Guaqui y Curi-Milma. Se incorporó penosamente en la cama para hacer la invocación al Sol, y al soberano invisible del Sol y de los hombres, creador y regulador de todo: Pacha-Cámac. Nuevamente recostado, y dando muestras de mayor debilidad, proclamó su voluntad soberana, en orden a la división del imperio. Los presentes hicieron humildes muestras de acatamiento a la voluntad del inca, e inclinaron más aún sus lomos, ya de suyo inclinados por el peso ritual; en cambio, los dos embajadores del Cuzco no pudieron ocultar —dentro de su gran sumisión— un dolor angustiado y profundo. Nada dijeron sin embargo. Pero en las rudas mejillas llenas de cicatrices del heroico Colla-Guaqui, se vieron correr lágrimas. Huayna-Cápac hizo nuevamente la invocación al Sol y a Pacha-Cámac, implorando para sus hijos y su pueblo la protección divina, y para él, que se ordene ya la limpia del camino que muy pronto había de conducirlo hasta el Sol.

A los mensajeros del Cuzco les pidió que dijeran a la Mamma-Coya todo lo que sentía no haber podido llegar junto a ella —la compañera dada por el mismo Sol— y despedirse para este viaje supremo hacia su padre. Que dijeran a todos, en pueblos y en campos, su amor por el imperio. Que explicaran a todos, a lo largo del camino y al llegar al Cuzco, los motivos de justicia que había tenido para devolver a los príncipes de Quito sus tierras y naciones. Repitió —para que se los llevaran a Huáscar— los mismos conceptos de paz y amor que había dado a Atahuallpa, agregando que moría tranquilo, seguro de que no había fraccionado el imperio, sino que había creado para su unión, lazos de sangre y de amor, más fuertes que los lazos de conquista y fuerza.

Por último, haciendo un esfuerzo supremo ordenó que su cuerpo fuera llevado al Cuzco, para ocupar en Cori-Cancha el sitio que le correspondía junto a sus antepasados; pero que su corazón debía quedar en Quito, junto a todo lo que más amaba, en el santuario del Sol edificado por él mismo en la cima del Yavirac, y en donde luego debía descansar el cuerpo de su amada Paccha.

LA DIVISIÓN DEL IMPERIO

Mon empire est trop vaste; il faut marcher des lunes et des lunes pour aller du pays des Araucans aux confuís des tenes des Chibchas. Je connais Huáscar, il n'a pas l'ame guerriére de ses anee-tres... Vous etes plus vif. plus avisé, plus subtil, plus aud acteux; vous mavez acompagne Tlans mes derniéres expeditions müitaires et mes soldáis ontfoi dans votre destinée. C'est le sang des Caras que coule en vous; le sang de votre mere, et je sais rendre justice a mes anciens enemis: leur vaillance se mesure au temps qu'il m'a fallupour les soumetre. Vous garderez l'heritage de votre mere, vous régnerez a Quito et votre frére demeu-rera a Cuzco; ily aura encoré la plus belle part.

Luis Baudin
La Vie de Francois Pizarre

Un enorme estremecimiento de consternación recorrió la extensión vastísima del Tahuantin-suyu con la noticia de la muerte del más grande de los incas, de Huayna-Cápac, cuya leyenda de conquistador y de estadista lo había encumbrado a las cimas veneradas y un poco misteriosas de la divinidad.

"Sus funerales —dice Prescott— se celebraron con ***esplendor sangriento*** en ambas capitales de su dilatado territorio, y dícese que algunos miles de sus concubinas imperiales, con numerosos empleados de su palacio, manifestaron su dolor o su superstición sacrificándole sus vidas, a fin de acompañar a su señor difunto a las brillantes mansiones del Sol".

Duraron mucho tiempo las muestras de dolor, y cada luna nueva se renovaban las lamentaciones. El traslado del cadáver al Cuzco fue algo que jamás se había registrado en la histo-

ria del imperio, por las muestras de dolor exasperado que, al paso del cortejo mortuorio, dieron todos los pueblos del camino. En cada uno de ellos y a grandes alaridos lastimeros, se contaban las glorias del inca difunto, los beneficios, las obras que había realizado en la marca o en la llacta.

La capital del imperio recibió con inmenso dolor el cadáver del hijo del Sol; los preparativos jubilosos que se habían hecho por su viaje, se cambiaron por disposiciones funerales. Y a pesar de la noticia de la división del imperio, la muerte de Huayna-Cápac hundió a los cuzqueños en un profundo dolor, en un inmenso desconcierto.

El cuerpo del gran inca, embalsamado de acuerdo con los ritos del imperio, no fue enterrado en el sepulcro imperial, sino que, como a un dios, emanación del Sol, se le colocó en una urna, de pie, delante del gran disco de oro que representa al Sol, en el sagrado Cori-Cancha, templo máximo del Sol en el imperio.

Cálculos posteriores, basados en el decir de los indígenas —para los cuales la muerte de Huayna-Cápac es la fecha más grande de todo su historial— han fijado, con aproximación, la época de la desaparición del hombre más grande de la América precolombina. (Y yo afirmaría simplemente: de la América).

Era en diciembre de 1526, después de Cristo, treinta y cuatro años después de que España, por medio de Cristóbal Colón, descubriera la mitad del mundo.

La voluntad del más genial de los incas, como obedeciendo ciegamente los designios de la historia y como preparando los caminos de una nueva civilización, partió en dos su gran imperio. Ese Tahuantin-suyu, que unido bajo el mandato de un solo inca habría, muy probablemente, resistido y triunfado del puñado de aventureros prodigiosos que en cortísimo número tuvieron la audacia, antes jamás realizada y nunca después de ellos repetida, de enfrentarse con un desconocido fabuloso, poblado en la leyenda —y en la realidad— de millones de hombres; con una naturaleza asesina, en don-

de la conflagración de la humedad y el sol, las bestias y las plantas en mortal acecho, hacen hoy mismo una heroicidad toda incursión de hombres en ella.

Mientras los hombres blancos asomaban su inquietud de más allá por las calmas aguas del más grande de los mares del mundo y con sus barcos frágiles partían en dos la quietud de esas aguas, Huayna-Cápac el Grande, uno de los más egregios congregadores de hombres y de tierras que nos cuenta la historia, obedeciendo a debilidades de hombre, se adelantaba a los sueños de los aventureros, les abría los caminos de la conquista, haciendo dos partes débiles —por la superstición y la guerra civil— lo que fuera firme y sólido, y por su estructura comunal, que crea vínculos fuertes entre la tierra y los hombres, acaso indestructibles.

El testamento de Huayna-Cápac dio consistencia y vuelo al mito de la reaparición de Viracocha. Pero de un Viracocha al que cada bando rival hacía suyo y que lo hacían servir las tendencias de los dos herederos del imperio, los dos hermanos a los que el error de Huayna-Cápac convirtió luego en enemigos.

En definitiva, la división del imperio hizo que los españoles fueran mirados por los indios como la reencarnación de una divinidad legendaria querida y poderosa; de ese Viracocha que en ocasión inolvidable había convertido a las piedras y a los árboles en hombres. Pero este nuevo Viracocha -reencarnado en los hombres blancos y barbudos que habían asomado en las costas del imperio— no había dicho claramente cuál de los dos grupos adversarios era el elegido para la protección del Sol: si el que sostenía a Atahuallpa en el norte, o el que era partidario de Huáscar en el sur. Y como no había hecho un signo claro de sus divinas preferencias, los dos partidos rivales interpretaban como favorable a sus respectivos intereses la reaparición de estos nuevos "viracochas", que tenían un singular parecido con las descripciones que antaño hiciera Pachacuti sobre su tío el fantasma de los valles de Chita.

Este Viracocha multicéfalo —como la representación de todos los imperialismos antiguos y modernos— vino a fomentar la discordia civil, literalmente fratricida en este caso, para debilitar la fuer-

za del adversario con el engaño de grandes favorecimientos y el señuelo del progreso; con el engaño libertario, autonomista o patriótico en el que, pueblos ingenuos, inconscientes en su sinceridad apasionada, caen como en trampa tendida por cazador experto. Menos mal que en aquel momento de imperialismo universal, que tuvo siquiera el humano penacho de la aventura grande y del juego generoso de la vida a un trágico albur, el representante ciego de dicho imperialismo, el cebo de la trampa fue un dios, una leyenda, un mito: Viracocha. Fue él, Viracocha, quien en la conciencia de los nativos —y sin deliberado propósito de los conquistadores que nada sabían— precedió a las lanzas ferradas, a los estoques toledanos y a los arcabuces.

En los imperialismos de hoy, es un engaño de ideales o de autonomía, con lo que a veces, cuando se tiene aún algún pudor, se disfraza el oro del capitalismo; o lo que es peor, es el favorecimiento de ambiciones criminales, sin respaldo de doctrina ni de idea, y que se marcan con cualquier nombre de hombre.

>v / (O ^ > < ^ i i oí **»ru.** fh». " . .. • ; ;-.¡i. • n t.; < . , • ">

HUÁSCAR Y ATAHUALPA

... y por ser la calidad de la tierra muy apacible a su condición, residió allí mucho tiempo, dejando en el Cuzco a muchos hijos y hijas suyas, especialmente a su hijo mayor, llamado Huáscar inca, y a otros muchos; y en Quito tomó nueva mujer, hija del señor de la tierra, y de ella hubo un hijo que se llamó Atabaliba, a quien él quiso mucho. ..".

"... después de haber estado en el Cuzco algunos años, determinó volverse a Quito, así porque le era más agradable aquella tierra como por el deseo de ver a Atabaliba, su hijo, a quien él quería más que a los otros; y así, volvió a Quito por el camino que hemos dicho de los llanos, donde vivió y tuvo asiento lo restante de la vida hasta que murió; y mandó que aquella provincia de Quito, que él había conquistado, quedase para Atabaliba, pues había sido de sus abuelos.

Agustín de Zarate
Historia del Descubrimiento y Conquista de la Provincia del Perú

Aproximadamente cinco años -contamos ya el tiempo como nos enseñaron a contarlo los conquistadores— vivieron en paz, quizás sólo aparente, los dos hijos de Huayna-Cápac.

Desde el principio se notó que los más famosos guerreros del inca fallecido se quedaron junto a Atahuallpa, que les inspiraba más ruda y viril simpatía.

El viejo guerrero Colla-Guaqui y muchos de los apus que desde el Cuzco habían acompañado a Huayna-Cápac, regresaban a la capital para servir a Huáscar.

Las relaciones entre los dos príncipes tuvieron durante algún tiempo caracteres de cordialidad fraternal: se enviaban con frecuen-

cia embajadas con regalos preciosos, cada uno lo más rico y valioso de su dominio respectivo. Esas embajadas llevaban casi siempre también invitaciones mutuas para visitar sus respectivas capitales, invitaciones que, dada la desconfianza existente, fueron agradecidas pero nunca aceptadas.

Huáscar ciñó su cabeza con el llautu de los incas, celebrándose para ello en el Cuzco las fiestas de ritual. Pero por su temperamento, por su educación, más preparado estaba para la gobernación pacífica que para empresas bélicas.

A la muerte de su padre, Huáscar tenía aproximadamente treinta años. El tipo fuerte y bien proporcionado de la estirpe solar de Manco-Cápac se había refinado en este príncipe feliz, cuyo nacimiento fue jubilosamente celebrado con el baile de la cadena de oro que le diera su nombre.

Su infancia, rodeada de mimos y de afectos, fue, en suma, una infancia monótona, quieta: la corte del Cuzco, por la ausencia indefinida de Huayna-Cápac —que parecía haber echado raíces en la lejana capital de los caras— había perdido su alegría, su ostentosa opulencia. La Mamma-Coya sentía la dureza de su abandono, y las salas de las concubinas del inca habían permanecido largo tiempo vacías. Huáscar fue, principalmente, criado entre mujeres. Los guerreros todos del imperio habían seguido siempre a Huayna-Cápac en sus guerras y conquistas; necesitaban siempre estar con su gran jefe, que los necesitaba y a quien necesitaban. Junto al niño imperial, en el Cuzco, solo quedaban los incas cortesanos, los amautas encargados de su educación y, sobre todo, las pallas y las ñustas, sus hermanas y primas.

Con el ejemplo de Huayna-Cápac, que por hacer conquistas, había abandonado tan largamente a los suyos, el prestigio de los hombres de guerra había disminuido en el Cuzco; y por eso el ambiente de la infancia de Huáscar estaba impregnado de profunda repulsa para las cosas bélicas, cargadas de aventura y manchadas de sangre.

El clima de la corte del Cuzco —abandonada por Huayna-Cápac, hasta el punto de que Huáscar apenas conocía a su padre—, era

un clima muelle, tibio, propicio para la holganza y el amor, para el aprendizaje de las artes finas y el penetrante cultivo de la inteligencia. Huáscar fue el producto de ese ambiente: noble, leal, cultivado; hábil descifrador de quipus, sabio intérprete y conocedor de las leyendas del incario; practicaba las artes de la orfebrería y del telar. Sabía decir cálidas palabras de seducción a las más lindas ñustas de la corte y de los campos aledaños, y su leyenda de conquistador de mujeres —como su padre en esto— había dado siete veces la vuelta al imperio. Con los más sabios amautas, había aprendido todos los conocimientos que enseñaran sus más lejanos y gloriosos ancestros, Manco-Cápac y Mamma-Ocllo; y las ciencias y los descubrimientos que habían enriquecido la cultura incaica durante el reinado de sus abuelos y que culminaron en el reinado de su padre, el más grande de los incas. Huáscar entendía el lenguaje de su padre el Sol, conocía los secretos de la tierra, las nubes y la luna; podía dar consejos sobre la mejor época de esquilar las alpacas y vicuñas de la sierra; sobre el tiempo más propicio para la plantación del maíz y para la tala de los bosques. Conocía las mezclas que había que dar al oro y a la plata para hacer con ellos imágenes del Sol y de la luna, vasos para beber la chicha en los Intip-Raymis, brazaletes y ajorcas para *las* ***pallas*** y las ***ñustas.*** Sabía las leyes y las costumbres jurídicas de todas las regiones, y tenía razón justa y ánimo igual para aplicarlas.

Huáscar era, en suma, un príncipe preparado para la gobernación en la paz. Príncipe para épocas de remanso, de edades medias pudiéramos decir: momentos de gran plenitud, en los que los pueblos, tras un potente y agotador esfuerzo fecundo, necesitan —con necesidad vital impostergable— una hora de respiro, de descanso para reponerse y volver a emprender, con nuevas fuerzas, la marcha hacia adelante.

La esmeralda simbólica del poder y la realeza de los señores de Quito y naciones confederadas, desde los huancabambas y los chachapoyas, hasta los tulcanes y los pastos, fue separada del llautu de los emperadores del Cuzco, en virtud del testamento de

Huayna-Cápac, y devuelta al representante de la estirpe de los caras, hijo de la última reina de esos reinos: Atahuallpa.

La unión de esos dos símbolos —el llautu y la esmeralda— en una sola cabeza, Huayna-Cápac, se había realizado, más que por conquista guerrera, por alianza de amor. Cuando esa alianza se rompió con la muerte, los símbolos —y lo representado por ellos: realidad de tierras y hombres— se separaron, pasando cada uno a su dueño legítimo.

Desde el primer momento, Atahuallpa asumió reciamente, y en verdad, el imperio de su pueblo. No para seguir en literalidad las tradiciones ni los sistemas de sus antepasados los caras, en un inútil alarde de nacionalismo. Ni para cortar los nexos que unían a su pueblo con el inmenso imperio de sus abuelos paternos; al contrario, para estrecharlos, valiéndose para ello del prestigio de sus guerreros amados y admirados en toda la existencia del Tahuantin-suyu, porque lo habían recorrido entero, en marchas hazañosas y triunfales, a las órdenes de Huayna-Cápac, junto con Atahuallpa.

El nuevo rey de los quitus no era un sucesor de su abuelo Cacha ni un continuador de su obra después de largo paréntesis de la dominación incaica. Atahuallpa era, fundamentalmente, un inca. Y un inca hijo de Huayna-Cápac, educado por él, preferido por él; su compañero de todas las horas y los días. El testigo íntimo de su obra de civilización y construcción. Atahuallpa, rey de los quitus, era, decimos, esencialmente un inca.

Por su cultura superior, menos refinada quizás que la de su hermano Huáscar, pero no menos esmerada y sólida; sin duda alguna, más recia, más viril. En efecto, Huayna-Capac llevó siempre en sus viajes los más sabios amautas y quipu-camáyoc para maestros de su hijo. Y en los días de descanso entre batallas, y en las horas libres de las marchas, el príncipe Atahuallpa, en presencia de su padre, recibía lecciones de los maestros más ilustres y más claros, en todos los conocimientos de la tierra, de los hombres y el sol.

Al mismo tiempo, bajo la especial vigilancia del rígido y adusto Rumiñahui —el más intrépido y temerario de los generales

de Huayna-Cápac— Atahuallpa recibía la más rigurosa y severa educación para la guerra. Se le exigió pericia en el tiro de la honda, en el lanzamiento de la flecha; se le adiestró como a simple soldado, en el manejo de la lanza y del hacha de pedernal; se le hizo adquirir fuerza y precisión para el disparo de la cerbatana.

En las marchas se le hizo caminar a pie, junto a la litera de su padre, por las escarpaduras de las sierras del Cunti y Anti-suyu, y por los arenales o manglares encendidos de fuego de las llanuras yungas; para conseguir que adquiera agilidad, fuerza y resistencia y, al propio tiempo, se captara el amor de soldados y de jefes.

Desde que fue hombre para llevar armas, Atahuallpa tomó parte en las acciones bélicas y tuvo ocasión de probar los resultados de su aprendizaje y de dar inequívocas pruebas de intrepidez y arrojo que colmaban de orgullo al gran inca.

En el momento en que asumió la regencia de su pueblo, Atahuallpa unía a su cultura, a su preparación militar y política, un gran prestigio, que la fantasía y la superstición de los indígenas había agrandado hasta convertirla en leyenda.

Atahuallpa era un ejemplar rudo y fuerte de la mezcla de dos estirpes: la de los caras y la de los incas.

Su nacimiento y su vivir en la dura y agria serranía de los pichinchas, había dádole fortaleza de músculo, agilidad y poder para el camino; las heladas del páramo inhumano habían curtido su piel. Era ancho y bien formado de hombros; de estatura más bien alta, como lo son los indios de los hatun puruá y carangui, cuya sangre corría por sus venas. Tenía "el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre". Su mirada, su cara toda, eran de una impasibilidad de piedra.

Habituado al legislar sabio y al sentenciar justo e inapelable de su padre, Atahuallpa había adquirido el hablar grave, trascendental, reposado. Sus razonamientos eran sagaces y profundos y la sutilidad de su discurrir era tan fina y segura, que hacía caer en sus redes aun a los más perspicaces.

De menos fantasía que su padre pues en la tierra cara no existe la hierba de los sueños, la coca, Atahuallpa tenía el proyectar y el

resolver rectilíneos, y en medio de su hombría era ingenuo e incapaz de engaño.

Más sobrio que los incas, por tradición materna, Atahuallpa no abusó nunca de la chicha ni de la mujer y sus llegadas a las Hacías no eran esperadas ansiosamente por todos, como señal de fiesta; eran más bien temidas, porque llegaba siempre para el trabajo, para la guerra o para la justicia.

PLUS ULTRA

Mundi forman omnes fere consentiunt rotundam esse.

AEneas Sylvius Piccolomini.-Pío II

Le premier de tous, marche Francois Pizarre...

J.M. de Heredia
Les conquérants de l´or

Parece ser cierto que el joven Pizarro fue poco atendido por sus padres, i que se confió su educación a la naturaleza No se le enseñó a leer ni a escribir i su principal ocupación fue la de porquerizo.

W.H. Prescott ***Historia de la conquista del Perú***

Siglo XV del mundo occidental y cristiano. Se ha cerrado el ciclo contemplativo, de construcción interior, de vuelo místico, que se llamara la Edad Media. Ya el hombre de Occidente quiere salir de su éxtasis. En la lucha ardua sostenida por el Oriente semítico —encarnado por el espíritu renunciador y perdonador de Cristo— contra la acometividad del Occidente nórdico y romano, representado por las mitologías fuertes y belicosas de la Europa bárbara, parece que llega el momento del triunfo de la acometividad. Diez siglos quietos orientados por el ansia metafísica, la mística y la teología. Lentos trabajos de la ética cristiana. Pero al fin el mundo, la tierra, la realidad tangible, pugnan por tomar su revancha: hay que ver el mundo, hay que andarlo, hay que vivirlo. Está la humanidad holgada en él, pero siente la urgencia inquietadora de agrandarlo, de conocer íntegramente su bien, para elegir el

goce. Y presenciando todos los fracasos de la alquimia misteriosa, de la cábala, de la astrología, para llegar a convertir los metales en oro; los hombres del siglo XV posterior a Cristo, siguiendo bien las indicaciones de la sabiduría egipcia, indostánica, china, griega y romana, se dedicaron empeñosamente a proyectar exploraciones y experiencias, a interrogar porfiadamente a los astros y a los libros sobre la existencia de más tierras donde se encontrara más oro.

Por fin, después de intentos heroicos -muchos de ellos silenciosos o anónimos— un latino, hombre del Mediterráneo como Jasón, como los buscadores de la Atlántida, El Dorado o Cypango, acometió la empresa de agrandar el mundo: Cristóbal Colón. Su aventura —una de las exaltaciones supremas del valor del hombre en la historia del hombre— tuvo tras sí el instinto inquieto de perspectivas, de un gran pueblo: España. Iba a acabarse el siglo y, el 12 de octubre de 1492, un grupo de hombres de España había comprobado que el mundo era más grande, y había afirmado la creencia —casi mítica en Occidente— del existir de sitios fabulosos donde abundaba el oro.

La propagación de esa creencia penetró en todos los rincones de Europa, en especial de España, la generadora auténtica, espiritual y material del descubrimiento de los mundos nuevos.

La chispa inquietadora prendió en todos los espíritus, atrayendo con el señuelo de una liberación económica largo tiempo y vanamente buscada en las tierras viejas, de concurrencia dura; o con el de la liberación de angustias espirituales, de persecuciones judiciales; o simplemente —sobre todo en España y Portugal- con el señuelo tentador de la aventura grande de mar y tierra nuevos, más lejanos y más tentadores que Italia, que la Tierra Santa, que Flandes.

De los Pirineos a Gibraltar, en todas las casas hispánicas donde por las noches se prendía una luz para la cena, para tejer calceta y contar hazañas del día y de la historia, no se hablaba de otra cosa: las Indias; no se proyectaba otra cosa: el viaje hacia esas tierras lejanas donde abundaban las especies ricas, las esmeraldas, el oro.

El viejo capitán tenía balafrada la cara por hazañas en Flandes, y ligeramente inmóvil su brazo izquierdo por luchas nocturnas de crucero, junto a un farol, no lejos de una reja tras de la cual se adivinan desmayos.

Bajo los soportales de la plaza mayor de Trujillo —en tierras de Extremadura— como tantos y tantos hidalgos y guerreros ancianos, el viejo capitán platicaba en las tardes con algún bachiller por Salamanca, con el alcalde o con el señor canónigo, del primer tema español: la aventura. Y esa aventura que hasta allí había sido arrojar a los infieles, conquistar el más allá de Flandes, el más allá de Italia, hoy eran las Indias de Occidente.

Y decía el bachiller:

-Por los informes de Colombo, por los mapas de Martín Alonso Sánchez y de Juan de la Cosa, por las maravillosas piedras y perlería que han traído como muestra los primeros galeones regresados de la mar y tierra nuevas, las opiniones se hallan divididas entre los tonsos y los doctorados. Se discute y cuestiona en la Rábida, en Salamanca, en Badajoz y en Burgos. Unos afirman que es la Atlántida de que nos han hablado los poetas de Grecia y el divino Platón. Quienes juran que es Cipango y citan la autoridad de Marco Polo. Códices respetables se invocan para sostener que se trata de El Dorado. El libro de las maravillas del mundo, de Juan de Mandeville; el Imago Mundi del Cardenal Pierre d´Ailly —libros que acompañaron siempre y que guiaron al Descubridor- han hecho creer a muchas gentes doctas y también a ciertos espíritus fantásticos que la nueva tierra descubierta es la fabulosa y legendaria Antilia. Se conjetura también sobre la posibilidad de que se trate de los dominios del Gran Khan... Sea de ello lo que fuere lo que no cabe discutirse es que tenemos un nuevo mundo que explorar, que civilizar.

—Que acristianar —dijo el señor canónigo—.

—Que conquistar —agregó el viejo capitán Gonzalo de Pizarro—. Y miró tristemente su brazo mutilado, no ya como otrora diestro para empuñar la espada.

Las palabras y el gesto del viejo guerrero extremeño impresionaron a un grupo de muchachos que las tardes, después de haber corrido la ciudad y los campos haciendo perradas y diabluras, gustaban de acercarse a escuchar las pláticas siempre interesantes de don Gonzalo de Pizarro y sus amigos. En ese grupo se hallaba el hijo de Francisca Mateos —madre de hijos de distintos padres— según se afirmaba, de don Gonzalo de Pizarro.

Francisco Pizarro, hijo del amor y la aventura, vivió siempre sus años infantiles y mozos de Trujillo en plan de igualdad con su hermano Hernando, hijo legítimo del capitán y de su esposa. De igualdad realizada por ellos, los mozos, pero que era desigualdad notoria en contra de Francisco, el bastardo, por lo que se refiere a instrucción general, a modo de vivir y a la cantidad de maravedises que cada uno de ellos llevaba en la escarcela. Mientras Hernando había llegado hasta el aprendizaje de la lectura y la escritura, un poco de cuenta, comedido hablar y rudimentos de historia y doctrina cristiana, en cambio Francisco —toda su infancia al servicio de su madre tan pobre— no había tenido tiempo para acercarse a la vicaría, donde otros niños de su edad aprendían letras y unas cuantas frases latinas para solicitar el santo sacrificio de la misa.

Muy de mañanita tenía que llevar unos pocos marranos que su madre criaba, hacia unas pasturas cercanas a Trujillo; y ya entrada la noche tenía que reconducir los cochinos al corral con pretensiones de patio de la pobre casa de su madre.

Esas horas del pacer de los cochinos —o sea la mayor parte del día— las empleaba Francisco, acompañado de su hermano Hernando y otros mozuelos, en realizar por los suburbios todas las pequeñas fechorías posibles contra huertos de fruta y animales domésticos; en reñir con los demás niños, individualmente o en pandilla; en cometer pequeños hurtos y jugar frecuentes farsas, pesadas muchas de ellas, contra personas emperifolladas de la villa.

Si bien las pláticas vespertinas de su padre en la plaza de Trujillo, con el bachiller y el canónigo, impresionaron el ánimo de Francisco Pizarro, sin embargo, la hora de la gran aventura se retardaba aún: su premura inicial -como la de la mayor parte de los jó-

venes españoles de aquel comienzo del ciclo imperialista ibero— se orientaba hacia el inmediato ejercicio de las armas. La conquista de América no ofrecía una perspectiva urgente de chocar de aceros, de sonar de escarcelas en el figón nocturno, de seducción de hembras y saco de ciudades. Era —en ese primer momento— empresa un poco claustral en la que, antes que los milicianos, intervenían los geógrafos y era realizada por los nautas.

Un día, por haber abandonado el rebaño de puercos que tenía que cuidar, se extravió uno de ellos sin que sus pesquisas dieran resultado alguno. Quiso evitar la reprimenda de su madre, y, como tantos otros que buscaban pretextos para hacerlo, se enroló como infante en los tercios que marchaban a Italia.

Alto y fornido —Extremadura y Asturias habíanle dado su tierra y su levadura para los huesos y la carne— serio, reposado de aspecto, audaz y frío para acometer empresas y realizar hechos difíciles, Francisco Pizarro fue un buen soldado, un buen oficial de tercios; y aunque se había impresionado hondamente con la leyenda del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, jamás sus campañas en Italia le dieron ocasión para acercarse al lejano paradigma.

Reñía, como todos. Triunfaba, como todos. Violaba mujeres en las villas en que entraba vencedor, como todos. Jugaba a las cartas, ganaba o perdía, como todos. El antiguo porquerizo de Trujillo se hallaba *muy* lejos del Gran Capitán.

Pero el rumor, entreoído en la plaza austera de la ciudad extremeña, iba creciendo y envolviendo al mundo. Y en sus horas de holganza en Italia —que eran las más del d í a— se le iba prendiendo, cada vez más urgente, la gana de entrarse en la gran aventura. Antes que él, y para acompañar a un primo suyo, llamado Hernán Cortés, habíanse separado de los tercios numerosos compañeros. Las historias comenzaban a llegar de esas Indias de Occidente: historias de heroicidad, de lujuria y, sobre todo, de riquezas fabulosas. Y la cabeza de este guerrero oscuro y ambicioso, de este Pizarro a quien las circunstancias habían mantenido siempre en un segundo plano, se incendiaba de fantasía y de anhelo.

El Almirante de las Indias —aquel Cristóbal Colón un poco mitológico del que todos hablaban— había regresado una segunda vez trayendo muestras de los tesoros fabulosos que en oro, en pedrería, en esclavos, podían ofrecer a los arrojados, a los resueltos, los mares y las tierras nuevas.

Juan de la Cosa, hombre de ciencia, sabedor de su geografía, "maestro de hacer cartas", había trazado el mapa de las islas y tierra descubiertas; y para dar a entender que más lejos de lo ya visto por los exploradores existía aún más tierra que descubrir, había puesto al final de su carta un gran San Cristóbal, el santo que pasa en sus brazos, de una tierra a otra, a niños y a hombres por encima del mar.

Un día, cuando Pizarro supo de unos galeones que desde Cádiz saldrían pronto para La Española, abandonó su tercio y se unió a los legionarios de la gran aventura.

Año de 1509 - Pizarro ha desembarcado, con otros muchos, en la isla Española, donde se ha fundado en nombre de Cristo y del rey, la villa de Santo Domingo. Donde esperó encontrar la fiebre de los buscadores —y encontradores— de oro, de perlas, y de especies preciosas, el capitán extremeño halló una colonia adormecida, vegetante. Su premura de llegar sufrió un fuerte choque desencantador al encontrarse con la molicie abanicada por palmeras de los colonos españoles de Santo Domingo.

Allí Diego Colón y luego el honrado y discreto Miguel de Pasamonte han establecido -a la sombra de la cruz y de la bandera castellana— una ciudad tropical tipo español: plaza grande con soportales amplios, propicios al rumboso platicar vespertino; la iglesia que lo domina todo; la cárcel; el convento de frailes...

Pizarro encuentra allí buenos camaradas de plática, de juego y fantasía; Alonso de Ojeda, hombrezuelo endiablado que tiene siempre una blasfemia lista para todo fracaso y el cuento de una fanfarronería para el primer ingenuo que lo quiere escuchar.

Cuando llega Pizarro, con la voz muy ensecretada y misteriosa, le cuenta que por allí cerca hay otras islas con mucho oro, y mu-

jeres tan lindas como las valencianas, que se enamoran súbitamente de los españoles.

El juego, las deudas y —como a todos— la voluntad de aventura ha llevado a la isla a un hidalgo de abolengo claro y manera de vivir dudosa: Vasco Núñez de Balboa. Le cae muy simpático a Pizarro. Este Balboa, cuya ambiciosa fantasía superaba a la de muchos, guardaba en medio de sus dificultades, de su miseria, una postura heroica. Y no entregaba al primer venido la verdad de su fracaso. Pero al hablar de mujeres -tema inagotable, fomentado por la fanfarronería castellana y por la lujuria del trópico— quien llevaba la voz cantante era Hernando Cortés, parlanchín y bachiller, con letras de Salamanca, extremeño también como Pizarro, pues había nacido en Medellín, bien cerca de Trujillo. Durante las confidencias —la confidencia es una de las máximas cualidades españolas, reveladora de generosidad, amor a los hombres, seguridad y confianza en sí mismo, valor— que se hacía en las tardes, cuando añoraban la lejana España y las tierras natales de cada uno de ellos, Hernán Cortés contó a Francisco Pizarro que, por parte de su madre, era también Pizarro. Que en su casa materna de Medellín había oído hablar de su tío, el capitán don Gonzalo de Pizarro, natural de Trujillo. Se hicieron recuerdos, se acercaron situaciones, se confrontaron fechas y lugares y, días después, todos sabían en La Española que el ya maduro e iletrado trujillano era primo del joven y brillante Cortés.

Para salir de aquella plácida monotonía, Alonso de Ojeda —figura escapada de una novela picaresca— proyecta y organiza con el concurso de Balboa, Cortés y Pizarro, una expedición hacia la tierra firme. A mediados de noviembre del mismo año de 1509, triunfando de mil obstáculos, la tenacidad organizadora de Ojeda ha equipado tres bergantines; y se hace a la mar con rumbo al sur. Forma parte de la expedición el silencioso capitán Pizarro. Hernán Cortés, que había contribuido con su actividad y su fervor a la organización de esta empresa, quedó en tierra, exasperado y colérico por su mala estrella: pocos días antes de la partida se había herido un pie, y en razón del mal clima lo tenía inflamado en tal forma, que le era im-

posible levantarse y caminar... A Núñez de Balboa lo retuvo en La Española la difícilmente rompible atadura de sus deudas.

Cuando Ojeda, Pizarro y los suyos desembarcaron en la tierra firme, ya hallaron las huellas de un antecesor: Cristóbal Guerra, aventurero de mala calaña, había dejado entre los nativos los más odiosos recuerdos; y los frutos de esa siembra, comenzaron a cosecharlos los nuevos expedicionarios, desde el momento de su desembarco.

Comenzó la lucha con lo desconocido, con el "infierno verde". Conflagración de enemistades. Un calor inhumano, que derrite, que caldea y hace irresistibles las pesadas armaduras y los cascos de hierro; una naturaleza traidora, que oculta tras de su engañosa exuberancia todas las celadas: el suelo pantanoso que se hunde, el bejuco y la liana que aprisionan y derriban, la espina que se hinca en las manos, a cada instante menesterosas de sostén. El mosquito, en miríadas, que destroza la piel e inocula las fiebres; la víbora que acecha y que envenena; el cocodrilo color de madera musgosa que ensaya sus colmillos... El nativo que, oculto en esta verdura inextricable, dardea constantemente al invasor de sus tierras y, si no lo mata de golpe con la herida envenenada, lo martiriza y lo anula con la llaga, que el calor y los mosquitos convierten pronto en pústula hedionda y purulenta.

La lucha se establece así, horrible, sin piedad. A un soldado herido o muerto por los nativos, los españoles responden con un incendio de bosques que contienen casas; con la masacre de mujeres y niños. Es una desenfrenada carrera de exterminio: no hay esperanza de acuerdo, no hay resquicio de conciliación.

La noticia de la invasión va penetrando cada vez más adentro del país de los caribes. Y en todas las cabañas de indígenas -con unción ritual— los curanderos, las viejas hechiceras, los inválidos y las mujeres, preparan en nocturnas hogueras el licor de la muerte: se hace hervir, desde el último claro de la tarde hasta el primer claro del amanecer, raíces de curare, serpientes venenosas, hormigas negras, arañas de agua, escorpiones y alacranes...

Las flechas mojadas en este compuesto —síntesis de los horrores asesinos del trópico- son de una eficacia mortal incontrarrestable. Dicen los físicos de la expedición —que Ojeda ha tenido el cuidado de lle-

var consigo, que Dios, siempre sabio y benéfico, pone el remedio cerca del sitio donde el diablo ha puesto el mal— (es verdad que esto, expresado en forma herética por Maniqueo, ha sido condenado por Papas y concilios; pero dicho en forma de religioso y humilde acatamiento a los inexcrutables designios de la Divina Providencia, es una verdad innegable). Muchos casos citaban los físicos en apoyo de esta afirmación esperanzadora. Y aseguraban a Ojeda que muy pronto, con la ayuda de Dios, hallarían para inmunizarse del ***curare*** la infalible ***contrayerba.***

En los precisos días en que se le habían hecho estas sabias afirmaciones, Alonso de Ojeda recibió una herida de flecha en una pierna. No esperó que se hicieran con él experiencias de emplastos ni de hojitas: sin perder un minuto, ordenó que se caldeara una barra de hierro al rojo vivo y, lanzando los mismos juramentos que cuando comenzaba una aventura de amor o de lujuria, se aplicó por sí mismo en la herida el ascua ardiendo.

El hambre. Porque estas gentes habían entablado una guerra total con la naturaleza nueva, para dominarla o ser dominados por ella; y la naturaleza, a la vez que atacaba con las mil lanzas de sus bestias y sus plantas, se defendía ocultando sus recursos, sus posibilidades de sustento, a los invasores en delirio de calor y de hambre.

Se había enviado a Enciso a La Española en busca de alimento; pero Enciso no vuelve. Y las alarmas del capitán asumen caracteres trágicos al comprobar que, siguiendo el ejemplo de los caribes antropófagos, el hambre comienza a pervertir horriblemente a sus compañeros de aventura: una noche, Ojeda, él mismo, ha sorprendido a unos cuantos hombres blancos y cristianos venidos desde España, en torno de una hoguera, cocinando a un indio del Caribe...

En esos momentos se halla en las costas, mandado por un rufián de mala calaña y peor historia, llamado Talavera, un bergantín pirata. Ojeda resuelve exponer el todo por el todo y confiarse a Talavera, que le promete llevarlo a La Española, desde donde traerá víveres y ropas para sus hombres en desgracia.

Tampoco vuelve Ojeda: como era de esperarse, Talavera lo traiciona, lo hace prisionero en alta mar para obligarlo a que le revele el sitio donde esconde el oro y las piedras preciosas que todos creen ha

recogido en las costas de Uraba; "el oro no se come —le dice—; yo te daré víveres por tu oro, para ti y los tuyos". Y cuando el rufián se convence de que Ojeda no revelará secretos que no guarda, lo abandona maniatado y sin recursos en una región desierta de la isla de Cuba.

Por primera vez Francisco Pizarro se ha quedado solo, con comando de hombres, frente a lo desconocido, a la hostilidad de bestias, plantas y hombres. Y si en esta vez no dio aún ninguna prueba de su impulso de triunfo y de conquista, asombró en cambio con su potencia de esperanza, con su optimismo sombrío, con su testarudez capaz de ofrecer un máximo de resistencia al desaliento.

La evidencia -que costó dos meses de hambre, de malaria y de horror a los hombres de la expedición— se impuso al fin. A la imposición de las gentes, que ya no podían más, a los argumentos de Valenzuela, su teniente, hubo de rendirse Pizarro. A matar, pues, los últimos caballos enflaquecidos, salarlos y meterlos a bordo. Unas cuantas raíces, unos pocos frutos. Y al mar nuevamente, vencidos por la selva y el trópico, en busca de una tierra nueva para la nueva aventura.

Como un guiño burlesco de la suerte, cuando Pizarro tuvo que hacer escala de avituallamiento y descanso en Cartagena, halló de regreso de La Española al bachiller Enciso, el primer enviado de Ojeda en busca de socorros y sobre cuyo regreso se había perdido ya la última esperanza...

Entre los compañeros de Enciso, Pizarro hace un encuentro inesperado: allí está nada menos que su compañero y amigo de La Española, Vasco Núñez de Balboa; aquel capitán que no pudo acompañarlos porque se hallaba endeudado "hasta los ojos" y un decreto del gobernador de la colonia prohibía salir de ella a quienes tuvieran deudas por pagar. ¿Es que el hidalgo arruinado ha logrado liquidar sus cuentas en La Española? No. Vasco Núñez de Balboa vio que su situación en la colonia pacífica de Santo Domingo no tenía perspectivas: noventa y nueve probabilidades de empeorar, contra una de seguir arruinado... Juego y pendencias en las noches; intrigas, cobranzas en el día. El maltraído hidalgo, que llevaba dentro de sí una aspiración y un aliento mayores que para quedarse ve-

getando en vagos trabajos agrícolas sin porvenir y fumando hasta el sopor y el embrutecimiento las hojas llamadas ***tabaco*** que fumaban los indígenas de La Española, concibió y ejecutó -concebir y ejecutar era todo uno en el hidalgo aventurero Vasco Núñez de Balboa— el audaz proyecto de ocultarse dentro de un cajón de provisiones, en las caldeadas bodegas de la nave de Enciso...

Desde el momento en que se encontró con Pizarro, la hombría, la arrogancia de Balboa, se impusieron indiscutiblemente. Enciso, hombre de letras y latines, se replegó a su papel de cartógrafo estudioso y discutidor impenitente, y el discreto y honorable capitán Pizarro volvió a su puesto de segundón disciplinado.

Mientras la expedición de socorro mandada por Enciso habíase detenido en Cartagena esperando viento favorable, Balboa se dio tiempo de hacer algunos recorridos en las costas, y entonces, tras de oír la relación horripilante de los hombres de Pizarro, resuelve no continuar hasta Uraba — hasta ese famoso San Sebastián, fundado por Ojeda, en homenaje al santo que, como muchos de sus hombres, murió víctima de las flechas— sino que, después de informar a sus compañeros que al oeste del golfo existe un hermoso río que los indígenas llaman Darién, donde no hay el veneno ni los nativos odian a los blancos, resuelve ir hacia allá.

El desposeído Enciso, al llegar al Darién, hace un último acto de su autoridad: con todas las solemnidades de notario y bandera, funda una hipotética ciudad que honre a la virgen sevillana, Santa María la Antigua. Y poco después, comprendiendo que un capitán autoritario y audaz como Balboa no necesita a su lado un hombre como él, de reflexión y ciencia, resuelve volver a la metrópoli. Lleva consigo gran cantidad de notas, de croquis, de apuntes; ellos le servirán para publicar en Sevilla su célebre ***Suma Geográfica,*** cuya autoridad y luces orientaron a los hombres de ciencia de su época.

Quedan Balboa y Pizarro. El panorama de la naturaleza y los nativos es más halagador que el de las costas de Uraba.

Pizarro tiene un día un singular encuentro: dos españoles, semidesnudos, a la manera de los nativos, viven con ellos, gozando de toda su confianza y penetrando en sus costumbres. Son dos soldados

que formaron parte de la expedición de Nicueza, un antecesor en el intento de colonizar la Tierra Firme; han vivido algún tiempo entre los indios del Darién; han sabido ganarse su confianza. A uno de ellos, Juan Alonso, lo tienen por su jefe en una tribu. Este lazo de unión entre los nativos y los expedicionarios de Balboa y Pizarro es precioso. Al poco tiempo el bizarro capitán Núñez de Balboa enamora a la hija del cacique de esas regiones, llamado Careta, obtiene sus favores y —así eran los aventureros españoles— se casa con ella.

Hay una quieta perspectiva de vivir cómodo y abundante para los hombres de Balboa y Pizarro, en estas costas del Darién. Está ya lejos la pesadilla de la flecha envenenada con curare de los indios antropófagos del Caribe, de la guerra del clima, las plantas, los hombres y las bestias enemigas. Aquí los hombres son amables y curiosos; sienten admiración, simpatía casi, por estos seres de caras cubiertas de pelo, de cuerpos cubiertos de hierro, que saben tantas cosas extraordinarias para ellos. Las mujeres, de carne dura y morena, cuyos senos se mantienen erectos por unas cadenillas que los sostienen atados a la espalda, van vestidas con una cortísima falda que les deja los muslos descubiertos; son insinuantes, acogedoras, generosas con estos extranjeros nervudos y fuertes, que se enardecen al verlas y que las toman tan ardientemente como ellas no están acostumbradas a que las tomen sus varones. Lejos de estas regiones cálidas y paradisíacas, el pudor español de los velos, de las gorgueras y las largas faldas; de las ventanas enrejadas, de las esquinas cautelosas, del farolillo miedoso y tentador. Aquí grita la especie sus reclamos sagrados, y en esa naturaleza ebria de germinaciones, la génesis humana se produce como un rito vegetal cotidiano.

Pero a estos españoles tan varones, con varonía integral, les hace falta algo. No han dejado sus tierras —la parda y dura Castilla, la verde y húmeda Vasconia, la fértil Cataluña, la caliente Andalucía, la dulce y saudosa Galicia, la ruda y agria Extremadura— para venir a comer frutas del trópico y a fecundar mujeres.

Balboa y Pizarro quieren ir más allá, dominados por el "plus ultra" imperioso de su estirpe. La ocasión va muy pronto a presentárseles. En efecto, Careta, el suegro de Balboa, los lleva donde el

Gran Comogro, jefe poderoso de aquellas comarcas, al cual rinden homenaje y pleitesía los demás príncipes, en muchas leguas de extensión.

Comogro los recibe majestuosamente en un rico palacio. Las paredes están adornadas de nácar y concha perla. Tiene incontables ídolos de oro; y en vasos del mismo metal ofrece un licor hecho de maíz germinado. Comogro y sus siete hijas están adornados con ajorcas, brazaletes y zarcillos de oro y esmeralda... Los ojos codiciosos de los capitanes siguen con avidez deslumbrada esta riqueza que se acerca ya un tanto al ideal de sus sueños. Una de las hijas de Comogro, picada en su vanidad femenil por la preferencia que los extraños visitantes habían dado al oro y a la pedrería, pidió a su padre que obsequiase a los extranjeros con algunos vasos de oro y joyas con esmeraldas, para que saciaran la ansiedad que expresaban sus ojos por apoderarse de esos tesoros.

Después que Comogro hizo traer los presentes, y después de que los españoles cayeron como aves de presa sobre las piezas rutilantes, la princesa informó: muy lejos, adentrándose en muchas lunas por la selva, o siguiendo por la costa muchas lunas también, había un país donde ese oro que ellos tanto amaban, se encontraba en cualquier parte, en cantidades fabulosas. Era un país muy grande, rico, poderoso. En él reinaba un príncipe que era el más grande de los reyes bajo el sol. Contaba sus vasallos por millares. Los príncipes vecinos no habían podido resistirle, y todos, uno tras otro, o habían sido vencidos en guerra o se habían unido sumisamente a él...

Mientras habla la princesa indígena, Balboa y sus acompañantes no pueden disimular su impaciencia por salir cuanto antes para repartirse el botín, primer hallazgo de oro en la ya larga aventura. Francisco Pizarro, el de más edad, ha quitado sus ojos del oro de Comogro para fijarlos en la princesa que relata y en el intérprete que traduce sus informaciones: no ha perdido una palabra ni ha descuidado un movimiento.

Al regresar de la visita de Comogro no se habla de otra cosa entre los aventureros del Darién. Y comparan la inútil comodidad sin perspectivas en que viven, con las enormes posibilidades de

aventura y riqueza que puede ofrecerles aquel país fantástico, donde se halla el oro como piedras...

La estación de las lluvias ha arreciado. Las temperaturas del trópico, cuando llueve en esa forma interminable y torrencial, como suele llover en esas zonas, se ponen casi imposibles de soportar para gentes de otras latitudes. Internarse en la selva, caminar en ella teniendo que vencer pendientes, atravesar pantanos con indumentos de guerrero español, es algo que actualmente se nos hace difícil imaginar.

Pero la urgencia de Núñez de Balboa no soporta dilaciones. Forma la expedición —de la que hace parte muy principal Pizarro— en pocos días, y el 6 de septiembre de 1513, por una mañana insoportablemente cálida y lluviosa, se ponen en marcha los expedicionarios: un centenar de españoles y algunos indígenas que pudieran guiarlos; entre ellos Fulvia, la esposa indígena del capitán y su fiel perro, que sabe por el alfato distinguir los amigos de los enemigos.

Duró veintiséis días la penosa y ruda expedición; por fin una mañana, en la que los aventureros tuvieron que ascender una colina que se oponía a su paso, Balboa, que con su perro tomaba siempre la delantera, tuvo un deslumbramiento inesperado: muy cerca, casi a sus pies, un gran espejo luminoso, bruñido y azogado, se extendía, sin término, ante su vista en éxtasis. Fue, de pronto, el asombro que inmoviliza y enmudece. Luego, el comunicativo entusiasmo español, que se dirige a sus compañeros para hacerles participar de su descubrimiento: unas cuantas sonoras interjecciones muy castellanas y muy de hombre, y todos han llegado ya, en precipitado descenso, a tocar con sus manos el agua nueva. Era el 23 de septiembre de 1513.

Vasco Núñez de Balboa, revistiéndose de gran solemnidad, tomó posesión de este mar —a l que a falta de otro nombre, llamó Mar del Sur-, en nombre del Rey de España, agregando que, al mismo tiempo, tomaba posesión de todas las tierras bañadas por el nuevo mar.

VALE UN PERÚ

Pague vuestra señoría si quiere gozar de los frutos de la empresa, ya que ni suda ni trabaja para alcanzarlos, ni ha dado siquiera la tercera parte de lo que prometió dar cuando se hizo el contrato, pues todos vuestros gastos no pasan de tres miserables pesos.

Gonzalo Fernández de Oviedo
Historia Natural y General de las Indias
Entrevista de Almagro con Pedrarias

Un viejo y roñoso judío —en ningún gran acontecimiento humano, después de Jesucristo, falta jamás, para bien o para mal trascendentes, un miembro de algunas de las doce tribus— un viejo, roñoso y brutal judío, Pedrarias Dávila —Pedro Arias de Ávila— famoso por cicatero y rapaz, ha sido designado por el rey para gobernar esta colonia, cuyo prestigio de riquezas ha hecho que en la metrópoli sea designada con el nombre de "Castilla del Oro".

Pedrarias es la venganza del bachiller Enciso contra Núñez de Balboa, que lo desposeyera. Pedrarias representa el afán de atesorar: la lacra más seria de que adoleció la conquista española. Pedrarias viene diputado a la explotación de la nueva colonia, con facultades para someter a cualquiera que intentara oponérsele. Pedrarias trae —por los informes del bachiller Enciso— especiales prejuicios contra Núñez de Balboa. Y Pedrarias, taimado e hipocritón, comenzó en forma indirecta a hostilizar al arrogante aventurero, al hombre que, con su audacia de descubrir y su heroico anhelo de ver, ha obsequiado al mundo entero un nuevo mar, el Mar del Sur, luego llamado Pacífico.

Como un puente de plata para que huya, Pedrarias ha traído para Balboa -junto con la cesación de sus poderes de capitán y de conquistador- un título sonoro, pero desprovisto de todo mando y potestad: Núñez de Balboa, descubridor del mar Pacífico, ha de llamarse desde entonces, por merced de la corona "Adelantado de la Mar del Sur".

Mientras tanto, la codicia y la crueldad del gobernador Pedrarias Dávila han superado las exageraciones. Su desconfianza nativa le hacía suponer que todos lo engañaban, y que los nativos, en complicidad con los españoles establecidos ya en la colonia, le ocultaban el oro y las riquezas que habían dado a esta tierra, pobre de minerales, el título arrogante de "Castilla del Oro".

Balboa se halla exasperado, a pesar de que busca adormecerse fumando a todas horas aquella yerba narcótica que ya conociera en La Española: el tabaco. Como último esfuerzo de acercamiento hacia el "Tigre de Darién", Balboa solicita la mano de su hija; Pedrarias accede, sin hallar otro inconveniente que el de que su hija se encuentra en España. Resuelven allanarlo y se realiza el matrimonio por poder, sin que a ninguno de los dos importe la india servidora y fiel, hija del cacique Careta.

Pronto vendrá la hija del gobernador a reunirse con su esposo y su padre, y a sellar la alianza entre los dos, necesaria para la mejor explotación de la colonia y para mejor servicio de Su Majestad.

Entretanto, Balboa no quiere permanecer inactivo. Las informaciones que recibe sobre el fantástico país del sur lo tienen preocupado. Si él llegara a ese país de riquezas fabulosas, se vería libre de Pedrarias, de su hija, de Enciso, de todos los intrigantes de Panamá y de España.

Sin confesar sus designios a Pedrarias, el Adelantado solicitó permiso del gobernador para intentar una nueva exploración —que pudiera ser valiosa para su suegro y la Corona— por las cosas del mar que acababa de descubrir. Pedrarias consintió y autorizó a su yerno para la nueva aventura; no le negó subsidios ni hombres.

Balboa escogió sus compañeros de entre la excesiva población española que en la poco prometedora colonia del Darién entre-

tenía sus ocios en el pillaje, el juego y la fecundación de las indígenas. Es digno de observarse que, para esta nueva aventura, Balboa no llevó consigo a Pizarro. Quizás el Adelantado suponía que este subalterno eficaz y discreto sería más fiel a la autoridad superior de Pedrarias que a la suya propia.

Llega nuevamente Balboa a las playas del mar descubierto por él. Lo acompaña su mujer indígena, que lo hace respetable ante los demás nativos. Llueven los informes sobre las ricas comarcas del sur. Indios que han estado cerca de ellas, se ofrecen como guías y compañeros de los expedicionarios. Y mientras dura la construcción de las dos carabelas ordenadas por Balboa, los indígenas curiosos y solícitos se congregan en número considerable en torno de Balboa y trabajan en el transporte de maderos y bejucos para las obras que realizan los españoles en la playa.

No fue necesario más para que un compañero desleal de Balboa, queriendo hacer méritos ante el omnipotente gobernador, informara a Pedrarias de supuestas conspiraciones de aquél, al cual le atribuyó la intención de desposeer al gobernador y, apoderándose de los recursos de tesorería, organizar en su provecho una gran expedición hacia el país del sur.

No quiso saber más Pedrarias Dávila. El intrigante había tocado en lo más vivo de su cobardía, de su sordidez, de su avaricia. Había que hacer fracasar la conspiración de su yerno antes de que tomara cuerpo y estallara. Su conciencia oscura le decía que, en el momento en que alguien —y con mayor razón el prestigioso y simpático Adelantado— alzara su grito de rebelión, era seguro que todos los pobladores de la colonia, tanto españoles como nativos, se unirían al insurgente y desconocerían la autoridad emanada de la Corona.

No quiso perder un solo día. Y para cumplir sus siniestros designios, llamó al maduro y grave oficial subalterno don Francisco Pizarro. Diole la comisión de ir a las playas del sur, donde tenía su campamento Núñez de Balboa, arrestarlo y traerlo a su presencia. Francisco Pizarro ha sido y es el amigo y compañero de Balboa; le debe protección y camaradería leal. Pero no importa. Pizarro, "el

buen oficial subalterno, sin aspiraciones y ya anciano", como ha dicho de él Pedrarias en un informe al rey, obedece...

En presencia de Pedrarias, la suerte de Balboa, su yerno, no ofrece duda alguna: con el apoyo legal del licenciado Gaspar de Espinosa, al poco tiempo de haber descubierto y entregado a la gloria y al poder de España el mar más grande del planeta, el Adelantado de la Mar del Sur, Vasco Núñez de Balboa, es ejecutado cerca del teatro de su hazaña máxima, a los cuarenta y dos años de edad.

Mientras, la bahía y el poblado indígena de Panamá han sido descubiertos por un explorador, Tello de Guzman. Y la atracción poderosa del nuevo mar que baña las costas del gran país del oro, ha hecho que el centro de la colonia, que se hallaba en Darién, se traslade a Panamá.

Allá se traslada también, junto con los poderes de la Corona, Francisco Pizarro. En premio de su fidelidad y de otras cualidades subalternas, Pedrarias le ha concedido, en nombre del rey, una considerable extensión de tierras, muy cercanas a la ciudad de Panamá, para que en ellas —como es justo a sus años— pueda gozar de un bien ganado reposo, dedicado a las tareas pacíficas de cultivar la tierra.

Pizarro se instala muy cómodamente: allí será, en adelante, su estar definitivo. Criados españoles e indígenas, indias jóvenes para el servicio durante el día y para hacerle compañía en su lecho durante la noche. Ganado. Caballos. Como buen español, no puede privarse de tener su tertulia por lo menos semanal, en la ciudad; para saborear en compañía de amigos, recordando la patria, comentando aventuras y enredando chismes, buenos vasitos de jerez o manzanilla.

En los últimos tiempos -especialmente desde el suplicio de Balboa— la atención de la colonia y, naturalmente, de la tertulia de Pizarro, está absorbida por nuevos daros relativos al gran país del sur, cada vez más atractivo, cada vez más provocadores para el espíritu de aventura de los conquistadores.

El último intento de conquista y exploración fue organizado y dirigido por el mismo Pedrarias confiado su comando al capitán Basurto; pero no pudo continuar la empresa por la muerte de Basurto en Panamá.

Cuando con mayor insistencia se hablaba en la colonia de las riquezas fabulosas de aquel fantástico país del sur, comenzaron a llegar, ampliadas, gloriosas, teñidas de heroicidad y oro, las noticias de las hazañas que el capitán Hernán Cortés realizaba al conquistar un grande y poderoso imperio, situado al norte; tan grande y poderoso, que los conquistadores, asombrados, le dieron el nombre admirativo y amoroso de "la Nueva España". Hay un estremecerse de orgullo, pero también una gran ola de envidia entre todos los aventureros que hacían mediocre vida en Panamá.

Muchos de ellos conocen al héroe de la conquista de aquella fabulosa, casi inverosímil Tenoxtitlán de los Lagos, ese Hernán Cortés hoy convertido en un ser irreal, casi mítico. Todos saben, además, que es extremeño y cercano pariente del buen capitán Pizarro, hoy tranquilo cortijero de las orillas del río Chagras, hábil en fabricar buen queso y en hacer producir buenas cosechas de maíz y arroz.

Entre los parroquianos más frecuentes y fieles de la tertulia de Pizarro, se cuenta un hidalgo castellano, como Pizarro entrado en años, como él dedicado al cultivo de la tierra en un cortijo cercano a Panamá: su nombre es don Diego de Almagro, natural de la pequeña villa de este nombre en la meseta castellana.

Casi nada se sabe en la colonia de los antecedentes personales de don Diego. Y mientras algunos afirman que dificultades escabrosas con la justicia lo obligaron a enrolarse en la primera expedición que saliera de Huelva hacia las Indias, otros aseguran —y esta es la versión dada por el mismo hidalgo— que don Diego, conquistador afortunado y audaz de corazones, peligro para doncellas y casadas hermosas, mató en una esquina romántica de su villa de Almagro a un rival insolente que osó interrumpir una plática nocturna suya, junto a una reja que mal iluminaba un farol...

Esta versión, repetida ***con reserva*** por el anciano don Diego, provocaba no pocas sonrisas, si se tenía en cuenta que su físico estaba más cerca al de Picio que al de Apolo.

Como Pizarro, este hidalgo rumboso y dicharachero no sabía leer ni escribir. Pero se dice de él que, inconforme con la situación menos que mediocre de que disfruta en Panamá, es uno de los que más entusiasmo sienten cuando oye hablar de aquel fabuloso país situado al sur. Este don Diego no es hombre de iniciativas. Pero ninguno mejor que él cuando alguien, más decidido inicialmente, lo ha impulsado a la acción. Largo de manos para el obsequio o el apoyo, carcajada sonora y magnífica copa, don Diego de Almagro es uno de los viejos capitanes que gozan de mayor popularidad en la colonia.

Tanto hablaron y oyeron hablar del imperio del sur Pizarro y Almagro; tanto crecía el rumor admirativo de las hazañas de Hernán Cortés en Nueva España; tanta era la mediocridad de la vida que los dos capitanes llevaban en sus cortijos de Panamá, que por fin Pizarro resolvió tentar, pese a su edad, la incitante aventura. En reservado conciliábulo, después de pesar y medir las condiciones de don Diego de Almagro, participó sus intenciones al capitán castellano.

Quizás el motivo determinante último para dar vida y poder operante al señuelo de las tierras del sur, fuera la relación que hiciera en Panamá el capitán Pascual de Andagoya, natural de Álava, último explorador de la« costas bañadas por el mar de Balboa. Andagoya, enviado por Pedrarias después de la muerte de Ba-surto y en su reemplazo, había avanzado considerablemente por las costas hacia el sur. Ningún plan de conquista había iniciado, porque no llevó elementos para ello; pero en cambio, había procurado ponerse en relación con los indígenas de esas regiones, cuya natural desconfianza había logrado vencer con obsequios y con buena gracia. De ellos había obtenido datos más precisos que todos los que anteriormente habían llegado a Panamá. Desgraciadamente sólo había llevado víveres que le habían permitido llegar únicamente hasta el río Biró o Pirú, que según le habían informado, era ya el comienzo del gran imperio soñado por los españoles.

Andagoya propuso una nueva expedición a Pedrarias. Pero como si una maldición se opusiera a todo intento de conquista ha-

cia el sur, Andagoya enfermó gravemente y murió, no sin antes recomendar la necesidad de emprender en esa exploración y conquista, para bien de España.

Fortalecidos por los datos de Andagoya, Pizarro y Almagro continuaron su gestión para dar realidad a la aventura. Ante todo —porque temen su poder— resuelven someter sus proyectos al gobernador Pedrarias Dávila; éste no se opone a la expedición de sus subordinados, pero desgraciadamente, agrega, además del permiso y de sus buenos votos, ningún apoyo efectivo puede proporcionarles, porque no tiene ninguna orden de la metrópoli, relativa a prestar apoyo económico a expediciones que no fueran expresamente ordenadas desde España. De su bolsa particular, ni pensarlo. Se encontraba tan corto de fondos que, aunque deseos no le faltaban, sentía no poderlo hacer, por las razones ya expuestas.

No esperaban, en realidad, más liberalidad de parte de Pedrarias los dos capitanes, Pizarro y Almagro. Por eso, el hecho de no negarles el permiso, ya significaba un buen principio, casi un éxito. Con todo, y para asegurar mejor el que el taimado gobernador no les jugara una de las suyas, le ofrecieron una participación en las ganancias de la empresa; participación que estaban dispuestos a formalizar por escritura pública.

Aunque mucho significaba la no hostilidad de Pedrarias, poco habían avanzando los dos capitanes en la organización económica de la empresa, que era lo fundamental. Escasos y muy caros los aprovisionamientos. Desconfiados los hombres por los engaños sufridos con otros expedicionarios, no querían comprometerse en nuevas aventuras, si no se les pagaba por adelantado siquiera los primeros días de salario y no se les daba la certidumbre de que los organizadores de la empresa tenían medios para sustentarlos durante el tiempo probable de la expedición. El problema se había reducido, escuetamente, a una implacable cuestión de dinero. Y el dinero no abundaba en las escarcelas ni en las arcas de los dos capitanes. Y tampoco se veía entre los colonos de Panamá la gente o gentes de confianza que quisieran exponer sus ahorros en una empresa arriesgada e insegura.

La solución se presentó. Inesperada, casi inverosímil: un clérigo ya anciano, canónigo de la catedral de Santa María la Antigua, en el Darién, y vicario actual de Panamá, llamado Hernando de Lu-que, fue la Providencia de los dos capitanes.

Hernando de Luque —y aquí asoma ya la acción del fraile asociándose a los momentos trascendentales del descubrimiento y la conquista - había tenido oportunidad, por su mismo oficio, de recoger más datos sobre la existencia de aquel gran país, situado al sur de Panamá. Al evangelizar a los indios, al internarse con ellos —en su selva y en su espíritu— para la obra misionaria, había llegado a la certidumbre de que aquel istmo no era sino la puerta de grandes comarcas populosas, entregadas a la idolatría, que era necesario atraer para Cristo y para España.

El señor cura de almas Hernando de Luque, al mismo tiempo que había realizado su obra apostólica de evangelización y bautizo de infieles, no había desdeñado aceptar de ellos regalos afectuosos que, al cotizarse en los mercados de Panamá y de España, se habían convertido en relucientes doblones, que ahora repletaban sus arcas. Por ello, al saber que su valiente y honorable vecino don Francisco Pizarro —pues el señor cura también tenía un cortijo aledaño al del viejo capitán— en unión con el no menos valeroso capitán Almagro, tenían proyectada una expedición al sur, pero que les faltaban fondos, por ello el señor cura Luque se adelantó a ofrecer su apoyo a los directores de la empresa.

Con apoyo de viejos pergaminos se sostiene que, tras del señor canónigo, estaba la fortuna del licenciado Gaspar de Espinosa, colono acaudalado, cuya funesta participación, como acusador fiscal en el asesinato de Núñez de Balboa, lo habían hecho malquerido en la colonia. Puede ser. Los cronistas se empeñan en dar pruebas de esta versión amparadora de innecesarias clandestinidades. Me quedo yo con el buen cura Luque, cuya pobreza evangélica se quiere patentizar con estos subterfugios. Y me quedo porque, viendo después muchos casos de frailecía enriquecida, que no emplea sus tesoros en el capillo de los pobres, ni siquiera en hacer fundir de nuevo la campana grande, agrietada de tanto llamar a los oficios; encuentro uti-

lísima, noble, digna de ser imitada por todos sus colegas, esta actitud del presbítero de Panamá, que invierte sus caudales en una empresa que, como negocio, es problemática; pero que, en cambio, se convierte en sacrificio cristiano cuando se dirige a conseguir almas infieles para el cielo.

Cuando se hizo público en Panamá la asociación aventurera de estos tres ancianos, se desarrolló el espíritu de burla entre los colonos, abundando los comentarios, más que incrédulos, burlescos. Quien más sufrió las bromas de sus feligreses fue el señor canónigo, que era quien más exponía: toda su fortuna en manos de unos aventureros. Y jugando malabares con su apellido, los chiquillos plazueleros le tiraban al paso piedrecillas así: ***el loco Luque, Luque el loco.***

Las atribuciones entre los asociados se distribuyeron de este modo: Pizarro tendrá el mando de la expedición; Luque suministrará los elementos materiales y el dinero, sin moverse de Panamá; Almagro se encargará del transporte de las provisiones y de ser el lazo de unión entre Luque, el aprovisionador, y los expedicionarios.

Se comienza por comprar el barco que Balboa no alcanzó a terminar; se construye otro de mayor calado. El reclutamiento realizado por Almagro, entre los más decididos o los más desocupados, requiere gastos incesantes: ahora todos ponen condiciones, un pago inicial para engancharse, y algunos días de salario adelantado para dejarlo a sus familias, que» se quedan.

Por fin, vencidos los obstáculos, gracias a la tenacidad de Pizarro y Almagro, el 14 de noviembre de 1524, la expedición que se lanza al descubrimiento y conquista del Birú o Pirú se hace a la ve-la al mando de Pizarro. Almagro había logrado reunir ciento doce hombres para el primer envío: él se quedaría en Panamá, esperando la terminación de otro barco y con más recursos de dinero y hombres iría a reunirse con Pizarro en el primer puerto del imperio que iban a conquistar. Así se lo dijeron en la despedida los dos aventureros.

Noviembre. Es en el trópico ecuatorial, la peor época del

año: comienzo de la temporada lluviosa, que no cesará sino en

mayo. Pero los conquistadores, que comanda un hombre maduro de más de cincuenta años, no se dejarán imponer razones de clima ni estación para retroceder.

Pizarro emproa sus naves hacia el sur, teniendo presente, para orientarse, las indicaciones de Andagoya. Llega hasta la desembocadura del río Pirú, límite de las exploraciones de su antecesor; río que se había creído era el límite septentrional del imperio que buscaban, y al cual, desde entonces, llamaron Pirú y luego decididamente, Perú.

La expedición se detiene en la desembocadura de este río; Pizarro desciende con algunos de sus compañeros, para darse cuenta de la tierra con que tiene que luchar. Como en Uraba, sale aquí al encuentro de sus violadores una naturaleza delirante de hostilidad y de defensa. El suelo, hecho de hojas que han caído durante milenios y de lluvia que acaso nunca ha dejado de caer sobre esas hojas, es de una desesperante inconsistencia. El pie se hunde y algunas veces es aprisionado por raíces subterráneas, que tienen el poder de zancadillas, para derribar a los hombres en ese lodo acolchado y traicionero, en el que hay sabandijas y espinas. Pizarro se convence de la impenetrabilidad de la región y, antes de que la gente de la expedición se dé cuenta de la realidad, ordena a sus compañeros volver a las naves.

Desde ese momento Pizarro no tenía para guiarse indicio alguno. Entraba de lleno en lo desconocido. Resolvió seguir hacia el sur —siempre hacia el sur— sin separarse de la costa, a fin de no perder ningún repliegue de ella, ningún signo indicador de posibilidades. Y cuando se descubría una quiebra, una hendedura de la línea de montañas o la apariencia de alguna obra humana, el capitán ordenaba acercarse. Si la primitiva visión se confirmaba, él, personalmente, acompañado de un grupo de sus hombres más esforzados y leales, bajaba en canoas para hacer intentos de exploración y recoger indicios.

La respuesta de la tierra a la angustiada pregunta de los conquistadores era siempre igual: no hay entrada. Arrecian las lluvias y, muchas veces, ante el peligro de tormentas y naufragios, los pequeños navíos tienen que refugiarse en cualquier pe-

quena rada, que los proteja contra la furia del viento y del mar. En cada parada forzosa se han realizado intentos, siempre negativos, de exploración: la misma lujuria de la naturaleza, la misma hostilidad de todo. Si en Uraba existían aves y alguna vez cuadrúpedos, aquí parece que el ambiente es más pesado y más húmedo, la lluvia más densa, los miasmas más mortíferos, los vegetales venenosos en forma tal que no hay cabida para las pobres bestias. Abunda el mosquito, como una cuajadura del miasma y del veneno, como una corporización animal del espino y la putrefacción. Y el mosquito, emanación de todo aquel horror poderoso y cargado de mal, cumple su misión asesina con eficacia diabólica.

Cada descenso es un hombre atacado por las fiebres, otro mordido por los cocodrilos. Sin ninguna compensación: jamás un fruto, una hoja o una raíz comestibles. Y cuando algunos, desesperados por el hambre, se resolvían a probar de algún fruto de apariencia apetitosa, el castigo era inmediato y violento: dolores, vómitos, fiebres y diarreas. No en pocas ocasiones la muerte.

A una de estas bahías, en la que los retuvo la inclemencia del tiempo, se la llamó así: ***Puerto del Hambre.*** Para hacer algo, Pizarro ordenó que, aun desafiando a la naturaleza, se hicieran exploraciones más tenaces en todos los sentidos posibles. Después de poco tiempo regresaron con buen ánimo los exploradores y contaron que, conforme el terreno comienza a ascender desde el nivel del mar, la vegetación se hace menos tupida y más baja, en tal forma, que les permitió descubrir en lo alto de la colina unas chozas de paja, que formaban una especie de poblado.

En el estado de angustia, próximo a la desesperación, en que se encontraban los expedicionarios, esta noticia fue recibida como un indicio de la salvación. Pizarro ordenó que, haciendo un gran esfuerzo —pues gran número se hallaba postrado por las fiebres palúdicas y el hambre— se dispusieran para la exploración de ese poblado providencial.

No en vano Pizarro es uno de los más fogueados capitanes de la conquista; de los que más sufrieran en la expedición de Ojeda al

país de los caribes antropófagos. Esta vez el capitán desconfía y se precave y previa una fijación precisa del lugar donde se encuentra el poblado indígena, dispone que su teniente Montenegro tome una dirección que le permita dominar y proteger, desde un sitio más alto que el poblado mismo, el avance del resto de la tropa, que debía hacerse de frente. Se hizo así. Pero los indígenas, conocedores de la región por serles familiar, descubrieron la llegada de los extranjeros por los barcos anclados en la rada; y deseosos de saber qué se proponían y cómo eran, habían abandonado el pueblo. Cuando Pizarro y su grupo llegaron a las chozas, no encontraron a nadie. Pero sí encontraron —y esto era lo esencial— algunos alimentos como maíz y raíces cocidas y, en todas partes, grandes cántaros de chicha, bebida que ya conocían desde que llegaron al Darién. Encontraron también, colgados en las paredes, adornos de concha nácar y de plumas; y aunque en pequeña proporción, algunos objetos de oro. Sobre todo eso cayeron los hombres de Pizarro: primero comer y beber; luego buscar lo que encerraban las chozas de los indios, cargando todo sobre sus espaldas hasta donde les permitían las fuerzas.

Acaso los indios no pensaron atacar a los españoles. Pero desde el escondite donde se hallaban ocultos, vieron el despojo que en sus casas hacían los extranjeros, y seguramente a una voz de su jefe, se lanzaron disparando sus flechas contra los extraños y dando alaridos espantosos. Al ataque, los españoles que todos iban cargados de botín, lo echaron por tierra y repelieron la ofensiva; sin embargo, el número de los indios era arrollador; comenzaron a retroceder hacia el lado del mar para ganar sus barcos. En esos momentos el refuerzo de los hombres de Montenegro cayó sobre la retaguardia de los indios, los que más espantados que vencidos, al ver que otros seres extraños brotaban de la tierra —pues que a los unos los habían visto venir por el mar, pero los otros salían del corazón de la selva— se dieron a la fuga y se internaron en sus bosques.

El saldo del encuentro era demasiado duro para los españoles. Por un lado, un pequeño botín, consistente en algunos alimentos y unos cuantos utensilios de oro y plata; por otro lado, cinco soldados muertos y diecisiete heridos, entre los cuales se

cuenta el mismo Pizarro que, como es de su costumbre, ha sido de los que más han expuesto su vida en la refriega.

Siente Pizarro, sin darse por vencido, que esta primera tentativa no puede ir más lejos. Su herida, sin ser grave, lo imposibilita para dirigir por sí mismo nuevas exploraciones, para levantar el ánimo de sus hombres enfermos y desencantados. Además, su personal ha disminuido en una proporción aterradora: en cuarenta de sus días de expedición han caído cerca de cuarenta de sus compañeros: a uno, la dentellada de los cocodrilos o de los tiburones al bajar en playas engañosas; a otros —los más— la ofensiva implacable del trópico: las fiebres; finalmente, las flechas envenenadas de los indios... Le quedan solo ochenta hombres fatigados, atacados de fiebre o de las llagas purulentas que el trópico ha hecho en la menor herida. Las provisiones agotadas. No es posible seguir. Será para más tarde, cuando mejoren las circunstancias. Pero será.

Resuelve regresar a la isla de las Perlas -cerca de Panamá —para atender su herida y encontrarse con Almagro, que debe haber terminado los preparativos de la expedición.

Almagro, mientras tanto, ha salido ya de Panamá con socorros y refuerzos. Toca varios puntos de la costa donde antes ha estado Pizarro, pero muy rápidamente; se informa de su derrotero y, al arribar* al sitio de la tentativa última de sus compañeros, al trágico poblado indígena, vecino del Puerto del Hambre, es recibido de guerra por los indios; Almagro se da cuenta, por las cruces plantadas en las sepulturas de los cinco soldados caídos, de que es necesario hacer una venganza y no dejar a los indios una apariencia de victoria. Ordena el desembarco con todo el aparato guerrero de que disponía: sones de trompeta, detonación de arcabuz, tiros de ballesta. El combate es reñido, pero los indios ceden. El castigo español es implacable: cuando los indios huyen hacia sus chozas y más allá de ellas, son perseguidos, destrozados a golpe de arma blanca, exterminados casi en totalidad. Ordena el registro de casas y cadáveres; encuentra ajorcas, collares de oro y plata, que son el premio de este macabro registrar. En cambio,

varios españoles han sido heridos por las flechas indígenas, y una de ellas ha vaciado un ojo del capitán Almagro.

Para castigo completo, Almagro, enloquecido de dolor y de rabia, ordena que se ponga fuego al poblado enemigo. Desde entonces, a este sitio que, el primero, gritó su protesta contra los invasores, se lo llamó ***Pueblo Quemado.***

En busca de Pizarro, cuya suerte no conoce, Almagro ordena continuar hacia el sur. Llega a un río que bautiza con el nombre de San Juan. Allí encuentra algunos nativos —cazadores y pescadores-de carácter pacífico. Obtiene de ellos algo de oro, se convence de que Pizarro no ha pasado hasta allá y, sobre todo, datos cada vez más precisos del gran país buscado. Es más: allí le informan de un reino de gran riqueza y poder que, no obstante su extensión y su fuerza, había sido dominado por otro que se encuentra más hacia el sur; país aquel muy cercano ya al sitio en que se encuentra. Suponiendo el regreso de Pizarro hacia Panamá, Almagro ordenó también dirigir sus barcos en esa dirección.

En la Isla de las Perlas se encontraron Pizarro y Almagro; aquél ya restablecido de sus heridas y cada vez más optimista y resuelto a continuar la empresa. Cambiaron impresiones y, si bien se hallaron de acuerdo en la existencia del gran país meridional, tuvieron que convenir que la empresa ofrecía más obstáculos y dificultades de los que ellos habían hasta entonces presentido.

Para el ánimo de los dos capitanes, más peso tuvieron los indicios favorables que obtuvieron en sus viajes, que las dificultades acrecidas que se les presentaron. Convinieron en que, mientras Almagro debe seguir en Panamá para levantar una nueva expedición y financiarla con la ayuda de Luque, Pizarro continúe en la Isla de las Perlas, restableciendo su salud. En este paso, quizás más que en otros, se descubre la sutil inteligencia táctica de estos dos ilustres analfabetos españoles. En efecto, el regreso de Pizarro, comandante en jefe de la expedición, era una confesión del fracaso de la misma y traería consigo el desánimo en la colonia de Panamá; mientras que la vuelta de Almagro, prevista en los cálculos iniciales —no solo para una, sino para muchas veces— significaba únicamente que la

magnitud de la empresa exigía nuevos elementos, más hombres, aprovisionamiento más abundante y cabal.

Llegó, en efecto, Almagro con su colecta de oro —que no era, en verdad, bien considerable— y entregó en manos del Inspector Real el quinto que pertenecía a la Corona. Hizo a Pedrarias regalos personales. Pero al abordarle la cuestión de aumentar los fondos de la empresa, Pedrarias se manifestó frío, malgeniado. Almagro no sabía que el gobernador ya había recibido una notificación de la metrópoli en la que se le anunciaba su cese en funciones y el muy próximo arribo de su sucesor.

Hernando de Luque —cada vez más ciego de confianza en la aventura— informa a su compañero Almagro de todo lo que, en su ausencia, ha ocurrido en la colonia. Es entonces cuando hace saber a Almagro que el pobre de Pedrarias, intrigado por enemigos, denunciado por sus innumerables exacciones, brutalidades y abusos, ha caído en desfavor de la Corona y espera para ir a España a responder de los cargos contra él acumulados, el arribo de su reemplazo, que será en breve.

Bien informado ya, va nuevamente Almagro donde el gobernador Pedrarias, con el objeto de liquidar su asociación con él; asociación que sabe le será muy perjudicial en adelante, por el desfavor del funcionario, que se convertirá seguramente en antipatía y desconfianza, por las empresas en que cercana o lejanamente ha intervenido.

El judío, que nada tiene de tonto, deja venir las cosas, preparado a sacar de ellas el mayor provecho posible. Y cuando Almagro le habla de que sin una ayuda poderosa como la suya, la empresa va camino del fracaso —muy ladino es el tuerto— Pedrarias le responde que, por el contrario, en ningún momento es más prometedora; pero que, viéndose en la imposibilidad de contribuir con mayor cantidad de elementos honradamente prefería ceder su valiosa cuarta de participación en ella (que le había sido concedida graciosamente al comienzo) para dar lugar a que otro hombre más afortunado entre a participar de los seguros y cercanos beneficios del negocio.

Los asociados se hallan en pleno regateo: pide Pedrarias cuatro mil pesos por su participación en los beneficios de la conquista

del Perú; escandalízase Almagro, y jura que toda la empresa no los vale. Ponen por testigo al inspector real Oviedo y Valdés y, después de forcejeos y vivezas de ambas partes, Pedrarias Dávila cede su derecho a la cuarta parte de los beneficios que produjera la conquista del Perú, ***por la cantidad de mil pesos de plata...***

La eliminación de Pedrarias, judío intrigante y mal visto, sobre todo hoy que se lo sabe caído, es un respiro para los otros asociados. Los arreglos se facilitan. Hernando de Luque, aporta la suma considerable de veinte mil pesos, en barras de oro de cuatrocientos cincuenta maravedíes por cada peso. Se llama a Pizarro —que se halla en la Isla de las Perlas— para la celebración del contrato.

Las estipulaciones son claras, terminantes. Se invoca en el documento memorable la misericordia infinita de Jesucristo, para salir bien con la empresa que, en primero y muy alto lugar, busca la evangelización de los infieles que pueblan el gran imperio del sur. Luego, y con gran insistencia, se hace constar detalladamente la participación económica del señor vicario de Panamá, don Hernando de Luque. Las atribuciones de los dos capitanes se distribuyen en forma igual a la de la primera expedición: Pizarro será el jefe de la expedición; Almagro, el intendente de avituallamiento y provisiones de la empresa.

Hay en este contrato célebre tanta certidumbre sobre el descubrimiento y conquista del imperio del sur y sobre sus riquezas fabulosas, que no se habla en él, jamás, de algo hipotético, aleatorio, susceptible de comprobación; sino de cosa cierta, existente, fuera de duda; es por ello que, como si se tratara de algo que se tiene ante los ojos, se fijan con precisa escrupulosidad las condiciones del reparto de beneficios, repitiéndose con insistencia que la tercera parte de ellos corresponde al señor vicario y maestrescuela don Hernando de Luque.

Antes de firmar el pacto, era indispensable ponerse en estado de gracia e implorar la misericordia y protección del Dios Tres Ve-

ces Santo. Se dirigieron a la Santa Iglesia Matriz de Panamá los tres compromisores y los tres testigos de la ley. Allí "los comandantes Pizarro i Almagro se juraron en nombre de Dios i por los santos evanjelios ejecutar lo que prometían, haciendo el juramento sobre el misal, en el cual trazaron por sus propias manos el sagrado emblema de la Cruz. Para dar más fuerza al contrato, el padre Luque administró el sacramento de la Eucaristía a los contratantes, dividiendo la hostia en tres partes: una para uno mientras que los espectadores, dice un historiador, se enternecían al ver la solemne ceremonia con que se consagraban estos hombres voluntariamente a un sacrificio que parecía poco menos que locura", según relata Prescott.

La firma de tan glorioso documento fue el 10 de marzo de 1526, por la mañana. Estampó su nombre, en primer lugar, el señor vicario Luque. Dos honorables vecinos de la ciudad de Panamá pusieron los suyos y sus rúbricas, en nombre y representación de los señores capitanes don Francisco Pizarro, de Trujillo, en Extremadura, y de don Diego de Almagro, natural de la villa de Almagro, en Castilla la Nueva, porque estos ilustres capitanes no saben escribir...

TIERRA AJENA

Por toda la costa salían a ellos indios de guerra, dándoles gritos y llamándoles desterrados, y que tenían cabellos en las caras, y que eran criados del espuma de la mar, sin tener otro linaje, pues por ella habían venido, que para qué andaban vagando el mundo; que debían ser grandes holgazanes, pues en ninguna parte paraban a labrar ni sembrar la tierra.

Agustín de Zarate.
Historia del Descubrimiento y Conquista de la Provincia del Perú

Pronto gobernará la colonia el hidalgo cordobés don Pedro de los Ríos. Probablemente sobre él, más que sobre Pedrarias, el venerable maestrescuela de Panamá, Hernando de Luque, tendrá una grande influencia, pues de los Ríos, —al par que a corregir los yerros y crueldades del "tigre del Darién"— vendrá a trabajar, en acuerdo completo con las autoridades eclesiásticas, por la propagación y exaltación de la fe de Jesucristo, por el cumplimiento de sus divinos mandamientos. En una palabra, a hacer cumplir en esta colonia, tan nueva y lejana, la misión fundamental de España.

Pregoneros con trompetas del reino anunciaron, en el centro y cuatro extremos de la villa, la convocatoria a enrolarse bajo el lábaro cristiano y los colores españoles, para esta empresa de Dios, de la Corona y de la raza, como se calificaba ya al propósito de descubrir y conquistar el Perú. El crédito de la empresa había crecido considerablemente. Por la garantía cristiana y por la garantía de dinero, constituida por el sólido fondo aportado por el señor canónigo.

Almagro, "el tuerto", como se le llama familiarmente después de que los indígenas de Pueblo Quemado le vaciaron un ojo,

se mueve incansablemente. Compra dos barcos, más grandes que los de la primera expedición; se provee de armas y municiones más eficaces, las bodegas de los barcos se repletan de víveres y ropas, a base de las indicaciones de la experiencia adquirida en los tiempos más duros. Finalmente consigue llevar unos cuantos caballos.

A pesar de todo, no hubo para el enrolamiento el esperado entusiasmo: está vivo el recuerdo de la ocasión anterior en la que apenas, de ciento y pico que fueron, unos cuarenta y tantos regresaron, heridos, llagados, enfermos de ese terrible mal de las fiebres del trópico, que empalidece y extenúa, del que jamás se sana. El optimismo de los primeros días se redujo considerablemente. Y ya a la hora del efectivo alistamiento, solo ciento sesenta hombres se presentaron a Pizarro y Almagro. Una observación curiosa: entre esos ciento sesenta hombres se hallaban nuevamente todos los sobrevivientes de la aventura anterior, apenas restablecidos de sus heridas y sus enfermedades, dando así una prueba evidente de tenacidad española: habían asistido a la iniciación de la aventura, habían sentido de cerca sus obstáculos, había que vencerlos, por lo mismo.

Con ciento sesenta hombres divididos en los dos barcos, cada uno al mando de uno de los capitanes, Pizarro y Almagro, la segunda expedición descubridora del Perú se hizo a la vela por los mares del sur. Para mayor seguridad náutica —pues que esta vez, pase lo que pase, piensan ir más lejos del río de San Juan—, han resuelto llevar con ellos al experto piloto Bartolomé Ruiz, natural de Moguer, en tierras de Andalucía; de ese Moguer que —único entre todos los pueblos de España— vio perderse en el mar las carabelas del descubrimiento y las vio volver cargadas con la nueva esperanza del mundo. Ruiz, con varias generaciones de navegantes en su historia, conoce el lenguaje del mar y entiende cómo saben, en la noche, señalar los caminos las estrellas. Ruiz ha ido al mar de las Indias de Occidente, por ver un nuevo mar, con sus ojos seguros, ya llenos del cielo y de la ola de los otros mares.

Bartolomé Ruiz guía las carabelas de este nuevo intento español de "ir más allá". Evita acercarse a las costas -que Pizarro y Almagro saben pobres e inhospitalarias— y emproa las naves hasta la

rada que abre la desembocadura del río San Juan, límite extremo donde llegara en su viaje anterior el capitán Almagro.

Por serles esta vez propicia la estación, pueden hacer incursiones por las orillas montañosas del río San Juan. La desembocadura está relativamente poblada. Indios pacíficos y curiosos acogen a los seres extraños que les arroja el mar. Más que en la ocasión primera, los aventureros encontraron oro en adornos, vasos, ídolos. Pizarro dispuso entonces las cosas de este modo: Almagro regresaría a Panamá, llevando el oro conseguido —que no es mucho, pero sí, en todo caso, en cantidad mayor que antes—, a ver si levantaba un número mayor de hombres para asegurar el éxito de la empresa, pues estaba convencido de que los ciento sesenta hombres que integran las fuerzas actuales son, a todas luces, pocos para descubrir y conquistar un gran imperio; Bartolomé Ruiz, el experto del mar, avanzaría hacia el sur, para establecer un derrotero que pueda ser seguido por la expedición; él, Pizarro, se quedaría en San Juan tratando de explorar, recoger datos, obtener de los nativos mayor contribución de oro.

Acompañado del joven letrado, bachiller por Salamanca, Juan de Sámanos, y por un grupo de nautas, el piloto andaluz Bartolomé Ruiz siguió el camino del mar y de las estrellas del sur. Sámanos, caballero aventurero, lector de libros de andanza y heroísmos, exaltaba la hermosura del empeño y relataba a su jefe y amigo aventuras de caballeros errantes por la tierra, como Rolando y Amadís, y aventuras de caballeros errantes sobre el mar, como La Odisea y Simbad el Marino. Ruiz sabía la técnica -hay que decirlo hoy así— de las estrellas, del color del agua, de la cara del cielo. Los dos se entendían bien.

Pasa el tiempo, y el viento apenas hincha las velas del navío. Las aguas, bruñidas por un sol de incendio, no se mueven apenas: por comparación al otro, al casi siempre enojado mar de los Atlantes, se llama "Mar Pacífico". Los marinos se entretienen en estas aguas pobladas de delfines; y todos sienten el misterioso encanto

—tan viril, tan español— de saber que navegan sin un destino fijo, sin la certidumbre de un puerto, que signifique promesa de descanso, de placer o de amor. Muchas veces, atraídos por un signo humano, se acercan a las costas. Y alguna vez descubren poblados de indígenas pescadores. Esos poblados que traen a la imaginación nostálgica de Sámanos recuerdos de algún sitio de las costas de España; o a la devoción de los marinos el recuerdo de algún santo amigo, van recibiendo nombres de pueblos españoles o de santos de España.

Ruiz y los suyos vieron, los primeros, la isla del Gallo, que después se haría tan memorable. La costa, hasta entonces bravía y hostil, llena de acechanzas y traiciones, comenzó a ofrecerse más humana, con su verde de esmeraldas lavadas y su atracción de humo en las chozas y de canoas en las quietas bahías.

Días y días de navegar en la placidez de este mar sin rizarse. Por fin, al amanecer de uno de esos días de Dios, vieron entusiasmados los marinos, cómo la costa, que hasta entonces apenas había mostrado pocas hendeduras señaladoras de las bocas de los ríos, se abría con amplia generosidad de palmeras y agua dulce, para dar paso a un gran río. Sámanos vio allí un sitio de los que atraían a Simbad, con la promesa de su presente fabuloso, y como el cuento que ellos estaban viviendo no era menos fantástico que el que la sultana contara en una de las mil noches predecesoras de la una en que ella vivió su cuento de amor en brazos del sultán, el joven bachiller convenció a Ruiz de la necesidad de acercarse a esa costa y de bajar en ella. El humo de las chozas indicaba vida en paz de hombres amigos del mar. Las cabañas eran numerosas, las gentes desarmadas y amables.

Los árboles tan verdes de la una y de la otra orilla, se remiraban en las aguas de cristal, dejando pasar por entre sus hojas la luz cabrilleante del sol. Sámanos estaba loco de cuentos, borracho de leyendas índicas; agradecido a la sombra y al verde, delirante al entrar en estas aguas amigas de la tierra y de los árboles, gritó:

—¡El río de las Esmeraldas, el río de las Esmeraldas!

Aquí el árbol y la planta ya no rechazan con la hostilidad de la espina; las bestias enemigas se han alejado por la continua pre-

sencia del hombre; y los mosquitos —los de las fiebres malas, los de las picaduras ardientes— se los ha llevado esta brisa, que prepara y asegura un buen ambiente para el vivir de las gentes. Son allí bien recibidos los marineros de Simbad: "halló (Bartolomé Ruiz), a las orillas del río, tres poblados grandes, cuyos habitantes estaban engalanados con joyas de oro, y tres indios que les salieron a recibir, llevaban sendas diademas del mismo metal en sus cabezas. Entre varios obsequios que le ofrecieron, diéronle también algún oro para fundir", cuenta González Suárez.

Sámanos había querido seguir la aventura del río que es siempre —hacia el corazón de los continentes— camino de ciudades y palacios; del río que, si se llama el Nilo, lleva al Cairo y cuando es el Ganges, conduce a Benarés... Pero Ruiz sabe su misión de mar. Y ha de cumplirla. Dos días le bastan para la paz de este trópico; le bastan para recibir las ofrendas de esta tierra y de estos hombres pacíficos; le bastan a él y a los suyos para el desahogo fecundante de las largas lujurias del mar caliente y seminal.

De las hembras gozadas, más que de los hombres ingenuos pero reservados, Ruiz, Sámanos y los demás del barco reciben informaciones, cada vez más precisas y certeras sobre el país del oro. En los ojos de estos machos extraños y fuertes, leen las mujeres nativas el gusto que les produce la vista y, sobre todo, la posesión de ese metal brillante, bueno para los vasos sagrados y las representaciones del Sol.

Este río de las Esmeraldas es tan nuevo de verde y de agua grande, para sus ojos acostumbrados a paisajes de placidez dulce y pequeña, que ni la imaginación de Sámanos, ni el amor de Ruiz y los suyos para sus tranquilos pueblos andaluces, hallan un nombre de recuerdo, un nombre que les acerque algo querido en la lejana España. Tiene que ser, y para siempre, "el río de las Esmeraldas".

Buena suerte les trajo este encuentro de agua y sombra dulces a los marinos españoles. Buena suerte. Cuando Ruiz, urgido por el imperativo del mar, enrumbó hacia afuera, se ofreció a sus ojos —un poco habituados ya a esperar el milagro de cuen-

tos anunciado por Sámanos— un deslumbramiento, para un marino como él, superior a la ilusión: ¡un barco de vela, que entraba en la bahía!...

En todos los mares del Caribe, en las costas inmensas que baña el golfo de la Nueva España, explorados por Grijalva, por Alvarado, por Cortés, por el iluminado Ponce de León; en las playas de Tierra Firme y el Darién; en ninguna parte se ha encontrado la vela, gonfalón latino, constructor de civilizaciones y de ritos, creador de las más grandes esperanzas de los hombres, con Cristo y con Mahoma; emblema del Mediterráneo de Grecia, de Palestina, de Egipto, de Cartago, de Roma, de Provenza y de España: ¡La vela latina!

En este mar sin historia —o que acaso guarde la raíz de la historia— hay a la vista de los españoles una vela. Una vela que, claramente, trae rumbo del sur.

Detiene su andar el navío español para esperar en la rada a la embarcación que se aproxima. La tiene ya muy cerca: es una balsa hecha con maderos unidos; trae a su bordo varios pasajeros y, enarbola-do entre los palos, un cuadrilátero de tela blanca, una verdadera vela, como las que, en las tardes, regresan a Cádiz, a Palos y a Moguer.

Se acercan las dos naves. La del sur está tripulada por indígenas, pero de un tipo y vestuario diferentes a los conocidos por los españoles. Al quererse comunicar con los que llegan, Ruiz y los suyos se dan cuenta de que el idioma que hablan no es el mismo de los nativos de La Española ni del Darién. Porque ellos, los españoles, en el continuo trato con los indígenas, desde el Darién al sur, han llegado a aprender algo de su vocabulario y conocen, por lo menos, las palabras de salutación y las que sirven para las preguntas esenciales. Estos que vienen en la balsa con vela, son otros indios. Logran entenderse por señas, y los españoles consiguen que los nativos les enseñen lo que traen en su barca: objetos de oro y plata, tejidos de lana, algunos tan finos, con tan variados y caprichosos dibujos, que llaman profundamente la atención de los españoles. A cambio de espejos y de cuentas de cristal lograron que los recién venidos les dieran,

de muy buena gracia, no poca cantidad de oro labrado y algunas piezas de tejidos. Grande fue la sorpresa de Ruiz y los suyos al ver que los indígenas usaban un instrumento muy semejante a las balanzas de los comerciantes de España, para pesar los metales y las piedras preciosas que les entregaban a cambio de sus miserables y vistosas baratijas.

Los españoles se dieron cuenta de que no todos los que venían en la barca eran esos indios extraños. Aunque vestían igualmente, algunos eran nativos del río de las Esmeraldas que habían ido al sur con sus mercancías a cambiarlas por otras. Del sur, a su vez, otros venían con el mismo objeto. Ruiz y Sámanos distinguieron algunas palabras conocidas. Y entonces, con su escaso vocabulario nativo, lograron saber que la embarcación venía desde muy lejos, al sur; de un puerto llamado Tumpis, que pertenecía ya al poderoso imperio buscado; que de varias regiones de ese imperio salían los mercaderes hasta Tumpis, cargados de vasos y adornos de oro y plata, de tejidos de lana, de adornos de plumas; que por eso, los que habitaban en otros sitios hacia el norte les llevaban piedras verdes, perlas, maíz y semillas de tagua, para cambiar con oro y con tejidos.

Crecida la esperanza, Bartolomé Ruiz ordenó seguir el camino del sur, pero antes obtuvo que dos indios nativos de Tumpis y uno de los del río Esmeraldas pasaran a su nave y lo acompañaran para enseñarle el camino. Por indicación de los indios, el navío no se separó de la vista de las costas; días y días de visión verde, amable, con ríos, costa que se abre en radas y bahías para proteger a las naves del viento, y vida de hombres, señalada por barcas y por el humo de las chozas.

Es el ecuador, línea que corta en dos al mundo por su parte más bella. Ruiz y Sámanos se acercan, llegan: son los primeros hombres blancos que, en este hemisferio, lo han atravesado. Un poco más lejos, al sur, hay una punta audaz de tierra que parece invitarlos a un descanso o señalarles un límite. Allí descienden. Preguntan a los indios si Tumpis se encuentra aún muy lejos, y los indios contestan que falta por recorrer una distancia doble a la que existe entre el si-

tío en que están y el río Esmeraldas. Les abruma la distancia, con su nave pequeña, y resuelven volver. Con un simplismo sobrio de marino, Ruiz quiere recordar en esa punta su paso por la línea equinoccial y no se le ocurre mejor nombre que éste: Cabo Pasado. Oigamos a un cronista: "Este fue el límite de sus descubrimientos; al llegar a él, viró de bordo, y gobernando al norte, logró después de una ausencia de algunas semanas fondear en el punto en que había dejado a Pizarro y a sus compañeros".

En las orillas del río San Juan, la situación es dura, casi insostenible. Francisco Pizarro ha intentado exploraciones en la selva, con resultados siempre negativos. La región es húmeda y malsana. Casi todos los hombres están con paludismo. Y sí no falta qué comer, pues en la playa existe abundante pesca, en cambio, los cocodrilos son tan traidores, que defenderse contra ellos resulta muy difícil. Los indígenas, poco hostiles al principio, se han dedicado, en forma traicionera, a una verdadera cacería de blancos; así, un día, en el que una canoa tripulada por catorce españoles, habiéndose internado demasiado por uno de los brazos del río, encalló en un banco de arena y fue imposible reflotarla, obligados a regresar por tierra a la base donde se hallaba Pizarro, los catorce fueron cayendo uno a uno flechados por enemigos invisibles.

Peor que nunca, el ánimo de las tropas está desfallecido. Es la lucha contra elementos y hombres. Es la fiebre que consume las fuerzas. Es el mosquito que succiona la sangre y que envenena. Pizarro, en un supremo ímpetu heroico, quiere marchar hacia el oriente, donde también sabe que existen ciudades populosas y ricas. Pero sus hombres ya no pueden, aunque quieran, seguirlo. La fiebre les ha debilitado el cuerpo y la esperanza.

Cuando estaba a punto de romperse la unidad de la obra —quién sabe hasta cuándo—, una buena mañana se despiertan y ven en la bahía, segura de viento, de piloto y mar, la nave que del sur conduce Bartolomé Ruiz, el español que primero pasó la línea equi-

noccial. El hombre blanco que, el primero, se deslumbró de verde con la visión de mi tierra, el Ecuador de hoy.

Ruiz y Sámanos, con la alegría de su nave cargada de oro, de tejidos de indios del gran imperio buscado, son ya más que una esperanza: son la certidumbre. Hasta los que se hallan por el suelo, derrumbados por la fiebre, se lanzan a ver a los recién llegados, a sopesar y oler el oro del Perú, el oro por el cual han emprendido la aventura. Crucifican a preguntas a españoles y a indios: Tumpis es la respuesta. Tumpis, la puerta del imperio donde se adora al Sol, donde hay oro y rebaños de unas ovejas grandes que, por los raros dibujos que de ellas hacen los indios en la arena, más que ovejas parecen camellos.

Ruiz y Sámanos hicieron un relato cumplido de la expedición, dando detalles cabales sobre tiempo, lugares y características de los indígenas. Desde todo punto de vista, la impresión era fundamentalmente optimista.

Para completar el cuadro esperanzador, al día siguiente de la llegada de Ruiz desde el sur, llegó del norte —desde Panamá— el capitán Almagro. Con su habitual facundia "el tuerto" relató las peripecias, todas felices, de su viaje al istmo. Como era natural, fue con el señor maestrescuela don Hernando de Luque, **con** quien primero se vio Almagro en Panamá, y fue él quien le informó de las novedades **ocurridas** durante su ausencia.

Supo que se hallaba allá don Pedro de los Ríos en pleno ejercicio de la gobernatura. El pobre de Pedrarias en lugar de haber ido a España, donde bien triste suerte le esperaba, había obtenido de su sucesor un modesto y poco remunerado empleillo.

El nuevo gobernador tenía muy favorables inclinaciones con respecto a la empresa y, al efecto, había ya dado instrucciones a sus subalternos. Como prueba de aprobación y aplauso, el señor gobernador en persona se adelantó a saludar al capitán Almagro en el momento en que desembarcaba, y se informó, con mucho respeto, por el intrépido señor capitán don Francisco Pizarro.

Agregó Almagro —en su información a Pizarro y compañeros— que había tenido la suerte de que, pocos días antes de su de-

sembarco en el istmo, había llegado desde España un buen número de hombres ávidos de aventura: todos ellos tuvieron como fortuna y merced el enrolarse en la expedición de Almagro. Ochenta y siete voluntarios había conseguido esta vez; bastantes provisiones y algunas armas: ese era el contingente muy apreciable, con que se presentaba en el río de San Juan.

Aventureros —y aventureros españoles- los hombres de Pizarro, que pocas horas antes exigían con blasfemias y juramentos a su jefe el regreso a Panamá, ahora están, pese a las fiebres, alegres y optimistas, siendo ellos los que, con mayor empeño, anhelan la continuación del viaje. Para realizar este milagro de optimismo, han influido los relatos que de las nuevas hazañas de Cortés les hacen los hombres recién venidos de España y los fantásticos cuentos de Juan de Sámanos sobre las fabulosas riquezas que se pueden encontrar en el sur.

Desgraciadamente, tantas circunstancias favorables se han producido con la pérdida del factor importante: el tiempo. En efecto, la estación ha cambiado bruscamente, como ocurre en el trópico. Después de algunos meses de clima seco y relativamente fresco, han retornado las lluvias, esas lluvias del trópico que en vez de refrescar el ambiente lo abochornan. Esas lluvias que hacen de las costas boscosas un solo pantano inmensurable; que multiplican por miríadas los mosquitos malignos y hacen que las víboras, imposibilitadas de reptar por el suelo convertido en gran charco, se enrosquen en los árboles y estén más aptas para saltar sobre los hombres, para la picadura venenosa o la estrangulación. Lluvias que, convirtiendo todo el suelo subselvático en una tembladera color verde sucio, hacen caer a los hombres en el trágico engaño del cocodrilo color verde sucio también; lluvias que hacen fermentar las malezas milenarias para la producción de todos los miasmas emborrachadores y asesinos, que al meterse cuerpo adentro, se transforman en temblores y en fiebres. Lluvias, en fin, que enojan hasta al mar Pacífico, y le preparan la furia de la tormenta, enemiga de los nautas y los aventureros.

Es preciso que el viaje continúe. Muy lentamente, para no perder de vista la costa y con ella la esperanza de un puerto para la tormenta siempre amenazante.

En el barco, encuclillados, silenciosos, indiferentes al tiempo que pasa y a todo lo extraño que ocurre junto a ellos, van los indios de Esmeraldas y Tumpis. Ellos no preguntan, pero sí responden. Y a pesar de no interesarles la lengua de los extranjeros, como a éstos les interesa el hablar de los indígenas, en muy pocas semanas los tres nativos han aprendido bastantes palabras españolas para contestar las urgentes preguntas de Ruiz sobre el itinerario; las de Sámanos, sobre la belleza de las ciudades y de los palacios; las de Candía y los demás, sobre el oro que existe, sobre los ejércitos del soberano poderoso, si las mujeres son bellas, si andan desnudas, si son fáciles al amor de los hombres. Los indios responden a todo, pero son difíciles a conceder la fantasía de detalles que quisieran los españoles. Niegan o afirman con criterio simple y directo. Cuando explican, lo hacen con señales, con dibujos grotescos en el aire o sobre el piso. A todo, aun las preguntas soeces que los soldados les hacen, responden los indios con ingenua gravedad. No tienen el sentido de lo burlesco, ni llegan hasta el matiz irónico. No conciben —ni se interesan por hacerlo— la iniciativa individual ni lo imprevisto: todas las cosas son miradas por ellos con una impasibilidad resignada; todas las tareas las realizan con uniformidad casi automática, sin repugnancia ni fervor.

Mientras los españoles se han habituado a fumar las hojas del tabaco, para ahuyentar al mosquito y, más que todo, para propiciar el ensueño y engañar el tedio de las horas inacabables del trópico, estos indios mastican incansablemente, con quietud de rumiantes, unas hojas secas que ellos llaman coca, que llevan en su saquito de provisiones, junto con el maíz tostado, las pelotas hechas con banano cocido y una fruta verdirroja que quema la boca más que la pimienta y que ellos llaman ají. La curiosidad española lo prueba todo. Cambian con los indios las conservas que traen, las que los indios, sin timidez ni desconfianza, pero sin entusiasmo, aceptan y comen. Los españoles, en cambio, hacen gestos de repugnancia an-

te las pelotas de pasta de plátano; no encuentran mal el maíz tostado con sal; lanzan juramentos y blasfemias al meterse en la boca el ají, y hallan muy agradable y reposante el masticar de las hojas de coca, a las que pronto descubren la propiedad de calmar los dolores del vientre, especialmente si se las toma en infusión.

Por la noche los indios sacan de sus bolsas unas flautas de caña que hacen sonar en el cuenco de una olla o cántaro pequeño. Nada más lastimero. Nada más acedo de tristeza en monorritmo, sin sacudidas, sin exaltación. Tristeza que ya, de tan triste, ni siquiera duele. Luego y acompañado por el tocador de flauta que no calla, uno de los indios del sur se pone a cantar. Es algo sincopado, golpeado. Se siente dentro de esa canción una queja, pero no una queja íntima, personal, que duele en carne propia. Es una queja ampliada hasta la transfiguración del ritmo, sin que pueda el que canta aumentar en ella la intensidad de su propio dolor. Sámanos se hace explicar el sentido de los cantos tristes. El asombro de todos es muy grande cuando, por las explicaciones de los indios, comprenden que la tristeza está en la actitud y en la tonalidad del canto, pero que la intención de lo cantado y las palabras del canto no siempre tienen un motivo triste. Así, lo que antes oyeran eran cantos de esperanza en las próximas cosechas; una especie de himno del maíz; leyendas de sus reyes, invocaciones a la luna y al Sol.

Cantan también —mientras muchos se duermen o platican— algunos de los hombres de España. Se acompañan con la voz casi humana de la vihuela. Su cantar es más rico de música. En él se habla de amor, pero de un amor unido con la muerte. Celos, honor y deshonor; venganza, sangre; para la mujer que olvida o que traiciona, la muerte; para el hombre que arrebata el amor de la mujer amada, la muerte, y el suicidio si unos ojos no han querido mirarnos... Cuando se explica a los indios el valor de las palabras en los cantos de los hombres blancos, los indios no comprenden, ni sonríen...

Días de navegar en medio de una tempestad que amaina y luego recobra nueva furia. En un clarear de esos, con claridad de aire y de mar, se abre ante los extranjeros la gran quietud de una bahía que parece ofrecer condiciones favorables. Ruiz guía las naves y

Pizarro ordena que se baje a tierra. Con notario, con cruz y bandera, se toma posesión de esta bahía para Cristo y España, y recordando Sámanos que la fecha del día es 21 de septiembre de 1526, día del glorioso apóstol y evangelista San Mateo, se resuelve dedicársela e imponerle su nombre.

La impresión de Pizarro y sus hombres, a pesar de la estación contraria, es optimista: las playas están cubiertas de arena y se puede caminar por ellas. En consecuencia, el capitán resuelve que una parte de la tropa haga el viaje por tierra —con la escolta de las naves, que no deben perderse de vista de la playa— para explorar el terreno y hallar derroteros para esclarecer el misterio de este continente, que ofrece contornos cada vez más grandes. Avanza la expedición lentamente, por tierra y mar desconocidos. Nuevamente se insinúan, sordos, los desfallecimientos y las quejas. Por fin, los hombres que marchan sobre tierra descubren desde una colina de esta costa ondulada, un poblado mayor que los que hasta entonces han visto: rodeado de grandes cultivos de maíz y cacao. Ante ese descubrimiento creyeron de prudencia el reembarcarse para resolver todos la forma de acercarse a esta ciudad al parecer muy importante.

Con el consejo de Almagro decidieron acercarse por mar. Al espectáculo de las naves extrañas, gran cantidad de nativos se habían congregado en la playa. Su aspecto, sin ser claramente hostil, no era de paz tampoco. Pizarro y los suyos comprendieron que se hallaban frente a un serio peligro. Pero no era la hora de retroceder. Pizarro y Almagro tuvieron la intuición de que en ese momento se jugaba, en forma quizás irreparable, el éxito de la empresa, porque si ellos retrocedían ante los nativos, se perdía el prestigio misterioso, semidivino, que les atribuían a primera vista los indígenas de todos los sitios que hasta entonces habían tocado. Prestigio que les daba una superioridad incontestable y que no solo era preciso mantener, sino tratar de agrandar por cualquier medio.

Comenzó el desembarco. Los indios, sorprendidos al principio, reaccionaron luego, y un gran rumor, como de marejada, iba cercando a los intrusos con ritmo lento y envolvente.

Los españoles conocían el poder amedrentador de los caballos sobre la imaginación de los nativos.

Por eso reservaron para el final la salida de los caballeros, relucientes de hierro y de plumas, jineteando las bestias, un poco desacostumbradas por el viaje tan largo sobre el mar. El rumor de los indígenas creció (pero en esta vez, más que de amenaza era de estupor, de inquietud, casi de susto). En formación de línea, con sones de trompetas, los españoles, jugando como siempre la carta de sus vidas ante una superioridad numérica aplastante, se adelantaron hacia los indígenas, que hacían un muro humano delante de su ciudad. Los caballos, empenachados y herrados, iban al frente de las huestes; montados también y a la cabeza, Pizarro y Almagro.

Se inició entonces lento, pesado, el repliegue de los indios. Pero más que un retroceso, parecía una medida táctica: mientras el centro indígena cedía terreno —en retroceso de espaldas, dando la cara al invasor— las alas permanecían fijas en sus posiciones. En forma que la pequeñísima tropa española iba penetrando en un cerco de hombres que podía cerrarse tras el último español que penetraba. Así lo comprendió Pizarro y ordenó redoble de tambores y toque de trompetas, disparos de arcabuces y ballestas, con el fin de intimidar a los indios.

Un suceso inesperado —burlesco dentro de su epopeya— vino en ayuda providencial de los conquistadores: uno de los caballos delanteros, asustado por la inusitada algarabía, se encabritó de súbito, dio con su caballero en tierra y, al aire las bridas y las crines, se lanzó dando coces por en medio de la muchedumbre india.

El efecto fue de rapidez fulminante. Los indios, creyendo que estos monstruos cuya naturaleza desconocían, eran de tal modo extraordinarios que podían descomponerse en partes para multiplicarse en el ataque, se lanzaron a una fuga desconcertada hasta internarse en las selvas, sin detenerse siquiera en el poblado.

Pizarro y sus hombres entraron así en la populosa y rica ciudad, que —según les dijeron los indios que los acompañaban— se llamaba Atacámez, y pertenecía al poderoso reino de los caras, aliado

y tributario del soberano del Cuzco. La ciudad de Atacames "grande como de más de mil casas", ofreció un rico botín de oro y plata. Los capitanes, después de despojarla, resolvieron abandonarla y continuar la ruta. Sintieron su inferioridad numérica y pensaron que, cuando los indígenas se repusieran de su ataque de miedo, podrían reaccionar en forma peligrosa.

La magnitud de la heroica aventura se presenta hoy clara a los ojos de capitanes y soldados españoles. Ya no se trata de grupos pequeños y dispersos de indios, aquí y allá perdidos en la costa inmensa. Hoy se anuncia la estructura recia de un país fortalecido por la unidad y la congregación. De un país rico y poblado, cuya contextura orgánica se comprende ya en esta primera ciudad con adoratorios y plazas, rodeada por campos de cultivo, tan racionalmente mantenidos, como no Los habían visto los conquistadores en España.

Lanzarse locamente a la gran aventura con una centena de hombres fatigados por un largo viaje lleno de contratiempos, mal armados y mal municionados, por muy hombres y por muy españoles que fueran, es irrazonable. Sobre todo, si se toma en cuenta que la gente ya vista en Atacames, que pasa de diez mil, no es sino un indicio mínimo de la población de todo el imperio. Opiniones diversas se manifiestan entre los españoles; ni aun se observa armonía entre los dos jefes de la expedición. Entonces se resuelve, frente al mar y a la selva que los urgen con su invitación, celebrar un consejo de guerra. En él se expusieron puntos de vista desacordes: unos, acaso hombres de paz, bachilleres, togados, opinaron que, en vista de la potencia enorme que mostraba el imperio de los indios —tanto o más grande que la de España— era un inútil suicidio intentar su conquista con elementos tan burlescamente inferiores, cuya aniquilación se produciría en el primer combate; otros sostuvieron con energía que la única solución posible para ellos, que son hombres y españoles, es continuar la empresa hasta el final.

Hablan los capitanes: Almagro, sagaz y arreglador, trata de concertar pareceres. Propone el aplazamiento de la conquista y que, como hasta hoy se ha hecho, él regresará a Panamá en busca de más serios refuerzos de hombres, provisiones y armas. Las hábi-

les razones de "el tuerto", produjeron, al parecer, el efecto buscado. Se esperaba tan solo la opinión de Pizarro, y no se hizo aguardar. Como un estallido — con ilustración de juramentos y blasfemias— increpó Pizarro a su socio sus arreglos cómodos y fáciles. Sí, lo que quiere Almagro es continuar con sus viajecitos a Panamá, tranquilos, sin hambre, sin fiebres, sin indios traicioneros, ni cocodrilos, ni víboras; llegar a la colonia, hacer valer sus servicios ante el gobernador, obtener más subsidios del pobre cura Luque, pasearse orondo y fanfarrón por la plaza del pueblo y darse importancia en la tertulia atribuyéndose hazañas que hagan babear de admiración —entre regüeldos y copas de solera— a bachilleres, boticarios y barberos ociosos. Mientras tanto él, Pizarro, la bestia de carga, se quedará con unos cuantos fracasados, sin defensa contra los nativos, sin víveres, a soportar los horrores de la estación lluviosa. Con gran refuerzo de juramentos y blasfemias del más puro estilo de porquerizo extremeño, terminó diciendo que estaba harto de vivezas y picardías de Almagro y que será él quien regresará a Panamá y no se dejará engañar por nadie.

Fueron las manos al pomo de la espada. Almagro respondió insolencias más crudas que las de su socio, hasta el punto que, sin la intervención del piloto Ruiz, de Pedro de Candía, del tesorero Rivera, allí habría terminado en refriega vulgar de espadachines la prodigiosa aventura de estos hombres heroicos.

A las razones de Rivera, se hizo el avenimiento. Almagro, siempre ladino, dijo que aun cuando él no gozaba de la autoridad y el respeto que a las tropas inspiraba el capitán Pizarro, estaba, sin embargo, dispuesto a quedarse para que sea esta vez Pizarro quien vaya a Panamá. Don Francisco se sintió picado en lo vivo de su caballerosidad y de su hombría, y dijo que de ninguna manera abandonaría a los valientes que quisieran quedarse. La paz estaba hecha por el momento y la aventura continuaba. Estuvieron todos de acuerdo en buscar un sitio que ofreciera seguridad a los que, con Pizarro, se quedaran esperando los refuerzos: no era posible continuar en Atacámez, ciudad que habían saqueado y cuyos habitantes les habían mostrado hostilidad evidente. Buscaron en la costa, hacia el

sur, ya que hacia el norte la playa y el clima eran menos propicios para una prolongada residencia. Pero hacia el sur, la población de indígenas crecía y por todas partes les mostraban la misma aversión que en Atacámez. Entonces el piloto Ruiz indicó que el sitio más seguro, a su juicio —aunque poco provisto de recursos alimenticios— era una pequeña isla que se halla hacia el norte, a corta distancia de la costa completamente despoblada y a la que él, en su primer viaje, había dado el nombre de isla del Gallo. Así se resolvió y hacia allá se dirigieron las naves, abandonando la rica y brava villa de Atacámez.

Al desembarcar en la isla, el descontento de los que habían sido designados para quedarse con Pizarro se manifestó en refunfuños y gruñidos. Las palabras imprudentes de Pizarro en su reyerta con Almagro habían caminado de oreja en oreja por todos los soldados, y es difícil recogerlas ahora. Al ver la isla desierta en que se iban a quedar abandonados indefinidamente, corrió por las tropas españolas un estremecimiento de angustia y desconfianza. Es tarde ya para protestar después de haber contraído un compromiso; pero recurren a una estratagema: seguros de que las cartas que escriban a Panamá y deben ser llevadas por Almagro han de ser registradas, uno de los descontentos, Sarabia, intrigantón y bachiller, escribe una denuncia terrible contra los dos capitanes, dirigida al gobernador de la colonia, don Pedro de los Ríos. En ella refiere la situación penosa en que quedan por culpa de Almagro y de Pizarro. Y para mejor resaltar la posición asesina de los dos capitanes, termina la denuncia con una cuarteta, en la que hace alusiones de casa de rastro y matadero:

—"Pues señor gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá va el recogedor
Y aquí queda el carnicero".

Esta denuncia fue cuidadosamente oculta en un gran ovillo de lana, de los indios del Cuzco, que Sarabia envía como regalo a la esposa del gobernador. Almagro hizo personalmente la entrega del objeto...

Los TRECE DE LA FAMA

Sacando su puñal, trazó una línea en la arena de Este a Oeste Luego, volviéndose hacia el Sur dijo: "cantaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra la del gusto. Por aquí se va a Panamá a ser pobres; por allí al Perú, a ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere". Diciendo esto pasó él la raya Siguiéronle el valiente piloto Ruiz, y luego Pedro de Candía, griego, natural de la isla de Candía Once más cruzaron sucesivamente la raya...

W. H. Prescott
Historia de la Conquista del Perú

Cuando Almagro se dedicó en Panamá a buscar refuerzos, encontró el ambiente cambiado, se hacían burlas y diatribas sangrientas contra él. Y los chicos de las calles lo seguían gritándole epigramas soeces que habían nacido y prosperado en tabernas y garitos. El gobernador lo recibió muy mal; le reprochó el desperdicio de dinero y de sangre española que significaba una empresa planeada por ambición, sin ningún indicio seriamente favorable. La situación se le agravó más al "tuerto", cuando en forma inesperada llegó a Panamá el barco que había quedado con Pizarro en la isla del Gallo, con el pretexto de que necesitaba reparaciones, y en realidad, porque Pizarro había querido desembarazarse de los descontentos y revoltosos que aumentaban, con sus protestas, las naturales penalidades que estaban sufriendo.

Estos descontentos, para justificar su cobardía ante la gente de Panamá, propagaron las más tremendas versiones sobre el estado mísero en que se encontraban los expedicionarios de la isla del Gallo. Y se dirigieron al gobernador, pidiéndole por amor de Dios y

del rey, la obra de caridad de mandar un navío a recoger esos infelices, hijos de España, servidores del rey, explotados y sugestionados por Pizarro.

El gobernador -interesado en velar porque impere la tranquilidad, no enredos y complicaciones— da oído a todo eso. Y en vez de conceder ningún subsidio al viejo Almagro, envía un barco a la isla del Gallo, al mando de un soldado cordobés, llamado Tafur, con la orden terminante de que recoja a los abandonados y los traiga todos hasta Panamá.

La situación de Pizarro en su isla inhumana es, en verdad, terrible. Con la partida de los descontentos, se ha quedado sólo con unas decenas de hombres fieles, ilusos o desesperados. La estación es tremenda: la pequeña isla sufre todos los días, como un navío al garete, la furia de tormentas ciclónicas. El clima, en los momentos de calma, es asfixiante, cuajado, casi irrespirable. Faltan las subsistencias porque al desembarcar no se dieron cuenta de la pobreza de pesca de la isla. Tienen que comerlo todo: raíces amargas, serpientes, mariscos desconocidos y repugnantes, todo; pero el hambre no se puede saciar por la escasez aun de esas horribles cosas. Pizarro tiene un aspecto funeral, terrificante: es ya viejo, ha enflaquecido, tiene el cabello y las barbas crecidos, y sus vestidos son andrajos que cuelgan miserablemente. Y así, como él, todos. Es algo desconcertante y dramático.

Gruñe la protesta y la rebeldía aun entre los escasos hombres de la isla. Pizarro, el silencioso, el analfabeto, se ha transfigurado, se ha engrandecido. Habla, argumenta, persuade. Recuerda las miserias de la vida española que los hicieron salir en busca de aventuras. La vergüenza de una derrota. Les pide paciencia, señala plazos para la llegada de Almagro y los socorros Hambre, enfermedades, agotamiento. Hambre...

Por fin, la esperanza de vida de una vela es saludada con gritos de júbilo por esta pequeña legión de esqueletos barbudos y andrajosos. No, no es Almagro con provisiones y refuerzos. Es Tafur, el enviado del gobernador, que viene a recogerlos como a náufragos. Es Tafur que viene, en nombre de la autoridad, a dar por

terminada la gloriosa y temeraria aventura. Terminada oficialmente por lo menos.

El enviado saluda con respeto al capitán Pizarro y le expone el fin de su misión. Silencio. Pizarro, sin responder, se regresa a los suyos que, estremecidos y anhelantes, hacen el coro de esta tragedia inmensa. Silencio. Tafur, al mismo tiempo, le entrega cartas de Panamá. Son de Luque y Almagro; se las pasa a Bartolomé Ruiz para que se las lea: le pintan en ellas la situación al desnudo, pero le afirman que, pese a todo y a todos, pronto le llevarán refuerzos; le ruegan que resista; le dicen que si él regresa, la empresa fracasa y para siempre. Sonríe Pizarro por entre sus barbas salvajes y su piel calcinada por el sol.

Al día siguiente, después de haber deslumbrado a los hambrientos de la isla del Gallo con la tentación de los fiambres abundantes de a bordo, Tafur anunció el inmediato regreso de su nave.

Entonces Pizarro —lo cuenta Prescott— "sacando su puñal, trazó una línea en la arena de este a oeste. Luego, volviéndose hacia el sur, dijo: "Camaradas i amigos: esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros i desamparos; la otra la del gusto. Por aquí se va a Panamá a ser pobres; por allá al Perú a ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere". Diciendo esto, pasó él la raya. Siguiéronle el valiente piloto Ruiz i luego Pedro de Candia, griego, natural de la isla de Candia. Once más cruzaron sucesivamente la raya, manifestando así que estaban dispuestos a seguir a todo trance a su jefe. La fama ha conservado los nombres de esta pequeña partida".

"Los trece de la fama", según les llamará un cronista antiguo a estos hombres glorificadores del valor del hombre en el mundo; hombres y héroes, en grado más noble y alto que los que borrachos de furia se dejan matar en los combates; héroes que van hacia el peligro, sabiéndolo grande e inhumano; "los trece de la fama", fueron:

Bartolomé Ruiz	**García de Jerez**
Cristóbal de Peralta	**Antón de Carrión**
Pedro de Candia	**Alonso Briceño**
Domingo de Soria Luce	**Martín de Paz**



Nicolás de Rivera **Alonso de Molina**
Francisco de Cuéllar **Pedro Alcón**
Juan de la Torre

Tafur hombre de disciplina —como lo fuera Pizarro en sus épocas de subalterno— no se impresionó ante este gesto heroico. Lo calificó de desobediencia y de locura. Se negó a dejar a Pizarro una ligera provisión de comestibles: no quería ser cómplice de este suicidio.

La despedida fue triste. Los que partían comprendieron que habían llegado al límite de sus posibilidades de heroísmo, al límite de su resistencia física, al de su poder de esperar, de ambicionar. Tenían hambre, fiebres, debilidad. Eran hombres. Nada menos, pero también nada más que hombres. Pero por lo mismo, eran capaces de sentir más intensa admiración, más emocionado cariño por estos compañeros que sobrepasaban el nivel humano de fe, de resistencia, de valor.

Por orden de Pizarro el piloto Ruiz se embarcó con Tafur para ir a Panamá a informar a Luque y Almagro, y ayudarles a conseguir el refuerzo indispensable.

Cuando ya las velas se han perdido a lo lejos, Pizarro expresa a sus compañeros que no es posible continuar en la isla del Gallo, desprovista de recursos para su manutención. Propone trasladarse a otra isla relativamente cercana, que por su espléndida vegetación de palmeras y por los muchos arroyos que desde ella desembocan al mar, Ruiz y Sámanos bautizaron con el nombre de "Cabeza de Gorgona", y abreviadamente, la "Gorgona". Para el traslado —que todos aceptan— se construye una gran balsa. "La Gorgona", por más grande, es realmente mejor que la isla del Gallo; pero es el trópico vegetal y exuberante; es la fiebre, la lucha con los reptiles, el calor asfixiante.

Días, y días y días. Hacia el norte, la esperanza inmediata, el ansia de la vela que tiene todos los minutos de Dios para asomar. Hacia el oriente, la maravilla del paisaje, la promesa del continente de oro. En lo demás, el mar. Ya la esperanza de estos hombres, que están viviendo todos sus instantes de esperanza, se va haciendo

delirio; todas las horas de los amaneceres con niebla, de los mediodías deslumbrados, de las tardes que engañan, con las nubes y el mar, nace y se muere una nueva esperanza. El barco salvador que debe venir de Panamá es confundido con maderos, con grandes agrupaciones de yerbas marítimas flotantes. Nada. Días, días y días. Entretanto, hoy, como nunca, la dura comedia de obtener recursos en Panamá, ofrecía más serios y, al parecer, invencibles obstáculos a Luque, a Almagro y Ruiz. El informe de Tafur sobre la desobediencia de Pizarro y los suyos exaspera al señor gobernador. Pero Almagro, Ruiz y, sobre todo, Luque, con el prestigio de su hábito eclesiástico —que es lo que más alta significación tiene en los confines hispánicos— logran al fin, después de mucha insistencia, convencer al señor gobernador de que no existe desobediencia en Pizarro, sino al contrario, resolución heroica de servir a España, al rey y a la difusión de la fe verdadera en Nuestro Señor Jesucristo. Además, el beneficio y lustre de la empresa aprovecharía principalmente al gobernador de la colonia: la Corona no tendría bastantes mercedes para recompensar al funcionario que contribuyera a extender —con un riquísimo y dilatado imperio— los dominios de Su Majestad Católica...

Tras muchas vacilaciones cede al fin, en parte, el señor gobernador de Panamá. Consiente en dar los medios para equipar un solo barco para que, al mismo tiempo que se salva a "esos locos" de Pizarro y los suyos, se les permita continuar la exploración —solo la exploración— de los mares y costas del sur, hasta adquirir la evidencia absoluta de la existencia del Perú y sobre su real valía y la importancia de sus fuerzas defensivas. Contribuyó a esta decisión la presencia de los indígenas de Tumpis y del río Esmeraldas, que desde la isla del Gallo habían acompañado al piloto Ruiz hasta Panamá; presencia que desvaneció las dudas de los más remisos y fortificó la fe de los que siempre habían creído.

Un día, en la isla Gorgona, cuando ya se está muriendo

la esperanza, y después de siete meses de miseria, hambre, des-

nudez, asoma la vela salvadora del norte. Pero está sin duda escrito que jamás se verán cumplidas las esperanzas de Pizarro en el ajeno apoyo, de una manera cabal. Los hombres le cumplirán sus promesas, pero siempre a medias: Almagro y Ruiz llegaron con un barco y provisiones para seis meses, pero sin traer refuerzo alguno; los acompañaban tan solo los hombres de la tripulación y los guías indígenas que regresaban ya de Panamá. Le contaron a Pizarro el modo de pensar del señor gobernador: explorar, adquirir más datos y luego regresar a conseguir la autorización de la Corona. Había, pues, que resignarse.

Abandonaron la Gorgona, ese infierno en el que pasaron siete meses agónicos. Siguieron costeando, muy cerca de las playas; hicieron un saludo a la famosa isla del Gallo. Al paso, vieron el hermoso panorama en anfiteatro de Atacámez. Y al reconocer una rada, un monte, un fondeadero, un río, el recuerdo de España y la devoción mística iban regando nombres de sitios y de santos. Al cruzar la línea ecuatorial, avistan el Cabo Pasado —límite de la anterior exploración de Ruiz—, rodean una punta de verdura baja, con césped hasta la orilla, con playa de arena como las mejores de España: la llaman Santa Elena; al doblarla, se abre la tierra en una puerta inmensa, la amplitud generosa de un golfo y el maravilloso deslumbramiento de una isla, toda poblada de casas, que es sin duda la más grande, bella y fértil de las islas que han visto en los mares del sur. Saben, por los nativos que los acompañan, que el nombre de la isla es Pun a y que el gran río que se vierte en el golfo es el de Guayas-Quil. Tocan en varios sitios de esta región de prodigio y luego siguen la ruta del sur.

A la salida del gran golfo, la tierra, menos fértil, les ofrece la perspectiva entre blanca y gris de una ciudad. Los indios que vienen con ellos les anuncian: es Tumpis -Túmbez— la entrada del imperio del Perú, tierra preferida del Sol, país del oro.

Pizarro ha triunfado. Han triunfado con él los trece hombres tenaces que pasaron la línea de la muerte en la isla del Gallo.

HOMBRES DE EXTREMADURA

Hallábase al mismo tiempo otro hombre que había venido del Nuevo Mundo a un negocio idéntico pero cuyas espléndidas hazañas le habían dado ya un nombre que oscurecía la naciente reputación de Pizarro. Este hombre era Hernán Cortés, el conquistador de Méjico. Había venido a España a poner un imperio a los pies de su soberano, y a pedirle justicia para sus agravios y recompensa para sus servicios. Hallábase al fin de su carrera, así como se encontraba Pizarro al principio de la suya...

W H Prescott ***Historia de la conquista del Perú***

Es tan quieta el agua y tan escaso el viento, que la ve-la tarda en acercarse a tierra. La playa, al llegar, está poblada de nativos que esperan, en actitud pacífica y curiosa al parecer, la enorme casa navegante. Se han desprendido de la orilla unas balsas, como si fueran al encuentro de los españoles. No, van a Puna. Pero los extranjeros —mediante señales de los indios que con ellos vienen— les piden detenerse. Acceden. Por medio de los intérpretes les ruegan que, antes de seguir a su destino, regresen a la playa y expliquen a los pobladores de Túmbez que ellos, los hombres de las naves, son gente de paz. La sorpresa de los tripulantes de las balsas es grande al ver a tres de sus compañeros y paisanos viajando en compañía de los seres extraños. Se cambian relación y explicación; regresan a la playa los que iban a Puna y, ante la curiosidad de los nativos congregados, cuentan lo que han visto y oído. El jefe —curaca le llaman ellos— al saber que estos extraños seres vienen en plan de paz y de amistad, les envía regalos, sobre todo, comestibles,

y manda decir al capitán español que tendrá mucho gusto en que visite la ciudad y se hospede en su casa.

Pizarro resuelve anclar la nave en la bahía de Túmbez a fin de conseguir más informes; para ello designa a uno de sus compañeros, Alonso de Molina, y le encomienda que en compañía de un marino negro que ha venido en el barco desde Panamá, lleve su saludo al curaca de Túmbez, juntamente con regalos, correspondencia de los que había recibido.

Al regreso de Molina fue el desbordamiento de la curiosidad. Le faltaban palabras para ponderar la esplendidez del jefe indio, la dulzura de los nativos y, sobre todo, la frescura, la belleza y el encanto de amor de sus mujeres. Junto con Molina y el negro —que había despertado una especial curiosidad de los indígenas, que quisieron lavarlo creyendo que estaba manchado— se presentó ante Pizarro un príncipe de la corte del Cuzco —al que llamaban tucuricuc— que se hallaba en Túmbez haciendo una visita de inspección. Causó sorpresa entre los españoles el enorme hueco que atravesaba sus orejas y los aretes de madera que pendían de ellas. Le llamaron, desde luego, "el orejón".

Ofreció a Pizarro ricos presentes de oro y, por intermedio de los intérpretes, le presentó su saludo como príncipe imperial, súbdito del más grande de los soberanos. Pizarro lo recibió con inmensa atención y respeto. Le habló de su veneración por el gran monarca del Perú. Agregó que ellos también eran vasallos del rey más poderoso del otro lado del mar; que hasta ese rey había llegado la fama del poder y sabiduría inmensos del emperador del Cuzco y que su deseo era hacer amistad y alianza con ellos. Retuvo al príncipe para la comida; ofrecióle guisos españoles que no le supieron mal y al beber el vino lo declaró semejante a la chicha de su tierra. Para el regreso, Pizarro lo hizo acompañar hasta tierra por Pedro de Candia, a quien encomendó comprobar la exactitud del relato de Molina, que le parecía exagerado por demasiado favorable.

Pedro de Candia, hijo del archipiélago que lleva encarnada en sí la leyenda de los argonautas, de Jasón y el Vellocino de Oro, tiene los ojos anchos para ver mejor. Su relato, al regreso, es un cán-

tico. Pizarro, convencido, resuelve continuar: muchos de sus hombres quieren desembarcar en Túmbez. Molina declara que él se quedaría para siempre casado con una docena de mujeres... El navío hincha sus velas y se pierde en el sur.

Sigue el viaje junto a las costas que en esta región son áridas y secas. Hay pueblos. Hay noticias y datos. Después de varios días de navegar, Bartolomé Ruiz opina por el regreso al norte, a Panamá, donde es preciso reunir y organizar la expedición capaz de la conquista.

Al llegar a la capital de la colonia, tienen consejo los tres asociados. Informan los viajeros al señor canónigo Luque sobre las peripecias y el éxito completo de la expedición. El señor canónigo informa sobre la situación de la colonia: hoy es peor que nunca; se encuentra despoblada, débil; la época de lluvias ha descorazonado a las gentes que, sin esperanza de enriquecimiento, en un clima mortífero, han resuelto más bien explorar hacia el norte sin regresar ya más. El gobernador de los Ríos se halla nervioso por este despoblamiento de sus dominios; y no quiere oír nada sobre nuevas expediciones que acaben con la poca gente que le queda en Panamá. Por otra parte, él —e l señor Luque— no tiene personalmente, ni puede obtener de sus feligreses, todos empobrecidos, el dinero suficiente para entrar de lleno en la empresa de la conquista. Pero el señor canónigo no está descorazonado: la conquista de esos millones de infieles —obra tan grata a los ojos de Dios, como las Cruzadas y las guerras contra la morería— tiene que hacerse, porque cuenta con la ayuda de Dios, que él ha pedido en sus misas y sus oraciones. El señor canónigo cree que, por divino consejo, ha llegado a encontrar un camino, quizás el único seguro para llegar al éxito: pedir directamente la protección de la Corona, en España.

Los dos capitanes se miran sorprendidos. Sí, en verdad. Pero, ¿quién iría a España con tan delicada misión? A no ser que quisiera hacerlo el señor canónigo... Todo lo que él dijera, como ministro del Altísimo, merecería crédito pleno de Su Majestad Católica.

Pero no. El señor canónigo no puede abandonar su rebaño. El señor canónigo no puede suspender el culto del verdadero Dios

en Castilla del Oro. Muy anciano, reumático, achacoso está el señor canónigo.

¿Entonces? Calumnias. Claro, calumnias son las que se han llevado a la corte contra el muy honorable capitán Almagro. Pero, en fin... Y luego, dice él mismo, —¿qué va a quererlo recibir Su Majestad, si ni siquiera le permitirán la entrada los porreros, viéndolo pequeño, feo y, por añadidura, tuerto? Si el señor canónigo no puede ir a la corte, el llamado para hacerlo es el señor capitán Pizarro, sobre cuyos buenos servicios al rey siempre han llegado los mejores informes hasta la metrópoli. Además —justo es confesarlo— es el mejor informado, el que más ha hecho y padecido por el triunfo de la empresa.

El capitán no encontró agradable el cometido, pero disciplinado siempre, lo aceptó. Con no poca dificultad se reunieron los fondos para el viaje. El señor canónigo le entregó mil quinientos pesos de oro y, en compañía de Pedro de Candia, el hombre que vio mejor el Perú y que con más bellas palabras sabe describirlo, Francisco Pizarro se hizo a la mar con rumbo a España, en la primavera de 1528. Como prueba evidente de la existencia del Perú, embarcó con él algunos indígenas —entre ellos al que llamaban Felipillo, que se hiciera famoso después— unas cuantas llamas "ovejas grandes o pequeños camellos del Perú", objetos de oro labrado y otras cosas raras y valiosas.

De Dios estaba que el capitán extremeño, imán para las dificultades, había de encontrarlas, como un saludo de España, al desembarcar en Sevilla. El bachiller Enciso -aquel de los enredos en la expedición de Ojeda, amargado por el fracaso de su sueño de colonizador— aguardó a Pizarro con un mandato de prisión por viejas deudas.

Pero allí estaba, argucioso y locuaz, Pedro de Candia: fue tanto lo que habló, lo que exageró, lo que mintió, sobre la riqueza fabulosa del Perú, la inmensa utilidad de su conquista, el valor casi sobrenatural del capitán Pizarro, único hombre en el mundo ca-

paz de realizar esa conquista, que pronto una orden imperial libertó a Pizarro y le franqueó las puertas del despacho del emperador.

Carlos V, Emperador de Occidente, César Máximo de la Cristiandad, recibe a Pizarro en Toledo. Allí le son ofrecidos los presentes que las Nuevas Indias le envían para comprobación de su riqueza y su valía. Por orden del César, Pizarro habla. Su aspecto austero, varonil; su edad avanzada su hablar firme, conciso, reposado, lo hacen respetable. Cuenta los cinco años de miserias y penalidades que han soportado él y sus compañeros. Y cuando llega al relato escueto, duro, sin adornos, del episodio de la Isla del Gallo, el Emperador no puede ocultar su emoción.

Cuenta Pizarro la financiación de las exploraciones realizadas y la parte decisiva que ha tenido en ellas el señor canónigo don Hernando de Luque. Pero lo gastado, gastado está ya. No quiere Pizarro —y habla también en nombre de sus asociados Almagro y Lu-que— que se les reembolse lo invertido: por la gloria de España lo han hecho, bien hecho está. Pide Pizarro ahora subsidios, autoridad, fuerza y títulos para emprender en la obra de la conquista del Perú.

Accede el César, en principio. Pero los trámites son largos y se pierde el tiempo en interminables formalidades curialescas. Carlos V, entretanto, se ve obligado a partir. No será él quien ponga su firma al pie de los célebres convenios con el conquistador. Pizarro tendrá que renovar su relato ante el Real Consejo de Indias, y será la reina de España quien autorice y dé facilidades al conquistador, como una reina también fuera quien facilitara y autorizara a Colón para el descubrimiento.

El 26 de julio de 1529 se firmaron las capitulaciones de Toledo. En ellas, la reina da "licencia y facultad" al capitán Pizarro para que descubra y conquiste tierras en el mar del sur, en una extensión de doscientas leguas, desde Santiago hasta Chincha; lo nombra Gobernador y Capitán General de lo que conquistare, por toda su vida y con una pensión de setecientos veinticinco mil maravedíes por año, tomados de las rentas que produjesen a la Corona las tierras conquistadas; lo designa Adelantado y Alguacil Mayor del Perú, por toda la vida; lo autoriza a erigir fortalezas cuya

guarda será confiada a quienes Pizarro designare y, para su ayuda personal, le hace merced de mil ducados por año "de las rentas de dichas tierras".

La reina promete conseguir del Sumo Pontífice romano las bulas del obispado de Túmbez para el venerable padre don Hernando de Luque, Maestrescuela y Provisor de la Iglesia del Darién "y, mientras lleguen las dichas bulas de Su Santidad, lo designa protector universal de todos los indios de dicha Provincia, con salario de mil ducados en cada un año".

Al capitán don Diego de Almagro, Su Majestad le hace merced de la fortaleza de Túmbez, le señala un regular sueldo y lo hace ***"home hijodalgo,*** para que goce de las honras e preeminencias que los homes hijodalgo pueden y deben gozar en todas las Indias, islas e tierra firme del Mar Océano".

A Bartolomé Ruiz, el nauta prodigioso que ha sabido entender el camino de las nuevas estrellas y de las playas nunca vistas, la reina hace "piloto mayor de la Mar del Sur"; y, para no olvidar a ninguno de los héroes de la iniciación de la conquista en sus mercedes y premiar singularmente al grupo de la Isla del Gallo, formado por "Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, e Pedro de Candia, e Domingo de Soria Luce, e Nicolás de Rivera, e Francisco de Cuéllar, e Alonso de Molina, e Pedro Alcón, e García de Pérez, e Antón de Carrión, e Alonso Briceño, e Martín de Paz e Joan de la Torre", Su Majestad hace a los que no lo son "Idalgos notorios de solar conocido e caballeros de espuelas doradas".

Por último ordena la reina que con la expedición conquistadora vayan "los oficiales de hacienda que por nos están e fueran nombrados; e así mismo las personas religiosas o eclesiásticas que por nos serán señaladas para instrucciones de los Indios e Naturales de aquella Provincia a nuestra Santa Fe Católica, con cuyo parecer e non sin ellos habéis de hacer la conquista, descubrimiento, e población de la dicha tierra".

En estos párrafos finales de la reina, está la esencia de la intención monárquica con respecto a la conquista: aprovechamiento económico de las nuevas tierras, aumento de entradas para el teso-

ro real, en primer lugar; y de acuerdo con el afán ecuménico de la gran España del siglo XVI, la propagación del cristianismo.

Armado con este documento, por el cual Pizarro acumulaba en sí todas las autoridades —excepto la mitra episcopal— y dejaba sólo algunos títulos honrosos a sus compañeros; él, "Señor Gobernador", se dispuso a buscar hombres y elementos e iniciar la aventura dentro de los seis meses siguientes a la suscripción de las capitulaciones.

Fue primeramente a Trujillo: la gran querencia de la patria chica, la sola patria con verdad cordial, lo atrajo con su sabor de tierra fuerte. Fue a buscar entre sus amigos, entre los viejos compañeros de sus picardías suburbanas, entre los guardadores de puercos, sus colaboradores. Pocos, pero recios de varonía, encontró aún. Todas las casas de la ciudad querida le entreabrían su sonrisa dolida de portal antañón y le contaban su noticia triste: aquí era el padre, allá la madre, más allá los hombres y las mujeres -los hombres y las mujeres que él había conocido como partes integrantes del paisaje natal— habían muerto durante su larga ausencia de aventurero de la más grande aventura.

Quizás en esta visita a su recia tierra extremeña encontró el capitán su mayor recompensa. El antiguo porquerizo, que huyera de su país por temor al castigo materno, regresaba ennoblecido, con derecho a la espuela dorada de los caballeros y al hábito de Santiago de los aristócratas; y sus manos, llenas con el depósito tremendo de una autoridad ilimitada —igual a la de un virrey— en las tierras que iba a conquistar.

No se sabe de su historia cordial anterior a su historia de conquistador. Solo su historia de conquistador, como una armadura forjada junto al Tajo, sostiene su figura ante la admiración o el anatema de los hombres que después, en los siglos, lo contemplan. Pero es seguro que, en sus buenos tiempos de guardador de cerdos, alguna morilla trujillana a quien él requebrara, pagara con desdenes al pobre pastor enamorado. Y hoy el capitán —es seguro también— que habrá ido de preferencia a toda otra cosa, a hacer resonar su sable y sus espuelas, frente a la reja que antes se adornara de ojos, la-

bios y claveles; y que hoy solo oculta, acaso, una jamona grasosa, que ha traspuesto los umbrales de la abuela y que rezonga y gruñe junto a un hogar con gatos y con nietos.

Se sabe, en cambio que el señor capitán Pizarro encontró en Trujillo a cuatro hermanos suyos, a los que enroló en la tentación deslumbradora de su empresa. Fueron ellos: Hernando, el orgulloso primogénito, fiero de su legitimidad; Gonzalo y Juan, bastardos como Francisco, pero hijos de distintas madres; y Francisco Martín de Alcántara, hijo de la madre de Francisco Pizarro y de otro padre... Este enredo de sangres, esta múltiple participación de semen y de útero para producir más amplia fraternidad, nos prefigura ya la taumaturgia de la colonización y la conquista por España, la nación generosa de su sangre; la que reconociendo la fuerza de la tierra materna de América, le envió la fecundación viril para universalizarla. No hay que olvidar que, para la conquista, no vinieron a América a hacer hijos con sus hombres de España, las mujeres españolas...

Estos hermanos del capitán Pizarro, que perdían sus vidas en la holgazanía, se hallaban "tan sin hacienda como deseosos de alcanzarla".

Los hermanos, sí. Algunos paisanos, ambiciosos y crédulos, también. Pero ni las relaciones concisas de Pizarro, ni el colorido contar de Pedro de Candia conseguían otra cosa efectiva que el escuchar atento de las gentes, bajo los soportales de la plaza de Trujillo. ¿Por qué? Pizarro lo tenía todo: el cuento fabuloso del país del oro, la autoridad, los títulos generosamente concedidos. Pero le faltaba una cosa: dinero en la escarcela.

Pedro de Candia, con su fantasía encendida de hombre de Asia y de mitología, habla a las gentes del "Árbol de la Juventud, de la Fuente de la Vida, de las Islas de Perla y de Plata"; las gentes oyen, llenas de curiosidad, lo que dice en plazas y corrillos el hombre del archipiélago. Pero aquellos que a la fe unen la acción, han tomado ya el camino de las Indias, siguiendo a esos grandes captadores de hombres, Ponce de León, Alvarado, Grijalva, Narváez y el más grande de todos: Hernán Cortés. La gran sangría hispánica se ha iniciado ya, y la atracción mayor, por lo clara y segura, por lo

abundante y rica, se halla en la Nueva España, adonde van los hombres de Iberia a edificar un país de piedra eterna y enraizar definitivamente allí. Mientras los galeones que de Sanlúcar, Huelva, Moguer, Sevilla, Cádiz, salen para la Villa Rica de la Vera Cruz, se encuentran repletos hasta no poder más de esperanza y de hombres, porque llevan ya el camino de la certidumbre; mientras los aventureros necesitan una hora de buena suerte para conseguir la merced de ser llevados hacia la Nueva España, en cambio, las naves de Pizarro, golpean impacientes sus cascos en las playas de Sanlúcar y los hombres con su esperanza heroica no quieren llegar aún.

Es entonces cuando un día, en el monasterio de la Rábida —vigía alto de las exploraciones españolas, contralor de rutas oceánicas, verificador y ordenador de datos traídos por soldados o aventureros sin ciencia—, un día, decimos, se encuentran los dos capitanes extremeños, que se habían visto por última vez en la isla Española, cuando Pizarro partiera con Ojeda y Cortés —que debía ir con ellos— se vio obligado a quedarse por una burlesca enfermedad del pie. Los dos capitanes son don Hernán Cortés, Marqués del Valle de Oaxaca, Descubridor, Conquistador, Gobernador y Capitán General de la Nueva España, y don Francisco Pizarro, Gobernador sin ínsula, Capitán General sin tropas todavía... El triunfador, Cortés, que se halla de regreso, tiene apenas cuarenta y cuatro años, y varios siglos de historia detenidos en ellos; el aspirante, Pizarro, que se encuentra de ida, tiene ya cincuenta y ocho años, y todavía poca historia de éxitos en ellos. Los dos tienen su raíz en la tierra extremeña, y los dos son parientes cercanos.

El capitán más joven es la certidumbre, la evidencia de América. Es la posibilidad de las Indias de Occidente para España y para los españoles.

Los dos capitanes se abrazan. Y hablan luego largamente, de sus veinte y más años de no verse; llenos para Cortés de trabajos, de dolores, de triunfos, en la lucha trágica con el país inmenso del Águila y la Serpiente, grande y tremendo como todos los países donde ha soplado con más fuerza de consagración y de tragedia el viento de eternidad; para Pizarro, en cambio, llenos de penumbra

modesta, de férrea disciplina, deslumbrados luego por el brillar de nuevas estrellas en los mares del sur, esperanzados finalmente con la certidumbre de un imperio grande rico, prometedor, como el que ya ha conquistado, para España y para Cristo, el capitán Cortés.

El marqués se da cuenta de la penosa situación de su pariente. El está ya de regreso de todo aquello. Su tenacidad sabe que todo puede ser vencido. Y promete su ayuda al capitán Pizarro. Ayuda que se traduce en algo de dinero efectivo, en recomendaciones y, sobre todo, en convencer a muchos vacilantes —con su autoridad in-discutida de conquistador de Nueva España— para que acompañen a su pariente a la gran aventura del país del oro.

Sin embargo —lo hemos dicho ya—, Pizarro —es el hombre a quien el obstáculo acorrala y golpea en todos los minutos—, no pudo obtener el número de hombres exigido por las capitulaciones de Toledo. Y los seis meses de plazo concedidos para el comienzo del viaje, han transcurrido ya.

Este hombre casi viejo, cuya tenacidad ha sido pocas veces igualada en la historia del hombre, no desistirá tampoco hoy, frente a la frialdad y a la indiferencia, como no desistió ante el hambre, la fiebre, y tras ellos la muerte amenazante, en la Isla del Gallo, abandonada en las palideces mortíferas del Mar del Sur. Le llega la noticia del próximo arribo a Sanlúcar —donde se balancean sus barcos vacíos— de una comisión del Consejo de Indias, encargada de verificar si realmente la expedición de Pizarro ha cumplido con las capitulaciones de Toledo en lo relativo al número de hombres que deben componer el equipo mínimo del conquistador del Perú; pues el Consejo, sabio y previsor, no consentirá una expedición insuficiente, que se convertirá, como tantas otras, en sacrificio infecundo de hombres y dinero.

Pizarro sabe que cuando los comisionados comprueben por sus propios ojos la insuficiencia de hombres, le impedirán la salida, quién sabe si para siempre, pues atribuirán a impericia e incapacidad para congregar y conducir hombres —condiciones esenciales de un jefe—, lo que no es sino deficiencia económica que no ha sido posible a vencer. Pizarro sabe eso. Pero como Pizarro está resuelto a

ser —por algo es primo del conquistador de México— el conquistador del Perú decide partir antes de que lleguen los comisionados del Real Consejo de Indias... Y lo hace: con unos pocos de sus hombres y tres de sus cuatro hermanos -Martín de Alcántara, Gonzalo y Juan Pizarro— sale en uno de sus pequeños navíos con dirección a las Canarias —medio en fuga, como quien ha cometido un delito— en enero de 1530.

En el puerto quedó, con los otros navíos, su hermano mayor, Hernando; y cuando llegaron los comisionados del Consejo y encontraron demasiado pocos los hombres que integraban la expedición conquistadora, surgió de todos los labios la mentira heroica ordenada por el capitán don Francisco: le dijeron que con él, en el primer barco, que se vio obligado a partir antes por razones de estación y de abastecimiento, había partido el grueso de la expedición... Los comisionados, ante esta declaración, dieron permiso a Hernando para ir a reunirse con Francisco y continuar el viaje.

CRUZ Y ORO

Ítem: Con condición que cuando saliéredes de estos nuestros reinos e llegáredes a las dichas provincias del Perú, hayáis de llevar e tener con vos a los oficiales de nuestra hacienda que por Nos estan e fueren nombrados: e asimismo las personas relijiosas o eclesiásticas por Nos serán señaladas para instrucciones de los indios e naturales de aquella provincia a nuestra Santa fe Católica, con cuyo parecer e non sin ellos habéis de hacer la conquista, descubrimiento, e población de la dicha tierra...

W. H. Prescott
Capitulación entre la reina de España y Francisco Pizarro.
Apéndice a la Historia de la Conquista del Perú

No fue alegre la recepción que al Gobernador del Perú hicieron en las costas del Darién y Tierra Firme. Era la época terrible del año. Los hombres que, remisos, solo siguieron a Pizarro por la garantía de Cortés o por las exageraciones fantásticas de Pedro de Candia, se sintieron defraudados en su esperanza de hallar oro desde el primer contacto con la tierra nueva. Desertaron algunos.

El choque con Almagro y sus partidarios, cuando pidieron a Pizarro que les enseñara las capitulaciones firmadas en Toledo con la reina, fue muy duro. Almagro, el capitán locuaz, feo y simpático, que había "dado un ojo de la cara" por la conquista del Perú, increpó a Pizarro por lo que calificaba como deslealtad y falta de palabra de su socio, quien al partir se había comprometido solemnemente a respetar y hacer respetar el convenio de igualdad entre los tres iniciadores, celebrado ante Dios y los hombres.

Pizarra se defendió jurando que él había sostenido ante el Emperador, la Reina, el Real Consejo de Indias, la justicia de repartir por igual entre los tres —Pizarro, Almagro y Luque- los títulos, los honores y los provechos de la empresa. Puso por testigo de la verdad de sus dichos a Pedro de Candia, su compañero de viaje a la metrópoli. Y agregó que habían sido inútiles sus razones, porque el parecer del Emperador y el dictamen del Consejo de Indias habían sido adversos a que se dividiera la autoridad, pues en una empresa de tal importancia, consideraban que lo fundamental era mantener una estricta unidad de criterio para así asegurar la disciplina.

Almagro no se convenció del todo y las cosas se agravaron por culpa de los hermanos que Pizarro trajo consigo, especialmente Hernando, hidalgo altanero y pretencioso, que no cayó en gracia de Almagro y otros muchos. La disensión de los socios se ahondaba. Fue preciso que viniera desde la Española —donde había ido a cumplir una misión sagrada— el señor canónigo Luque, quien con su talento y prudencia, logró calmar los ánimos excitados de los dos capitanes.

Se publicó por todas las colonias cercanas la autorización de conquista dada por la Corona a Pizarro y sus socios; pero fue tan difícil como en las ocasiones anteriores. Toda la historia y la leyenda de los padecimientos sufridos; el número no pequeño de hombres que se tragó la aventura por las fauces de la fiebre, del hambre, de la defensa indígena contra el invasor, habían atemorizado a las gentes. Los viajes sucesivos sin éxito, las eternas promesas no cumplidas, habían desacreditado la empresa ante los españoles residentes en Panamá, en Darién, en Nombre de Dios, en las Islas Caribes.

Por fin se logró, con grandes dificultades -y llevando el reclutamiento hasta Nicaragua- reunir un pequeño ejército, muy inferior al que Pizarro creía estrictamente indispensable para su proyecto.

En tres navíos —comprados a unos negreros venidos de Nicaragua- se embarcaron ciento ochenta hombres y veintiséis caballos. Pizarro, acompañado de Ruiz, piloto mayor de los Mares del Sur, de sus hermanos y de los jóvenes indios, que han perfeccionado nota-

blemente su conocimiento del español, dirigirá las primeras operaciones. Almagro, a quien el Gobernador del Perú había cedido, a título de transacción, el nombre de Adelantado, se quedaría en Panamá, igual que en los otros viajes, tratando de colectar más gente y provisiones, esta vez con el franco apoyo oficial.

Después de bendecir estandartes, de escuchar sermones en los que se predicaba una nueva cruzada contra los infieles, la expedición conquistadora del Perú, al mando del gobernador y capitán general, don Francisco Pizarro, se hizo a la vela, rumbo al sur, en los primeros días de enero de 1531.

A bordo de las naves —por disposición especial de las capitulaciones de Toledo y por cumplir uno de los fines esenciales de la empresa —iban cinco clérigos: Vicente Valverde, Reginaldo de Pedraza, Juan de Vargas, Tomás de Toro, Alonso Burgalés y Pablo de la Cruz. La tropa es bien pequeña; pero con ella va la cruz, y la cruz, llevada por manos españolas, es un signo infalible de triunfo.

El viaje fue esta vez más rápido. Después de trece días de mar, llegaron a San Mateo. Pizarro ordenó que se bajaran los caballos, pues había comprendido la pavura que inspiraban a los nativos, y que el viaje se hiciera —como ya se había hecho— parte por mar y parte por tierra. Siguieron la ruta terrestre muy penosamente; tocaron sitios ya visitados antes; llegaron a Coaque, pueblo indígena importante que, según los cálculos de Ruiz, se halla bajo la línea equinoccial. Estos indios pacíficos de Coaque recibieron a los españoles de muy buena gana. Rivales de los de Atacámez, y noticiados de que en la visita anterior de estos extraños seres, habían sido mal recibidos por sus vecinos, pusieron todo su empeño en atenderlos; con tanto entusiasmo que, creyendo que los caballos se alimentaban de oro —por verlos tascar incesantemente sus frenos relucientes— les ofrecieron a comer dicho metal.

Aquí, en Coaque, fue "el sacrificio de las esmeraldas". Los nativos, deseosos de ofrecer a los hombres del mar presentes que les fueran gratos, les trajeron, además de mucho oro una cantidad considerable de esmeraldas sin pulimentar, algunas de tamaños sorprendentes. Una de ellas, "grande como un huevo de paloma", fue ofrecida al

señor gobernador. Sabedor de muchas cosas de Dios y de los hombres —él sabía de memoria la Biblia, compendio y suma de toda la sabiduría—, fray Reginaldo de Pedraza, previo consejo de sus compañeros de divino ministerio, habló con su voz grave y austera, y aconsejó a los soldados y aventureros ávidos: es solo esmeralda aquella que resista sobre un yunque de hierro, al golpe de un martillo dado con la fuerza de un hombre robusto; lo demás es piedra falsa, arcilla ordinaria cristalizada del color del mar. Pidió que se le entregaran todas las gemas regaladas por los indios, para realizar la prueba: una, diez, muchas, de las más pequeñas, de las más irregulares, ninguna resistió a la prueba del martillo; no eran esmeraldas, no valía la pena de tomarlas en cuenta para el reparto del botín... los soldados y los aventureros no se ocuparon más de esas piedras inútiles. Esas piedras inútiles, en cantidad enorme, quedaron en la bolsa de fray Reginaldo de Pedraza... Bendita estratagema que permitirá dedicar las primeras esmeraldas de las nuevas tierras al culto de Nuestro Señor, al adorno de sus potencias y a las coronas de la Santísima Virgen...

El resto de las ofrendas de los indios -oro, plata, tejidos muy ricos— se dividió proporcionalmente entre los conquistadores, después de deducir el quinto para la Corona: así se había hecho y así se haría en adelante. A aquel que retuviere en secreto lo ganado —en hallazgo, exploración o combate— se le condenaba inexorablemente a muerte. En una empresa clara como ésta, no podía aceptarse el pillaje individual: era una asociación de comercio, y el reparto de utilidades debía hacerse a la faz de todos. Pizarro envió buena cantidad de oro a Panamá, para que fuera exhibido y puesto a la venta, para así atraer mayor número de gente hacia la empresa.

Continuó el viaje al sur. Cada vez más duro, por la hostilidad combinada de la naturaleza y los hombres. Al detenerse para descansar en un poblado —a l que llamaron Puerto Viejo—, una nave del norte, con el anuncio de su vela, los tonificó un tanto. Era un barco de refuerzos y provisiones que, por lo pronto, enviaba Almagro desde Panamá, al mando del capitán Sebastián de Benalcázar. En él venían los veedores y el tesorero real que Pizarro, por su premura de salir de España, se había olvidado de embarcar en Sanlúcar

de Barrameda... Con este socorro, la expedición continuó hasta la isla de Puna, situada en el golfo de Guayaquil, a muy poca distancia de Túmbez. El gobernador había decidido acampar allí, para esperar frente a la tierra de promisión los refuerzos de Almagro.

Los isleños de la Puna recibieron a los españoles como antiguos amigos. Pero Felipillo y Martinillo —los intérpretes indígenas que acompañaban a los españoles— los pusieron en guardia contra posibles traiciones de esos indios, cuya fama de pérfidos la habían ganado hacía mucho tiempo, en una estratagema que habían jugado al Emperador del Perú. Las denuncias se acentuaban de día en día; Pizarro, antes que ser sorprendido por los nativos, los atacó una noche por sorpresa e hizo prisioneros a sus principales jefes. No se ha confirmado si hubo o no razón para esta violencia de Pizarro; lo cierto es que, en adelante, se despertó el espíritu defensivo y hostil de los nativos, que no desaprovechaban ocasión para atacar al descuido y herir a traición a los hispanos.

Los tumbeemos -enemigos de los punaes- invitaron a los españoles a pasar a su tierra, donde serían bien recibidos, especialmente si traían a los jefes punaes que tenían los españoles prisioneros. Los delegados de Túmbez —por medio de los intérpretes— informaron a Pizarro que el Perú se hallaba dividido en una guerra entre dos príncipes hermanos, uno del norte y otro del Sur, que se disputaban la herencia de su padre.

Pizarro tuvo miedo a una nueva celada de parte de los tumbeemos y no se decidió de pronto a aceptar la oferta. Pero cuando la situación se hacía insostenible -pues habían caído muchos españoles heridos y entre ellos Hernando Pizarro—, la aparición de unos barcos vino a salvarlos: eran dos navíos pequeños de Panamá, con algo más de cien hombres y una veintena de caballos. El refuerzo, no muy grande, pero precioso en esos instantes de angustia, viene a mando del joven capitán don Hernando de Soto.

Así, con una tropa que no llega a trescientos hombres, unos pocos caballos, y la resolución de vencer o morir, don Francisco Pizarro ordenó el paso de Puna a Túmbez, o sea la entrada definitiva en el Perú, la iniciación de la conquista.

Al comenzar el desembarco en Túmbez -país amigo, según les habían asegurado los enviados a invitarlos— se produjo algo inesperado: apenas tocó tierra la primera canoa con españoles, algunos indios desde la playa la atacaron en forma salvaje y traicionera, matando a tres españoles e hiriendo a varios. Hernando Pizarro —e l más impulsivo de los capitanes españoles— no esperó que se lanzaran a la playa nuevas canoas o balsas para el desembarco; ordenó a algunos soldados que montaran sus caballos y poniéndose a la cabeza de un pequeño grupo de jinetes, realizó un desembarco espectacular y peligroso —a pesar de que la playa estaba baja y no llegaba el agua a cubrir a los caballos— y se precipitó sobre los indios que, empavorecidos al ver estos monstruos, huyeron precipitadamente.

Creció el asombro de Pizarro al encontrar a Túmbez -ciudad que Pedro de Candia y Molina le habían pintado como un emporio de riqueza— abandonada y, lo que es más extraño, destruida. Pero pronto pudieron informarse de que la guerra civil —de que ya tenían noticia, en Puna— se encontraba en su apogeo y que los partidarios del príncipe del norte, Atahuallpa, habían pasado por Túmbez a paso de victoria.

El descontento de los españoles -sobre todo de aquellos a quienes los relatos fantásticos de Pedro de Candia habían hecho dejar su apacible pobreza en la metrópoli— fue tan grande que, en el primer momento de desencanto, quisieron atacarlo y hacer que pagara con su vida sus mentiras.

El gobernador ordenó que se buscara a los pobladores de Túmbez que se hallaban fugitivos; entre ellos fue presentado a Pizarro el jefe —curaca— llamado Chilimisa, al que trató con mucha delicadeza y atención; al saber lo cual poco a poco regresaron los indios a sus casas —en parte destruidas por la guerra civil— con propósitos pacíficos para con los españoles. Entonces fue cuando, por medio de Felipillo, el más vivaz de los intérpretes, Pizarro fue informado de que el resultado de la guerra civil, para adueñarse del trono, había favorecido a Atahuallpa, el príncipe del norte; y que dicho príncipe, ya considerado por todos como Emperador —inca— del Perú, se hallaba no muy lejos de allí, en unos baños salutíferos, des-

cansando y curándose, después de una campaña reñida y sanguinaria. Dichos baños se hallan junto a la grande y populosa ciudad de Caxamarca, una de las más importantes de la región.

Pizarro interrogó también a Chilimisa sobre la razón que habían tenido para recibirlos a ellos tan mal en esta ocasión, cuando en la anterior los habían colmado de regalos y de pruebas de afecto. Chilimisa respondió que todo se debía a la guerra entre los dos hermanos, cuyos respectivos partidarios creían que los españoles eran seres divinos, enviados por el dios Viracocha para ayudarlos a rechazar y vencer a sus enemigos y a consolidar en una sola mano toda la grandeza indivisible del imperio del Sol. La primera vez se encontraba Túmbez gobernada por adictos a Huáscar, los mismos que se hallaban aún en mayoría en esa población; por lo mismo, habían querido manifestar su disgusto a los extranjeros, porque creían que hoy se habían pasado al partido de Atahuallpa.

Estos datos fueron preciosos para Pizarro, cuya astucia se había despertado extraordinariamente: le daban una situación de arbitro poderoso de la guerra civil, lo convertían en el dios distribuidor de la justicia, mantenedor y protector de la grandeza del imperio... Y lo que los imperialismos de todas las épocas han procurado con su diplomacia o con su oro —la división del enemigo— lo encontraron ya hecho, sin que ellos —los españoles— hayan contribuido en nada: lo mismo en México que en el Perú.

Con el buen trato al curaca y a todos los indígenas, Pizarro y los suyos adquirieron nuevamente la confianza y el apego de los nativos de Túmbez. El Gobernador dejó allí —pues resolvió continuar el viaje— un pequeño grupo de soldados para amparo de algunos enfermos y heridos, y también a Antonio Navarro y Alonso de Riquelme, funcionarios de la real tesorería, a fin de que ellos sirvan de lazo de unión con Panamá y España, resolviendo hacer él personalmente, con la mayor parte de su pequeño ejército, incursiones por diversos rumbos cercanos, a fin de decidir un plan de avance y una trayectoria de conquista.

El 16 de mayo de 15 3 2 partió de Túmbez la expedición conquistadora del Perú, al azar absoluto de estas tierras y estos hombres, cuya potencialidad defensiva no podía ser ni siquiera aproximadamente calculada. Al darse cuenta de que, al alejarse de la costa plana y reseca, el terreno comenzaba a empinarse, ofreciendo a la vista por el lado opuesto al mar, una cadena de montañas que asolaban y refrescaban la distancia, Pizarro resolvió destacar un grupo al mando de Hernando de Soto, para que realizara la exploración por ese rumbo; mientras él continuaba por las llanuras caldeadas y desiertas, siguiendo la ruta, amplia y magnífica, que encontró desde la salida de Túmbez hacia el sur; ruta muy concurrida de nativos con llamas —esas bestias mansas, ni ovejas ni camellos, de que habían oído hablar desde Panamá, bestias domesticadas para el servicio indígena, pero que escupían desdeñosamente a los hombres blancos que pretendían acercarse a ellas— a cuyos bordes, de tiempo en tiempo, muy cuidadosamente calculado, se encontraban aposentos para la comida del mediodía y para el descanso de la noche.

De cuando en cuando, para cortar de verde humano el arenal desesperante, se abría paso un río rumbo al mar. Y el capitán observaba que la región vitalizada por el río podría servir de asiento a una gran ciudad, la primera que quería fundar en estas tierras, para ponerla bajo la advocación de San Miguel. Arcángel de los combates. Por fin, a orillas de un río grande que los indios nombraban Chira, hizo la fundación de la ciudad soñada. Pero poco tiempo después, al reconocer el río Piura, la trasladó definitivamente a sus orillas, fértiles y al mismo tiempo sanas. Y allí quedó fundada —para alegría del norte del Perú y del sur del Ecuador actuales— la primera ciudad española del continente suramericano: San Miguel de Piura, la hoy clara ciudad castiza del fondero, jaranera y alegre.

Para fundarla, el gobernador había explorado el valle, seguido el curso del río y hallado en el mar la quietud de una bahía, más segura y más quieta que la de Túmbez, para la llegada de los barcos españoles: la Bahía de Paita.

En Piura se detuvo Pizarro y ensayó sus facultades de fundador y organizador de pueblos: antes que nada, señoreando el barrio,

la tierra seca, las montañas lejanas, el continente entero, hizo elevar la iglesia, la casa del Señor. La plaza abre su ojo y su oído de cien varas en cuadro. Frente a la iglesia, la casa del gobernador, y en torno, para completar el escenario, casas para los principales vecinos. Partición de indígenas sumisos para el servicio de cada colono español.

Mientras Pizarro estuvo en Piura, recibió noticias precisas del triunfo, ya incontrarrestable, de los ejércitos quiteños de Atahuallpa sobre los de su hermano. Y pudo también, aproximadamente, calcular la posición de Caxamarca, la ciudad donde reposa el vencedor: más o menos unos doce días de buena marcha a pie desde Piura.

Es en Piura también donde Pizarro concibe su temerario, casi inverosímil plan de conquista del Perú. Naturalmente, habría sido preferible contar con los tan esperados refuerzos que, desde Panamá, debían llegar de un momento a otro enviados por sus consocios, Almagro y Luque. Pero esos refuerzos tardan en llegar, y veinte años de experiencia habían enseñado al actual Gobernador del Perú que, en las luchas con los indios, el factor principal es la sorpresa, que solo puede ser obtenida mediante la rapidez de movimientos; también la experiencia había aleccionado a Pizarro en que no se puede confiar mucho en los auxilios prometidos.

Así, pues, en una hora grande como aquella otra de la isla del Gallo, sin oír los» consejos de los frailes y los capitanes que opinan debe seguirse por la costa y remontar las serranías ya en dirección del Cuzco, capital del imperio; sin amedrentarse por las noticias que recibía acerca de la arrogancia y del número enorme de las tropas victoriosas que rodeaban a Atahuallpa: así, frío y brutal a la vez, reflexivo e instintivo, don Francisco Pizarro resolvió dirigirse, sin más perder el tiempo, al encuentro del guerrero Triunfante, en sus propios campamentos... ¿Para atacarlo por sorpresa, y jugarse así la última carta de esta expedición de siete años, tan malaventurada en sus comienzos? ¿Para ofrecer a Atahuallpa su apoyo contra posibles reacciones de los vencidos, y así obtener del vencedor ventajas y confianza? No se puede saberlo. Pizarro, como casi todos los grandes conductores de hombres a la muerte —con derrota o con triun-

fo—, era de pocas palabras. Solo los hechos hablan de la épica gestión del capitán.

Da frío al examinar este momento, climax de la conquista del Tahuantin-suyu. Es inhumano, por lo demasiado heroico. Excede —como casi siempre lo español en la historia— las posibilidades razonadas y claras de la lógica. Doscientos hombres trasplantados de tierra y clima lejanos, fatigado el cuerpo de luchar y andar, fatigado el ánimo con el golpe constante de los desencantos. Doscientos hombres consumidos de fiebre, mal alimentados, mal vestidos, mal armados, en país extraño y en ocasiones resueltamente hostil. Doscientos hombres venidos de distintos sitios de España, unidos solo por el ansia de oro y la sed de aventuras, iban a enfrentarse con lo desconocido, apenas vislumbrado: un gran jefe de un país inmenso, rico, sabio en las artes de la conquista y de la guerra; un jefe famoso por su valor y su ferocidad, que se halla reposando de batallas y triunfos, rodeado de la flor de sus ejércitos, cuyo número se perdía en la fábula... ¿Las razones de Pizarro, repetimos, para emprender esta loca aventura que, como la de la isla del Gallo, más que de heroísmo tiene de suicidio? Los cronistas se contentan en esta parte y en muchas, con narrar solo los hechos, y a diferencia de su primo Hernán Cortés, que dejó a la posteridad sus memorias, este capitán Pizarro —lo hemos dicho varias veces— no sabe leer ni escribir... "Si hubiera vacilado un solo instante, si se hubiera detenido a calcular las probabilidades, hubiera perdido su causa irremisiblemente; porque la desproporción era demasiado gigantesca para luchar con ella racionalmente. Lo único que la podía salvar era el espíritu caballeresco". Así habla de los españoles de la conquista el hombre que hasta hoy con otro —americano también, Waldo Frank— mejor ha comprendido e interpretado la obra de los españoles: William E. Prescott.

Pizarro ordena apartarse del ancho camino que hasta entonces ha seguido y rumbar en dirección del atrayente muro azul de las montañas. Y conforme el terreno se empina, lentamente, como para ver de lejos el mar que está tan cerca, el panorama se embellece, pero el andar se hace más duro. La invitación del gran camino "que

a alguna parte lleva", ha sido abandonada por Pizarro, en razón de que Hernando de Soto, al regresar de su primera exploración a las montañas, ha recogido datos y fijado orientación para llegar en la forma más rápida y sorpresiva a la residencia actual del emperador del Tahuantin-suyu.

Y si en el camino concurrido y amplio, bordeado de viviendas y tambos, donde los aventureros hallaban en las noches buen alimento y buena compañía de indias frescas y consentidoras, los españoles habían hecho alegres las primeras jornadas, en cambio ahora, caminando de nuevo por entre la selva húmeda y pestilente de vahos corrosivos, el descontento empieza a externarse y a golpear las orejas, afinadas para esta clase de ruidos, del conquistador.

Entonces Francisco Pizarro, a unas cuantas jornadas duras, desamparadas y penosas, resolvió pasar revista a su ejército. Era un claro de la selva, que abría los ojos luminosos hacia el mar, no muy distante y visible aún, y hacia la montaña que se iba escalonando para enmarcar el paisaje hacia el oriente.

La revista le dio el siguiente resultado: ciento setenta y siete hombres en total, de los cuales sesenta y siete eran de caballería.

Con el resultado del recuento, Francisco Pizarro, en un nuevo movimiento dominador de la realidad y de la vida -que acaso puede sólo explicarse por una especie de locura mística de conquista —habló a los hombres que lo acompañaban. No les habló en tono de fanfarria esta vez: tuvo el frenético heroísmo de ser razonable. Les dijo que allá, en la nueva ciudad hispánica que acababa de plantar, también se necesitaba la presencia de buenos españoles; que era aún tiempo de resolver entre seguir el ascenso de la montaña, que ofrecía a sus vencedores como premio un imperio, o el regresar al llano, para servir al orden y a la paz de la ciudadanía... No fue esta vez la conminación dramática que establece tremendos dilemas entre el honor y la vergüenza, el valor y la cobardía, no. Pizarro, en un loco desafío de cordura, ofrecía fáciles caminos para la retirada, sin amenazar a los que optaran por ello con ningún estigma ni anatema. Este porquerizo extremeño —con penetración digna de sus compatriotas Séneca y Gracián —supo a quiénes se dirigía, supo que su audito-

rio era español... Solamente nueve resolvieron quedarse, justificando su retiro por enfermedad o extenuación extrema. Estrechó sus manos con las suyas de hierro el capitán. Y el resto continuó el ascenso.

Los guías indígenas, que dominaban ya el español —en especial el inteligente y taimado Felipillo— condujeron a través de la selva inicial a los expedicionarios. Triunfan ya de la acerva hostilidad del trópico, aligerados del calor sofocante, continuaron alegres, optimistas. Pizarro es austero y disciplinado, pero se muestra bondadoso y amable, como sintiendo que es preciso pagar con algo la fe que en él habían depositado estos hombres intrépidos. Hernando de Soto dio a la expedición su alegría inagotable para andar los caminos y sus dones de juego y dicharacho para llenar los descansos en las tardes. Benalcázar es la fe recia del conquistador; y Vicente Valverde es el espíritu ecuménico de España queriendo obligar a los hombres todos, de todos los países, a que vayan, quieran o no, al cielo...

Así van pasando zonas de cultivo, pequeños pueblos y, tras la acogida no se sabe si resignada, indiferente o benévola -pero sí curiosa— de los nativos, que en todas partes son iguales, silenciosos y laboriosos, arrebañados y humildes; el monótono ritual de la conquista es siempre el mismo: plantar la cruz y la bandera mientras el notario del rey escritura la nueva adquisición, y cada conquistador da un nombre querido para el sitio —el nombre de la tierra natal lejana, o el del santo de la viejecita o de la novia—, los frailes se van con los intérpretes a explicar a los indios el misterio de la trinidad, la pasión de Cristo, la existencia del diablo...; los aventureros y los tesoreros reales van en busca del oro y de la plata; y, finalmente, todos, sin necesidad de intérpretes, se lanzan luego, cuando se encienden las hogueras, a fecundar mujeres...

Zarán es un pueblecito arrepechado en una colina. Zarán quiere decir mazorca, espiga de maíz. Pueblo de casitas como granos, encaramado en la loma, se presenta con esas sorpresas de jugada infantil o diabólica que ofrece a veces la montaña del trópico, como un obstáculo delante de los conquistadores. Con la pimienta de las interjecciones de la maravillosa geografía española de la blasfemia, sazonaron esta subida casi inverosímil. Al llegar,

como quien llega al primer rellano de una escalera gigantesca, vieron que se sucedían nuevos escalonamientos. Allí, en Zarán, confirmaron y precisaron las informaciones sobre la presencia de Atahuallpa -ya sabían llamarlo por su nombre- en los baños de Caxamarca. Se informaron también de que por allí había pasado la avalancha triunfante del vencedor, arrollando hombres, mujeres, alimento y ganado.

El curaca y el pueblo de Zarán, haciéndose a la ilusión de que estos seres extraños, estos viracochas, vinieran a castigar al tiránico Atahuallpa, recibieron hospitalariamente a los conquistadores; les dieron datos, alojamiento, mujeres y comida. Allí supieron que en una población cercana, llamada Caxas -donde existían fortalezas imperiales— se hallaba acantonada una fuerte guarnición de Atahuallpa.

Esta noticia detuvo la marcha de Pizarro. Resolvió enviar a Hernando de Soto con un grupo pequeño de infantes, para que hicieran un reconocimiento. Mientras De Soto regresaba con informaciones, Pizarro y su ejército aguardarían en Zarán.

¡

EL PASO DE LOS ANDES

Ciento ochenta católicos de España, ambiciosos, fanáticos, individualistas, la décima parte a caballo, han desembarcado en Túmbez, y solo con la ayuda de Cristo, trepan y avanzan hacia el fértil corazón de Tahuantin-suyu". "El conquistador es complejo como la nación que lo engendró. En su vida física es rudo. Armado hasta las uñas, se abre camino por los bosques miasmáticos, no sabiendo a dónde va. Hambriento, si no hay otra cosa mejor, puede comerse el muslo del indio que acaba de matar. Y al fin de una jornada violenta, puede acostarse, sudoroso y sangrante, con media docena de vírgenes y satisfacerlas para que lo sigan ya por siempre.

Waldo Frank
América Hispana

Ocho largos días tardó De Soto en regresar de Caxas. Ese tiempo, a favor de la buena voluntad de los indígenas, lo aprovecharon los españoles en reposar del cansancio de la ascensión, en» curarse de algunas enfermedades contraídas en el trópico, en reponer a las acémilas, enflaquecidas y debilitadas. Y como les faltaba el buen humor dicharachero de De Soto, se dedicaron —sin contar las horas reservadas a la lujuria y al juego— a sus trabajos predilectos: la mayoría a bruñir las armaduras, los petos, los yelmos, los arneses, toda la ferralla enmohecida por la corrosiva vaharada del trópico; los tesoreros reales a hacer el recuento de entradas para la Corona; a evangelizar, sobre todo a bautizar a los indígenas, los frailes misioneros; a anotar los acaecimientos de la aventura, día por día, Pedro Pizarro y Francisco de Xerez.

Como siempre, restallante de optimismo, grito de animador y chascarrillo alegre, llegó por fin a Zarán, de vuelta de Caxas, Hernando de Soto. Con él y sus compañeros, venía un indio engalana-

do a la manera de aquel que los españoles llamaron en Túmbez el orejón. Acompañaban a este indio —seguramente de alta posición entre los suyos—, cuatro indígenas más que le rendían homenaje y le hacían humildes reverencias. De Soto hizo las presentaciones, en medio de un círculo de curiosidad en que los españoles encerraron a los indios.

Era una embajada que el inca de Tahuantin-suyu, Atahuallpa, enviaba a los visitantes de su imperio. Esta embajada hacía un alto en Caxas cuando llegó el destacamento capitaneado por De Soto y, aprovechando el regreso de los españoles a su real, los indios se le reunieron para, en su compañía, cumplir su cometido ante él, jefe de los hombres barbudos. Llevados a la presencia de Pizarro, éste los recibió con atención y simpatía, mientras ellos con gran desenvoltura y confianza ofrecieron al capitán los presentes que le enviaba Atahuallpa. Eran éstos dos fuentes de granito tallado, representando fortalezas o almenas; algunas piezas de finas telas de lana y unos pocos vasos y otros objetos muy pequeños de oro. Al mismo tiempo dijeron que el más grande señor de la tierra, inca de las Cuatro Partes del Mundo, Atahuallpa, los enviaba para que dijeran a los hombres que habían llegado a Túmbez desde el mar, que pasaran a hacerle una visita en Caxamarca, pues por todo lo que le han dicho, tiene mucha curiosidad de conocerlos.

El embajador indio —que dijo llamarse Pulla-Huari, y pertenecer al séquito que Atahuallpa traía desde Quito— se dedicó a contemplar detenidamente, a estudiar en sus menores detalles a los españoles. Bien claro se veía que antes que a una visita, había ido a observar el ánimo, la fuerza, las intenciones de los hombres blancos. Fue tan grande la habilidad en este sentido desplegada por el enviado indio, que su poder de pregunta perforó más eficazmente la reserva española, que la curiosidad dramática de los españoles pudo obtener de él. Poco supieron los españoles por el indio. El indio se llevó —creyó llevarse— fotografiada en la retina y presa en el oído, toda la posibilidad humana del pequeño grupo de españoles. Pero más tarde... Ese cercano más tarde cambió los rumbos de la historia del hombre.

De Soto informó a Pizarro de lo que había visto en su viaje de exploración a Caxas: pudo confirmar plenamente la presencia de Atahuallpa en Caxamarca; se dio cuenta de su poder, de la obediencia ciega de sus súbditos, del rigor de la moral y de las leyes. A la entrada de Huancabamba —ciudad que, aunque situada más allá de Caxas, también alcanzó a visitar— encontró tres indios ahorcados en castigo de que, aprovechando un triunfo sobre tropas de Huáscar, habían penetrado en un claustro de Vírgenes del Sol y dormido con ellas...

La embajada del inca, después de dos días de permanencia en el campamento español, anunció su regreso para la madrugada inmediata. Pizarro, en correspondencia a los regalos del inca, entregó al embajador unas camisas, un gorro colorado, "y sartales de cuentas de España, de vidrios y jaspes y otras cosas que ellos tuvieron en mucho", según narra Estete; y al momento de despedirlo con gran comedimiento y cortesía, le encomendó, con destino a Atahuallpa: "dirásle de mi parte lo que te he dicho, que no pararé en algún pueblo del camino por llegar presto a verme con él".

Las informaciones de De Soto sirvieron para orientar el rumbo, que picó esta vez casi directamente al sur, pero sin dejar de ganar terreno en el ascenso de la serranía. Antes de partir, despachó Pizarro dos correos a San Miguel de Piura, con los presentes de Atahuallpa y la noticia de la ruta que seguirían aproximadamente, por si llegaban auxilios desde Panamá.

Fue un andar duro entre todos. Ningún mantenimiento hallaban muchas veces en días. Agua, felizmente, sí, a medida que se entraban en la selva, dejando atrás los llanos desiertos y las colinas mondas. Huellas de la reciente guerra civil en todas partes; y no precisamente huellas de combates —que en esos pueblos sin pólvora se señalan por el revolar de los gallinazos por sobre la carroña— sino rastros de gente en fuga, no como consecuencia de batallas, sino por el desconcierto producido por la derrota de Huáscar, hijo del Sol, al que siempre consideraron invencible y divino.

Caseríos, pequeños poblados, aun ciudades de relativa importancia, encontraron abandonadas los españoles a su paso. Por fin, después de días de marcha, la presencia humana: Motupe. Aquí el

nuevo señor de estos imperios, Atahuallpa, ha dejado instalada una guarnición de sus ejércitos. Buena acogida de parte de los indios. Cuatro días de reposo, cómodo y bien alimentado, ordenó Pizarro a sus tropas. En el fondo de su hombría austera y experimentada, vibraba una esperanza de socorros. Y quería dejar a éstos un tiempo para alcanzarlo, sin que esas dilaciones puedan ser atribuidas a cobardía, ni por sus propias tropas ni menos aún por los indígenas, que no pierden actitud ni movimiento de los españoles para desentrañar sus intenciones y aun descubrir su naturaleza real: si son hombres como ellos o si son enviados divinos, según la profecía de Viracocha.

Frente a Pizarro se opone —como ya se opusiera antes— lo gran desconocido de la montaña inmensa. Y aquí, tras el descenso brutal de la hondonada y la pina ascensión, casi perpendicular de una escarpadura de rocas, nuevamente el descenso, y en su fondo la carcajada eterna de un río torrencial. Río que es preciso pasar. Al otro lado hay casas. Huellas de una ruta. Y al seguirlas hasta llegar a un peñón, se descubre una especie de puente, formado por bejucos tendidos de uno a otro peñón, sobre los cuales —a todo lo largóse han unido pedazos iguales de madera redonda, como en las balsas para surcar los ríos... Es preciso pasar por allí, de lo contrario, habrá que perderse en la selva inextricable, días y días, con peligro de hambre y cansancio seguro, de muerte probable, para remontarse hasta el nacimiento remoto del torrente y encontrar un sitio por el cual se lo pueda atravesar sin peligro. Es preciso, pues, pasar por allí. Y no sólo los infantes, sino la caballería.

Intentan algunos aventurar unos pasos por sobre esas cuerdas tendidas encima del abismo. El puente se estremece, dando la inédita sensación de un vuelo sobre los precipicios... Pizarro ordena a su hermano mayor, Hernando, que se traslade al otro lado, con un grupo de hombres en vía de exploración y para proteger el paso del resto de las tropas. Es tarde ya y faltan sólo unas pocas horas de crepúsculo. Se inicia, lentamente, el paso. Uno, dos hombres; un caballo tirado de las bridas, después. Cuando el último de los hombres de Hernando se hallaba en la mitad del abismo, la noche cerró de gol-

pe, brutalmente, como suele cerrar en las tierras de montaña, donde la última persistencia de luz es sólo un piadoso engaño de reflejo.

Al día siguiente, los dos grupos se reencontraron y continuó la marcha. En las primeras casas de la nueva orilla aguardaba otra embajada de Atahuallpa. Cambiarse de regalos: pieles finas, llamas, oro. Las amabilidades de Pizarro se trocaron con la invitación del inca. El capitán les expresó a los enviados que dijeran a su rey, que otro rey -el más poderoso del otro lado del mar- informado del poder, de la sabiduría, de las gloriosas hazañas del gran inca Atahuallpa, los enviaba a ellos, a través de distancias enormes, a que le ofrecieran amistad y alianza en las guerras con sus enemigos. Los embajadores, al retirarse, repitieron que Atahuallpa se hallaba en Caxamarca y que allí esperaba la visita de los españoles.

Cuando se alejaron estos emisarios del inca, unos indios moradores del pequeño poblado junto al río, que los habían escuchado, dijeron al jefe de los extranjeros —por intermedio de los intérpretes— que todo lo dicho por los hombres de Atahuallpa era falso; que el inca se hallaba al sur, muy lejos de Caxamarca y que lo que pretendía era atraerlos a esta ciudad, seguramente para exterminarlos. Pizarro, después de examinar esta versión; halló en ella posibilidades muy dignas de tomarse en cuenta. Y si bien resuelto al heroísmo, más aún, a la temeridad, no quería tampoco ser víctima de una celada tonta, sin gloria y sin excusa. Así, pues, propuso a uno de los indios que se habían unido desde Zarán al grupo de españoles, que se adelantara a ellos hasta donde realmente se encontrara el inca con su ejército, y en calidad de espía tratara de inquirir las verdaderas intenciones de Atahuallpa. El indio se negó a ir al campamento de Atahuallpa en esa calidad porque, dijo, no perteneciendo a las jerarquías superiores que tienen derecho a acercarse al inca, su viaje sería inútil, pues nada podría averiguar, como no fuera la situación de los ejércitos del inca, los que podría avistar desde una colina cercana. En cambio —agregó el indio— si se le da la calidad de enviado de los hombres blancos, tiene muchas probabilidades de ser recibido por Atahuallpa en persona o, cuando menos, por los príncipes y señores muy cercanos a él.

Razonables parecieron a Pizarro las observaciones del indio; consintió en que fuera donde el inca en su representación llevándole su saludo y la pregunta de si podría acercarse hasta él para rendirle homenaje.

Mientras esto, la legión española había llegado al cruce de la pequeña vereda que, en el escalonamiento de las montañas, había seguido hasta entonces, con un camino amplio, limpio, sombreado de árboles, seguido en sus bordes por pequeños cursos de agua y provisto de trecho en trecho —aproximadamente a media hora de andar a pie una de otra— de casetas pequeñas, hechas de piedra y cubiertas de paja. Dicho camino era, según explicaron los intérpretes, el camino real de las serranías, por el cual hacía el inca la visita a los territorios de su inmenso país. Este camino -que seguía siempre la altura y marchaba paralelo al de las llanuras cercanas al mar, que ya habían conocido y utilizado los españoles— venía desde más arriba de Quito hasta el Cuzco. Aquellas casetas, situadas de trecho en trecho, eran los puntos de encuentro de los correos imperiales. Este gran camino tenía, para las horas de comer al medio día y para pasar la noche, posadas o albergues de la mayor comodidad para los caminantes.

A poco andar hacia el sur, cuando el aproximarse de la noche hacía insoportable el viento helado de la cordillera, los españoles hallaron una de esas posadas imperiales llamadas por los indígenas tampus. Era una dotación bien amplia y completa de aposentos, con capacidad para algunos miles de personas. Cámaras imperiales para el inca, la coya, las casi siempre numerosas concubinas. Aposentos para los apus, los sinches, los amautas, los sacerdotes. Grandes cobertizos para la tropa en general. Un edificio muy grande contenía los aprovisionamientos: carne seca, maíz para tostar, grandes pondos o barricas de chicha, siempre renovada por los guardadores del tambo; grandes apilonamientos de mantas con una abertura en el centro para pasar por ella la cabeza: ponchos, dicen entusiasmados los intérpretes.

Allí resuelven acampar los españoles hasta el regreso del indígena enviado al campamento del inca, en calidad de embajador de

los españoles. Los guardadores del tambo, luego de hablar con los indios que vienen con los extranjeros, hacen grandes demostraciones de hospitalidad y ofrecen la chicha de la bienvenida. Dan a cada uno un espeso poncho de lana de vicuña para protegerse del frío y ofrecen en grandes bandejas de madera el maíz tostado y la carne seca, el ***charqui.***

Ha cerrado la noche sobre el tambo. Es la primera noche de la cordillera, la primera noche del incario propiamente tal. Es un frío no sentido antes, porque azota y hiere al mismo tiempo. Y en el cielo, como no lo habían visto hasta entonces, millones de estrellas con un nuevo brillo. Cerca —en la cabaña de los guardadores-lejos, en el fondo y en la esencia de ese aire helado, que obliga a todos a encuclillarse bajo el poncho, se oye una flauta monótona y triste. Más triste, más monótona, que la de los cabreros de la Mancha, de Galicia, de Extremadura. Más monótona, más triste que la guzla de los moros de Granada, de Málaga, de Córdoba...

Unos días en esa soledad de los páramos, tan sola como la del mar. Por fin -y antes de que regresara el indio enviado por Pizarro— se anunció la presencia de una nueva embajada de Atahuallpa, más numerosa que las anteriores. Cuando se hubo acercado el grupo de indios, Pedro de Candia, el Padre Valverde y De Soto, que se adelantaron a recibirlos, reconocieron en el jefe al primer enviado de Atahuallpa, aquel fino e inteligente Pulla-Huari que había topado primeramente De Soto en Caxas y que había cumplido su misión ante Pizarro en Zarán. Esta vez Pulla-Huari viene revestido de todos los ornamentos de su clase, pues era príncipe y señor de vasallos de la rica nación de los cañaris, situada al norte del imperio. Traía presentes de finos tejidos de vicuña, llamas, objetos labrados y, además, para ofrecer al jefe de los blancos, en nombre de su señor el inca, traía una cántara de chicha preparada por las ñustas imperiales. Al verse delante de Pizarro, sacó un gran vaso de oro y, repletándolo del líquido de la cántara, luego de apurar un trago para probar que no se trata de algo dañoso, lo presentó ceremoniosamente al jefe de los extranjeros y pidió al capitán que se quedara con el vaso, como obsequio del inca, y repartió otros vasos de oro y plata entre

los principales españoles. Estas magnificencias eran, sin duda, con el propósito de dar mayor respaldo a la misión de los embajadores; misión que consistió —como las anteriores— en saludar en nombre del inca al jefe de los hombres blancos, e invitarlos a que pasen al campamento de Atahuallpa. Pizarro dio orden de que se extremaran las atenciones con el embajador de Atahuallpa y las personas de su séquito, y al mismo tiempo previno a todos que procurasen obtener de estos indios toda clase de información.

Mientras se encontraba aún Pulla-Huari y su comitiva en el campamento de Pizarro, llegó por fin el indio que fuera como enviado de los españoles ante el inca. Apenas se acercó al tambo, se dio cuenta de las atenciones que Pulla-Huari recibía de parte de los españoles, pues lo encontró de pie, en el centro de un grupo formado por Pizarro, los frailes, De Soto y los principales de la comitiva de los extranjeros. No pudo contener su indignación el indio por este hecho: abriéndose bruscamente paso por entre los españoles, atacó violentamente a Pulla-Huari y lo arrojó por el suelo. Se interpuso colérico Pizarro, mientras De Soto atendía al caído; el capitán increpó violentamente al indio audaz que había osado ofender en su presencia al embajador de un rey amigo, lo amenazó con mandarlo a ahorcar o, por lo menos, darle de palos si no explicaba su extraño y salvaje proceder.

El indio, con voz extrañada de resentimiento y entonada de amarga recriminación hacia el capitán español —del cual esperaba aprobación y respaldo— expresó que su ira obedecía a la diferencia del trato que se había dado a los respectivos emisarios en el campamento español y en el incásico: que mientras al enviado del inca los españoles lo trataban con las más grandes muestras de atención, en cambio, en el campamento de Atahuallpa había sido villanamente rechazado, apaleado y, por poco, muerto, no obstante que se había presentado como mensajero de saludos de parte de los extranjeros. Agregó que el inca no se hallaba en Caxamarca, sino en una fortaleza, rodeado de un inmenso ejército dispuesto a aniquilar a sus enemigos.

Al oír estas acusaciones Pulla-Huari, ya reposado de la agresión inesperada, respondió tranquilo, con la más grande

dignidad y nobleza, que la falta estaba en la forma de presentación del enviado.

—Si tú hubieras llevado una seña que te distinga como enviado de estos extranjeros —dijo encarándose con el indio acusador- te aseguro que habrías sido bien recibido por los príncipes y señores del séquito del inca. Atahuallpa en persona, tú lo sabes bien, no habría podido recibirte, porque se halla cumpliendo sus tres días de no comer y de no hablar, en acción de gracias a nuestro padre el Sol, por los triunfos obtenidos y por los que luego obtendrá. No es verdad que el ejército que hoy acompaña a Atahuallpa sea excesivamente numeroso, ni menos aún que se encuentre en plan de guerra contra los hombres blancos, a los cuales se considera como amigos, de acuerdo con la interpretación de los signos solares hecha por los amautas y los sacerdotes; los hombres que están con el inca componen su comitiva normal y son los que le han acompañado más de cerca en sus guerras contra Huáscar, las cuales no se hallan todavía completamente terminadas—. Terminó diciendo que, en verdad, el inca no se encontraba en la misma ciudad de Caxamarca, sino en los aposentos construidos especialmente en la cercana colina de Conoc, junto a la vertiente de aguas de salud, donde estaba tomando baños para aliviarse de las fatigas de una larga guerra. Que Atahuallpa quería, además, que los hombres blancos que le habían ofrecido su amistad y abanta, fueran acogidos y aposentados de la mejor manera posible, por lo cual había dispuesto la desocupación de Caxamarca, para allí recibirlos y albergarlos.

Hábil, rápida pareció a Pizarro y a sus consejeros la respuesta del indio. La acogieron como válida y convincente. Pero las informaciones recogidas y, más que todo, la realidad de las cosas que se les entraba a todas horas por las orejas y los ojos a lo largo del camino y en todos los pueblos que tocaban, hicieron reflexionar al conquistador sobre la situación: Pizarro, intrépido hasta la temeridad, tenía cerca de sesenta años de lastre, que lo hacían gravitar a la prudencia. Llamó a los capitanes, a los frailes, a los funcionarios reales para tener consejo sobre la actitud definitiva, la última e indeclinable y para hacer conocer esa actitud al rey indio por medio de su enviado.

Pareceres. Allí estaba, cruzando la sabana inmensurable, el ancho camino que, sin peligros inmediatos, lleva al Cuzco, la ciudad sagrada de los incas, la capital del imperio, donde se encuentra reconcentrada toda la riqueza, todo el oro de este imperio fabuloso. La invitación del camino es tentadora y urgente. El ser grita su llamada imperiosa. En cambio, hacia la izquierda del camino, hacia el oriente, está la incógnita amenazadora y tremenda: un príncipe con prestigios de ferocidad, alentado por triunfos arrolladores y crueles, embriagado de odio, sangre y éxitos; que no respeta nada, ni el afecto al hermano primogénito, al que por mandato paterno, que es mandato divino, debía amistad y cooperación. De ese príncipe salvaje se cuentan -en voz baja de miedo, a lo largo de todos los caminos recorridos por los españoles— escenas y casos de audacia, de perfidia, de deslealtad y traición. No respeta ciudades, atropella mujeres y las entrega a la lujuria de sus soldados triunfantes; asesina niños y se baña en su sangre. Anuncia paz a poblados indefensos y luego entra de guerra y de desolación. Ese príncipe feroz y sanguinario, insidioso y astuto, orgulloso de sus recientes triunfos, con sed de sangre aún inextinta, se encuentra allí, tras las montañas, descendiendo a unos valles, rodeado de un ejército enorme, instrumento de sus victorias, artesano de sus crueldades... ¿Que ha enviado mensajes de invitación y de paz? Otras veces lo ha hecho y no ha respetado esos mensajes. Es, además, el usurpador, el bastardo, el invasor del imperio de su hermano. ¿Vencerlo? Un imposible, y un imposible que, si por milagro adquiriera posibilidad, sería inútil, perjudicial acaso. ¿Ser vencidos por él? Eso es lo verosímil. Y con ello, el final oscuro y sin gloria de la más grande empresa de los siglos...

Se habló y se pensó así. El rudo hablar de los conquistadores, herrado de interjecciones viriles, perforadoras de la realidad, golpeó la mañana glacial y transparente del Tahuantin-suyu indio, en los primeros días de noviembre. Sobre ese hablar se alzó, como en la isla del Gallo, como a la salida de San Miguel de Piura, la voz auténticamente española de Francisco Pizarro. Habló en espíritu español su lengua ruda de porquerizo extremeño. Gritó de hombría desafiante y rijosa. ¿Se quería dar a los indios una prueba de cobardía,

de amariconamiento, eludiendo encontrarse con ellos, fugándose de sus invitaciones? Valía más entregarse y pedir a grandes gritos la horca. ¿No eran españoles? ¿No eran los mismos de Flandes y de Italia? Y, por último, ¿no estaban con ellos Dios, San Miguel y el Apóstol Santiago? Sabía a quiénes hablaba este español de la tierra extremeña. Sabía que, para el hablar español, está atenta en todo momento la oreja española...

Estrépito de lanzas. Gritos de avance irresistible. Pizarro que se adelanta a Pulla-Huari, el inquieto y sagaz embajador de Atahuallpa y le anuncia, con arrogancia no desprovista de cortesía, que se dispone a ir al encuentro de su señor:

".. .Atabaliba es gran señor, y tengo nuevas que es buen guerrero; mas hágote saber que mi señor el Emperador, que es rey de las Españas y de todas las Indias y Tierra Firme, y señor de todo el mundo, tiene muchos criados mayores señores que Atabaliba, y capitanes suyos han vencido y pretendido a muy mayores que Atabaliba, y su hermano y su padre; y el emperador me envió a estas tierras a traer a los moradores dellas en conocimiento de Dios y en su obediencia; y con estos pocos cristianos que conmigo vienen he yo desbaratado mayores señores que Atabaliba. Y si él quisiere mi amistad y recebirme de paz, como otros señores han hecho, yo le seré buen amigo y le ayudaré en su conquista y se quedará en su Estado, porque yo voy por estas tierras de largo hasta descubrir la otra mar; y si quisiere guerra, yo se la haré, como la he hecho al cacique de la isla de Santiago y al de Túmbez, y todos los demás que conmigo la han querido; que yo a ninguno hago guerra ni enojo si él no la busca..."

Con esta respuesta, tan audaz como fanfarrona, partió el embajador del inca un poco deslumbrado y atónito. Acaso volvió de nuevo a su espíritu fanatizado la idea aquella de que estos hombres eran en verdad los enviados de Viracocha Pachaya-Chachic, supremo rey creador de todo lo existente.

Al otro día, la hueste conquistadora, más pequeña que nunca ante la inmensidad arisca de tierra y nubes de la cordillera, rumbó sus pasos resueltos, dejando a un lado la ruta imperial que conduce hasta el Cuzco, hacia el heroísmo casi absurdo que oculta Caxamarca.

Siete días de andar la sierra agria y bravía. Y una de esas mañanas de esos días, tras un corto caminar entre neblinas desgarradas y huyentes, la legión aventurera, de súbito, fue deslumbrada con el clarear luminoso de un valle: Caxamarca, dijeron los intérpretes.

El panorama de valle de los altiplanos sorprendió gratamente a los hombres de Europa: una extensión oval, que parten en cuarteles dos ríos, y a los lados de los ríos, hasta treparse por las colinas del contorno, cultivos de maíz, de raíces distintas, lindados por la amarilla separación de la retama. En el centro, gris y ocre de paja y tierra, un cacerío muy grande, de traza estudiada, rectilínea, teniendo por centro una plaza "mayor que todas las de España". Más allá, en un repecho de la sierra, el humo de unas hogueras o de unas cocinas atrajo la vista de los españoles: eran los baños termales de Co-noc, donde se hallaba el inca. Y en torno a los aposentos permanentes, cubriendo una extensión considerable que se perdía a la vista, las tiendas innumerables del ejército imperial.

Un estremecimiento recorrió del uno al otro extremo de la legión de aventureros: luego era verdad, verdad verdadera y tangible todo aquello; el gran imperio con grandes ciudades, la prosperidad que demostraban los magníficos cultivos; la arquitectura inteligente y bella; el inca y, más que todo, el ejército del inca, por lo menos cien veces superior al español. Pero nadie dijo una palabra de duda o de desánimo: había un posible enemigo al frente, que galvanizó el hierro de que estaban hechos estos hombres.

Pizarro dijo una pequeña arenga. Hizo desplegar los estandartes, enarbolar las picas, descubrir todo lo reluciente de las armaduras para que brillaran al sol. Que se cincharan los caballos y, poniéndose él mismo sobre el suyo, al frente del grupo de jinetes, y seguido de estos por la infantería, inició el breve descenso que los separaba de la primera ciudad grande del Tahuantin-suyu. Sonar de clarines y adelante.

Cuando mediaba el día, sin que encontraran estorbo alguno y más bien indios atentos que los saludaban, Francisco Pizarro, al frente de su pequeño ejército, que no llegaba a los doscientos hombres, hizo su entrada arrogante y airosa en la desierta plaza de Caxamarca. Era el 15 de noviembre de 1532.

LA ANTESALA DEL IMPERIALISMO

Dos incas gobernantes en Tahuantin-suyu era una cosa tan sin sentido como dos soles en el cielo. Este destino suicida fue la causa de la decadencia de todas las dinastías. El círculo se estaba rompiendo y la gente peruana, acostumbrada por largo tiempo a no ver más que un solo inca, volvió los ojos hacia la unidad primordial: el ayllu.

Waldo Frank
América Hispana

Voces de los saraguros, de los zarzas, de los paltas; aun a veces de los tumpis, de los catacaos, de los sechuras, de los chimús, que llegaron a contagiar a los ayahuacas, a los Huanta-pambas, a los caxamarcas y a los chachapoyas; voces del sur del reino de los quitus, en fin, y del norte del Chincha-suyu incásico, comenzaron a llegar hasta el hijo menor de Huayna-Cápac, actual rey de los caras: Atahuallpa.

Eran rebeldías aisladas que, aprovechándose de la división del imperio entre los dos hermanos -Huáscar y Atahuallpa- surgían aquí y allá, pretextando inconformidad ya con el uno, ya con el otro de los dos soberanos. Eran también -y en buena parre- quejas por el olvido y el descuido en que se tenía a aquellas regiones, no perfectamente bien delimitadas, tanto de parte del inca del Cuzco como del señor de Quito. Por último, eran esfuerzos de los mitimaes, que asimismo, aprovechando la relajación de la férrea disciplina incásica, especialmente en las regiones fronterizas, agitaban e intrigaban contra los naturales de la respectiva zona, con los cuales no habían llegado a fundirse y más bien odiaban, en pago del desprecio y aun de la hostilidad con que eran tratados por ellos.

Eran voces de rebeldía, de descontento, de queja, que llegaban a la corte de Quito; pero también a la corte del Cuzco, cerca del inca Huáscar.

Por este motivo comenzaron a cruzarse muy frecuentes embajadas entre los dos hermanos: llenas de cortesía, más aún, de amor fraternal, invocando siempre los dos la memoria de su amado padre el gran inca Huayna-Cápac. Pero los acuerdos así tomados, desde lejos, ningún resultado efectivo producían referente a mejorar la situación que, por el contrario, iba aumentando su gravedad y extendiendo, tanto al sur como al norte, la zona del descontento, la relajación disciplinaria y, en momentos, la franca rebeldía.

Entonces se invitaron mutuamente a venir el uno a los dominios del otro. Esas invitaciones —dentro del modo de ser indígena, lleno de eufemismo verbal y segundas intenciones— no fueron rechazadas de plano por ninguno de los dos hermanos: fueron simplemente aplazadas, prometidas; pero en el fondo los dos sentían una gran desconfianza mutua. Los dos sabían que, dentro de la historia de sus guerras, la celada había sido uno de los recursos más usados.

Sin embargo, mayor intensidad trascendental ponía Atahuallpa en estos empeños políticos. Mientras Huáscar se hallaba entregado a la placidez de su corte, a la satisfacción de su urgente lujuria de príncipe fin de raza, a su bondad amable, que no tiene preocupaciones ambiciosas, en cambio, Atahuallpa —al que siempre acompañaron los grandes guerreros de su padre: Chalcuchima, Quizquis, Rumiñahui— acecha la ocasión para poner en práctica la lección de audacia, de guerra, de imperio que le dejaron sus abuelos y, principalmente, los tres grandes conquistadores y organizadores de su raza: Pachacuti-"Viracocha", Tupac-Yupangui y Huayna-Cápac.

Atahuallpa, en el fondo, lo que quiere es hacer. Y hacer a la manera de su estirpe teocrática, de seres semidivinos que tienen por delegación del Sol todos los poderes del mundo. Por eso decide ir a los lugares del conflicto, resuelto a pacificar y a someter. Primero, dentro de los límites de su reino. Después...

Un estremecimiento bélico recorrió las marcas y los ayllus del norte, siempre esperanzados en que llegue el día de vengar la horrible mortandad de Yahuar-Cocha y el insulto del inca vencedor a los muchachos de Otavalo y de Caranqui.

La madre de Atahuallpa, Paccha, ansiosa de ver en la frente de su hijo además de la esmeralda de los señores de Quito el llauto de los incas del Tahuantin-suyu, apoyaba abiertamente los propósitos de su hijo, porque ella sabía que su hombre, que su rey y marido Huayna-Cápac, siempre había querido eso, por sobre las imposiciones de la tradición y la costumbre. Choquesuyu, la mamanchu, mujer legítima del príncipe quiteño, tomada en Liribamba, ayllu de los puruhaes, para consumar definitivamente la unión de las dos naciones más poderosas de su reino, fomentaba también en el espíritu belicoso de Atahuallpa el propósito de ir hacia el sur.

Resuelto el viaje de pacificación de las parcialidades del sur —especialmente de la de los cañaris que, casi íntegramente sembrada de mitimaes cuzqueños, había dado algunas muestras de adhesión a Huáscar—, viaje que sería más que una empresa bélica declarada, un recorrido de inspección y una visita. Atahuallpa ordenó que las fuerzas del norte, mandadas por los sinches y los apus, se concentraran alrededor de los aposentos del tambo de las llanuras del Liribamba, tierra natal de su mujer.

Los pastos, los tulcanes, los caranquis —ellos sobre todo, que no olvidarían jamás la crueldad espeluznante de los orejones del Cuzco, que tiñeron con sangre las aguas de su lago-, los otavalos, los cayambis, los caras de Quito y parcialidades aledañas, los Uacta-cungas, los hambatus, los puruhaes, los Uaucis, todas las naciones en suma, que estaban al norte de la gran ciudad de Liribamba, se aprestaron a ir, en pie de guerra, a ponerse a las órdenes de Atahuallpa.

Los chasquis llevaron a todas partes, en el día, las órdenes de congregación; y por las noches, hogueras encendidas en todas las alturas, transmitían de la montaña al valle el llamado del rey quitu.

Mientras tanto, en la extensa y rica nación de los cañaris -cuya gratitud por los incas Tupac-Yupangui y Huayna-Cápac, que la

habían engrandecido, era proverbial— se había producido un franco movimiento de adhesión a Huáscar. Por gratitud, decían ellos. Pero otros aseguraban que la astucia de los cañaris prefería el gobierno de Huáscar, por hallarse más lejos de ellos el Cuzco que Quito; y porque conocida la energía de Atahuallpa y la indolente indiferencia de Huáscar, sabían que con este último tendrían mayor autonomía y más posibilidades de hacer su voluntad.

Este movimiento de adhesión de los cañaris hacia el gobierno del Cuzco, se definió brutalmente en el momento en que murió Chamba, curaca de los ayllus cañaris, cuyo sometimiento al rey de los quitus no había sido hasta entonces francamente desahuciado. Chapera, su hijo mayor, produjo la ruptura: en vez de hacer manifestación de acatamiento hacia Atahuallpa, se dirigió rápidamente al Cuzco, donde Huáscar, y solicitó su protección y alianza prometiéndole por su parte, en nombre de los ayllus cañaris, tributo y sumisión.

Huáscar —acaso sin calcular bien el alcance de su actitud, o quizás por cumplir las tradiciones del incario, según las cuales jamás se había negado protección y alianza a los pueblos que las solicitaran— acogió favorablemente las pretensiones de Chapera y, para respaldarlas y garantizarlas, dio a sus sinches la orden de organizar un ejército numeroso. Ejército de circunstancias, poco aguerrido en razón de que desde hace mucho tiempo —la división del imperio y acaso antes- las empresas bélicas del incario se habían desarrollado principalmente al norte, desde las últimas épocas de Tupac-Yupangui, durante todo el glorioso, conquistador y cruel reinado de Huayna-Cápac, y la dominación de Atahuallpa; se habían llevado a cabo con hombres de los ayllus de la nación chincha y de la nación cara. El Cuzco se había adormecido en la calma sagrada de su gran templo de oro, Cori-Cancha; entregada al augurio y a la sabiduría; floreciendo en molicie y en placeres su leyenda inicial vigorosa, cuajada de fecundidad y de vitalidad. El Cuzco estaba ya ajeno a la conquista y al empeño imperial. El Cuzco —templo y alcoba de muchas concubinas, escuela de sofistiqueo entre amautas y quipu-camáyoc— ya estaba lejos del arrebato bélico que quiere agrandar espacios y extender zonas de in-

fluencia. El Cuzco se bastaba en su perfección de quien ha llegado y prepara el regreso.

Huáscar, sin embargo, ordenó a sus sinches la formación de un ejército. Le dio el comando supremo a Apu-Cápac-Inca-Atoc, guerrero tío suyo, encargándole que, como en los tiempos de Pachacuti-"Viracocha", de Tupac-Yupangui, del gran Huayna-Cápac, hiciera la convocatoria de los guerreros del Tahuantin-suyu por medio de los chasquis imperiales y por señales de fuego en todas las alturas que señorean los valles. Las voces de llamada debían ir desde el río Maule -ya en las lindes de las tierras de los araucanos— hasta los ayllus cañaris, que eran precisamente los que se hallaban en peligro de ser nuevamente dominados por Atahuallpa y que habían implorado la protección incásica por medio de su curaca principal, Chapera.

El punto de reunión sería el gran camino de las sierras. Allá, a ese como gran río, debían afluir todos los contingentes de hombres armados de todos los ayllus del Tahuantin-suyu. El Colla-suyu, el Cunti-suyu, el Anti-suyu, el Chincha-suyu, se estremecieron a la llamada bélica del inca: muchos años de paz organizada en forma comunal y teocrática, habían adormecido, pero no anulado integralmente, el ímpetu guerrero de la mayor parte de las parcialidades del imperio.

El camino del inca se iba cubriendo de guerreros en toda su extensión inmensa. Era una cadena interminable que se transportaba a sí misma. Una serpiente enorme que reptaba y ondulaba por sobre el lomo arisco de la gran cordillera.

Cuando la cabeza del monstruo llegó a Tumipamba, ciudad natal de Huayna-Cápac, centro de todos los ayllus de la comunidad cañari, se detuvo. Chapera, orgulloso del apoyo de los incas, que lo libertaban —a su creer— del poder tiránico de Atahuallpa y Atoe, detuvieron allí su avance; declarando la formal obediencia de la nación cañari a Huáscar-Inca, y, por lo mismo, su separación del dominio de Atahuallpa, al que los cañari -hoy que se sentían fuertes por el apoyo incaico- llamaban déspota y tirano. Allí, en Tumipamba, esperarían el ataque de Atahuallpa y sus ejércitos, ya que a él le co-

rrespondía ir a reconquistar un territorio que, hasta entonces, se había considerado perteneciente a sus dominios.

Atahuallpa y sus sinches: Chalcuchima, Quizquis, Rumiñahui, así lo comprendieron; y por eso, para desconcertar a los cañaris rebeldes y a sus aliados los ejércitos de Huáscar, e impedir el arribo y concentración de mayor número de tropas, resolvieron atacar violentamente a Tumipamba.

El choque fue brutal. Todo un día de matarse y matarse. Pero como al llegar de la noche Atahuallpa comprendiera que llevaba la peor parte, resolvió batirse en retirada, para preparar mejor una nueva ofensiva. El orgullo satánico del inca quiteño estaba exasperado; resolvió adelantarse hacia el norte, confiando el mando de sus ejércitos en retirada, a los generales Chalcuchima y Quizquis. No se detuvo hasta llegar a la comunidad de los ambatus, donde resolvió detenerse para concentrar en torno de sí mismo todos los guerrilleros de sus territorios. Apu-Atoc y Chapera, orgullosos de su triunfo en Tumipamba, persiguieron, sin gran precipitación -porque no querían descubrirse y sí más bien esperar los refuerzos que debían llegarles del sur— a las tropas de Atahuallpa, las cuales, asimismo, hacían un repliegue lento, para dar tiempo a que Atahuallpa concentre en Ambato todas las gentes del norte que, ante la nueva amenaza de la invasión inca, estaban resueltas a pelear desesperadamente.

A la altura de Mocha, los ejércitos incaicos, comandados por Apu-Atoc y el curaca Chapera, dieron alcance a los de Atahuallpa, mandados por Quizquis y Chalcuchima. Se trabó un nuevo combate, en el que también las fuerzas del norte fueron arrolladas por las tropas cuzqueñas. La retirada de los generales de Atahuallpa continuó hacia el norte, en la misma forma precavida que en la ocasión anterior, y la persecución de los ejércitos de Huáscar -penosa por tratarse de parajes desconocidos, en los que casi nunca encontraban medios de alimentarse, pues los quiteños en su retirada se llevaban consigo o destruían todos los víveres existentes en los almacenes y las trojes de los tambos- se hacía cada vez más lenta, menos acometiva.

Después del encuentro de Mocha, tan desfavorable para ellos, los ejércitos de Chalcuchima y Quizquis se reunieron por fin con el

enorme contingente sano, fresco, ansioso de pelear y detener a los cañaris y cuzqueños, que había reunido Atahuallpa, asistido por Rumiñahui, en las valladas de Ambato y Llacta-Cunga.

Por el número, por la importancia excepcional de la causa —nada menos que la unificación del Tahuantin-suyu, ya sea bajo el dominio de Atahuallpa o de Huáscar—, esta batalla que iban a presentar los norteños en Ambato no tenía precedentes en la belicosa historia de los incas.

Fue, por lo mismo dura y sangrienta como pocas. El número y los mitos peleaban su batalla tremenda. Atahuallpa dirigió y guerreó personalmente. Con un sentido táctico y un arrojo que les hizo recordar a todos, de uno y otro bando, al glorioso Huayna-Cápac, el más intrépido de los conquistadores incas. Después de un choque de piedras, picas, flechazos, garrotes y alaridos que duró dos días y dos noches, al atardecer del tercer día, los cañaris y cuzqueños comenzaron a ceder terreno. Y en la noche la derrota fue lamentable, incontenible. La persecución de Atahuallpa fue implacable: años, muchos años después —cuando llegaron por allí los hombres blancos y barbudos— una gran extensión de campo frente al Tungurahua, blanqueaba al sol de huesos...

En la batalla de Ambato cayeron en poder de Atahuallpa el general de las tropas de Huáscar, Apu-Atoc-Inca —tío de los dos hermanos enemigos— y el curaca de los ayllus cañaris, Chapera, el súbdito rebelde que originó la iniciación de esta guerra fraterna. Sin averiguación ni juicio, sobre el campo de batalla sembrado de cadáveres, Atahuallpa ordenó la muerte de los jefes vencidos. Sin piedad. Como su padre, como sus abuelos. Fueron amarrados contra unos árboles y muertos a flechazos.

Igual que en todos los momentos de la historia incaica y especialmente en los tiempos de guerra, la desaparición de sus jefes desconcertó definitivamente a los cuzqueños y a los cañaris, por la tragedia de esta gran derrota. A lo largo del camino del Inca —y por las veredas que a uno y otro lado invitaban a los vencidos con su posibilidad de salvación— fue una cruel carnicería persistente.

Disminuido en más de la mitad —pues los que no murieron en Ambato huyeron por las serranías para librarse a la persecución implacable de las huestes vengativas y desenfrenadas de Atahuallpa— llegó a las tierras cañaris el ejército aliado del sur, disminuido, destrozado, desmoralizado. Cada indio que llegaba y pasaba era un temblor de miedo. Ninguno de los derrotados quería detenerse en Tumipamba: los que eran de la tierra —pertenecientes a los ayllus del Cañar— se lanzaron a las montañas familiares en busca de refugio. Y lo mismo harán al pasar por sus ayllus todos los demás hasta llegar al Cuzco y más lejos del Cuzco. Apenas, muy al paso, los atropellos de Atahuallpa y sus gentes, sedientas de venganza por las crueldades -no olvidadas por nadie— de la ya lejana conquista de sus tierras por los incas. Los derrotados, al paso, aseguraban que el Sol y Viracocha habían protegido sin duda a los ejércitos caras: como en la lejana batalla de Yahuar-Pamba, en la que Pachacuti-"Viracocha" derrotó a los chancas con el auxilio sobrehumano de su tío el fantasma, que convirtiera a las piedras y los árboles en hombres; así, en esta batalla de Ambato, surgían más y más guerreros de la tierra para ayudar a Atahuallpa. Cuando ellos, los cañaris y cuzqueños, creían haber acabado con una división, destruido un ala de las fuerzas adversas, después de una carga feroz y, al parecer, decisiva, la división que creían destrozada resurgía más fresca, más llena de acometividad, como si los hombres que la componían hubiesen sido inmunes a las flechas envenenadas, a los golpes de honda, a los ataques cuerpo a cuerpo con picas y garrotes...

Fue una siembra de miedo. Fue una ráfaga de desconcierto que esparció la intimidación por todos los rincones del Tahuantin-suyu. Ahora sí parecía cierto que los seres extraños que habían aparecido en las costas —y precisamente en las costas del norte, dominio de Atahuallpa- eran enviados de Viracocha Pachaya-Chachic en favor del hijo del Sol que más convenía para unificar en su mano el gran imperio. Y que este hijo del Sol —que se había creído en el Cuzco que sería Huáscar— era Atahuallpa, el fuerte, el hijo predilecto de Huayna-Cápac, el que asistió a sus últimos momentos y recibió sus instrucciones supremas.

Después de celebrar la victoria con ofertorios al Sol, Atahuallpa, acompañado de su mujer y de sus concubinas, de sus sinches y apus y un gran séquito de ayllu-camáyoc, emprendió viaje a Tumipamba., con el fin de realizar lo que inicialmente se había propuesto: pacificar las comunidades rebeldes y organizar mejor la administración de las provincias fronterizas. Solamente que ahora ya no iba —ni siquiera en apariencia— en plan de paz y de concordia: era el gran vencedor. Y como la mayor parte de los vencedores de su estirpe, seguiría la guerra hasta el triunfo final, no sin antes castigar rudamente a los rebeldes, a los traidores, simplemente a los vencidos.

Tumipamba empavorecida salió a implorar misericordia en el camino: ancianos, mujeres con sus niños colgando de la teta, muchachas y adolescentes; todos los que por edad o invalidez no habían formado en el ejército rebelde, salían al encuentro de Atahuallpa a pedirle clemencia por sus padres, sus esposos, sus hijos; a rogar perdón para los ayllus levantados, para la ciudad misma de Tumipamba, tan amada por su abuelo Tupac-Yupangui, por su padre Huayna-Cápac —que naciera en ella— y por él mismo, Atahuallpa que había pasado allí los mejores años de su adolescencia y de su mocedad, amando y fecundando mujeres, entre las cuales había dejado muchos hijos de la sangre del Sol.

Atahuallpa oyó los alaridos en que estas cosas le dijeron. Quizás, como su antepasado Pachacuti-"Viracocha", se sintió inclinado a la clemencia. Pero pudo más su rabia de representante de un pueblo que no hacía mucho había sido sometido entre lagos de sangre no solo de guerreros, sino también de mujeres y niños; pudo más su rabia de bastardo, menospreciado por las gentes vanidosas de los ayllus del Cuzco, que lo consideraban inferior a su hermano por no ser hijo de la coya ni de las pallas de Hurín y de Hanancuzco. Pudo más el recuerdo de sus dos últimas derrotas, en la primera de las cuales salvó la vida en un hilo. Pudo más el amargado pensamiento sobre la traición de los cañaris, gentes desagradecidas que habían pagado con la guerra y el odio todas sus predilecciones de soberano y de hombre. Ordenó a sus generales -los más grandes del ejército tahuantinsuyano— una entrada castigadora en las tierras ca-

ñaris. Y en los campos, en la gran Tumipamba, fue feroz la conducta de los vencedores.

La noticia del triunfo de Atahuallpa en Ambato, y la de su proceder implacable con los cañaris rebelados, dio en pocos días la vuelta al imperio. De todos los ayllus —cercanos y lejanos— vinieron los curacas a prometer sumisión y vasallaje al vencedor terrible.

Atahuallpa sintió su hora. Su ambición de jefatura intuyó que este instante de desconcierto y de pavura no debía ser desaprovechado. Observó también que la autoridad legendaria de su hermano Huáscar había disminuido por su ausencia inexcusable de los campos de batalla. Orejones del Cuzco — los verdaderos designado-res y sostenedores del poder incásico, que hasta entonces habían creído su deber el sostener al primogénito legítimo de Huayna-Cápac, Huáscar— pertenecientes a la nobleza del imperio, llegaban a Tumipamba a unirse con el príncipe guerrero y valeroso, que ganaba personalmente sus batallas: bien claro se veía, la causa de Atahuallpa era la preferida por el Sol.

Estas sumisiones y adhesiones hicieron más ancha su seguridad de jefatura; no, no es posible que el gran imperio de sus abuelos —e l de Manco y Viracocha, Tupac-Yupangui y Huayna-Cápac— esté bajo el dominio débil de un príncipe sabio, disoluto y cortesano. Hoy menos que nunca: protestas de los chacha-puyas porque no se les hace puentes sobre sus ríos inmensos, donde se ahogan indios y llamas en cada crecida; exasperación de los chinchas porque no tienen qué comer, fuera de sus pescados, y del Cuzco no les mandan nada; conatos de rebelión en el lejano Collao, porque el sol no hace frutecer el maíz; porque heladas rigurosas todo lo vanan, sin que el inca del Cuzco haga nada por remediar su situación... La tierra se ha estremecido en muchas regiones del Tahuantin-suyu. Las grandes montañas, desde el Ilimani y el Sorata hasta el Chimborazo y el Cayambi, han ladrado truenos y vomitado lumbre... Y finalmente, esos extranjeros pálidos, con pelos en la cara y vestidos de metales, que vienen seguramente a cumplir la profecía de Viracocha; y que por el hecho de haber aparecido en las costas de su reino cara,

demuestran que su protección es para él, Atahuallpa, vencedor de los ejércitos de Apu-Atoc y de Chapera...

Lo respaldan los más grandes sinches: Chalcuchima, Quizquis, Rumiñahui. ¿Por qué vacilar, entonces? Después de implorar al Sol, Atahuallpa unió a la esmeralda de los señores de Quito el llauto incásico, insignia del poder supremo de los dueños de las Cuatro Partes del Mundo.

La noticia de la proclamación de Atahuallpa en Tumipamba voló hasta el Cuzco y llegó a lea, donde Huáscar se hallaba en dulce mancebía con Cori-Ñusta, hija del Ayllu-Camáyoc. El cuzqueño encargó el mando de un nuevo ejército a otro sinche, tío también suyo: Apu-Huanca-Auqui, ordenándole que corriera a castigar al bastardo usurpador, hijo de la quilacu. Y él continuó en lea, en brazos de la yunga morena y amorosa.

El encuentro de las tropas del sur con las de Atahuallpa, se realizó en el valle maravilloso de suavidades verdes, llamado Cusipamba, marca de los zarzas. Los del norte habían pasado el nudo de cordilleras de Tarqui; los del sur, el de Cajas-numa. Fue terrible el gran choque, y Huanta-Auqui cedió, comprendiendo que, más que las fuerzas de Atahuallpa, lo vencía el tabú que se había generalizado en los puebles norteños, respecto de que el quiteño era el favorecido por Viracocha y el Sol.

Esta derrota del gran sinche Huanta-Auqui llegó a conocimiento de Huáscar, que continuaba en lea. Con exaltación espasmódica, propia de los irresolutos y los débiles, Huáscar se enfureció; y su cólera, desviando su camino verdadero, incidió vengativa y feroz sobre el inculpable sinche derrotado: como supremo escarnio —en esa tierra en que la varonía era atributo máximo de altura y posibilidad- le envió un atavío de mujer como regalo, pues que le vendría mejor que el vestir de hombre...

Desde entonces el príncipe mimado, muelle, lujurioso, hombre de coca y de mujeres, se galvanizó en forma anormal, extraordinaria. Organizó un ejército. Envió emisarios a los derrotados para que se reúnan bajo sus órdenes, y emprendió la marcha.

Supo esto Atahuallpa; y taimado como era, no quiso ser él quien diera la primera batida a las tropas de Huáscar, pues temía que, en realidad, fueran en el primer momento peligrosas: él estaba cansado, había recibido una herida de flecha en una pierna al someter a los tumpis; podía poner en peligro el éxito final, que era lo que le interesaba... Mandó, pues, lo más fuerte del ejército al mando de Quizquis, y él se quedó con sus más fieles quitus y orejones cuzqueños en los baños medicinales de Cónoc, cerca de Caxamarca.

Encuentro en Jauja. Triunfo completo de Quizquis; pero no era aún, tampoco, el grueso de las tropas cuzqueñas: eran los restos del ejército de Huanta-Auqui solamente. Para el choque final -al que sí quiso ir Atahuallpa, pero ya no pudo, porque su herida no sanaba— llegaron a Jauja, a unirse con las tropas victoriosas de Quizquis, los sinches máximos, Chalcuchima y Rumiñahui. La flecha con que los tumpis habían herido al rey de los quitus era una flecha envenenada, y su curación será larga; esos hombres de tierra caliente, conocedores de la acechanza venenosa de la raíz y la culebra, tumbaron por tiempo largo al gran vencedor de las sierras; pero el indio feroz los castigó con el exterminio de Tumpis y sus habitantes, por el incendio y la matanza.

Ese flechazo de los yungas fue el gran aliado de los hombres blancos y barbudos, que ya se hallaban frente a las costas, en el golfo de Guayas-quil. En efecto, Atahuallpa, sintiendo su imposibilidad de marchar al frente de su ejército, envió a Chalcuchima y Rumiñahui con todos sus contingentes de choque, y él se quedó casi solo, conservando los hombres indispensables para su guarda personal, a los que se unieron los indígenas de las parcialidades vecinas: toda la región de Caxamarca estaba sometida y le era en su mayor parte fiel. Cuando llegaron los españoles, en Caxamarca estaba el inca convaleciente, sus guardias, sus mujeres y numerosos campesinos desorganizados. Los tres grandes generales: Chalcuchima, Quizquis, Rumiñahui, estaban en el sur, con todo el ejército.

Después del triunfo de Quizquis en Jauja, las tropas del norte se dirigieron ya resueltamente sobre el Cuzco. En Quipaypan —no lejos de la ciudad sagrada— avistaron a Huáscar y sus gentes. Fue

una cosa terrible de cólera y de sangre. Huáscar mismo, convertido en héroe, conducía y alentaba a los suyos. Dos días, dos noches de pelear. Pero mientras los del norte conocían y temían a sus generales, tenían ciega confianza en ellos, en cambio, los del sur, más numerosos, cierto, jamás habían guerreado, ni creían en Huáscar como hombre de combate. El triunfo se pronunciaba por los quitus. Chalcuchima logró cercar al mismo Huáscar y hacerlo prisionero, muy respetuosamente.

La entrada de las tropas quiteñas en el Cuzco, al mando del gran sinche Quizquis, fue sangrienta: "Quizquis entró después al Cuzco, a la cabeza de su ejército, y fue allí donde llegó al colmo de su salvajismo. Hizo llevar a la plaza pública de la ciudad a todas las concubinas favoritas de Huáscar, a todas las que él había hecho madres, a las que estaban encinta y a veinticuatro hijos de este príncipe, a quien hizo sacar de su prisión para que fuese testigo del triste espectáculo que le preparaba... Cuando toda la familia del inca se hallaba reunida en la plaza, Quizquis la hizo degollar íntegra en presencia de Huáscar, sin perdonar a una sola persona... Al día siguiente, Quizquis, no contento con haber saciado su furor en los vivos, hizo sacar de su tumba al cuerpo de Topa-Inga, lo hizo arrastrar a Rocrocoma, y entregarlo a las llamas para afligir a los peruanos", cuenta Cabello Balboa. Es que Quizquis y los quiteños se acordaban de la, feroz entrada de Tupac-Yupangui en Tumipamba, y los horrores de Huayna-Cápac en tierras de los caranguis. Quizquis y los quiteños se acordaban de Yahuar-Cocha, la laguna de sangre que los cuzqueños dejaron en el hatum carangui...

La nota de romance infeliz —junto al épico horror— fue la fuga de Cori-Ñusta, la mujer preferida de Huáscar, aquella por quien había olvidado la gobernación y la guerra, con Quilacu, guerrero quitu, del ayllu de los Duchicelas...

Fue así como Atahuallpa, hijo de incas, pero descendiente de los shyris de los hatum caras, conquistó el Perú, el Tahuantin-suyu íntegro, y lo unificó bajo su dominio imperialista.

CAXAMARCA

Atabalipa era hombre de treinta años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso; el rostro grande, hermoso y feroz; los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad, como gran señor; hacía muy vivos razonamientos, y entendidos por los españoles, conocían ser hombre sabio; era hombre alegre, aunque crudo; hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría..

Francisco de Xeres
Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco

Caxamarca quiere decir "lugar de hielo". Xerez afirma que el día de la entrada de los conquistadores "desde a poco rato comenzó a llover y caer granizo". Se cubrió el sol, que había lucido la mañana entera, y con un violento prólogo de nubes negras, de truenos y relámpagos, se precipitó un aguacero torrencial, con granizada, de esos tan propios de las tierras altas del trópico.

Durante «el aguacero, Pizarro ordenó el acampamiento de las tropas en los grandes aposentos que cierran la plaza mayor de Caxamarca; cuando pasó la lluvia, y queriendo afirmar en todo momento una impresión de impavidez y de seguridad, llamó a Hernando de Soto, el más joven e inteligente de sus capitanes, y le ordenó que con un grupo de quince de a caballo fuera al campamento de Atahuallpa, a presentarle el saludo del jefe de los hombres blancos y a expresarle que desea mucho verlo y hablarle en nombre de su señor, el rey de las Españas y emperador de todo el mundo, para ofrecerle amistad y alianza contra sus enemigos.

Partió De Soto, caracoleando su caballo por la ancha calzada que, desde Caxamarca, lleva derechamente por entre arbolados y

flores y atravesando la zona de cultivos, a los baños termales de Cónoc, donde actualmente reside, rodeado de su corte y de millares de indios de esas marcas, el inca.

Tarda en regresar el capitán De Soto y el sol ya va a ocultarse. Pizarro —y con él todos los españoles— comienza a sentir inquietud, y para calmarla, llama a su hermano Hernando "el viejo", famoso por su arrogancia y su temeridad, y le ordena que vaya en busca de De Soto, a reforzarlo si fuere necesario.

Mientras tanto, Hernando De Soto había llegado ya delante de Atahuallpa, guiado y ayudado, muy comedidamente, por los mismos indígenas. Pero a pesar de haber sido recibido casi con afecto, no ha podido obtener una respuesta, ni siquiera una mirada de parte del inca. Habla Francisco de Xerez, secretario de Pizarro: ".. .estaba —el inca- a la puerta de su aposento, sentado en un asiento bajo, y muchos indios delante del, y mujeres en pie, que cuasi lo rodeaban; y tenía en la frente una borla de lana que parecía seda, de color de carmesí, de dos manos, asida de la cabeza con sus cordones, que le bajaba hasta los ojos; lo cual le hacía mucho más grave de lo que él es: los ojos puestos en tierra, sin los alzar a mirar a ninguna parte; y como el capitán —De Soto— llegó ante él, le dijo por la lengua o faraute que llevaba, que era un capitán del gobernador, y que le enviaba a le ver y a le decir de su parte el mucho deseo que él tenía de su visita; y que si le plugiese de le ir a ver se holgaría el señor gobernador; y que otras razones le dijo, a las cuales no le respondió ni alzó la cabeza a le mirar, sino un principal suyo respondía a lo que el capitán hablaba. En esto llegó el otro capitán —Hernando Pizarro— adonde el primero había dejado a la gente, y preguntóles por el capitán y dijéronle que hablaba con el cacique. Dejando allí la gente, pasó el río, y llegando cerca de donde Atabalipa estaba, dijo el capitán que con él estaba -De Soto-: "Este es un hermano del gobernador; habíale que viene a verte". Entonces alzó los ojos el cacique y dijo: "Maizabilica, un capitán que tengo en el río de Zuricara; me envió a decir como tratábades mal a los caciques, y echabadéslos en cadenas; y me envió una collera de hierro, y dice que él mató tres cristianos y un caballo. Pero yo huelgo de ir mañana a ver al goberna-

dor y ser amigo de los cristianos, porque son buenos". Hernando Pizarro resondió: "Maizabilica es un bellaco, y a él y a todos los indios de aquel río matara un solo cristiano; ¿cómo podía él matar cristianos ni caballo, siendo ellos unos gallinas? El gobernador ni los cristianos no tratan mal los caciques si no quieren guerra con él, porque a los buenos, que quieren ser sus amigos los trata muy bien, y a los que quieren guerra se la hace hasta destruirlos; y cuando tu vieres lo que hacen los cristianos ayudándote en la guerra contra tus enemigos, ***conocerás como Maizabilica te mintió".*** Atabalipa dijo: —"Un cacique no me ha querido obedecer; mi gente iré con vosotros y haréis-le guerra". Hernando Pizarro respondió: "Para un cacique, por mucha gente que tenga, no es menester que vayan tus indios, sino diez cristianos a caballo lo destruirán". Atabalipa se rio y dijo que bebiesen; los capitanes dijeron que ayunaban, por defenderse de beber su brebaje. Importunados por él lo aceptaron. Luego vinieron mujeres con vasos de oro, en que traían chicha de maíz. Como Atabalipa las vido, alzó los ojos a ellas, sin les decir palabra, se fueron presto, e volvieron con otros vasos de oro mayores, y con ellos les dieron a beber. Luego se despidieron, quedando Atabalipa de ir a ver al gobernador otro día por la mañana".

Al regresar de la visita al inca, Hernando Pizarro y De Soto expusieron sus impresiones sobre Atahuallpa, las probables intenciones del indio y las fuerzas de que, en la actualidad, podía disponer. Su información fue resueltamente pesimista, aun cuando, con mucho fervor e insistencia, declararon que las buenas intenciones manifestadas por Atahuallpa les parecían sinceras. La superioridad numérica de los indios era desmesurada: acaso más de treinta mil. Y ellos, los españoles, no llegaban a doscientos... Ni la fanfarronería de Hernando Pizarro conseguía ocultar su real preocupación.

Era el climax de la aventura. Había que decidirse. El gobernador reunió a los frailes, al tesorero y a los principales capitanes en consejo. Y expuso su plan, el único, a su juicio, que correspondía a la situación: insistir ante el inca para que fuera a Caxamarca. Y cuando haya llegado al centro de la gran plaza triangular "mayor que todas las de España", atacarlo sorpresivamente en medio de sus

indios -que no podían entrar todos en la plaza para defenderlo, por la estrechez de la única entrada— y hacerlo prisionero.

Después de los informes de Hernando Pizarro y De Soto, el estado de ánimo de los aventureros era penoso. "Los españoles estaban todos en un galpón, llenos de miedo, y ninguno parescía por la plaza", cuenta Pedro Pizarro y luego agrega: "porque yo vi a muchos españoles que, sin sentirlo, se orinaban de puro temor". Las resoluciones del gobernador, en este estado de acobardamiento, produjeron sorpresa y desconcierto. Pero Pizarro las justificó: regresar demostrando a los indios "miedo y pavo-ría" era suicidarse; serían perseguidos por todos los caminos y las sierras para ellos desconocidos, acosados como fieras en fuga, aniquilados; continuar en este plano de amistad con el inca, cuya leyenda de ferocidad era terrible, era sencillamente debilitarse, destruir el prestigio sobrehumano que los hacía fuertes, convertirse en hombres iguales a los indios, sujetos a sucumbir en cualquier momento de capricho o sospecha de Atahuallpa, pues que su número -en el plano de simples hombres— es irrisorio, comparado al de los indígenas. Recordó, en cambio, los éxitos de la sorpresa, los resultados maravillosos de la decisión: Pueblo Quemado, Atacámez, Puna, Túmbez. Su arenga se hizo declamadora y heroica —tónica española- y consiguió galvanizar el ánimo de los soldados.

Se convino el plan. Se dispuso la colocación de infantes, arcabuceros, ballesteros, jinetes. Se ordenó la guarda de las entradas de la plaza. Cuando el inca —con su cortejo más inmediato— penetrase en ella, el prior de los frailes, Vicente de Valverde, se acercaría a Atahuallpa, seguido por intérpretes y soldados, en actitud de paz. Luego, Pizarro se adelantaría a recibirlo; y en esos momentos, haría una señal y, a la voz de "Santiago y a ellos", se desarrollaría un ataque aparatoso, con ruido de clarines y trompetas, tambores y detonaciones. Pizarro, personalmente, haría prisionero al inca.

La suprema velada de armas de los conquistadores fue una noche de hombría tensa y siniestra. Casi nadie durmió. Los frailes se pasaron la noche confesando gentes y rezongando preces; y cuan-

do al amanecer la legión española estaba en pie, fray Vicente de Val-verde cantó en medio de la plaza, ante las tropas arrodilladas:

— ***Exsurge, Domine, in ira tua...***

— "Levantaos, Señor, en vuestra cólera...".

Y continuó la prez fanática y llena de odio: "He aquí el día profetizado por el ángel del Apocalipsis; esta es la tierra corrompida, donde los reyes están prostituidos y los pueblos embriagados de fornicación; el diablo es sobre los altares, y con su brillo oculta al Dios Verdadero; el dragón marchará contra nosotros con el hocico lleno de blasfemias, pero el fuego del cielo caerá sobre la tierra. Entonces vosotros escucharéis las arpas y contemplaréis la Nueva Sión, con murallas, de jaspe, con palacios de oro puro, con calles empedradas de piedras preciosas y las puertas hechas de nácar...".

— *Exsurge, Domine, in ira tua...*

— "Levantaos, Señor, en vuestra cólera; presentaos con toda vuestra majestad en medio de vuestros enemigos...".

De lo alto de una torre, un vigía anuncia que, en la colina de Cónoc, se está levantando el campamento de Atahuallpa, sin duda para dirigirse a Caxamarca. Pero en ese mismo instante, un enviado del inca se presentó para decir que la visita no sería sino al día siguiente.

Pizarro se contraría visiblemente, pues comprende que una espera larga relajaría la tensión de nervios en que se hallan sus hombres y, con la reflexión, volvería el miedo. Psicólogo inconsciente, Pizarro intuyó que la vibración nerviosa que había logrado imprimir a sus tropas por medio de sus discursos, si se prolongaba demasiado, traería consigo una depresión, vecina de la cobardía, del pesimismo reflexivo que obsta a la acción temeraria y brutal. Así, pues, con su mismo mensajero pidió al inca, rendidamente, la merced de no retardar su visita y aceptarle cenar con él en su campamento en esa misma tarde.

Momentos después se recibe la respuesta afirmativa de Atahuallpa.

Se halla ya bajo el sol. Las huestes de Atahuallpa comienzan a movilizarse hacia Caxamarca. Delante van los criados que limpian la vía de piedras y de ramas. Luego, los cantores y los danzarines, con su ritmo monótono. En medio de los sinches, los apus, los auquis, los amautas —cuyos ornamentos de plumas y metales relucían al sol—, va la litera imperial, hecha toda de oro, "que pesó un quintal de oro", llevada en hombros por diez y seis apus del ayllu imperial. Sobre ella Atahuallpa Inca, orgullosamenre desarmado, se dirige a su ciudad, a recibir el homenaje de los extranjeros. Su perspicacia de águila —acaso oscurecida por su orgullo de triunfador reciente— no descubrió que aquel pequeño grupo de extraños, recibido por merced en sus dominios, le atacaría y le haría prisionero en medio de los suyos.

El hijo del Sol llegó a la plaza de su buena ciudad de Caxamarca, cuyas puertas estrechas le fueron abiertas. Con el emperador entraron los indios de su séquito inmediato: de cinco a seis mil. Fuera quedó el resto, conforme, iban llegando. La plaza estaba solitaria de españoles.

—¿Dónde están los extranjeros? preguntó a los que iban cerca.

Y como respuesta, Vicente de Valverde, fraile dominico, capellán del grupo aventurero, "un inquieto, desasosegado e deshonesto clérigo" —como le llama Oviedo— se avanzó hasta él inca con el Cristo y la Biblia, acompañado de Felipillo, el taimado indio intérprete. Le habló sobre el Dios Uno y Trino, sobre la pasión y muerte de Jesús; exhortó —requirió, como llamaban los inquisidores— al hijo del Sol, descendiente de Manco y Viracocha, a que abjure su "salvaje idolatría" y abrace la religión cristiana, sola verdadera. Díjole del poder inmenso del soberano español, al que Atahuallpa debía vasallaje, porque el Papa, sucesor de San Pedro, le había regalado todas las tierras de los indios, del uno al otro mar. Fueron tales las inoportunidades del discurso clerical de Caxamaraca que, según un historiador insospechable, un obispo católico -González Suárez— dicha conducta tenía "mucho de ridículo, si no fuese por demás absurda y criminal".

Brillaron de soberbia magnífica los ojos de Atahuallpa, y con desprecio respondió al fraile siniestro, inhábil y fatal: "Yo soy el primero de los reyes del mundo y a ninguno debo acatamiento; tu rey debe ser grande, porque ha enviado criados suyos hasta aquí, pasando sobre el mar: por eso lo trataré como a un hermano. ¿Quién es ese otro rey o dios de que me hablas, que ha regalado al tuyo tierras que no le pertenecen, porque son mías? El Tahuantinsuyu es mío y nada más que mío. Me parece un absurdo que me hables de ese dios tuyo, al que los hombres creados por él han asesinado. Yo no adoro a un dios muerto. Mi dios el Sol, vive y hace vivir a los hombres, los animales y las plantas. Si él muriera, todos moriríamos con él, así como cuando él duerme, todos dormimos también. Finalmente —agregó Atahuallpa— ¿con qué autoridad te atreves a decirme las cosas insensatas que me has dicho?"

—Con la que me da este libro, respondió el fraile, y presentó la Biblia al inca, quien "no acertando a abrirle, el religioso extendió los brazos para abrirlo, y Atabalipa con gran desdén le dio un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese; y porfiando él mismo por abrirle, lo abrió; y no maravillándose de las letras ni del papel, lo arrojó cinco o seis pasos de sí", narra Xerez.

El fraile, horrorizado, corrió a Pizarro y díjole:

—"¿No veis lo que pasa? ¿Para qué estáis en comedimientos y requerimientos con este perro, lleno de soberbia, que vienen los campos llenos de indios? Salid, que yo os absuelvo".

Dio la señal Pizarro. Sonaron mosquetes y arcabuces. Un descomunal estrépito de guerra. El gobernador —él mismo y solo-llegó hasta la litera del inca y lo hizo preso. Ante la furia de los españoles, que querían hacer el triste mérito de ultrajar personalmente al inca, se alzó la voz —verdaderamente española en ese duro instante- de Francisco Pizarro: "El que estime en algo su vida, que se guarde de tocar al indio".

Se desarrolló luego una fiebre de matanza. Los indios pugnaban por huir, como rebaño de corderos acosados por perros. Y no hallando salida bastante, derribaron a fuerza de hombros uno de los muros de la plaza, que daba sobre el campo... Centenares de indios

muertos. Un barato héroe español, Estete —probablemente el mismo cronista de ese nombre— arrancó el llauto imperial de la cabeza del inca del Tahuantin-suyu. Y la única sangre española vertida en esa jornada oscura y brutal fue la del gobernador don Francisco Pizarro, quien recibió un mandoble por proteger con su cuerpo el cuerpo del hijo del Sol.

Cumplió el señor Marqués Don Francisco Pizarro con su deseo de que el inca del Tahuantin-suyu, el emperador del Perú, le aceptara su invitación a cenar, el mismo día.

Allí está, a su merced, indiferente y silencioso, Atahuallpa Inca. Su único comentario a los terribles acontecimientos del día, ha sido éste, dirigiéndose al capitán Hernando Pizarro: ***"Maizabilica ha mentido".*** Con gesto altivo rechazó los consuelos hipócritas del gobernador "diciendo que era uso de guerra vencer o ser vencido". No rehúye, porque cree merecerlas, las atenciones solícitas que le prodiga su hospedador. Come de buen grado, sin desconfianza, la comida enemiga. Bebe la bebida extranjera.

Hernando Pizarro, hidalgo fanfarrón, pero sabedor de los usos de la cortesanía, reclama para el inca un trato correspondiente a su alto rango. El marqués ordena que se le dispongan las mejores habitaciones de "la casa de la serpiente", aposento real de Caxamarca; y se reserva para sí -a fin de velar al prisionero- una pieza contigua. Hace decir a los allegados de Atahuallpa que pueden acompañarlo, y dispone que sigan al servicio de la mesa y de la cama del inca todas sus numerosas concubinas.

Afuera el espectáculo era desolador. Los alertas monótonos de los centinelas, que a cada paso que daban tropezaban con cadáveres de indios. Las preces fatídicas de los frailes. Y en los campos, por los caminos, la fuga medrosa, agazapada de los indios desconcertados, que nada comprendían, que acaso hacían subconsciente resistencia para comprender.

Al amanecer, el primer cuidado de Pizarro fue enviar una escolta a registrar los baños de Cónoc, residencia de Atahuallpa; "que

era maravilla de ver tantas vasijas de plata y de oro como en aquel real había, y muy buenas, y muchas tiendas, y otras ropas y cosas de valor, que más de sesenta mil pesos de oro valía solo la vajilla de oro que Atahuallpa traía, y más de cinco mil mujeres a los españoles se vinieron, de su buena gana, de las que en el real andaban", dice Zarate. "Cinco mil mujeres, que aunque tristes y desamparadas, holgaron con los cristianos", comenta Gomara.

Pero la vida impone sus imperativos de rutina en Caxamarca, después de la masacre. Los pobladores —por mandato del inca-vuelven a sus labores ordinarias. Una coexistencia familiar se establece entre españoles y nativos. No hay resistencia ni hostilidad visibles para los intrusos: los indios les ofrecen un servicio indolente, racionalizado; y las indias sus caricias procreadoras y sin besos.

La perspicacia aguda de Atahuallpa no penetra su extraña situación. No sabe si estos hombres son amigos, pues lo han aprisionado; ni concibe que sean sus enemigos, pues que no lo matan. Su estructura religiosa ha canalizado en una sola dirección ascendente —que termina en el sol— su concepción del mundo. No tiene para las cosas otra explicación que la teísta. Toda torcedura en el camino recto de sus pensamientos, lo desconcierta; pero no sabiendo la protesta para lo imprevisto, se resigna y calla.

Las relaciones entre españoles y nativos tienen una calma animal y vegetal. De entre las pallas hermanas del inca, Pizarro ha escogido su mujer: se llama ***Intip-Cusi*** —servidora del Sol— y es maciza de carnes, de color de barro cocido y amplitudes de cántara. Se llamará en adelante doña Inés, para servicio del ***machu capitu.*** Gonzalo y Juan —los dos menores de la dinastía— escogen sus mujeres entre las ñustas más apetitosas; entran en la familia del inca. Los demás, se entregan a lo ancho de sus inclinaciones: Alcón y los más mozos persiguen a las indias zahareñas, de difícil sonrisa y de cópula fácil. Riquelme y los frailes hacen averiguación de la riqueza. Pedro de Candia descubre las maravillas de la chicha. Valverde, poseído de furor místico —no evangelizador como el de Motolinía o Gante— dice a los pobres indios abandonados del Sol, el lado trágico de la leyenda cristiana. Y en nombre del Cristo de los

azotes y de la crucifixión —no del de las Bodas de Cana ni el Sermón de la Montaña— bautiza, bautiza, bautiza...

De Soto y Hernando Pizarro se han dedicado, con hidalguía española, a hacer menos dura la vida del inca. Ayudados de Martinillo, han enseñado al indio inteligente un vocabulario castellano suficiente para la comunicación cotidiana. El inca inicia a los capitanes en la vida —para ellos extraña por lo igual y justiciera— de este pueblo distinto de la España individualista y feudal, que es todo su mundo. De Soto y Pizarro sienten la superioridad moral de estos "salvajes" que viven la religión del Sol y del trabajo; que aman el aseo y los beneficios del agua; que quieren entrañablemente a su tierra, porque es realmente de ellos.

Hernando Pizarro y De Soto entretienen al inca con narraciones caballerescas de Flandes, de Castilla, de Italia. El inca trata de comprender a estas extrañas gentes para las cuales, en veces, el engaño es virtud y en otras se debe pagar con la muerte. Le interesa el duelo, como cosa monstruosa; y se hace repetir explicaciones sobre lo que los españoles llaman "el honor".

De Soto, los Pizarros, los demás capitanes y los frailes, enseñan a Atahuallpa los juegos que practican cuando están en campaña: cartas, ajedrez, dominó. El ajedrez sobre todo, lo apasiona. A los pocos meses es más fuerte que sus maestros.

En la familiaridad cotidiana, Atahuallpa ha comprendido que a estos extranjeros les gusta —más que las bellas y buenas cosas como la lana, las llamas, el maíz— el oro, el cori con que se hacen los vasos para la chicha de los incas, los adornos para las pallas y las ñustas. En ello ve el inca una posibilidad de salvación. Les habla del oro de sus aposentos, del de los templos, del de las casas de las Vírgenes del Sol. Atahuallpa goza al ver cómo se incendian de codicia los ojos de estos hombres y entonces, con toda naturalidad dice a Francisco Pizarro que, a cambio de su libertad ***"...daría de oro una sala que tiene veinte y dos pies de largo y diez y siete en ancho, lle-***

na hasta una raya blanca que está a la mitad del altor de la sala, que será lo que dijo de altura de estado y medio, y dijo que hasta allí henchiría la sala de diversas piezas de oro, cántaros, ollas y tejuelos, y otras piezas, y que de plata daría todo aquel bohío dos veces lleno y que esto cumpliría dentro de dos meses".

Pizarro, alarmado por las dimensiones de los aposentos y poco capaz de calcular la probable cuantía de la fabulosa promesa, desconfió de ella. Pero pudo más su espíritu tahúr de soldado de tercios, cuyo dios es el albur: aceptó gallardamente el envite del inca, como quien compromete su escarcela en un garito, a la primera carta.

Para complementar su ofrecimiento, y abrumar de oro y riqueza a sus aprisionadores, el inca les insinúa un viaje a Pacha-Cámac, en la tierra yunga, donde se halla el templo del dios mayor de los hombres del litoral, en el cual los de su estirpe nunca han creído completamente y solamente aceptado para contribuir con el respeto a las divinidades de las regiones, a la unificación del Tahuantin-suyu. Les dice que allí se encuentra mucho oro de adornos y de ofrendas; y como garantía de veracidad, envía un mensajero para que llame a su presencia al curaca y al sacerdote del templo, con el objeto de que éstos acompañen a los españoles que deban ir en pos de los tesoros. Cuando llegaron el sacerdote y el curaca, Atahuallpa se dirigió a los españoles y señalándoles al sacerdote, dijo: "El dios Pacha-Cámac de éste no es dios, porque es mentiroso: habéis de saber que, cuando mi padre Huayna-Cápac estuvo enfermo en Quito, le mandó preguntar qué debía hacer para sanarse, y respondió que lo sacaran al sol; lo sacamos y murió. Huáscar, mi hermano, le preguntó si triunfaría en la guerra que traíamos los dos; dijo que sí y triunfé yo. Cuando llegasteis vosotros, le consulté y me aseguró que os vencería yo, y me vencisteis vosotros... Dios que miente no es dios!!!" González Suárez lo cuenta.

El gobernador envió con un grupo de soldados a su hermano Hernando. Le instruyó para que, al mismo tiempo que iba a recoger los tesoros, indagara sobre el estado de ánimo de los indios y si había preparativos de sublevación. Hernando partió, y tras un lar-

go viaje lleno de peripecias, volvió a Caxamarca, cargado de oro un rebaño de llamas y forradas de oro las patas de los caballos, para la larga marcha... Venía también con él Chalcuchima, uno de los más ilustres generales de Atahuallpa, vencedor de Huáscar. El viejo sinche, viendo al extraño acompañado por indígenas del cortejo del inca, no vaciló en ir con Pizarro hasta donde se encuentre su señor.

Al llegar a Caxamarca, Hernando dio rápida cuenta de su viaje al marqués. Afirmó que ni en pueblos ni caminos existían conspiraciones. Que había sido bien recibido por los indios, y que el gran sinche Chalcuchima estaba allí, sumiso y obediente, esperando la merced de ver de nuevo a su rey prisionero.

Fue emocionante y dramática la entrevista de Atahuallpa y Chalcuchima. Entró el sinche inclinado por el peso ritual; la emoción le hacía temblar las rodillas. Al ver al inca preso, se le cayeron las lágrimas. "Estos de Caxamarca no supieron defenderte —le dijo—; si yo hubiera estado aquí con los puruhás y los caranquis, esto no habría sucedido". El inca sonrió.

Durante el viaje de Hernando Pizarro a Pacha-Cámac, una conspiración de codicia, miedo y desconfianza cercaba al prisionero. Se hizo correr el rumor de que en Guamachucho se reunían sigilosamente los indios —espontáneamente o por orden secreta de Atahuallpa— para atacar a los españoles y libertar al inca. Pizarro se lo dijo a Atahuallpa. Y la respuesta del inca fue sarcástica: "¿me crees tan necio que estando en tu poder y pudiendo tú matarme al menor intento de rebelión, ordene yo levantamientos? Están, además, casi llenas las salas con el oro del rescate: tengo confianza en que sabréis cumplir vuestra palabra. Pronto seré libré y amigo y aliado de vosotros". Como prenda de su veracidad, propone el envío de una escolta española hasta el Cuzco -que recorrería la mayor parte del Tahuantin-suyu— para que se convenzan todos de que no existe ninguna rebeldía y además, para que traigan el oro que más puedan de la ciudad sagrada.

Aceptó Pizarro —los ojos encandilados por el reflejo supremo del oro del Cuzco— y envió un grupo de soldados, con Hernando de Soto, Pedro del Barco y el Notario Real a la cabeza. Días de andar. Y en uno de ellos, ya cerca de Jauja, encontraron una escolta de indios que llevaba preso a Huáscar. Habló De Soto con él. Y comprendió que si otro emisario llevaba hasta Pizarro las quejas del inca legítimo, la suerte de su amigo el prisionero de Caxamarca se haría aun más delicada. Resolvió regresar y dar cuenta a Pizarro de que, hasta Jauja, no había traza de rebeldías; que había encontrado a Huáscar, que hacía grandes ofertas a los españoles a cambio de su libertad; pero que todo el imperio estaba completamente del lado de Atahuallpa, y sólo a él reconocían como señor verdadero.

Mientras estos viajes, en Caxamarca había sobrevenido un hecho capital, que variaba la fisonomía de la aventura: la llegada de don Diego de Almagro - 1 4 de abril, "víspera de Pascua Florida"- desde Panamá, con refuerzo de hombres y caballos. El encuentro de los dos capitanes tuvo una apariencia cordial, pero el fondo era muy otro. Pizarro sabía que Almagro venía a reclamar su parte en el botín, de acuerdo con el contrato tripartito entre ellos dos y Luque —que para entonces había muerto ya—; pero ni él, ni menos sus hombres —autores de la ***heroicidad*** de Caxamarca— estaban dispuestos a admitir igualdad semejante. La primera guerra civil de la América española había surgido.

La víctima de esa guerra se señalaba claramente: Atahuallpa. El oro del rescate llegaba de todos los rumbos del Tahuantin-suyu; los aposentos señalados por el inca estaban ya casi repletos. El momento de la sangre era anunciado por el del oro. El ojo de águila del inca descubrió que la llegada del "tuerto" le era fatal. En efecto, Almagró y los suyos —secundados por el alma negra de Riquelme— conspiran contra Atahuallpa, con el fin de anticipar el reparto del oro del rescate -en el cual presumían que no se les iba a dar igual porción que a Pizarro y los suyos— con el fin de seguir, libres de la inquietud de la guarda del inca, la conquista hasta el Cuzco, donde

les esperaba a ellos —más frescos y menos gastados— un porvenir de hazañas y de oro.

Valverde y los frailes conspiraban también, hipócritamente. El dominico no podía perdonar a Atahuallpa su actitud despectiva en Caxamarca y la repulsión que siempre demostrara a su contacto y a sus pláticas. No podía perdonarle su regalo y sus mujeres, él, que se veía obligado a sostener ante los soldados, la farsa lacerante de su castidad.

Conspiraba el taimado intérprete Felipillo, hechura de Val-verde, su confidente inseparable. Felipillo era de Túmbez y se había criado en un ambiente de devoción por Huáscar. Detestaba lo quitu. Y malgrado su cristianismo de pega, sentía una subconsciente reminiscencia totémica por Pacha-Cámac, el dios de los yungas; por eso, la dureza de Atahuallpa para con el sacerdote del ídolo y el apoyo dado a la expedición de Hernando Pizarro, le hicieron agravar el odio tradicional que sentía hacia el descendiente de los caras. Sabiéndose, pues, apoyado por los españoles, que lo necesitaban, se dedicó a hacer lo más penosa posible la vida de Atahuallpa, con intrigas y espionajes inmundos. Alcahueteó a los españoles con las concubinas del inca y, para colmo de ultrajes, sedujo y violó a una de ellas. Informado el inca, protestó ante Pizarro. El viejo aventurero se rió... Pero Felipillo supo que Atahuallpa reclamaba su cabeza, y temeroso de que los españoles —cuya versatilidad conocía— cambiaran de parecer y resolvieran complacer al cautivo, decidió acelerar su campaña contra él.

Las exigencias de Riquelme y Almagro, sobre el reparto del rescate, quebrantaron la resistencia del señor gobernador; y se procedió a la gran operación rapaz, premio mayor de la aventura. Para poder hacer más fácil y más igual el reparto, se dispuso fundir las piezas de metal, los vasos maravillosos, las cántaras, los ídolos. "Veinte y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata", de Pacha-Cámac; "ciento y setenta y ocho cargas de oro, y son las cargas de paligueros que las traen cuatro indios", desde el Cuzco... además de los aposentos rebosantes. Se reservó algunas piezas -espigas de maíz de oro, fuentes con aves del mismo metal— para enviarlas al Emperador a

Madrid. La litera de oro le tocó al gobernador don Francisco. El resto del tesoro —el botín de guerra más grande de que se tenía hasta entonces memoria— fue repartido a sones de pregón muy cuidadosamente, después de deducir el quinto real.

Ya se encontraban en poder de los tesoros soñados los aventureros españoles. Pero la ilusión del oro fue penosa para ellos. Allí aprendieron el mito de Creso y supieron —sin comprenderlo- que se puede ser pobre, carecer de lo indispensable, teniendo las manos enterradas en el oro engañoso y convencional. De Soto debió pagar, entre grandes juramentos de rabia, una libra de oro por una hoja de papel para escribir a su madre. Pedro de Candía estuvo a punto de matar a un soldado de Almagro -de los recién venidos- que le exige cincuenta pesos de oro por un par botas...

ANOCHECIÓ EN LA MITAD DEL DÍA

CHAUPI PUNCHAPI TUTAYACA

Antes del reparto del oro, Pizarro llenó la fórmula de declarar cumplido por Atahuallpa el pacto de rescate. Pero el inca seguía preso, más estrechamente vigilado que antes. Todos sintieron que el episodio de Caxamarca, después del reparto, había llegado a su fin. Que no era posible prolongarlo sin mengua del éxito de la conquista. Pero quedaba en pie el gran problema: Atahuallpa. Tres soluciones se ofrecieron; enviarlo a España, con los conductores del quinto; seguir con él hasta el Cuzco; matarlo.

Las primeras eran sostenidas por Hernando de Soto, Pedro de Candia, Hernando Pizarro, Blas de Atienza; Antón de Carrión, Pedro de Ayala, los dos hermanos Chávez, Alonso de Ávila, Francisco de Fuentes, Juan de Herrada, y algunos otros hidalgos de verdad. La última era aconsejada por Riquelme, Almagro y los suyos. El animador de la intriga asesina era Felipillo, el intérprete. Y quien le daba visos de deber cristiano a la muerte de Atahuallpa, ante las orejas indecisas de Pizarro, era Valverde.

Hernando Pizarro hacía mucho peso en el ánimo del gobernador. Era más viejo que él y mejor educado. Almagro —que lo detestaba desde Panamá— resolvió alejarlo de cerca de Francisco. Y para lograrlo, "el tuerto" optó por ponderar sus méritos de honradez y distinción, y proclamar que era el más indicado para ir a España llevando el quinto real y los obsequios al monarca. Y pidió que, para el cumplimiento de misión tan delicada, se le diera una porción de oro mayor que a otros capitanes... El marqués era lo bastante astuto para no caer en las marrullerías de su viejo socio; pero esta vez le convenía escucharle, pues comprendía que la aspereza y la rectitud fanfarrona del "viejo" agriarían sus relaciones con Almagro. Se decidió, pues, la partida de Hernando Pizarro a la metrópoli, con el encargo de llevar al rey "el oro del Perú". Cuando Atahuallpa lo su-

[illegible] la fuerza de Atahualpa [illegible] el saqueador del ídolo y el apo-
[illegible] la expedición de Hernando Pizarro le hicieron agotar el
[illegible] que sentía hacia el descendiente de los [illegible]
[illegible] por los españoles, que lo necesitaban, se dedicó
a hacer lo más penosa posible la vida de Atahualpa, con intrigas y
[illegible]. [illegible] a los españoles con las concubinas
[illegible] de ultrajes, sedujo y violó a una de ellas. In-
formado el inca protestó ante Pizarro. El viejo aventurero se [illegible]
Pero Felipillo supo que Atahualpa reclamaba su cabeza, y temeroso
de que los españoles —cuya versatilidad conocía— cambiaran de pare-
cer y resolvieran complacer al cautivo, decidió acelerar su campaña
[illegible]

Las exigencias de Riquelme y Almagro, sobre el reparto del
rescate, quebrantaron la resistencia del señor gobernador, y se proce-
dió a la gran operación [illegible], premio mayor de su aventura. Para po-
der [illegible] más igual el reparto, se dispuso fundir las pie-
zas de metal, los vasos maravillosos, las cántaras, los ídolos. "Veinte
y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata", de Pacha-Camac,
[illegible] y [illegible] cargas de oro y [illegible]
que los [illegible] el Cuzco, además de los [illegible]
[illegible]. Se [illegible] algunas piezas [illegible] de oro,
[illegible] del [illegible] al Emperador y

po por el mismo Hernando, no pudo ocultar su abatimiento:

—Cuando te vayas, capitán, estoy seguro de que me van a matar tus compañeros. Ese "tuerto" y ese "gordo" convencerán a tu hermano que me mate. No me abandones, capitán...

Hernando se empeñó en tranquilizarlo. Le aseguró que no partiría sin una nueva promesa del Gobernador de respetar su vida. Pero Atahuallpa desconfiaba... Realmente, Hernando habló altamente al marqués, y hasta le pidió llevar consigo al inca a España. Pero Francisco no quiso atreverse y no accedió.

Después de la partida de Hernando, la conspiración contra Atahuallpa arreció implacablemente. Todos los argumentos se esgrimieron por parte de Almagro y los frailes: ofensa a Dios, mal servicio a la Corona, traición de los indios. Felipillo echaba leña en esa hoguera. Siempre andaba hablando de conversaciones sorprendidas a los indios, de conjuraciones para asaltar a los españoles; finalmente -y aprovechándose de la llegada de unos indios del sur, partidarios de Huáscar— inventa la existencia de un enorme plan indígena para libertar al inca, cuyo centro de acción y de reunión eran los campos de Guamachucho...

Ante una acusación así concreta, Pizarro tiene miedo. Desconfía de la pasividad de los indígenas. Su entendimiento, basto y unilateral de soldado, no concibe cómo millares de hombres, en su propia tierra, no tramen algo para salvar a su rey y arrojar a los invasores de su suelo.

La causa de Atahuallpa es sostenida por Hernando de Soto y unos pocos con él. Para alejarlo de Caxamarca, Pizarro lo envía a Guamachucho, a comprobar la existencia del complot indio contra los españoles. Cuando De Soto parte —seguro de traer consigo la prueba de la inocencia del inca— Atahuallpa ve su causa definitivamente perdida. En efecto, Felipillo consigue que se le encadene y se le guarde más estrechamente. Y luego, ya sin estorbo serio, Francisco Pizarro ordena la formación del proceso del Emperador del Tahuantin-suyu. El grotesco juzgamiento se inicia. Como jueces actuarán Pizarro y Almagro. Secretario será Sancho de Cuéllar. Y al pequeño grupo de hidalgos descontentos se le permite nombrar por defensor a Juan de Herrada.

Cuando el proceso del inca se hallaba decidido, llegó un nuevo grupo de indígenas del sur. En medio de alaridos dolorosos, contaron a los españoles que el inca legítimo del Cuzco, Huáscar, había sido ahogado en el río Andamarca por la escolta indígena que lo conducía. Felipillo —árbitro de la situación— agregó que la orden del asesinato había sido dada secretamente por Atahuallpa, temeroso de que Pizarro llegara en algún momento a entenderse con Huáscar y a protegerlo. La pérdida de Atahuallpa fue precipitada por esto. La hipocresía de los de Almagro y de los frailes halló en esto un motivo concluyente: ellos que no se habían detenido ante nada, y que luego se entreasesinarían, hicieron motivo de escándalo de este suceso de guerra, en el cual la responsabilidad directa de Atahuallpa no se halla ni siquiera lejanamente establecida.

Doce puntos de acusación sostuvo ante los jueces el fiscal Riquelme, asistido por el charlatán Sancho de Cuéllar. Entre ellos sobresalen: que Atahuallpa es un bastardo y un usurpador; que ha hecho asesinar a su hermano Huáscar; que ha disipado las rentas del Estado; que ha cometido el delito de idolatría; que es adúltero, pues vive públicamente con muchas mujeres; que ha excitado a los pueblos a la revuelta contra España... Val verde dice uno de sus más lúgubres discursos, y pide la muerte -invocando los más tremendos textos bíblicos- contra este salvaje, encarnación viviente del demonio que se hace adorar públicamente por su pueblo; que practica la más repugnante idolatría y que practica descaradamente uno de los pecados más horrendos: la poligamia.

Inútil es que Juan de Herrada invoque todas las leyes divinas y humanas en favor del inca; inútil que les diga que solo el Emperador tiene jurisdicción para juzgar a un rey vencido; que les proclame la inocencia de un hombre que ha vivido de acuerdo con su ley, y que no ha podido infringir leyes ni practicar religiones que no conocía... La causa estaba juzgada de antemano. Pizarro y Almagro —llenando hipócritamente las fórmulas-condenaron a Atahuallpa a ser quemado vivo, a menos que se convirtiera al cristia-

nismo, en cuyo caso le sería conmutada la hoguera por el garrote.

Pedro Pizarro ha visto a su hermano Francisco con los ojos en lágrimas al salir de la sala del tribunal asesino... Eso no obstante, la misma noche de ese 29 de agosto de 1533, Atahuallpa debía ser supliciado en la plaza mayor de Caxamarca, antes de que De Soto regresara con la prueba plena de su inocencia. Como un último esfuerzo, los defensores del inca hacen una consulta a los aventureros: hombres de la España negra, ganados por el fanatismo religioso y la codicia, diez sobre uno votan en contra del gran prisionero. Finalmente, Pizarro, para salvar un último escrúpulo de su conciencia y tener una defensa posterior, por si en España desaprobaban lo hecho, le pidió a Valverde su firma en la sentencia: sin vacilar estampó su nombre, precedido de una cruz este ***"inquieto, desasosegado e deshonesto clérigo..."***

Cuando le fue comunicada la sentencia, Atahuallpa increpó a Pizarro su falsedad; le recordó haber cumplido —según declaración pública del mismo Pizarro- el pacto del rescate; y le dijo que, mientras él y su pueblo no habían tenido para los españoles más que cuidados y afecto, ellos se lo pagaban con la muerte... Viendo inútiles los requerimientos, volvió de nuevo a su actitud aparentemente serena y, de acuerdo con sus ritos, recomendó al vencedor la suerte de sus hijos y de sus mujeres. En seguida conversó unos momentos con los amautas y los apus que estaban cerca de él. Ellos le recordaron que el espíritu de un inca no puede retornar al sol cuando su cuerpo ha sido consumido por las llamas del fuego terrestre, y le aconsejaron que se deje bautizar a fin de que le sea conmutada la pena.

Ese fue el momento del desquite sombrío de Valverde. Ya en la plaza, en medio de la hoguera presta a ser incendiada y la horca, está el grupo formado por el inca y sus verdugos. El sol se ha escondido ya. Unas cuantas antorchas vacilantes alumbran el fatídico escenario. Valverde rezonga salmodias y, después que el inca declara —por medio de los latines del acólito- que abjura su infame idolatría y abraza la religión cristiana, vierte sobre la cabeza del gran rey las aguas del bautismo, imponiéndole con la unción y la sal, el nombre grotesco de Juan Francisco...

El suplicio. Los frailes recitan su oficio de difuntos; se arrodillan los soldados. En los rincones de la plaza, "como borrachos", los indios escuchan los estertores agónicos del hijo del Sol.

Cuando regresa Hernando de Soto con la noticia de ser falso todo lo de la conspiración de Guamachucho, se encuentra con el crimen consumado; se indigna el joven e hidalgo capitán, increpa a Pizarro su precipitación, su cobardía, su injusticia; le asegura que esto le traerá el desfavor de la Corona, porque solo al Emperador le tocaba juzgar sobre la suerte del gran rey. Pizarro se confunde, echa la culpa a Valverde y a Riquelme; éstos se lanzan acusaciones e insultos, queriendo cada cual exculparse del asesinato. Así, pues, "la historia" —lo que ha dado en llamarse pomposamente "la historia"- no ha tenido dificultad para rendir su fallo: lo rindieron ya, con sus disputas, con sus mentís, los tres principales actores del sombrío drama, declarándose culpables.

Una mujer indígena de la parcialidad de los zarzas dijo, al saber la noticia, la oración fúnebre máxima del inca y del imperio: ***Chaupipunchapi tutayaca. Anocheció en la mitad del día.*** El inca joven y fuerte murió en la mitad de su trayectoria vital. Y el gran imperio del Tahuantin-suyu, realizador de una cultura fuerte y sólida y de una organización política y social más sabia y más justa que la del Occidente de ayer y de hoy, cortó su parábola en pleno desenvolvimiento. Pues es preciso afirmar que la disgregación del imperio que realizara el gran Huayna-Cápac en un momento de amor, se hallaba ya corregida por este hijo suyo, fuerte, sabio, rico de novedad y tradición.

Después... fue la ridícula comedia de los reyes postizos -que siguieron y siguen poniendo en práctica todos los imperialismos-para dar a los pueblos sometidos la irrisoria vanidad de una burlesca independencia. Después fue Vilcabamba y su protesta; la epopeya heroica y trágica del sinche mayor de la parcialidad de los quitus, Rumiñahui, "cara de piedra", y fue, por último, el grito heroico de Túpac-Amaru. .

Hoy es la hora de construcción en Indoshispania. Todas las voces —que se expresan indeclinablemente en español — afirman su anhelo de vivir en justicia y en igualdad sociales. Desde el México eterno de Zapata, pasando por el Perú de Mariátegui, hasta el sur fecundo de afirmación y anhelos. Atahuallpa no dice en estas páginas su odio hacia Pizarro. Cuatro siglos ya. Atahuallpa y Pizarro esperan —y harán llegar— la hora de la tierra y de la justicia.

